

A romantic couple is shown in profile, embracing in a field of tall grass. The man is on the left, wearing a dark suit jacket, and the woman is on the right, wearing a light-colored lace dress. They are looking towards the right. In the background, a large, multi-story house with a prominent tower is situated on a hillside under a blue sky with light clouds. The overall color palette is warm and golden, suggesting a sunset or sunrise.

Donde
QUEDARON
LOS
SUEÑOS

BRIANNA CALLUM



Brianna Callum

Donde quedaron los sueños

Callum, Brianna

Donde quedaron los sueños / Brianna Callum.

1a ed. - Córdoba: El Emporio Ediciones, 2019. 416 p.; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-4123-90-9

1. Narrativa Argentina. I. Título. CDD A863

© Brianna Callum, 2019

brianna.callum@yahoo.com.ar www.briannacallumescritora.com

© El Emporio Libros S.A., 2019

9 de Julio 182 - 5000 Córdoba

Tel.: 54 - 351 - 4117000 / 4253468 / 4110352 E-mail: emporioediciones@gmail.com

Diseño de tapa: **Maximiliano Almirón**

Hecho el depósito que marca la Ley 11723 ISBN: 978-987-4123-90-9

Impreso en Córdoba, Argentina Printed in Córdoba, Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

Se terminó de imprimir en GRÁFICA SOLSONA SRL Argensola 1942 - Tel./Fax(0351) 4723231 en el mes de enero de 2019 - Córdoba - Argentina

*Sigue soñando aunque parezca que nada tiene sentido.
Y ve en busca de esos sueños. No puede haber nada más racional que
eso.*

Prólogo

Victoria Llorca, desde pequeña, tuvo un sexto sentido, un don que, en muchos casos, para ella significó una cruz demasiado pesada con la cual cargar. Decidida a huir de una asfixiante sensación de malos presagios, Victoria partió hacia Capilla del Monte con solo 18 años. Ese hecho marcó su destino. Muchas veces a lo largo de su vida, se preguntó si acaso se hubiese quedado en Buenos Aires habría podido interferir en los sucesos que acontecieron en su familia. Probablemente no; no obstante, el interrogante se negaba a abandonarla.

1

Retiro, Buenos Aires

Jueves 12 de noviembre de 1925

Victoria miró a través del cristal de la ventanilla del tren. Atrás había quedado ya la estación de Retiro y con cada traqueteo de las ruedas sobre las vías, aumentaba el nudo que le apretujaba las entrañas, reflejo de los miedos y dudas que le alborotaban la mente. Por enésima vez se preguntó si estaría obrando bien y, por enésima vez, no supo qué responder.

Con el ánimo exaltado y gran decisión, días atrás había resuelto viajar a Capilla del Monte con el firme propósito de residir allí de manera permanente; el pueblo serrano siempre había sido su lugar en el mundo, pero los avatares del destino la habían alejado hacia otras tierras. Atesoraba tantos momentos ocurridos en ese bucólico paisaje: juegos y paseos al río Calabalumba con su adorada hermana Clara, tardes de costura con su abuela Teresa en la galería de la casa, charlas interminables bajo las estrellas más luminosas que había visto jamás. ¡Tantas cosas! Había sido tan feliz... aunque de aquella época ahora no quedaban más que los recuerdos.

La conciencia y el corazón le agujonearon la memoria: entre piedras y peperina, bajo el influjo del arrullo del río y del murmullo de las abejas, también habían quedado perdidos sus sueños románticos, sus anhelos de juventud... Había quedado Martín, su amor, su prometido, a quien ella había dejado atrás, aunque con todo el dolor de su alma. Y era esto último, sin dudas, lo que la hacía vacilar de haber tomado la decisión correcta al querer volver.

Victoria inhaló una honda bocanada de aire ante la repentina sensación de pánico al pensar en un posible reencuentro con Martín: le costaba respirar y la frente comenzó a perlársele de sudor. Miró de manera histérica hacia el pasillo: de los demás pasajeros, nadie daba señales de percatarse de su malestar, de sus terribles ganas de salir huyendo. Volvió la vista a la ventanilla y aflojó los nudillos para levantar el cristal. Las manos le resbalaron. Un caballero ubicado en la otra hilera de asientos captó la escena por el rabillo del ojo, entonces alzó la vista del periódico y le ofreció su ayuda. Con la brisa fresca, Victoria volvió a sus cabales.

Luego de darle las gracias al hombre, Victoria descansó la espalda en el respaldar del asiento y entrecerró los ojos. Poco a poco se tranquilizó y permitió que las escenas ocurridas tiempo atrás acudieran a su mente. Tal vez al revivirlas, se dijo, pudiera convencerse de estar actuando de manera acertada...

Viernes 21 de agosto de 1896

—¿Y bien, pequeña bribona, me dirás de dónde salieron estas repentinas ganas de acompañar a tu abuela a Capilla del Monte? —preguntó la anciana luego de sentarse en la cama. A doña Teresa siempre le gustaba viajar en camarote y pagaba por el compartimiento completo para no viajar con

desconocidos, razón por la cual Victoria pudo sumarse a último momento a la travesía sin ningún inconveniente.

La jovencita, que en ese momento guardaba su valija de cuero marrón en el portaequipajes, volteó la cabeza para mirar a la señora.

—¡Abuela, me extraña que me haga esa pregunta cuando sabe que disfruto sobremanera de su compañía! —exclamó risueña, luego tomó asiento junto a la ventanilla para admirar el paisaje; más tarde, cuando oscureciera, seguro bajarían la persiana de madera para que desde afuera no las vieran dormir.

—¡Vamos, Victoria, que los años no me han hecho vieja en vano y además de las arrugas me han dado algo de sabiduría! —la reprendió. Luego, con mirada exigente, añadió—: Acepté que me acompañaras pues yo también disfruto de la compañía de mis nietas, pero tendrás que ser sincera conmigo y confesarme la verdad. Y ni se te ocurra negarlo, pues me doy cuenta de que lo del malestar estomacal no fue más que una de tus manipulaciones para obtener el permiso de tus padres.

Derrotada, Victoria exhaló un suspiro con el que dejó caer los hombros. Su abuela estaba en lo cierto: ella había echado mano de una excusa, sin embargo se había olvidado de mantener la fachada y había sido descubierta.

—Está bien, abuela, se lo diré —concedió.

—Te escucho, querida —avisó la mujer.

Luego de esbozar una mueca de resignación, comenzó a explicar:

—Tenía que huir, abuela.

—¿Qué dices, niña? —se alarmó doña Teresa. —Deje que le cuente, abuela, y me dará la razón. Usted

sabe de mi sexto sentido —comenzó Victoria, y la anciana no pudo más que asentir.

Teresa sabía muy bien que cuando Victoria tenía un presagio, bueno o malo, nunca se equivocaba; la jovencita poseía un don maravilloso, aunque renegara de ello.

—Continúa, cariño; no temas contármelo todo. —Me aterrorizó en cuanto lo vi. Pude percibir su oscuridad y el peligro que significaba su sola presencia. ¡Y lo peor de todo es que escuché a mi padre entregarme a él en matrimonio!

—¡Pero, Victoria! ¿De quién estás hablando? —preguntó la señora mayor,

confundida. No esperaba que su nieta hablara de algo tan serio como lo era desear huir de un matrimonio, aunque desconocía que su yerno planeara la boda de la muchacha.

—De Baigorria... de Wenceslao Baigorria —aclaró ella.

—¿Baigorria? ¿No es acaso el joven que volvió hace poco a San Isidro, y del que se dicen tantas cosas; nada buenas, por cierto?

—Ese mismo, abuela; ese mismo. Luego de la muerte de sus padres, Baigorria estuvo viviendo algunos años en la Capital, pero ahora se le dio por volver a San Isidro. ¡Maldita sea la hora en que lo hizo!

—¡Vamos, muchacha, no puede ser para tanto! Además, ¿cómo es eso de que escuchaste a tu padre entregarte a él en matrimonio? ¿Acaso estabas espiando? Victoria bajó la vista, el rostro se le había ruborizado.

—Sí... ¡Es que quería verlo, tenía tantas ganas de verlo! En cada tertulia, las jovencitas no hacían otra cosa más que cuchichear acerca de lo guapo que es Wenceslao Baigorria, así que cuando supe que estaba en el estudio de papá, conversando con él de negocios...

—Los espiaste —concluyó la anciana.

—Lo hice...

—¿Y no era de tan buen ver como esperabas? ¿Por esa razón huiste? —preguntó la abuela, aunque un poco en broma para aflojarle tensión al asunto.

—¡No, abuela! ¿Cómo cree eso? ¡Ni que yo fuera la más superficial de las jovencitas! —protestó ofendida—. Todo lo contrario: Wenceslao Baigorria es el hombre más guapo que he visto en mi vida, y es el hombre al que no quisiera volver a ver jamás. Sus ojos... eso es lo peor de todo: oscuros, profundos, malvados; todo él parece estar rodeado de cierta oscuridad. ¿Cómo puede mi padre querer que me despose con él, si es el mismísimo demonio?

—Victoria, cariño, me parece que estás exagerando. ¿Oscuridad, demonio? Por favor, niña, no puedes decir esas cosas. Esas ideas seguro que han sido alimentadas por esos horrorosos rumores a los que no deberías darles cabida pues no han de ser más que eso. Ya sabes cómo es la gente, siempre sembrando intrigas y exagerando.

—¿Exagerando? ¡Eso es porque usted no lo ha visto! Ya diría otra cosa si hubiese estado en mi lugar. ¡Wenceslao Baigorria solo puede traer desgracias a nuestra familia! —auguró.

—Está bien, cariño, tranquilízate y cuéntame qué es lo que ha pasado.

Luego de que la joven relatara con pelos y señales lo sucedido en el estudio de su padre, la abuela Teresa aceptó convertirse en cómplice de su nieta para

evitar ese matrimonio al que ella tanto le temía. Y es que Victoria no se había equivocado, pues de haber permanecido en Buenos Aires, Arturo Llorca hubiese movido cielo y tierra para que su hija mayor se desposara con el heredero de los fallecidos Baigorria. Por supuesto, ninguna de las dos conocía las cartas con las que el destino había empezado a jugar.

Jueves 12 de noviembre de 1925

Victoria se enderezó de golpe en el asiento; su propio clamor en el sueño la había despertado con sobresalto. Miró hacia todos lados buscando orientarse, entonces, el traqueteo del tren y la tenue luz del vagón pronto la volvieron al tiempo presente. Se había quedado dormida y había recordado en sueños aquel viaje a las sierras, ese que después tantos remordimientos había traído a su conciencia.

Victoria se puso de pie y se encaminó hacia la *toilette* con la intención de refrescarse el rostro. Había anochecido y desde el coche comedor llegaba el tentador aroma de la comida recién hecha. Resolvió que a su regreso iría a cenar; tal vez una comida caliente era lo que necesitaba para estabilizar su estómago.

De regreso a su asiento, en el pasillo se cruzó con el caballero que durante su crisis nerviosa le había abierto la ventanilla.

—Señora —la saludó él, quitándose el sombrero e inclinando la cabeza con cortesía. Victoria frunció el ceño y miró hacia su asiento para comprobar que el cristal volvía a estar cerrado. Miró una vez más al hombre, detenido frente a ella; él le sonreía—. Disculpe, señora, la vi tiritar de frío cuando cayó el sol y me apenó despertarla; fue por ello que me tomé el atrevimiento de volver a cerrar la ventanilla sin consultarle. Espero no haberla importunado.

—Oh, bueno... no, no me ha importunado —sonrió nerviosa—, y creo que debo darle las gracias.

—Por favor, no me agradezca; no podía dejar que se enfermara —extendió la mano hacia ella y se presentó—: Lorenzo Baldassare, su servidor.

—Victoria Llorca —respondió ella, en tanto extendía la mano para corresponderle el saludo.

—Victoria... —paladeó Lorenzo, degustando cada letra con calma y buscando palabras en la memoria. Apreciando el aspecto de la mujer que tenía frente a sí, le tomó la mano, no para prodigarle un apretón, sino que se la llevó a los labios y depositó un fugaz beso sobre los nudillos. Luego de soltarla, añadió

con gesto cálido—: Victoria, como la Diosa romana que personifica el triunfo. Victoria esbozó una mueca en tanto su presente la atropellaba: Era una mujer de cuarenta y siete años a la que la flor de la juventud se le había escapado entre los dedos. No tenía pareja y no había tenido hijos; ya no podría tenerlos aunque había sido uno de sus profundos anhelos. *La Diosa romana del triunfo*, pensó con dolor y, en retrospectiva, llegó a la conclusión de que el único triunfo que podía contar en su balance era el haber encontrado a su hermana luego de que desapareciera de la faz de la tierra sin dejar rastro.

Victoria se había empeñado en esa empresa, dedicando todos sus esfuerzos y energía para lograr su objetivo. Y lo había logrado, ¡claro que sí!, aunque le había demandado casi dos décadas y un rosario de sueños perdidos en el camino y en el tiempo. Suspiró.

—De pronto se me ha puesto triste —acotó Baldassare, entonces Victoria parpadeó, volviendo a la realidad y reencontrando frente a sus ojos al caballero del que, por unos cuantos segundos, se había olvidado.

—Lo siento, es que sus palabras me empujaron varios años hacia atrás. Será la edad, no sé, que hace que los recuerdos se tiñan de nostalgia y se empeña en echármelos a la cara una y otra vez.

—¿La edad? ¿Qué edad? Habla como si fuese una anciana, cuando yo veo que está en la flor de la vida.

Esta vez, las palabras de Lorenzo, a Victoria le arrancaron una sonrisa.

—Mire que había resultado galante.

—Y cara dura, lo sé; pero al menos me doy por satisfecho porque con mi atrevimiento pude atisbar por primera vez una de sus sonrisas... ¡Bellísima, por cierto!, que espero no sea la última.

Algo inquieta, Victoria desvió la vista hacia su asiento. Este gesto hizo que Baldassare se dispusiera a hablar. Había adivinado que ella más pronto que tarde se escabulliría y él deseaba impedirlo.

—Y volveré a demostrarle mi arrojo invitándola a cenar. Del salón comedor llega un aroma que promete delicias —resaltó señalando hacia el final del vagón—. Espero me conceda el honor de acompañarme.

—Yo... no sé —titubeó ella.

—¿Acaso no pensaba comer nada hasta llegar a destino?

—No, claro que no es eso.

—Vamos, Victoria, si ambos nos dirigiremos hacia el salón comedor, ¿por qué razón no compartir la mesa? ¿Cuán malo puede ser? Prometo no aburrirla con mi cháchara —dijo, imitando un gesto solemne al llevarse una mano al pecho

y, por segunda vez esa noche, arrancándole una sonrisa a la boca femenina—. ¿Tomo eso como un sí?

—Si tanto insiste... —concedió ella.

Lorenzo sonrió con amplitud y unas pequeñas arruguitas se marcaron alrededor de sus ojos grises. Fue solo entonces cuando Victoria miró, ya no al interlocutor sino al hombre, y un extraño cosquilleo de ansiedad le recorrió el cuerpo. Hacía tanto tiempo que no experimentaba algo así, que creía que a su edad ya no sería capaz de percibirlo. Se sintió extraña, eufórica con el descubrimiento. Desde luego que no pasaría nada entre Baldassare y ella, se dijo; no obstante, le había gustado la sensación al descubrirse admirada por él y quería sentirse tan bien al menos un rato más.

—Como todo buen caballero que se precie, le ofrecería el brazo para caminar hasta el salón comedor; pero temo que con un pasillo tan estrecho y con este traqueteo, la marcha resultaría un caos. Pase usted primero, por favor, que yo la escoltaré a una respetable distancia.

Al llegar al comedor, Lorenzo se adelantó para abrirle la puerta y, una vez dentro, sí escoltó a Victoria del brazo hasta la mesa elegida. Tomaron asiento uno frente al otro y pronto les llevaron la carta.

Durante unos segundos, mientras Victoria leía, Lorenzo pudo observarla con libertad. Nada más verla abordar el tren, su atención se había focalizado en ella y ya no pudo quitarle los ojos de encima. Sin hacer nada extraordinario, Victoria Llorca había destacado del resto de los pasajeros igual que una luciérnaga en medio de un montón de moscas. Su femenina elegancia, sus modos cuasi aristocráticos, la belleza de sus cuarenta y tantos años bien llevados, esos ojos azules impresionantes y esos labios que él quería tanto ver sonreír como probar.

Resultaba probable que otros pasajeros masculinos hayan preferido fijarse en las damas más jóvenes que viajaban ese día en el tren —que él también había mirado, no iba a negarlo— sin embargo, a él lo había encandilado esta mujer madura que aún mantenía la belleza de su juventud y que ahora, sentada al otro lado de la mesa y sin proponérselo, lo seducía.

Baldassare sospechaba que Victoria no era del todo consciente del poder magnético que ejercía: la delicadeza de sus manos al sostener la carta, la forma en que inclinaba la cabeza y el suave movimiento de sus ojos. Sus ojos, otra vez sus ojos.

—¿Ya ha decidido qué ordenar? —preguntó ella en tanto cerraba la carta y la dejaba sobre la mesa. Lorenzo seguía sus movimientos.

Fuera, la noche había caído y las luces interiores dotaban al salón comedor de extremada calidez; la madera oscura del mobiliario también contribuía bastante en la tarea. El traquetear del tren, que en un principio había resultado hasta en cierto punto molesto e imposible de que pasara inadvertido, con el correr de las horas se había fusionado con el resto de los sonidos: El compás de las respiraciones, los pasos, el tintinear de la vajilla, la cacofonía de voces, las hojas volteadas de un libro más allá, y como melodía principal de aquella sinfonía, el traquetear del tren... Cada uno podía destacar si se reparaba en ello en especial, o ser parte de un todo que discurría sin llamar la atención.

—Ojo de bife con puré de papas —indicó él luego de volver a repasar el menú—. Es un plato que me gusta bastante —acotó—. ¿Y usted?

—Pediré pechuga a la plancha con papas al horno. También, es un plato que me gusta bastante.

Lorenzo asintió en el momento en el que el mozo se acercaba; este, al detectar que la dama había cerrado la carta, asumió que los comensales ya habían decidido el menú. Tomó la orden con diligencia. Cuando el mozo se hubo retirado, Baldassare se respaldó en la silla.

—¿Viaja a Córdoba por vacaciones? —se interesó.

—Viajo para quedarme —respondió Victoria con firmeza, alzando los párpados para fijar la mirada en su interlocutor. Desde que se había cruzado con Lorenzo Baldassare en el pasillo, había tenido sus momentos de vacilación: *¿Hago bien en aceptar cenar con este caballero que no conozco de nada? ¿Qué hago aquí sentada?* Y después, preguntas y afirmaciones para darse valor: *¿Qué peligro puedo correr? ¿Que se ponga en tela de juicio mi buena reputación? ¡Por favor, tengo cuarenta y siete años! ¡Cuarenta y siete años! ¡Bien te vendría, Victoria, que tu honor se viera por un momento revolucionado!* Se dijo por fin, con una mezcla de reprimenda, tristeza y burla por sí misma—. ¿Y usted?

—Voy a Córdoba por trabajo. Soy representante de ventas de La Argentina, Fábrica de Papel; la empresa Nacional más importante de este rubro, por cierto.

Al escucharlo, Victoria no pudo reprimir el esbozo de sonrisa que dibujaron sus labios.

—Y como buen vendedor que imagino debe de ser, ahora me hablará de los beneficios de comprarle a usted la papelería para mis cartas, ¿no es así? —bromeó.

—Lo siento, lo siento —se atajó él, divertido, aunque para no desperdiciar el momento, añadió—: Digamos que el discurso me sale solo, pero le prometo que no mencionaré, ni la importancia de esta industria, ni la calidad excepcional de sus productos.

En este punto, ambos carcajearon, atrayendo así la atención de los comensales que se encontraban cercanos a su mesa. Pasado el momento de broma, Victoria le preguntó:

—¿Y le gusta su trabajo? Es decir... La Argentina tiene sede en Buenos Aires, en Zárate si no me equivoco —Victoria lo sabía puesto que la empresa textil de su padre había sido proveedora de La Argentina, con trapos de lino y algodón que ellos utilizaban como materia prima en la elaboración del papel—. No sé, me imagino que esto lo obliga a llevar un estilo de vida nómada debido a la necesidad de viajar con cierta frecuencia para gestionar los pedidos en el interior del país.

—Lo es, Victoria; pero es el trabajo justo para mí, que me defino como un espíritu libre. Me gusta viajar, recorrer nuestro país y también el extranjero, aunque esto último en general por placer y no por trabajo —se enderezó en la silla y con tono sugestivo, le preguntó—: ¿Y a usted, no le atrae este tipo de vida? —sonrió y achicó los ojos—. ¡Le aseguro que es sumamente excitante!

A Victoria se le antojó felino, peligroso por lo atractivo que podía resultar. Pero en ese momento especial de su vida, ella no necesitaba tentarse con propuestas hechas entre líneas por caballeros desconocidos que le hacían sentir, después de tantos años, la adrenalina y la expectación de sentirse deseada. Ella necesitaba calma, reordenar sus ideas, recomponerse. Inspiró profundo y, fingiendo tranquilidad, le respondió.

—Una vida nómada no me atrae en lo más mínimo, señor Baldassare. Verá usted, estoy en un momento en el que necesito reencontrarme a mí misma, echar raíces, ¿no sé si me entiende?

—Tantas veces creemos saber qué es lo que necesitamos y vamos como caballos desbocados hacia esa meta sin permitirnos ver alrededor, contemplar otros destinos. ¿Qué buscamos? ¿Qué busca usted, Victoria? ¿La felicidad? ¿Quién le dice que la felicidad no está en una bifurcación del camino en lugar de estar al final del mismo?

—¿Y ahora me llamará caballo desbocado? —quiso bromear ella. No podía tomar en serio las sugerencias de Baldassare y buscaría evadirlas a toda costa.

—Usted sabe que no es eso lo que quise decir.

La grave voz de Baldassare provocó que a la mujer la recorriera un

estremecimiento a lo largo de la espina dorsal. Procurando calmarse, bebió algunos tragos de vino. El mozo hacía rato que les había dejado la bebida y los platos pedidos, aunque la conversación los había distraído tanto que casi no habían probado bocado; del vino, en cambio, ya habían dado cuenta: la botella estaba a la mitad. Tal vez fue la bebida, pero Victoria resurgió con verborragia incontenible.

—De acuerdo, señor Baldassare, si usted quiere ser directo, yo también lo seré. Necesito... Escúcheme bien: necesito —remarcó la palabra—, volver a Córdoba. Necesito establecerme en ese que fue y será mi lugar en el mundo. Y, sobre todo, necesito pensar solo en mí.

—Victoria, lo siento, no pretendía incomodarla...

—Escúcheme, por favor —lo interrumpió ella—. Durante la mayor parte de mi vida pospuse mis sueños por otras causas, y antes de que se confunda, déjeme aclararle que no me arrepiento. Pero...

En este punto se detuvo, inhalando y exhalando con agitación. Volvió a beber de su copa, la cual Lorenzo se había encargado de rellenar por tercera vez. ¿Cómo podría arrepentirse de las decisiones tomadas cuando ellas la habían llevado a recuperar a su hermana Clara y a su sobrino Juan?, se dijo. No obstante, siempre había un velo suspendido sobre esas alegrías. Era la faceta de su vida, esa que pudo ser y no fue, que se entremezclaba difusa y se confundía con la realidad, que le restregaba a la cara la familia propia que podría haber formado, el amor perdido... posibilidades de hijos que el tiránico reloj biológico le había arrebatado.

—Lo siento... Lo siento —moduló Victoria con angustia y arrepentida de su arrebató. Tenía las mejillas encendidas.

Por sobre la mesa, Lorenzo le tomó la mano, ya no como el seductor nato que era sino para reconfortarla.

—Cuénteme, Victoria. Cuénteme qué le pasa.

—No. ¡Claro que no! ¿Cómo se le ocurre que podría contarle mi vida si ni siquiera nos conocemos? —quiso retirar la mano, él se lo impidió.

—Ya nos hemos presentado, aunque deje que le complete algunos datos: Mi nombre es Lorenzo Baldassare, tengo cincuenta años, soy encargado de ventas de La Argentina, Fábrica de Papel —sonrió y le guiñó un ojo en tanto añadía en tono de guasa—, la mejor del país. Y usted, mi querida amiga, es Victoria Llorca, el mayor enigma con el que me he cruzado en la vida. Y quiero descifrarla, descubrir los motivos que provocan esa sombra melancólica en sus ojos... —reveló.

Ante un nuevo pedido, él accedió a soltarle la mano, pero solo para recorrerle con la vista cada facción, igual que si la estuviera acariciando: la frente, los pómulos, los labios.

—Y al mismo tiempo, quiero descubrir las razones que la harían sonreír. Hoy puede ser el inicio de algo o no serlo en absoluto, eso dependerá de usted. Por mi parte, creo que la respuesta ya ha sido más que clara.

Victoria negó con la cabeza, aunque una fuerza superior la instaba a desahogarse. Jamás había hablado con libertad de sus emociones más profundas, de sus anhelos, de sus frustraciones. Había tomado una gran decisión al abordar ese tren a Córdoba, no obstante, el pasado no se había sentido más liviano. Y de pronto, como si de una revelación se tratase, comprendió que ese nudo que tenía atravesado en la garganta desde hacía tantos años, desde que había caído en la cuenta de que el tiempo no se detenía para nadie y mucho menos podía volver atrás, no se desataría hasta que no dejara salir su historia. Hasta que no la convirtiera en palabras, la aceptara y se reconciliara con ella, no podría seguir adelante. Aún en Capilla del Monte, seguiría estancada treinta años atrás.

—Nací en Barcelona el 14 de mayo del año 1878 —comenzó Victoria, y no le importó decir su fecha de nacimiento, con la cual Lorenzo podría deducir que tenía cuarenta y siete años. Intuía que él ya lo habría supuesto por su aspecto, que si bien era más que aceptable, tampoco era el de una veinteañera. Además, en ese momento, entre copas de vino y el rítmico avanzar del tren sobre las vías, no era su objetivo coquetear. Así como Clara encontró canalizar sus dolores e inmortalizar sus alegrías a través de la redacción de cartas que nunca envió, Victoria lo haría a través de Lorenzo Baldassare. En ese vagón de tren, Lorenzo se había transformado en su psicólogo, su confidente; en su válvula de escape.

»Me crié en La Barceloneta, dentro de una familia de clase acomodada, compuesta por mis padres: Arturo Llorca y María de Gracia Aragón de Llorca; y mi hermana Clara, dos años menor que yo. También estaban mi tía Mercedes, hermana de mi padre, y Teresa, mi abuela materna. Tuve una infancia feliz, no puedo quejarme. Fue con los años, durante mi juventud, que el castillo de cristal comenzó a hacerse añicos. Cuando la tiranía de mi padre y el sometimiento y sumisión de mi madre me mostraron con crudeza las realidades de una sociedad hipócrita y déspota.

»En el año 1894, mi padre creyó conveniente emigrar hacia Argentina. Siempre fue un visionario, eso no puedo negárselo; formaba parte de la

burguesía industrial catalana y vio en este país una oportunidad para invertir en la industria y así aumentar su ya abultado patrimonio. Durante dos años, mi hermana y yo disfrutamos de las bellezas y bondades de las propiedades que mi padre había adquirido: la quinta Los Catalanes, en San Isidro; su mayor orgullo y, sin dudas, mucho más que sus hijas —acotó con tristeza—, y la propiedad ubicada en Capilla del Monte, Córdoba.

Lorenzo dejaba que Victoria hablara, que expusiera ante él sus fortalezas y debilidades. Como había dicho, quería descifrarla, conocer cada pieza del puzle que conformaba la personalidad de esa mujer enigmática que, con cada palabra y cada gesto, despertaba en él sensaciones dispares: en un momento quería consolarla y al siguiente, robarle un beso.

—¿A Capilla del Monte es hacia donde se dirige? —quiso saber.

—Sí. Ese lugar se transformó en mi lugar en el mundo. Me conquistó, me atrapó en sus redes; pero llegó un día en el que tuve que dejarlo atrás...

—¿Habla del lugar o de una persona?

Victoria esbozó una débil sonrisa.

—De los dos.

—¿Un enamorado?

—Mi prometido. El amor de mi vida.

—¿Y cómo llegamos hasta ese punto, Victoria? Me temo que a causa de mis preguntas se ha salteado una parte de la historia —acotó Lorenzo. Volvió a rellenar las copas, iban por la segunda botella de Malbec y la noche recién comenzaba.

—¿O será que es tanto el remordimiento que siento que busco la mínima excusa para evadir este recuerdo?

—No se confunda, Victoria, no evade el recuerdo. Eso está ahí, presente, incrustado en su corazón y en su memoria. Está vivo, late, y se le aparece en todo momento, y se clava igual que un cuchillo... No lo evade, créame, solo esquiva hacerlo palabra.

—¿Por qué siento que no habla solo de mí?

—Porque es así. Porque yo también evado...

—¿Y será que en su ímpetu por evadir, se ha aferrado a un estilo de vida nómada? ¿Será que de esa forma puede mentirse y decirse que es un espíritu libre cuando en realidad todavía hay cosas que lo atan?

—¡Tiempo, tiempo! —clamó Lorenzo entre divertido y asombrado. Incluyó un poco el torso hacia adelante y, con el ceño fruncido, añadió—: ¿Puede decirme en qué momento dejamos de hablar de usted para que pasara a

analizarme? ¡Y lo que es más sorprendente! ¿Cómo ha hecho para interpretarme tan rápido?

—Creo que soy buena para descifrar a los demás, pero no me atrevo a hacerlo conmigo misma... Por eso accedí a esta charla, Lorenzo —el vino había hecho que Victoria se soltara un poco y obviara el formalismo para llamarlo a él por su nombre de pila—, porque necesito que me ayuden, lo reconozco... Necesito que me ayude.

Lorenzo alzó su copa.

—Por eso brindo, Victoria: por esta noche, por usted y por mí; por estas dos almas, estos espíritus que se creen libres y que, al fin de cuentas, no lo son tanto. Y brindo, sobre todo, porque los dos podamos hallar la paz y ese camino que tanto buscamos.

—Donde los pasos nos lleven... —acotó ella.

—Sí, donde los pasos nos lleven —concedió él, y chocaron las copas, que tintinearón chispeantes bajo las luces amarillas y tenues del salón comedor.

—El 20 de agosto de 1896, jueves, fue el principio del fin — retomó Victoria —. Hacía tres meses que había cumplido dieciocho años y mi hermana estaba pronta a cumplir los dieciséis. Ya teníamos cuerpos de mujercitas, pero no éramos más que dos niñas inocentes. No sabíamos nada del amor ni de la atracción física, mucho menos del deseo. ¡Imagínese, Lorenzo, nunca un hombre nos había besado!

»En las tertulias, con jovencitas tan cándidas como nosotras, mirábamos a los caballeros y cuchicheábamos, reíamos como tontas de cualquier insignificancia, nos sonrojábamos ante el roce inocente de las manos. Nos creíamos preparadas para la vida, cuando en realidad no sabíamos nada en absoluto. Hasta que un día en ese grupo surgió un nombre: Wenceslao Baigorria.

—¿El amor de su vida? —se interesó Lorenzo.

—No. Mi peor pesadilla —Victoria bebió de su copa.

Había llegado uno de los momentos más duros de la historia y necesitaba valor. ¿Cómo la juzgaría Baldassare cuando le contara lo que había hecho?, se preguntó. Inspiró en profundidad, luego desvió la vista hacia la ventanilla. Fuera no se veía nada, la oscuridad engullía el paisaje por completo. Tembló. La oscuridad mantenía vívido el recuerdo de Baigorria, el pánico que sintió al ver sus ojos. Buscando escapar, centró su atención en el cristal: allí se reproducía la escena del salón comedor. Victoria se vio a sí misma y al desplazar la vista, vio a Lorenzo. Él aguardaba. Estaba ahí, al menos por esa

noche, para rescatarla.

»Wenceslao Baigorria tenía veintidós años por ese entonces. Luego de una larga estancia en la Capital, había resuelto volver a instalarse en su quinta de San Isidro, situada sobre la barranca del río, a pocas cuadras de Los Catalanes. Nosotras no lo conocíamos pues cuando nos mudamos, él ya no vivía en el pueblo; las otras jovencitas, sí.

»Tras su llegada, las conversaciones solo giraban a su alrededor: Unas comentaban lo guapo que era, que sería un gran partido como esposo pues no solo contaba con su buen ver sino que era el heredero de sus padres, fallecidos tiempo atrás. Además, Baigorria era un as en los negocios y así había multiplicado la fortuna familiar... Pero no faltaron los rumores maliciosos que competían cabeza a cabeza con los anteriores: Que es un demonio; que asesinó a su padre, quien en realidad había fallecido en circunstancias no del todo claras; que un aura oscura lo rodea... Realidad y ficción se entremezclaban entre cuchicheos, pero, ¿qué era realidad y qué era inventiva? Y así, alimentada por fantasías y misterios, la figura de Baigorria crecía en nuestra imaginación.

»Dije que Wenceslao Baigorria era brillante en los negocios y que contaba con una fortuna envidiable. Pues bien, mi padre no iba a dejarlo escapar, desde luego. Arturo Llorca convocó varias veces a Baigorria a su estudio para hablar de negocios, y así llegamos al 20 de agosto de 1896... El 20 de agosto de 1896 —repetió Victoria como ausente—, Clara y yo estábamos en el parque de Los Catalanes. Desde la galería teníamos una vista espectacular de la barranca y del río, más allá. Clara tejía al crochet en su banco preferido. Se le daban bien las labores manuales y era demasiado buena tejiendo con bolillos; en cambio, yo siempre preferí la costura.

»El estudio de mi padre daba a la galería techada. Era la hora de la siesta, por lo que tenía la puerta ventana abierta para dar paso a la brisa perfumada. Como los pesados cortinados estaban descorridos, los aproveché a modo de escondite y desde allí llamé a mi hermana para que se me uniera.

»Conversaban de negocios. Baigorria estaba de espaldas a la ventana. A pesar de su juventud y de que su interlocutor lo doblaba en edad, era él quien manejaba la situación: se lo percibía cómodo, despreocupado, como si estuviese en su propio territorio en lugar de ser el invitado. Entonces escuché cómo mi padre me ofrecía a Baigorria en matrimonio. Me sentí como si no fuese más que un objeto dispuesto en una bandeja de plata; Baigorria solo tenía que estirar la mano, y me tendría... ¡Y yo no podría protestar, esas eran

las malditas reglas del juego! — clamó violenta, indignada—. Mi padre no aceptaba que lo contradijeran y mi madre no intercedería jamás. Mi suerte estaba echada.

—Perdone que la interrumpa, pero me quedó una duda: si en un principio se sentía atraída por Baigorria, o al menos por esa figura idílica que habían creado a partir de las fantasías y rumores, ¿qué fue lo que hizo que de pronto le inspirara este rechazo? Creí entender que era un buen partido.

—Todavía no lo había visto.

—¿Tan feo era? —bromeó Lorenzo.

—Qué curioso... Mi abuela me preguntó lo mismo al día siguiente, en este mismo tren, mientras hacíamos este mismo viaje.

—¿Al día siguiente? ¿Mismo viaje? ¿Acaso Baigorria aceptó la novia que su padre quería endilgarle y usted escapó?

—Sí, fue la solución que creí más conveniente —susurró en tanto los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Se arrepiente de no haberse casado con Baigorria? ¿Lo ama, es eso? — intentó adivinar.

—Me arrepiento de haber huido. Si me hubiese quedado, quizás... —inhaló en profundidad, miró a Lorenzo a la cara, entonces le sonrió débilmente—. Otra vez nos estamos saltando partes.

—Sí, tiene razón. Adelante, continúe —la alentó.

—Antes de proseguir con la historia, es preciso que sepa que nací con un sexto sentido. Este se manifiesta, desde que tengo uso de razón, en forma de presagios, buenos y malos, y también suelo percibir la energía que rodea a la gente o que hay en un ambiente. Es extraño, lo sé, ¡imagínese convivir con esta cruz cada día de su vida! Mi abuela decía que era un don; jamás pude verlo de esa manera.

—¿Y está segura de que no se trata de su imaginación? — quiso saber Baldassare, con los codos apoyados en la mesa. Había logrado tal grado de ensimismamiento, que le pareció conocerla de toda la vida.

—Ojalá lo fuera, Lorenzo; pero las veces que este sexto sentido se ha manifestado, nunca falló... —cerró los ojos durante un breve instante antes de continuar: convocaba a los demonios, a sus demonios—. Mientras mi padre recalca lo conveniente que resultaría nuestro matrimonio y acordaban una cena familiar para esa misma noche, comencé a percibir la oscuridad que rodeaba a Baigorria: secretos, tristeza, dolor... Sentía que me ahogaba, que no podía hacerle frente a tanto. Y también supe, en ese mismo instante, que él

sabía que yo estaba detrás de esas cortinas.

»Cuando mi padre se alejó hacia el mueble licorero, Wenceslao Baigorria volteó el rostro hacia la puerta ventana... y yo me quedé literalmente sin aliento. Era el hombre más guapo que había visto jamás, las muchachas no habían exagerado ni un ápice; pero no quería volver a verlo nunca. Sus ojos negros, de mirada intensa y profunda, me infundieron un terror agónico que se alojó en mis entrañas y que se negó a abandonarme. Él no podía verme, estaba segura; sin embargo, sabía que estaba allí. Vi la burla en sus ojos, en su mueca que no llegó a ser sonrisa; esa suficiencia exasperante que se le escapaba por los poros y que gritaba a los cuatro vientos que él tomaba aquello que deseara.

»Entré en pánico. Mi reacción fue la de correr en busca de refugio. Y, por cierto, no me detuve hasta encontrarme encerrada en mi cuarto. En ese mismo momento urdí el plan perfecto para huir de ese compromiso seguro: Mi abuela Teresa viajaba al día siguiente a Capilla del Monte y, como le gustaba viajar en camarote y pagaba por el compartimiento completo para no compartirlo con desconocidos, no tendría problemas respecto al pasaje. Acompañarla me pareció la solución perfecta. La excusa para hacerlo, llegó sola. Más de una vez había sufrido indigestiones por tomar demasiado chocolate caliente...

En este punto, Lorenzo soltó una carcajada.

—¿Me puede explicar cómo encajan las indigestiones con chocolate caliente en su plan de escape?

—Por supuesto. Es lo que pretendía hacer antes de que me interrumpiera —lo amonestó antes de continuar—: Me metí en la cama y, cuando mi madre vino a comunicarme que esa noche tendríamos un invitado en la mesa, fingí el malestar, el cual me excusó para asistir a la cena a riesgo de que ocurriera un desastre. Mi madre se lo creyó de inmediato, siempre fue fácil manipularla; mi padre lo hacía todo el tiempo y a su antojo —espetó Victoria con rabia—. Sumisa, incapaz de formar una opinión propia, mucho menos de expresarse con libertad. En fin, ya sabe, me resultó sencillo lograr mi objetivo.

»No obstante, sabía que si me quedaba, mi padre seguiría adelante con su idea de matrimonio. Fue entonces que le dije a mi madre que, para mejorar por completo, necesitaba pasar una temporada en las sierras cordobesas. Era *vox populi* que eso era lo que recomendaban los médicos para todas las dolencias.

—Tengo entendido que esa indicación es para prevenir males en los pulmones, como la tuberculosis, no para indigestiones.

—Y es así, pero con lloriqueo y un par de palabras dichas en el momento justo, obtuve mi permiso. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, me

reuní con mi abuela y viajamos juntas a Capilla del Monte.

—Entonces debe de estar contenta, se libró de ese matrimonio indeseado con Baigorria, ¿no es así?

—Me libré, pero al hacerlo condené a mi hermana Clara... Y eso es algo que no puedo perdonarme. Esa misma noche, mi padre creyó que ahora la mejor esposa para Baigorria sería Clara, la pequeña Clara —suspiró con tristeza—. Y Baigorria creyó lo mismo... La enamoró, se comprometieron... Sin embargo las cosas acabaron torciéndose.

Las agujas del reloj seguían avanzando y las copas se vaciaban y volvían a llenarse mientras Victoria le relataba a Lorenzo la historia de amor que vivieron Clara y Wenceslao Baigorria. Cuando finalizó su relato, las lágrimas se deslizaban raudas por sus mejillas.

Lorenzo, que quería consolarla pero la mesa entre ellos se lo impedía, se puso de pie y se trasladó hasta la silla vacía que había junto a la de Victoria. Hizo que volteara hacia él y le tomó las manos. Deseaba abrazarla, no obstante, había reglas sociales que seguir.

—Victoria, ¿de verdad cree que, de haberse quedado en San Isidro, podría haber impedido lo que sucedió entre Clara y Wenceslao?

—No lo sé... tal vez. Pero jamás lo sabré, ¡fui tan cobarde! — se reprendió.

—Era una niña, ¿no se da cuenta? Al percibir el peligro, hizo lo que pudo y lo más sensato: actuar guiada por su instinto de supervivencia.

—¿Y Clara, qué me dice de ella, entonces?

—Si me permite opinar, le diré que creo que Clara no se arrepiente de lo que le tocó vivir. Con cada uno de sus matices: luces y sombras, logros y pérdidas, alegrías y tristezas; pero es su historia de amor, y debe respetarla. Debe aceptarla, Victoria.

—Aceptarla...

—Sí, debe aceptarla —asintió con énfasis.

Lorenzo miró en derredor: en el salón comedor ya no quedaban comensales, solo un mozo que, detrás del mostrador, terminaba de repasar la cristalería. Lorenzo se acercó un poco más a Victoria y la tomó por la barbilla para alzarle el rostro. Ella, que no esperaba ese contacto, se sobresaltó, aunque no buscó rehuirlo.

—Acéptelo, Victoria, y déjelo ir. Debe reconciliarse con esa etapa de su pasado. No puede hacer nada para cambiarlo, tampoco podría haberlo hecho en ese momento porque no dependía de usted. Esa historia no le pertenece, Victoria; esa historia les pertenece a ellos. Solo a ellos. Debe dejarla ir.

Con esas palabras, Victoria rompió a llorar sin consuelo y Lorenzo ya no pudo contenerse. La atrajo hacia su cuerpo y la retuvo con fuerza entre sus brazos. Al principio, la percibió tensa; luego, a medida que el llanto lavaba el dolor, sintió cómo ella fue relajándose hasta calmarse.

—Victoria —susurró Baldassare, al cabo de un rato para llamarla. Temía que entre el cansancio, la cantidad de emociones que había movilizado y el Malbec que habían bebido en abundancia, fuera a dormirse—. No se duerma que todavía tiene que contarme el resto de la historia. La de su amor, ¿recuerda?, ese que dejó en Capilla del Monte.

Victoria alzó el rostro. Se encontraban tan cerca uno del otro. Se sentía embriagada y no podía precisar si se debía al vino o a la exquisita fragancia que se desprendía de la ropa y del cuello masculino, allí donde ella había vertido todas sus lágrimas. Estaba a gusto entre sus brazos: protegida, acompañada... La envolvían igual que un capullo, apacible, reconfortante, donde no podían alcanzarla ni el dolor ni el remordimiento.

—No voy a contarle esa parte de la historia —susurró—. Se ha hecho tarde, y no sé si es por el Malbec, pero tengo la cabeza como entre algodones.

—Quiere evadirlo.

—Tal vez sea eso, aunque a decir verdad, en este momento estoy convencida de que esa catarsis debo hacerla en Capilla del Monte.

—¿Con él? —le preguntó Lorenzo, que se rehusaba a soltarla y, mientras con el brazo izquierdo la aferraba con fuerza, su mano derecha ascendió hasta la cabeza femenina para acariciarle el cabello. Buscó sus ojos, pero ella los mantenía cerrados. Tras bajar la vista, quedó hipnotizado en la forma de sus labios.

—No lo sé. Lo sabré llegado el momento.

—¿Se irá con él, Victoria? ¿Va en su busca?

—Voy para encontrarme a mí misma, ya se lo dije. Ese es mi lugar en el mundo, donde fui realmente feliz. Respecto a Martín... No soy ilusa, han pasado muchos años, Lorenzo, y le he hecho mucho daño. Es probable que ni siquiera desee verme.

—¿Y si se quedara conmigo?

—Sería una locura. Para poder avanzar, tengo que asumir el pasado y llegar al final del camino. Me lo enseñó un gran maestro —abrió los ojos y sonrió al decirlo.

—¿Y yo soy la bifurcación? —preguntó, inclinando la cabeza para acortar un poco más la distancia, tanto que las mejillas ahora por poco se rozaban.

—Sí —dijo con voz ahogada. Con la cercanía de sus cuerpos, se le habían acelerado los latidos del corazón.

—¿Y no habíamos quedado con que las bifurcaciones podían ser buenas? — las palabras precedieron un beso en el cuello y este, al estremecimiento que a Victoria la recorrió entera. Los besos no se detuvieron, ni siquiera cuando ella defendía su argumento.

—Quedamos en que usted es un espíritu libre y en que yo necesito echar raíces. Los dos tenemos que reconciliarnos con nuestro pasado antes de poder avanzar —dijo. Había vuelto a cerrar los ojos y la boca masculina ascendía peligrosa buscando la suya. Hasta que se encontraron voraces, conteniendo la tensión sensual que se había generado entre ellos.

—Volveremos a encontrarnos —le prometió él cuando cortaron el beso.

—Si el destino así lo quiere —replicó ella.

2

Capilla del Monte, Córdoba Viernes 13 de noviembre de 1925

Tras hacer trasbordo en Córdoba Capital, el tren en el que viajaba Victoria arribó por la tarde a la estación de Capilla del Monte. A través de la ventanilla vio el edificio de una planta de estilo Ferroviario Inglés en cuya construcción se había utilizado roca granítica en estructura y muros. En la galería, debajo del techo inclinado con faldón de chapa acanalada de zinc y cerrado en sus tres lados por cenefas, algunos parroquianos esperaban el arribo de sus seres queridos.

Ya en el andén, con las maletas apoyadas en el suelo y sosteniendo con una mano el sombrero para que no se le volara, Victoria alzó el rostro. Todavía había un poco de luz de día, por lo que pudo apreciar el Cerro Uritorco en todo su esplendor; siempre le había parecido magnífico. Inhaló en profundidad

para hinchar sus pulmones con el aire puro impregnado de todos los aromas serranos, y por fin sintió que había vuelto a casa.

Se cerró la chaquetita entallada; estaban en primavera, pero las tardes serranas siempre eran frescas, no importaba la estación que estuvieran atravesando. Tomó sus valijas y caminó hacia la calle en busca de un coche de alquiler que la llevara hasta su finca. Poco más de diez minutos después, Victoria se encontró frente a la puerta de entrada.

Alzó la mano en una caricia, recorriendo el entramado de cuadrados pequeños que conformaba la verja y, durante un breve espacio de tiempo, necesitó apoyar allí la frente. El frío del hierro delgado le atravesó la piel y ella lo recibió con alegría.

He vuelto, murmuró para sí. *¡He vuelto!*, se repitió en una mezcla de euforia y conmoción.

Todas las emociones que había movilizado durante la noche mientras conversaba con Lorenzo Baldassare, y aquellas que habían permanecido guardadas en su corazón, salieron a flote. Al intentar abrir la puerta, le temblaron las manos, que no lograban atinar la llave en la cerradura y lo nuboso de sus ojos no ayudaba en absoluto. Al cabo de varios intentos, cuando por fin logró su objetivo, cruzó el camino de ladrillos rojos con una profunda sensación incrustada en el pecho. Era consciente de que en cualquier momento rompería a llorar con todas sus fuerzas, igual que había hecho la noche anterior en brazos de Lorenzo.

Victoria dedicó un breve pensamiento a Baldassare. Él la había ayudado de maneras que ni siquiera imaginaba. Le había permitido hablar de esa parte de su pasado que tanto la atormentaba, la había escuchado y hecho comprender tantas cosas... Gracias a Lorenzo, Victoria había podido soltar la historia de Clara y Wenceslao; una serie de eventos que, él le hizo ver, no habían dependido de ella y que no debía ni podía retener más. Y, al respecto, se sintió en paz, por primera vez en treinta años, se sintió en paz con su hermana Clara. Además, Lorenzo Baldassare había hecho que se sintiera bella y deseada después de tanto tiempo y eso, por supuesto, había contribuido a recuperar su vapuleada autoestima. Con cuarenta y siete años no le resultaba fácil tener la seguridad que tuvo a los dieciocho. Él había revolucionado sus hormonas, le había mostrado que ella todavía era capaz de incitar el deseo de un hombre, y también de experimentarlo; que aún podía vivir y sentir. Lorenzo supo seducirla, despertarla. De hecho, ese beso que habían compartido todavía lograba alterarla. Había sentido una gran atracción hacia él; no obstante,

Lorenzo había sido eso: el ángel que la rescató de la desesperación, quien le quitó varias piedras pesadas al equipaje que cargaba desde hacía treinta años. Pero Lorenzo era una bifurcación... Y ella necesitaba llegar al final del camino.

Aunque no tenía grandes expectativas respecto a Martín – era realista y creía que él podría haber hecho su vida, además de odiarla, claro– tanto como anhelaba, también temía un reencuentro con él. Martín Núñez había sido el amor de su vida y Victoria jamás pudo superar su separación.

El día que Victoria tomó la segunda decisión más rotunda de su vida, esa cuyo cimbronazo aún hoy repercutía; allí, en aquella casa y en ese pueblo serrano, junto a Martín habían quedado sus anhelos más profundos, sus sueños, el verdadero amor. Y ahora que estaba de regreso, no sabía si tendría la oportunidad de juntar los pedazos y rearmarlos, o si ya se habrían perdido para siempre. *¿Será hora, tal vez, de crear nuevos sueños?*, se preguntó. Tampoco podía saberlo. Con la experiencia, Victoria había descubierto que el destino solía ser caprichoso, impredecible y, hasta cierto punto, irónico.

Sacudía el polvo de los muebles y abría las ventanas para que la casa se aireara. Mientras lo hacía, cada rincón familiar, los aromas y los sonidos, enviaron impulsos a su cerebro, donde las imágenes del presente y del pasado empezaron a jugar de manera peligrosa, fusionándose, confundiéndose.

Victoria se dejó caer en la silla más cercana y, con la vista fija en el movimiento hipnótico de la cortina de gasa hinchándose con la brisa, aceptó el reto de revivir esa otra parte de su vida también. Había aprendido la lección: debía reconocer y aceptar su historia si pretendía que su alma fuera libre de verdad. Debía reconciliarse con su pasado para dejarlo ir y que así el presente la sorprendiera...

Los sueños

3

Capilla del Monte, Córdoba Martes 25 de agosto de 1896

—Victorita, cariño —llamó doña Teresa en tanto se asomaba por la puerta entreabierta del cuarto de su nieta. Llevaban tres días en Capilla del Monte y la jovencita todavía no había terminado de ordenar sus pertenencias.

Victoria volteó el rostro, aunque seguía en puntas de pie haciendo equilibrio en el borde de la cama y con los brazos en alto sosteniendo la valija de cuero marrón que quería guardar sobre el ropero.

—¿Necesita algo, abuela? Ya casi termino —dijo, propinando el último empujón a la maleta. Saltó de la cama y volteó con gesto triunfal, luego se sacudió una mancha de polvo que le había quedado en la manga.

—Sí, cariño, necesito que vayas hasta el correo y despaches esta carta. Es para tu madre, que estará esperando noticias nuestras; ya sabes: cómo nos ha ido en el viaje y cómo va tu recuperación —al decir esto último, la anciana alzó una ceja con intención; la joven procuró hacerse la distraída.

—Deje que me refresque un poco e iré con gusto, abuela. *Uff*, mire, me he llenado de polvo —indicó. Había descubierto una nueva mancha, ahora en la pechera de su vestido.

—¿Y qué quieres, si estás colgándote de los muebles como si fueses un mono? ¡Qué manía la tuya esa de guardar la maleta sobre el ropero!

—¡Ay, abuela, qué cosas dice! —rio con ganas.

Victoria se sentía feliz. Capilla del Monte siempre tenía el poder de infundirle paz, serenidad a su espíritu; y ella lo había necesitado. Al huir de Los Catalanes, y de un seguro compromiso con Wenceslao Baigorria, sus nervios habían sobrepasado los límites. Tres días en las sierras, a pesar de que aún guardaba un resabio de los malos presagios, habían obrado maravillas y estaban devolviéndola a la normalidad.

—Tiyana te acompañará —indicó doña Teresa, refiriéndose a la hija más pequeña de Dominga, a quien los Llorca siempre contrataban al instalarse en la finca de Capilla del Monte, para que se encargara de la cocina y de las tareas domésticas.

—Pero, abuela, ¿si puedo ir sola! —protestó.

—No hay peros que valgan. Las señoritas de bien deben guardar las buenas costumbres incluso cuando están de vacaciones, y sabes que no está bien visto que anden solas por ahí.

—Está bien, pediré a Tiyana que me acompañe.

—La niña ya te espera en la cocina, así que no demores toda la mañana, querida. Después de la siesta quisiera dar un paseo.

—Sí, sí, no se preocupe, abuela; voy enseguida.

—Por cierto, aquí dejo el sobre —indicó la señora antes de retirarse en tanto dejaba la carta a los pies de la cama, encima del cobertor.

Tiyana era una muchacha de doce años, tenía el cabello castaño y unos bellos ojos marrones. De contextura pequeña, flacuchita, semejava un pajarito: *un gorrión de las sierras*, pensó Victoria, tan distinta a la madre, que era robusta como un roble.

Dominga atribuía a las tareas domésticas, las cuales realizaba en forma manual, lo grueso de sus brazos: amasar, moler el trigo, batir kilos y kilos de crema para formar la manteca, hachar la madera para la estufa... La lista era interminable.

De todos modos, uno no debía engañarse con Tiyana porque, así como parecía frágil, la niña era un torbellino.

—Señorita Victoria, si a *usté* no le molesta, ¿podemos pasar por lo del señor Lorenzi? —preguntó la jovencita. Se refería al almacén de ramos generales—. Mi mamá me pidió que compre un poco de azúcar y hebras de té.

—Claro, Tiyana, pasaremos a la vuelta. Primero despacharemos la carta de mi abuela, que si se me olvida, no me salvaré del regaño.

—¡Ay, pero si su abuela es más buena! ¡Mire si la va a regañar!

—Es buena, sí, y muy cariñosa, pero yo la conozco enfadada y créeme que no es agradable de ver.

Tiyana sonrió, era evidente que para ella, doña Teresa y el enojo no podían ir en la misma oración.

Conversando de asuntos triviales, las jóvenes llegaron hasta las oficinas de correo. Subieron los escalones de mármol e ingresaron al recinto. Los postigos de las ventanas estaban abiertos, lo que permitía un excelente paso de

luz natural. Victoria se acercó al robusto mostrador de madera oscura y pronto fue atendida por uno de los empleados. Con las estampillas pegadas en el sobre, lo depositó en el buzón; cada uno de sus movimientos, seguidos por los curiosos ojos de Tiyana.

Pronto salieron de las oficinas de correo y emprendieron el camino hacia el almacén de ramos generales del señor Lorenzi, ubicada frente a la estación del ferrocarril. Fueron necesarios nada más que unos pocos metros de trayecto para que Victoria percibiera que Tiyana era una muchacha muy conversadora. Durante todo el camino, cualquier cosa o persona que se cruzaba, era un disparador para que hiciera un comentario y así iniciara una especie de monólogo en el que su acompañante no podía más que responder con monosílabos o intercalar una breve pregunta.

—Buenas, señor Lorenzi —saludó Tiyana al ingresar al comercio, una edificación en esquina de estilo italianizante, con grandes vanos en las ventanas, basamento conformado por un zócalo de revoque liso y el resto de las paredes de ladrillo a la vista. En el interior se respiraba una mezcla variopinta de aromas que eran despedidos de las bolsas de arpillera de distintos tamaños: café, especias, legumbres, chauchas de vainilla, cascarillas de cacao, mucho más—. ¿Cómo dice que le va?

—*Molto bene, piccolina* —le respondió el hombre en italiano, luego saludó a Victoria—. *Buongiorno, signorina*.

—Buenos días, señor Lorenzi —devolvió Victoria en tanto se arrebuja en el chal de hilo. Gracias a los techos altos y a que el ingreso de la luz del sol era limitado, apenas un poco a través de la puerta de doble hoja, que solía mantenerse cerrada, y de las ventanas sobre las que estaban apoyadas las escobas y otros artículos, el aire se sentía fresco aunque seco, sin la humedad tan propia de Buenos Aires.

—¿En qué puedo ayudarlas? —quiso saber el despachante, esta vez hablando en español.

—Vamos a llevar medio kilo de azúcar y cincuenta gramos de hebras de té, señor Lorenzi —mientras respondía, la muchacha dejó sobre el mostrador la libreta en la que llevaban las cuentas del fiado.

—¿Podrá ser alguna otra cosita? —quiso saber el hombre en cuanto terminó de pesar y envolver el pedido en sendas hojas de papel.

—Por hoy, eso es todo, don —dijo la niña. Aguardó a que el hombre apuntara en la libreta de tapas de cartón la nueva compra y, cuando él se la devolvió, la guardó en la canasta que llevaba—. Que tenga un buen día.

Las jóvenes saludaron previo a dirigirse hacia la puerta. Antes de llegar, vieron que un hombre joven abría desde afuera y aguardaba a que ellas pasaran primero. A su paso, las saludó con una educada inclinación de cabeza y un escueto:

—Señoritas...

—Señor —respondió Victoria, un tanto tensa debido a la escasa distancia que quedaba entre ella y el hombre, cuyo brazo extendido sostenía una hoja de la puerta y sus ojos claros la miraban con evidente apreciación. En el otro brazo, el recién llegado llevaba una canasta de mimbre con varias botellas de vidrio de contenido de color ambarino que habían sido tapadas con corchos.

—Buenas, señorito Martín —lo saludó Tiyana.

Las jóvenes descendieron los dos escalones que antecedían al local, luego cruzaron la calle y recorrieron varios metros por la vereda. Cuando pasaban frente al Hotel Victoria, inaugurado dos años atrás, Tiyana volteó el rostro para asegurarse de que el hombre permanecía dentro del almacén; solo entonces habló.

—Ese era el señorito Martín, el hijo de los Núñez.

—¿De los Núñez? No los recuerdo... —acotó Victoria.

—Pues qué raro, señorita, si los fondos de su casa dan hacia la de los Núñez; cruzando la calle, eso sí.

—Aun así, no alcanzo a recordarlos de mis visitas anteriores... —meditó un momento antes de añadir entre sonrisas—: Lo que no es de extrañar, por supuesto, si tenemos en cuenta que me las he pasado tonteando en el río con Clara en lugar de hacer sociales. ¡Ventajas de la juventud!

La conversación no se extendió demasiado en detalles. Algunas cuerdas después, cuando por la calle General Paz iban llegando a la Avenida de Las Palmeras, Tiyana ya había encontrado otro tema de conversación que le resultaba más interesante. Victoria, sin embargo, dedicó algún pensamiento más al hombre que acaba de conocer: Martín Núñez, según Tiyana le había dicho que era su nombre. No había alcanzado a observarlo en detalle, aunque podía rescatar algunos del encuentro: Le pareció que era bastante alto y fuerte, de cabello rubio bajo la boina marrón, y ojos claros; azules o verdes, no estaba segura. Sus modos, aunque educados parecían toscos, a menos a simple vista y si los comparaba con los de los jóvenes porteños, tan dados a las galanterías y a hacer uso de su tan mentada labia. No obstante, la mirada de Núñez había desprendido cierta calidez.

Al regresar a la casa, Tiyana ingresó a la cocina para llevar a su madre los

artículos que le había pedido. Una vez allí, quedaría a disposición para cualquier recado o tarea en la que Dominga pudiera necesitar su ayuda. En tanto, Victoria pasó de largo la construcción y caminó por el parque.

En las dos primeras hectáreas de la finca, estaba la rica y variada plantación de frutales: membrillos, higueras, manzanos, ciruelos, perales, durazneros, damascos y algunas cepas de vid. La hectárea restante no había sido explotada, por lo que estaba cubierta por espesos pastizales silvestres. Victoria se aventuró a abrirse paso entre ellos; de tanto en tanto, se le enganchaba la falda, así que se zafaba con un suave tirón. Luego se dio cuenta de que los bajos del vestido estaban cubiertos por centenares de agujas delgadas de color oscuro, de cerca de un centímetro y medio de largo. De sus visitas anteriores a Capilla del Monte, sabía que el nombre de esa planta era *amor seco* y que Dominga solía utilizarla en infusión y con zumo de limón en gargarismos para el dolor de garganta y el catarro. En medio del terreno, el molino se alzaba igual que un centinela; sus aspas eran agitadas con bastante violencia pues esa época del año solía ser ventosa y esa mañana no era la excepción. Ante las reiteradas amenazas de que su chal iba a salir volando en cualquier descuido, la joven se lo sostenía con ambas manos.

La curiosidad llevó a Victoria hasta los fondos del terreno, donde un alambrado la separaba de la calle y de la finca de enfrente, propiedad de los Núñez. Con disimulo, echó un vistazo. A primera vista, lo único que podía decir para describirla era que en ella abundaban los árboles; no obstante, notó que no se trataba de frutales. Reconoció algunos algarrobos, espinillos, y otras especies de las cuales ignoraba su nombre. Dispersas entre los árboles y los arbustos de retamas, alcanzó a ver algunas construcciones de madera recubiertas con pintura blanca, de no más de medio metro de altura, aunque desde su posición, no podía distinguir de qué se trataba.

Pasos apresurados a su espalda hicieron que Victoria disimulara el foco de su atención y para ello se concentró en las vistas del Cerro Uritorco. Poco después, oyó que Tiyana la llamaba.

—Señorita Victoria, señorita Victoria.

—¿Cuál es el apuro, niña? —preguntó. La respuesta de Tiyana llegó poco después, aunque no antes de que la joven pudiera recuperar el aliento luego de la carrera de casi trescientos metros.

—Su abuelita la reclama *pa' comer*. Pide que se apure, antes de que el estofado se le enfríe. Y me pidió que le recuerde que quiere dar una caminata después de la siesta.

—¡La caminata! ¡Sí, sí, claro!

—¿Lo había olvidado? —preguntó la muchacha.

Victoria esbozó una mueca.

—Sí, lo había olvidado. Pero, shhh —sonrió tras el dedo que indicaba el gesto de silencio—, no se lo digamos a ella.

Tiyana sonrió cómplice.

—¡Guarde cuidado, señorita, que mis labios están sellados! Porque como dice mi mamá: *En boca cerrada, no entran moscas*.

Entre risas, las jóvenes emprendieron el camino de regreso a la casa. Victoria apenas tuvo tiempo de lavarse las manos y refrescarse el rostro antes de presentarse en el comedor. Sin embargo, gracias a la vasija de barro, el estofado guardaba buena temperatura; lo degustaron pronto. Doña Teresa estaba presurosa por tomar un breve descanso para luego dar el tan mentado paseo; no quería perder tiempo.

Entre una cosa y otra, eran pasadas las cuatro de la tarde cuando Victoria y doña Teresa salieron de la finca. La señora mayor iba tomada del brazo de su nieta; era consciente de que su andar ya no era tan firme, por lo que temía tropezar con alguna piedrecilla del camino. Esa tarde caminaron por los alrededores y a la anciana le gustó tanto la experiencia que, a partir de ese día, tomaron esas caminatas como una sana costumbre.

Una semana después... Lunes 31 de agosto de 1896

—¿Y ya sabe por dónde quiere dar hoy el paseo, abuela? —preguntó Victoria a la anciana tal como hacía cada día en cuanto cruzaban la puerta de calle.

—Hoy caminaremos hasta la casa de mi amiga Inés, que desde que llegamos he querido ir a visitarla, y allí tomaremos el té —respondió la señora, quien había dirigido la marcha hacia el oeste.

—Ah... Creí que hoy preferiría caminar hasta el Calabalumba, como la temperatura está tan agradable...

—¡No, niña, qué va! ¡Con la ventisca que se ha levantado, mejor dejar el río para otra ocasión!

—Abuela, pero en esta época siempre hay un poco de viento —argumentó la joven, quien no tenía ganas de encerrarse dentro de cuatro paredes a hacer sociales, aunque ya habían dejado atrás la esquina y los pasos enfilaban hacia

la finca de Núñez en lugar de hacia el río.

—Pues entonces, habrá que esperar hasta el verano para hacer esas excursiones —dijo la anciana con despreocupación y aprovechando para sostenerse el sombrero con tal de reafirmar lo molesto de la ventisca.

—Y durante el verano dirá que hace mucho calor —masculló Victoria.

—Ya, Victorita, deja de quejarte. Si tanto deseas caminar al aire libre, mañana puedes ir con Tiyana; la niña estará encantada de salir de la cocina.

—Es probable que lo haga —dijo. Una sonrisa se dibujó en sus labios en tanto le daba forma a la idea de hacer un picnic a orillas del Calabalumba. Suspiró. Resignada a pasar esa tarde con las ancianas, quiso saber—. ¿Doña Inés sabe que la visitaremos?

—¡Claro que lo sabe! Ayer acordamos que hoy nos recibiría. Me envió un mensaje con Josefa, la joven que la ayuda en las tareas del hogar —aclaró ante el gesto interrogante de su nieta.

La caminata de seiscientos metros por calles de tierra y piedrecillas hasta la finca de Núñez las había acalorado. Las mejillas de Victoria se veían coloradas y doña Teresa no dejaba de pasarse por la frente y el cuello un pañuelo adornado con puntillas para secarse el sudor. Frente a la verja, la joven hizo sonar la campana; poco después, fueron atendidas por Josefa.

—Buenas, doñitas. La señora Inés las espera en el jardín de invierno —indicó con ademanes. Las acompañó unos metros hasta la galería vidriada que daba al frente de la propiedad y desde donde podía apreciarse, con gran amplitud, una de las laderas del cerro centinela del pueblo: el Uritorco. Al llegar, abrió la puerta y, asomando la cabeza, anunció—: Doña Inés, ya llegaron sus visitas.

—¡Hazlas pasar, Josefa! —clamó la anfitriona con entusiasmo y, poniéndose de pie, recibió a su amiga con un abrazo cariñoso—. ¡Qué alegría verte, Teresa! Y tú debes de ser Victoria —expresó al dirigirse a la joven, a quien tomó de las manos y besó en ambas mejillas.

—Así es, señora. Es usted muy amable al recibirnos.

—¡Oh, pero si es un placer! Sabe Dios cuánto disfruto de las charlas con mi querida amiga. ¡Pero pasen, por favor, tomen asiento donde gusten! —señaló unos silloncitos de rafia dispuestos alrededor de una mesa de madera pintada de blanco—. ¡Josefa, por favor tráenos el té y los buñuelos! —solicitó. La empleada corrió a la cocina para cumplir con la orden de su patrona, en tanto las visitas tomaban asiento.

—Te ha quedado preciosa esta parte de la casa —elogió doña Teresa, apreciando la calidez y los delicados detalles del saloncito.

—Sí, pues, poco a poco he podido darle forma a mis ideas. Martín me ha ayudado bastante con los muebles, a él se le da bien la carpintería, y en mis ratos libres fui haciendo los cojines. Los adornos se fueron comprando aquí y allá —señaló algunos floreros, macetas y estatuillas de porcelana dispuestos de manera estratégica.

—Se te da bien la decoración, ¿me recuerdas a Clara, mi nieta pequeña! ¡Vieras el talento que tiene esa niña!

—Por cierto, ¿no te acompaña Clara esta vez? —interrogó la anfitriona.

Y Victoria, por primera vez desde su partida, sintió una punzada de culpa en el estómago al haber dejado a Clara sin mayores explicaciones. Decidió que debía escribirle a la brevedad para contarle la razón de su huida. Resultaba vergonzoso que luego de diez días aún no lo hubiera hecho, pero la verdad sea dicha, había dejado pasar los días ocupando la mente en otras actividades y pensamientos.

—No, en esta ocasión no fue posible. Te digo más, Inés, que Victorita me acompañara fue decidido sobre la marcha. Pero no faltará oportunidad de traer a Clara, al fin y al cabo, planeo quedarme en las sierras hasta finales del verano, al menos —respondió Teresa, luego se llevó la taza humeante a los labios.

—¡Por supuesto! La temporada veraniega es larga y ni siquiera hemos entrado en primavera, ¡mira si no habrá tiempo! —descartó el asunto la anfitriona—. ¿Y a ti, cariño, se te dan bien las labores manuales? —preguntó Inés a Victoria con la intención de incluirla en la conversación.

—Tejo al crochet y la abuela me está enseñando costura.

—¡Pero qué bien, Teresa, tendrás una modista en la familia!

—Al menos podré traspasar mi legado —carcajeó Teresa, orgullosa de transmitir sus enseñanzas a una de sus nietas.

La tertulia se extendía inexorable entre tazas que volvían a rellenarse una y otra vez, y buñuelos tibios que desaparecían del plato entre parlamento y parlamento. Victoria observó a su abuela: la notó feliz, por lo que se guardó sus deseos de terminar la visita y regresar a la casa a escribirle a Clara o a leer un libro en la galería, o lo que fuera.

—Doña Inés, ¿me permite pasar al tocador? —pidió en cambio.

—¡Claro que sí, cariño! Sal por esta otra puerta, dobla a tu derecha y sigue por la galería cubierta hasta el fondo. Es la última puerta que verás —indicó la mujer.

Victoria siguió las primeras instrucciones; no obstante, no llegó hasta el

tocador. En cuanto salió del jardín de invierno, donde los sonidos parecían no traspasar los vidrios, escuchó el raspar constante de una lija. Unos pasos más allá, cuando transitaba por la galería, divisó bajo un árbol, sentado en un banco, al hombre con el que una semana atrás se había cruzado en la puerta del almacén del señor Lorenzi. Él no la vio de inmediato, lo que le permitió a Victoria observarlo con mayor detalle.

En esta ocasión Martín no llevaba boina, entonces, su cabello lacio peinado sin fijador, caía en apariencia suave sobre frente y orejas. Los hombros y los músculos de los brazos tensaban la camisa de franela azul marino en cada movimiento que él hacía al lijar la madera. Victoria, sumida en una especie de hipnosis, se encontró imposibilitada de apartar la mirada. Y así fue como él la descubrió cuando, con lentitud, alzó la cabeza. Se sorprendió al verla.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —le preguntó.

—Yo, eh... —titubeó nerviosa. Echó un vistazo hacia el final del corredor. De manera inconsciente se había detenido; en ese momento lo notaba—. Iba hacia el tocador...

—¡Ah, pues!, queda al final de la galería —indicó Martín, señalando hacia el lugar—. La última puerta —añadió.

—Sí, gracias —musitó Victoria. Se dispuso a continuar con su camino.

—¡Espere! —pidió Martín. Lo que ocurrió en tanto, fue una sucesión de movimientos apresurados: apartó la lija y el artefacto en el que había estado trabajando y se puso de pie, en forma tan arrebatada que su coronilla impactó contra una rama baja del árbol—. ¡Ouch! —clamó llevándose, por acto reflejo, las manos a la cabeza y doblando un poco el torso.

Al ver lo ocurrido, Victoria corrió hacia él y solo se detuvo cuando sus dedos estaban a menos de tres centímetros del cabello rubio.

—Lo siento —dijo, apartando la mano con rapidez e invadida por la vergüenza—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, no ha sido nada —minimizó él el asunto. Volvió a tocarse la coronilla, luego se miró la palma para comprobar si sangraba—. No me he lastimado.

—Bueno, si usted se encuentra bien, entonces iré al tocador, que es hacia donde me dirigía.

—No, por favor, espere un momento —volvió a detenerla, esta vez tomándola del antebrazo. Ella dirigió una mirada donde él la tocaba, aunque no se apartó—. Todavía no nos presentamos como corresponde. Soy Martín. Martín Núñez.

—Victoria Llorca —se presentó ella.

Sin cortar el contacto visual, Martín deslizó la mano a lo largo del antebrazo femenino hasta tomarle la mano; entonces se llevó los nudillos a los labios, donde depositó un rápido beso que a la joven le anudó el estómago.

—Es un gusto conocerla por fin, Victoria.

—Sí, es un gusto también para mí —dijo ella, luego se soltó y en un gesto inconsciente se tomó las manos. El tacto rústico de él la había conmovido de manera especial; pues las manos de Núñez, manos de alguien acostumbrado a las tareas pesadas y al trabajo artesanal, en nada se parecían a las suaves y delicadas de los jóvenes de la élite porteña.

—Entonces usted debe ser la nieta de doña Teresa. Mi madre me anunció que la visitarían esta tarde.

—Lo soy. Mi abuela y doña Inés siguen poniéndose al día con los acontecimientos ocurridos durante los meses en los que no se vieron.

—Entonces tienen para un buen rato —acotó él con picardía, y ambos rieron con cierta complicidad.

—¡Ya lo creo!

Pasados los nervios iniciales, Victoria se percató de que le resultaba agradable la compañía de Núñez.

Un silbido llamó la atención de la joven. Martín, que también lo había escuchado, sacó un trapo que colgaba del bolsillo delantero de su pantalón y con este tomó la pava que sobre el calentador humeaba y silbaba con furia. La apoyó sobre una piedra.

—Venga, acompáñeme con unos mates —la invitó mientras vertía yerba en el recipiente del que asomaba una bombilla. —Yo... es que...

Martín alzó la vista sin levantar por completo la cabeza y con esta apenas inclinada, lo que provocó que unas hebras de cabello cayeran sobre su frente y tocaran uno de sus párpados; un gesto que Victoria le había visto repetir y que encontró encantador.

—No va a decirme que nunca tomó mate, ¿no?

—Eso es justo lo que iba a decirle. He visto que Dominga lo toma, con cedrón y no sé con qué más, pero nunca me he animado. Además... —miró con desconfianza la bombilla—, ¿no es antihigiénico?

Martín soltó una estruendosa carcajada.

—¿Antihigiénico? ¡Esa palabra por estos pagos se escucha poco y nada! Se nota que usted es de la ciudad.

Victoria dio un respingo.

—¡Bueno, con mi comentario no pretendía ser objeto de burla!

—Disculpe si la ofendí, por favor. Le aseguro que no fue mi intención burlarme, solo que me causó gracia. ¡Pero venga, siéntese acá! —señaló el banco en el que antes había estado él.

—No sé... —indecisa, miró hacia el frente de la propiedad, donde a la vuelta estaba emplazado el jardín de invierno—. Mi abuela me echará en falta.

—Pierda cuidado que en ese caso mi madre mandará a Josefa a buscarla. Venga, siéntese —repitió y, mientras resguardaba la cabeza de Victoria con sus manos, le indicó—: Tenga cuidado con las ramas bajas, ¡atacan a los desprevenidos y golpean fuerte! —bromeó y ambos rieron. El ambiente había vuelto a distenderse.

Martín se sentó frente a Victoria sobre un tronco caído, a no más de un metro de distancia. Bajo la copa del algarrobo, el suelo se veía desprovisto de pasto, la tierra desnuda mezclada con piedrecillas, ramitas secas y alguna que otra algarroba. No obstante, se notaba que el lugar había sido acondicionado de manera estratégica como sitio de estar, con el banco de madera y rodajas altas de troncos para ser utilizadas a modo de asiento; también había dos rocas de buenas dimensiones que bien podían servir de mesa, tal como en la que se había apoyado la pava.

Martín vertió un poco de agua junto a la bombilla, aguardó unos segundos antes de echar otro poco. Con sorbos largos tomó ese mate, el primero de la cebada, que en general resultaba más fuerte en comparación con los siguientes.

—Lo ideal sería acompañarlos con unos buenos pastelitos de membrillo —dijo, haciendo referencia a la infusión—, pero por esta vez se los voy a deber. Será para la próxima...

—Esos sí que los he probado y me encantan —señaló Victoria que, aunque captó en las palabras de Martín la posibilidad de un nuevo encuentro, prefirió no acusar recibo—. Dominga hace unos pastelitos que son para chuparse los dedos.

—Doy fe de que son los mejores de toda la región —asintió él—. Cada tanto me consiente con alguno. Bueno, ahora sí, si este será su primer mate, tendré que esmerarme para que le cause una buena impresión —comentó con tanta calidez que se reflejó en su mirada, la cual no perdía oportunidad de cruzar con la de Victoria.

—Veremos qué tal es esta famosa infusión, a ver si realmente es merecedora de tanta alharaca que se le hace —acotó ella, que todavía se veía renuente, aunque en su interior no negaba sentir cierta expectación.

Martín sonrió como toda respuesta. Añadió una cucharadita de miel y unas

hojitas de peperina al mate de madera antes de verter el agua de manera que una parte de la yerba siempre quedara seca y el resto se viera especialmente espumoso. Entonces se lo alcanzó a la joven.

—Este es un verdadero mate cordobés, con aroma y sabor bien serrano —explicó orgulloso—. No dudo de que vaya a gustarle.

Y Martín no se equivocaba. Lo primero que atrajo a Victoria fue el aroma fresco, tan particular de la peperina, que se alzaba en volutas humeantes que juguetonas alcanzaban su nariz. Y al sorber por la bombilla, el líquido caliente, dulzón y delicioso, terminó de conquistarla. Martín lo adivinó por su semblante, que presentaba una mezcla de sorpresa y feliz descubrimiento, y en los ojitos entrecerrados de deleite.

—Y cayó nomás bajo el influjo del mate, ¿no es así?

—No imaginaba que fuese tan delicioso, mucho menos que fuera a gustarme tanto —confesó—. Me parece que a partir de este momento pasará a ser mi bebida favorita, ¡y mire que el chocolate caliente es bastante difícil de desbancar!

—Es que las sierras cordobesas tienen eso: enamoran con los paisajes, con los aromas y los sabores tan particulares. Pero sobre todo, saben grabarse fuerte en la memoria y en el corazón. De ahora en más, cuando huela peperina, se va a acordar del primer mate que tomó. Y yo, recordaré esta tarde que compartí con usted... —susurró. Cuando Victoria le devolvió el mate vacío, Martín le rozó la mano en una caricia que podía interpretarse tanto accidental como adrede.

Victoria no quería detenerse a pensar, aunque no podía evitarlo. Las palabras de Martín, su caricia furtiva, las miradas, el entorno, los aromas; todo conformaba un cuadro de ensueño y potenciaba las sensaciones que él despertaba en ella. Pero también era cierto que estaría en Capilla del Monte durante una temporada y luego volvería a San Isidro. Teniendo esto en cuenta, llegaba a la conclusión de que lo más sensato era que no se dejara llevar por la innegable atracción que sentía por él, pues entre ellos no habría más futuro que para una amistad.

—¿Qué hacía antes de que yo apareciera para interrumpir su trabajo? —preguntó Victoria para desviar la conversación. Martín se cebó un mate y entre sorbo y sorbo, le explicó:

—Lijaba una colmena. No sé si sabe, pero somos una familia de apicultores, aunque ahora que mis padres están mayores, soy quien se encarga de casi todas las tareas —señaló la caja—. A esta le falta lijar una de las paredes y

después pintarla por fuera, entonces estará lista para recibir un nuevo enjambre.

—¿Por dentro ya está pintada?

—Por dentro no se pintan; son las mismas abejas las que se encargan de untarlas en el interior con los propóleos; las hace impermeables.

—¡Qué inteligentes que son esos bichitos! ¿Y a las colmenas las tienen aquí, en la finca? Me pareció ver de esas cajas cerca de los fondos...

—Sí, claro. Todo el predio está acondicionado para ello. Excepto esta parte cercana a la casa, donde fue desmontado, el resto del terreno está conformado por bosque nativo con algarrobos, espinillos, eucaliptos, arbustos y hierbas aromáticas como tomillo y romero, de los cuales las abejas sacan el néctar con el que elaboran la miel. ¡El mundo de las abejas es apasionante! ¡Si supiera lo inteligentes que son y lo bien organizadas que están!

—¡Qué maravilla! ¡Y qué vergüenza lo mío!, lo más cerca de la apicultura que he estado, es cuando mi abuela compra botellas de miel —bromeó.

—Si gusta, un día de estos la llevo a recorrer la finca, para que conozca un poco más —ofreció él junto con un nuevo mate.

—¿De verdad? ¡Eso me encantaría!

—Mañana no puedo, le prometí a mi madre hacerle unos mandados; pero si a usted le parece bien, podría ser pasado mañana, el miércoles, a la hora de la siesta.

—¡Por mí está perfecto! Aquí estaré sin falta —prometió, y obtuvo una cálida sonrisa como recompensa.

—Señorita Victoria —la llamó Josefa, quien había aparecido en la galería sin que ninguno de los dos se percatara—. Su abuela la reclama. Ya quiere volver a la casa.

—Por favor, Josefa, dile a mi abuela que iré de inmediato —indicó. Cuando la joven ayudante se alejó, Victoria volvió a mirar a Martín—. Tengo que retirarme —dijo en tanto se ponía de pie; él la imitó enseguida—. Le agradezco por los deliciosos mates y por la charla tan instructiva.

—No hay nada que agradecer, señorita; en tal caso, el agradecido por su compañía soy yo —respondió él; ella se sonrojó un poco. Martín le tomó la mano para besarle los nudillos y la retuvo en tanto confirmaban la cita—: La espero el miércoles a la hora de la siesta, entonces.

—Aquí estaré —prometió.

Con las sensaciones latentes del último beso de Martín en su mano, Victoria volvió a reunirse con Teresa e Inés, quienes esperaban por ella para dar por

finalizada la tertulia. Camino a casa, la abuela no pudo contener las ganas de mofarse de su nieta.

—Parece que el tocador de los Núñez quedaba más lejos de lo que creíamos. Cómo has tardado una eternidad en regresar...

—¡Qué dice, abuela! ¡Tampoco he demorado tanto! —respondió nerviosa—. Solo unos minutos. Es que ustedes estaban tan enfrascadas en la conversación, que no han tenido un estricto control del tiempo.

—¡Mjhf! —fue la respuesta de la anciana: un sonido gutural indescifrable e imposible de interpretar, dado que no se podía saber si se creía o no la excusa de su nieta.

—Cuidado con ese pozo —señaló Victoria para que su abuela no fuera a pisar mal y doblarse el tobillo. La calle tenía varias irregularidades—. A ver, cuénteme qué chismes le contó doña Inés —pidió cuando se aseguró de que la anciana no trastabillaría.

—De todo un poco, aunque el tema más redundante de la conversación fue que quiere casar a su hijo más pronto que tarde. Dice que quiere ver nietos antes de morir.

—¿Su hijo? ¿Se refiere a Martín?

—Al mismo. Ese es el único hijo que tienen los Núñez. Inés y Pedro lo tuvieron de grandes, por lo que después ya no fueron bendecidos con la gracia de otro niño.

—Entiendo...

—¿Qué es lo que entiendes? ¿Acaso mis palabras te han brindado alguna revelación interesante? —interrogó sarcástica.

—Nada, abuela. Es que Martín me ha contado que ahora que sus padres se han puesto mayores, es él quien se encarga de todas las tareas de la finca. Es decir, si tuviera hermanos, compartirían las labores, digo...

Doña Teresa le echó un vistazo con una ceja alzada en gesto inquisitivo.

—Así que han estado hablando...

—Pues nada, apenas un cruce de palabras —minimizó la joven. Ante el gesto de su abuela, tuvo que añadir—: Me ha visto de camino al tocador, se presentó y apenas si conversamos. ¡No podía comportarme como una persona mal educada y seguir de largo! ¿No le parece?

—Por supuesto que no, cariño. ¡Válgame Dios que dejaras mal parados a los Llorca! —ironizó la anciana—. Pero dime, ¿qué te ha parecido el joven? ¿Te ha resultado agradable?

Victoria se detuvo para observar a su abuela. La anciana no tuvo más que

imitarla dado que iba aferrada a su brazo.

—¿A qué viene esa pregunta? —quiso saber.

—¿Curiosidad?

—¡Abuela! —le llamó la atención, luego retomaron la marcha.

Llegando a la esquina, las damas sintieron el retumbar de la tierra bajo los cascos de un caballo. El jinete, un vecino de la zona, las saludó con seriedad al pasar frente a ellas, quitándose el sombrero con la mano derecha e inclinándose ligeramente hacia adelante. Ellas respondieron con una leve inclinación de cabeza. Cuando el hombre se alejó, al reanudar la conversación, la anciana explicó:

—¡Bueno, bueno! La verdad es que a Inés le has gustado como nuera y está dispuesta a incitar vuestro compromiso.

—¿Como nuera? ¿Pero qué tonterías dice? ¡Apenas hemos cruzado un par de palabras; además, de un momento a otro volveré a San Isidro!

—No si Martín Núñez te gustara lo suficiente como para convertirte en su esposa... En ese caso, podrías permanecer en Capilla del Monte mientras dure el noviazgo y ya hacer tu estancia permanente una vez que estén casados.

—¡Ah, pero veo que con doña Inés ya han planeado hasta nuestra luna de miel!

—refunfuñó Victoria, a quien la indignación le recorría el cuerpo.

—Pues te mentiría si te dijera que no. Conozco a Martín Núñez y me gusta para nieto. Haríais una bellísima pareja.

—¡Qué descaradas las dos!

—Apíadate de estas dos viejas, jovencita, que una quiere ser abuela y la otra bisabuela antes de reunirse con el Creador.

—¡A usted le queda tiempo de sobra!

—No creas, niña, que cada día tengo más achaques —se victimizó doña Teresa, a lo que su nieta respondió con un bufido y negando con la cabeza, segura de que su abuela sobreviviría a varios de los de la familia.

Una vez dentro de la casa, Victoria acompañó a doña Teresa al dormitorio, donde la anciana tomaría un breve descanso antes de la cena. Ella aprovechó ese tiempo libre para garabatear unas líneas a su hermana Clara; le urgía explicarle la razón de su repentino viaje. Los recuerdos de esa tarde y las palabras de su padre, oídas a escondidas, en las que la había entregado en bandeja a Wenceslao Baigorria si él quería tomarla por esposa, aún retumbaban con fuerza en sus oídos y le estremecían el cuerpo de terror.

Victoria espío dentro del estudio. Su padre había desaparecido de la vista pero se oían su voz y los sonidos propios del cristal y del líquido

llenando una copa.

—Espero que aceptes mi invitación para cenar esta noche, Wenceslao, así podrás conocer a mis hijas, que son de muy buen ver y que, por cierto, Victoria ya está en edad casadera... Y tú también. Intuyo que la de ustedes dos sería una magnífica alianza.

Al oír esas palabras, a Victoria se le aceleró el corazón. Su padre había estado muy lejos de ser sutil al hacer esa sugerencia. Permaneció oculta, aguardando la respuesta del invitado, que también la atañía a ella.

Wenceslao Baigorria seguía reclinado en la cómoda silla. Como en un gesto aprendido de memoria se llevó el puro a los labios, luego, con despreocupación, exhaló una voluta de humo que se alzó hacia el techo alto de la estancia. Victoria lo vio esbozar una media sonrisa antes de asentir con la cabeza y de responder.

—Será un placer, Arturo. Nada me agrada más que conocer a sus hijas. Un sudor frío recorrió la espalda de la joven y sus piernas se aflojaron cuando él, con lentitud agobiante, volteó el rostro hacia la cortina. Baigorria no podía verla, Victoria estaba segura; no obstante, percibía que él sabía que allí había alguien y, en ese momento, el aspecto de él le infundió temor.

Aun a la distancia, Baigorria seguía infundiéndole un profundo temor, y su sexto sentido, el cual nunca se equivocaba, le decía que él solo le traería desgracias. Su instinto de supervivencia había hecho que huyera de inmediato y con ello había postergado los deseos de su padre. Tal vez no fuera mala idea un compromiso con Martín Núñez, meditó. Sería una excelente opción para desalentar la idea de su padre y así mantenerla a salvo. Además, debía reconocer que Martín le había gustado. Su mirada cálida en nada se parecía a la de Baigorria: oscura, insondable; la mirada de un demonio, de quien corrían los rumores más espantosos.

Martín Núñez sería un marido perfecto. Sería su salvación. Cuestiones menos importantes habían sido la base de otros matrimonios; así, pues, su fundamento sería tan válido como aquellos.

Capilla del Monte, Córdoba Miércoles 2 de septiembre de 1896

Como el día anterior había amanecido nublado y fresco, Victoria tuvo que cambiar sus planes de hacer un paseo hasta el río Calabalumba. En cambio, había dedicado la mañana a tomar una clase de corte y confección con doña Teresa.

La anciana le había hecho confeccionar el molde de una blusa, tarea que a la joven no le había llevado demasiado tiempo dado que se le daba muy bien, y por la tarde había ido hasta el centro del pueblo para comprar un trozo de género. Había elegido una delicada muselina color crema que quedaría muy bien con algunas flores color pastel bordadas en el cuello. Su mentora le había dicho que en la próxima lección cortaría la prenda y eso la mantenía entusiasmada. Tal vez pudiera estrenar la blusa en alguna futura salida con Martín Núñez. Por lo pronto, había llegado el esperado día y en minutos más debía encontrarse con él. La expectativa y los nervios hacían estragos en su estómago.

Victoria esperó hasta que su abuela se hubiera retirado a dormir la siesta, luego se arrebujó en un chal. Ese miércoles el clima no difería con el del día anterior y las nubes impedían que el sol calentara esa tarde de fines del invierno. Salió a la calle y, apretando el paso, caminó hasta la finca de sus vecinos. Martín la esperaba en la vereda; al verla llegar, fue a su encuentro. — No sabía si vendría —le confesó él su inseguridad. —¿Cómo cree que me perdería esta excursión? ¡Recuerde

que ha prometido contarme todos los secretos de las colmenas! — respondió ella con entusiasmo, quizás demasiado, que bien podía atribuirse a que la expectación que había tenido durante todo el trayecto sumado al impacto que le provocó descubrir que él la esperaba en la vereda, elevó sus niveles de adrenalina a límites insospechados. Habían aumentado su ritmo cardíaco y su respiración; se sentía eufórica.

—No se preocupe que no lo he olvidado —le aseguró.

Los ojos masculinos encontraron los suyos y la atravesaron. Martín no exteriorizó sus pensamientos. No fue necesario, habían sido explícitos y a través de su mirada, que aunque intensa no había dejado de ser cálida, le dejó saber que no había olvidado ni un solo segundo de los que habían compartido. Victoria comparó la sensación que le provocó esa mirada, con rayos de sol: la

hacía sentir reconfortada, como cuando tu cuerpo está helado y te acercas al fuego

—Venga, comencemos el paseo —sugirió él, e ignorando las sensaciones que despertaba en ella, las acrecentó al apoyar una mano en la cintura femenina para conducirla a través de la puerta.

La joven miró hacia el ingreso principal de la casa cuando notó que Martín pasaba de largo.

—¿No cree que debería saludar a su madre? —quiso saber, dubitativa. Núñez negó con la cabeza.

—Podrá saludarla más tarde. Mi madre a esta hora está durmiendo la siesta. Durante el almuerzo mencionó que le dolía la espalda y que se sentía un poco cansada.

—¡Oh!, espero que doña Inés no se encuentre enferma.

—Espero que no —acotó él. Para tranquilizarla, añadió—: Mi madre nos aseguró que es el mismo malestar que la aqueja cada vez que se queda más horas de las debidas con alguna labor de costura. Le ofrecí ir en busca del médico, pero prefirió que Josefa le frotara la espalda con alcanfor y recostarse algunas horas.

—De todos modos, Martín, le aconsejo que esté atento y que si el malestar persiste, busque al médico. Tanto su madre como mi abuela ya son mayores y, si bien son muchos sus achaques, también es cierto que pueden estar más propensas a caer enfermas.

—Pierda cuidado que así es como procederé.

En tanto conversaban, habían rodeado la propiedad y pasado junto al algarrobo bajo el que tomaran mate dos días atrás. Martín siguió caminando en dirección a un cobertizo de madera; en tanto, la charla se volcó hacia la excursión que tenían prevista.

—Si bien para esta época hay muy poca actividad en las colmenas, no quiero arriesgarme a que alguna de las abejas pueda picarla. Debemos ponernos unos ropajes especiales —explicó.

—¿Unos ropajes especiales? ¿De qué se trata?

—Son prendas cerradas que impiden el paso de las abejas. Ellas son muy inteligentes y si quieren picarla, encontrarán cómo acceder hasta las partes que más les gusta atacar: brazos, manos... —Al llegar al cobertizo, Martín abrió la puerta, entonces le pidió—: Pase. Aquí es donde guardo todos los utensilios y las ropas especiales para trabajar.

Al quedar la puerta abierta, se filtraba un poco de claridad del exterior. Martín

encendió un farol con cuya luz la joven pudo distinguir mejor lo que allí se guardaba. El recinto, aunque sencillo, claramente denotaba que era un lugar de trabajo, se percibía prolijo y pulcro, con varias herramientas que ella jamás había visto. Predominaba el olor de la madera con un dejo de la fragancia de la miel. Cerca de una de las paredes había algunos cajones como el que Martín había estado lijando bajo el algarrobo —él le había dicho que se trataba de colmenas—, aunque estas se veían usadas a diferencia de aquella, notó la joven.

—¿En esas hay abejas? —preguntó con un poco de recelo, señalando los cajones apartados.

—No, no tema, esas están vacías; las tengo aquí para restaurarlas. Para que los enjambres produzcan más y no se enfermen, las colmenas siempre deben estar en buen estado, así que pasado un tiempo vuelvo a lijarlas, les cambio algún tablón o les hago los ajustes que considere necesarios y finalmente vuelvo a pintarlas por fuera.

—Por dentro ellas mismas las recubren con propóleos —acotó Victoria, demostrando que recordaba sus palabras. Él la recompensó con una ancha sonrisa y con un elogio.

—¡Así es! Intuyo que haré de usted una excelente apicultora. Y eso me recuerda que debemos prepararnos para el paseo — dijo.

Volteó sobre sus pies y se dirigió hacia un robusto baúl de madera de tapa plana que había detrás de la puerta de ingreso. Alzó la tapa y sacó de allí varias prendas de color blanco; dejó algunas sobre la tapa del baúl, el cual había vuelto a cerrar, y las otras dos se las entregó a la joven.

—Comencemos con esto. Debe ponerse el pantalón, cuidando de ajustar bien el lazo de la cintura. El saco debe ir dentro del pantalón. Luego le indicaré cómo va el resto.

—¿Puedo ponerme estas prendas debajo del vestido? —quiso saber. Su voz titubeante demostraba que la situación había comenzado a inquietarla.

—No, Victoria. El traje especial es para evitar todo contacto con las abejas. Si usted se lo pone debajo de su ropa, nada impedirá que esas pequeñas se escabullan entre los pliegues de su falda y que la piquen en cuanto se quite los pantalones.

—¡Oh!, pero...

—Puede cambiarse en el baño, si lo desea. O podemos suspender la excursión, pero de ninguna manera la expondré a sufrir un accidente. Aunque no es una regla, con la experiencia he comprobado que en días nublados las

abejas pueden estar más irritadas, y aunque hoy fuese un día de sol radiante, sería un irresponsable si la llevara hasta el predio sin la protección adecuada. Usted decide —concluyó con firmeza.

Victoria suspiró. Sabía que no podía comportarse como una niña caprichosa. En el tono de Martín había notado una determinación apabullante. Si no accedía a cambiarse de ropa, a pesar de su pudor, Martín pondría fin a la excursión y en ese momento lo único que ella deseaba era pasar más tiempo con él.

—No, por favor, no suspenda el paseo. Le prometo que haré lo que usted me indique —cedió. Él asintió con la cabeza.

—Vaya a cambiarse, entonces —habló él, ya con un tono de voz amable. Antes de que ella se alejara, se atrevió a tomarle la mano y, mirándola a los ojos, le prometió—: No se preocupe que todo saldrá bien. Jamás permitiría que algo malo le pasara.

Victoria creyó que se quedaría sin aire. Inhaló en profundidad antes de dar media vuelta y salir con pasos apresurados hacia el tocador. Entre sus brazos aferraba con fuerza las prendas. Se sentía nerviosa, pero de una manera que jamás había experimentado. Su corazón latía enloquecido.

En cuanto Victoria se encerró en la *toilette*, apoyó la espalda en la puerta y cerró los ojos. El tacto de Martín sobre su mano y la mirada cargada de ternura que le había dedicado, aún le hacían cosquillas en el alma.

Alzó los párpados con energías renovadas y se dispuso a la tarea de vestirse. Observó la ropa: era holgada, pero de ninguna manera podía dejarse el vestido y las enaguas debajo dado que resultaría por demás incómodo. Se quitó esas prendas, también los zapatos al ver que el pantalón no tenía aberturas en las mangas con el objeto de cubrir los pies. En cambio conservó puesta la ropa interior y el corsé. Se apresuró a ponerse el saco a través de la cabeza y sobre este, los mencionados pantalones; entonces ajustó los lazos de la cintura tal como se le había indicado. Al completar la tarea se miró en el espejo de medio cuerpo: se sintió ridícula y al mismo tiempo osada; jamás había vestido ropas de ese tipo. El pantalón, que parecía confeccionado en cuero blando, si bien no era ajustado, dejaba expuestas las líneas de sus piernas y el trasero. Sus mejillas enrojecieron de inmediato al notar la curvatura de sus nalgas tan a la vista. *¡Caramba, si mi padre me viera vestida así, me encerraría de por vida!*, murmuró. No dedicó mayor pensamiento a Arturo Llorca; él se encontraba a ochocientos kilómetros de distancia, por lo que no la vería. El único que sí lo haría sería Martín, y aunque se moría de

vergüenza, no se echaría atrás. Estaba decidida a vivir esa aventura. Volvió a calzarse y salió del tocador llevando ahora el vestido y las enaguas en las manos.

Al ingresar al cobertizo, la joven encontró a Núñez sentado sobre la tapa del baúl, inclinado hacia adelante, ajustándose los zapatos de tipo brodequines. Al oírla llegar, Martín alzó la cabeza y unas hebras de cabello cayeron sobre uno de sus ojos. Victoria sintió el impulso de apartárselas del rostro, aunque lo reprimió; sin darse cuenta, había apretado las manos con fuerza. Él se puso de pie y ella siguió sus movimientos con la vista. Martín vestía un traje igual al que ella llevaba puesto, solo que para Victoria, él no se veía ridículo.

—Venga, la ayudaré con el resto de la ropa —dijo, guardándose para sí el impacto que le había provocado ver a la joven con esas prendas que delineaban con demasiado realismo las curvas de su cuerpo. Señaló un objeto de madera colgado en la pared—. Puede colgar su vestido en este perchero. Ella obedeció, cuidando de colgar debajo la enagua para que no quedara a la vista, luego volteó hacia Martín.

—¿Puedo ir con mis zapatos? —quiso saber.

—Es mejor ponerse estos —mientras hablaba le entregó el calzado—, que son como los que yo calzo. Es probable que le queden un poco grandes, pero son más robustos que sus botinetas y le protegerán mejor los tobillos.

—De acuerdo —asintió ella, que también había notado la diferencia y la conveniencia del calzado que el apicultor le ofrecía. Tomó asiento en el lugar que él había dejado libre y procedió a cambiarse los zapatos —¡Listo! —exclamó al terminar, impulsándose con fuerza al ponerse de pie.

—Todavía falta la parte más importante del equipo —indicó. Cargaba algunos objetos más—. Necesito que extienda sus brazos. —Ella hizo lo que él le pedía, entonces Martín comenzó a ponerle las protecciones para las manos. Se trataba de unos sacos largos que no tenían división para los dedos—. Estos guantes están confeccionados en quimón doble —explicó mientras se los ataba arriba del codo—, entre cuyas capas se ha puesto una capa de encerado para mayor precaución. Son bastante amplios, lo que permite que pueda mover las manos sin inconveniente.

—Ya veo —acotó Victoria, moviendo los dedos para comprobarlo. Él sonrió y entre sonrisas, ella dedujo—: Todos hacen esto mismo al probárselos por primera vez, ¿no es así?

—Algo así. Pero ahora necesito que se quede quieta —dicho esto, se acercó tanto a Victoria que ella contuvo el aliento. Le pasó una tira ancha de cartón

alrededor del cuello, al hacerlo, le levantó el cabello y le rozó la piel. A ella la recorrió un escalofrío. A él, lo sorprendió su perfume: Victoria olía como un atardecer de primavera; olía a lavanda y jazmín. Sus miradas volvieron a encontrarse y ese segundo se convirtió en eternidad. Fue el trino de un pájaro el que los devolvió al tiempo presente, el que los encontraba en aquel cobertizo de madera, mirándose a los ojos. Él aún le rodeaba el cuello. Bajó las manos y retrocedió un paso al darse cuenta—. Eso impedirá que el velo de tul se le acerque a la cara.

—¿El velo? —pronunció Victoria, con la voz un poco enronquecida.

—Ya lo verá —Martín recogió un sombrero de paja y, fingiendo tranquilidad, lo colocó sobre la cabeza femenina. Tuvo que volver a acercársele—. Este es el velo —dijo, en tanto tomaba el tul que había sido cosido alrededor del cuello del saco. Se trataba de una pieza de unos sesenta centímetros de alto por al menos ciento veinte centímetros de ancho que ató sobre el sombrero, de esa forma quedaba la cabeza a resguardo.

—Por un momento creí que no podría respirar —acotó ella luego de inhalar una profunda bocanada de aire. Supuso que con esos artilugios lucía más ridícula que nunca y se imaginó la cara que pondrían sus glamorosas amigas de San Isidro si la vieran vestida así. Tuvo que obligarse a reprimir una carcajada; de todos modos, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Aunque no lo parezca, una vez que uno se acostumbra, este traje resulta bastante cómodo: se puede respirar bien y permite libertad de movimiento —él hablaba mientras terminaba de completar sus vestiduras.

—Y nos protege de picaduras indeseadas.

—En efecto, y que no hay que tomar a la ligera pues sé de casos que han sido fatales —le advirtió—. ¡Y ahora, vamos, que ya estamos listos para salir al predio! —anunció. Victoria aplaudió con entusiasmo. Él se colgó al hombro un bolso de cuero marrón que antes había estado sobre una mesa de trabajo, abrió más la puerta y señaló el exterior—. Después de usted, señorita.

Recorrieron un trayecto en el que vieron algarrobos, eucaliptos y espinillos, y plantas aromáticas como el tomillo, el romero o la lavanda, entre otras. Martín le explicó que era de las flores de esos árboles y plantas de donde las abejas recogían el néctar para fabricar la miel. Un rato después, se internaron en la parte del predio en el que estaban distribuidas las colmenas. Victoria pudo apreciar el buen estado en el que se encontraban las mismas, tal como él le había dicho.

—Estas son colmenas de marcos verticales. Por sus ventajas las prefiero antes

que a las de cajones superpuestos.

—Son como la que usted lijaba el otro día, ¿verdad? Veo que tienen una suave pendiente en el techo... ¿Es para que no se acumule agua allí?

—¡Exacto! Es usted muy observadora, eso me gusta... Como le he dicho: intuyo que será una buena alumna —la elogió. En ese momento, por esos caprichos de la mente, Martín pudo imaginarlos a los dos trabajando allí codo a codo, compartiendo sonrisas cómplices, besándose entre tarea y tarea... Parpadeó igual que un búho cuando reparó en lo que estaba haciendo. Jamás le había pasado algo semejante con ninguna mujer. Se preguntó si acaso la insistencia de su madre de verlo casado no lo estaría llevando a imaginarse en ese estado al lado de Victoria. Pronto se refutó a sí mismo: Victoria Llorca le había gustado desde el mismo instante en el que la había visto en la puerta del almacén del señor Lorenzi y si ahora su mente los recreaba juntos, eso nada tenía que ver con los deseos de su madre, sino que obedecía pura y exclusivamente a sus propios deseos. Carraspeó para aclararse la voz de manera que, cuando hablara, esta le saliera con normalidad—. El techo en pendiente hacia adelante, permite dar una caída a las aguas de lluvia por fuera, y por dentro a la transpiración condensada de las abejas que, siguiendo este plano inclinado, no cae verticalmente entre los panales.

—Si no me lo dice, nunca hubiese imaginado que las abejas transpiran. ¡Hay tantas maravillas dentro de estas cajas de madera, y yo las desconozco! —exclamó Victoria. Ella se creía una señorita instruida y, como buena ciudadana, en otro tiempo podría haber sido prejuiciosa respecto a alguien criado en el interior de una provincia, al creerlo menos instruido. Sin embargo, mientras escuchaba hablar a Martín, comprobaba que la realidad difería un abismo de sus creencias.

—¿Le gustaría ver una colmena por dentro? —preguntó él, al ver que ella mostraba un gran entusiasmo. No era partidario de molestar a las colonias, pero de paso podría verificar cuál era el estado en el que se encontraban.

—¡Me encantaría! ¿Cree que es seguro? —echó un vistazo hacia la caja más próxima—. ¿No se nos abalanzarán encima?

—Tendremos que cuidarnos de no hacer movimientos bruscos para no alterarlas. Y en caso de que alguna de las abejas se ponga a rondarla, es importante que no se asuste. Debe mantener la calma y caminar despacio hacia la sombra; verá que pronto se aleja de usted.

—Si usted lo dice...

—Confíe en mí, Victoria —le pidió. Por nada del mundo permitiría que ella

resultara dañada.

—Claro que confío en usted, Martín, de lo contrario no estaría aquí en este instante.

Martín asintió como respuesta a las palabras de la joven. Se acuclilló para descargar en el suelo el bolso que llevaba al hombro. Revolvió un poco hasta sacar un cilindro de latón con un canuto en cada extremo, en uno de esos canutos fue que insertó un fuelle y lo sujetó con un tornillo. A través de una pequeña puerta introdujo un trozo de trapo viejo, el cual encendió, y así siguió manipulando el artefacto hasta que lo tuvo listo. Volvió a ponerse de pie y se acercó a una de las colmenas.

—Este es un ahumador —explicó—. Si bien es un poco antiguo, todavía cumple con su propósito. Mis planes a futuro son renovar varios artefactos e incluso los trajes especiales. Me he informado de los avances de este último tiempo en apicultura y, sin haberlos puesto en práctica aún, deduzco que son positivos, dignos de tener en cuenta —introdujo uno de los extremos de la herramienta en una de las entradas de la colmena y apretó el fuelle; pronto, una nube de humo la invadió—. Esto las mantendrá tranquilas.

Victoria asomó la cabeza, se había quedado detrás de Martín. Desde allí lo observó abrir uno de los laterales de la colmena y ante sus ojos, se desplegó un paisaje fuera de serie.

—¡Oh, pero qué increíble! No sabía que por dentro eran así...

—Estos son los marcos —señaló el apicultor—. Por lo general, hay nueve en cada colmena. En cada uno de estos marcos hay miles de celdillas de cera de abeja en forma hexagonal: algunas están vacías, mientras que verá que otras permanecen operculadas, es decir, tapadas con cera.

Las abejas, un poco atontadas por el humo, se mantenían tranquilas aunque sin dejar de moverse. Eran muchísimas... miles, notó Victoria, presa del asombro.

—¡Esto parece un verdadero caos!

—¡Sin embargo no es así! Las abejas son ordenadas y meticulosas, ¡y muy inteligentes! —Martín retiró un marco para que ella pudiera verlo de cerca y con una escobilla especial quitó a las abejas que allí trabajaban. La invitó a sentarse en el suelo, junto a él—. Cada miembro de la colmena, al nacer, trae consigo la sabiduría propia de la naturaleza y, aunque le parezca increíble esto que voy a decirle, le aseguro que sabe qué tarea le corresponde: La abeja reina es la encargada de poner los huevos que asegurarán la continuidad y supervivencia de la sociedad. Las obreras son las verdaderas trabajadoras y a lo largo de su vida, y de acuerdo a su edad, van cambiando sus tareas: limpian

las celdillas, segregan jalea real, alimentan a las larvas y las mantienen calientes, acompañan a la reina y ventilan la colmena con sus alas, segregan cera, recolectan néctar y polen, hacen la miel y construyen las celdas reales... Y por último están los zánganos, cuya tarea es la de fecundar a la reina.

—¡Es sorprendente! —exclamó admirada.

—Mire aquí. Bajo la cera que cubre estas celdilla, hay miel —le explicó él en tanto con una espátula procedía a desopercular una celda para demostrárselo—. Las abejas la usan como alimento, por eso cuando se hace la cosecha, debemos dejarles cantidad suficiente como para que sobrevivan, sobre todo durante las épocas frías, que son las de menor actividad en la colmena.

—¿Cree que habrá una buena cosecha? Veo que los marcos tienen varias celdas vacías...

—Estamos en época de floración de los algarrobos así que, si el tiempo mejora, las Obreras podrán comenzar con la recolección de néctar y posterior maduración de la miel. Tendremos un mejor panorama cuando la primavera esté avanzada.

La tarde se esfumó con la magia propia de los momentos memorables, esos que tienen la capacidad de abstraer hasta el punto de hacernos olvidar de la hora, del clima... de cuanto nos rodea. ¡Victoria tenía tanto por aprender y Martín hablaba con tal pasión, que lograba contagiarle su entusiasmo! Lo escuchaba obnubilada.

Alrededor de las cinco y media de la tarde, Martín se puso de pie, volvió a introducir el marco y cerró la colmena.

—Por lo pronto las dejaremos tranquilas, no es bueno que las abejas tomen frío. Y usted tampoco —añadió. Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse y en un tácito acuerdo emprendieron el camino de regreso a pesar de que ninguno de los dos quería poner fin al paseo.

Una vez dentro del cobertizo, mientras Martín volvía a encender el farol dado que la luz que llegaba del exterior resultaba insuficiente, Victoria intentó aflojar los nudos de los guantes; le resultó imposible.

—Necesitaré su ayuda para quitarme esto —le dijo, alzando las manos. Él asintió con la cabeza. Terminó de quitarse sus propios guantes, el velo de tul y el sombrero antes de acercarse a la joven.

—Lo siento, es que ajusté demasiado los nudos; pero no quería arriesgarme a que se le aflojaran en plena excursión —expuso, aunque no le confesó que también lo había hecho adrede, para que ella requiriera su ayuda. Victoria le gustaba y quería aprovechar cualquier excusa que le permitiera acortar las

distancias.

Una vez que le liberó las manos, Martín le desató los lazos del velo. Extasiado se llenó los ojos con la imagen que el tul revelaba en su caída. Al descubrir en los enormes ojos azules de Victoria el mismo deseo que estaba seguro se leería en los suyos, una llama ardiente le tensó el cuerpo. Le miró la boca. Los labios entreabiertos y el aliento cálido lo tentaron. Ella respiraba de manera agitada, ¿acaso él no lo hacía también a ese ritmo?

Los siguientes segundos transcurrieron como en cámara lenta.

Sus miradas volvieron a encontrarse. La parpadeante luz del farol pintaba de intimidad el momento que estaban compartiendo. La tensión no hizo más que acrecentarse.

Martín alzó la mano y le quitó el sombrero; lo dejó caer hacia atrás, sobre la mesa de trabajo que había quedado a espaldas de Victoria. Al quitarle la faja de cartón que le había protegido el cuello, sus palmas no resistieron la tentación de acariciarle la piel que había quedado expuesta. La sintió en extremo delicada, con la suavidad que su mente había imaginado.

Victoria entrecerró los párpados, abandonándose a la exquisita sensación que el tacto rústico le provocaba. Sintió una mano ascender hasta el lateral de su rostro y percibió el cuerpo masculino más cerca del suyo. El estómago se le anudó de anticipación. Nunca había estado tan cerca de un hombre, ni había sentido lo que Martín despertaba en ella con su cercanía, con sus caricias veladas. Nunca la habían besado y en ese momento deseó con todas sus fuerzas que Martín lo hiciera.

Martín la vio inhalar una bocanada de aire y cuando ella lo expulsó, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no sucumbir al salvaje deseo de atraparlo directamente de su boca. Se moría por besarla. Se moría por recorrerla entera.

Le encerró el rostro entre las manos y la atrajo hacia sí, hasta apoyarle los labios en la frente, cerca de la sien.

—¿Cómo explicar lo que me pasa contigo? —murmuró, por primera vez sorteando los formalismos. Sin soltarla, volvió a separarse un poco—. Por favor mírame, Victoria.

Ella alzó los párpados. Sus ojos lucían brillantes.

—Martín... —susurró. Sus manos treparon hasta el pecho masculino y estrujaron la tela del saco entre los puños.

—¿Es posible esto que me pasa? ¿Sientes lo mismo que estoy sintiendo yo: esta atracción irrefrenable que me recorre el cuerpo, que me hace creer que

enloqueceré si no te beso?

No fue necesario más que un leve asentimiento de cabeza de Victoria para que Martín se apoderara de su boca. Entonces, fue como si estallaran fuegos artificiales dentro del cobertizo, como si un rayo los hubiese atravesado de la cabeza a los pies. No había nada de delicado en ese beso: era visceral, salvaje, tal como el entorno que los rodeaba, como la pasión que amenazaba con consumirlos.

Martín la besó en el cuello y ascendió por el lateral del rostro hasta llegar a su frente; allí se detuvo, no porque lo quisiera, sino porque era lo correcto. Permanecieron así durante algunos segundos, con la respiración agitada y los corazones latiendo atolondrados. El aliento cálido de Victoria le hacía cosquillas en el cuello. Volvió a mirarla a los ojos.

—¡Qué hermosa eres! —exclamó vehemente cuando pudo ponerle voz a sus pensamientos. Lo vivido no había hecho más que acrecentar el deseo que sentía por ella, no obstante supo que sería una locura dejarse llevar y hacerle el amor en ese instante. Se obligó a soltarla antes de que el instinto dominara a la razón—. Si quieres, puedes cambiarte de ropa en el cuarto de baño —ofreció, sin saber con certeza cómo había sido capaz de pronunciar tantas palabras con claridad.

—Sí —aceptó ella, todavía embriaga por las nuevas sensaciones—. Yo... —titubeó. No sabía cómo proceder después del apasionado beso que habían compartido. ¿Acaso se podía entender que ya eran novios? ¿O debían fingir que nada había sucedido y seguir tratándose como dos desconocidos?

—Hablaremos luego —le dijo él. Ella volvió a dudar, pero no quiso insistir. Recogió su ropa del perchero y huyó hacia el tocador.

Martín se dejó caer sobre la tapa del baúl, con los codos apoyados en las rodillas. Las emociones a flor de piel todavía lo abrumaban. Se miró las manos: su pulso era errático. No era un hombre inexperto pues en el pasado había compartido intimidad con otras mujeres, sin embargo, ninguno de esos encuentros podía compararse con lo que acababa de vivir con Victoria, y eso que lo de ellos no había pasado de un beso, ¡pero qué beso! Si cerraba los ojos, todavía podía sentirla temblar cerca de su cuerpo. En cuanto había capturado sus labios, supo que a ella nunca la habían besado. Se reprochó el no haber sido más delicado, pero en su defensa solo podía argumentar que había perdido el control. Esperaba no haberla asustado.

Con un suspiro se puso de pie y procedió a reemplazar los ropajes especiales por su ropa de calle y una boina. Victoria volvería de un momento a otro. No

se equivocó: poco después, ella ingresó al cobertizo.

—Aquí están estas prendas —dijo la joven, procurando imitar la voz para que sonara con un tono corriente. Todo iba bien hasta que Martín se le acercó para tomar la ropa en sus manos, entonces, las mejillas se le encendieron profusamente sin que pudiera controlarlo. Bajó la vista.

Martín le acarició la mejilla y le alzó el rostro para que lo mirara. Ella ensayó una sonrisa, que le salió trémula a causa de los nervios.

—Si ya estás lista, te acompañaré hasta tu casa.

—Pero... —dubitativa, sus pestañas aletearon como alas de colibrí al compás de los reiterados parpadeos—. Mi abuela nos verá llegar y...

—Mi intención es hablar con tu abuela, Victoria —le anunció. Le miró la boca, porque no quería perderse su gesto de sorpresa. Sonrió y con el pulgar le recorrió los labios; se moría por volver a besarlos. Inhaló profundo para reprimir esos deseos—. Espero que estés de acuerdo, porque quiero pedirle que me permita visitarte.

—¡Oh! —el asombro que demostró fue aún mayor, abriendo también los ojos con desmesura. Martín volvió a sonreír. Lo hacía con frecuencia, notó ella; también, que le gustaba mucho que él lo hiciera.

—Entonces... ¿Me das tu bendición para que hable con doña Teresa?

—Sí, sí, claro —se apresuró a responder, sorprendida porque él le preguntara su opinión. La desconcertaba cuánto diferían los modos de Martín de los de Arturo, su padre, tan autoritario y prepotente. Arturo Llorca jamás se interesaba por lo que una mujer, ni siquiera su esposa o sus hijas, pudieran pensar.

—¡Entonces deséame suerte! Me apenaría mucho que tu abuela no me concediera su permiso para verte.

—Dudo de que necesites suerte, Martín —acotó, sorteando también los formalismos. Luego del beso que habían compartido y cuando él ya no la trataba de *usted*, le parecía un sinsentido no tutearlo también. Martín, por su parte, sintió que el pecho se le llenaba de orgullo al oírla pronunciar su nombre con tanta naturalidad—. Estoy segura de que mi abuela no se negará; es más, se pondrá muy feliz con tu petición.

—Pues entonces pongámonos en marcha, antes de que doña Teresa cambie de parecer si te devuelvo a casa tan tarde — exclamó.

Abrió la puerta del cobertizo de par en par y le cedió el paso, bordearon la propiedad y salieron a la calle. Martín se descubrió la cabeza y llevó la boina en la mano durante todo el camino para indicar a los curiosos que se trataba de

una compañía casual. Tampoco le ofreció el brazo a Victoria para guardar las distancias pues no podía exponerla a habladurías; ya las habría de todos modos por el solo hecho de que alguien los viera caminar juntos.

Al entrar a la propiedad de los Llorca, encontraron a doña Teresa sentada a la mesa del comedor bebiendo té. La mujer los miró sobre el borde de la taza de porcelana con una ceja en alto. Martín se acercó a ella y en tanto se inclinaba ligeramente hacia adelante, le dijo:

—Buenas tardes, doña Teresa. Si me lo permite, me gustaría intercambiar algunas palabras con usted.

—¡Mjhm! ¡Más que unas palabras, muchachito! Y por empezar, me tendrán que explicar, los dos —en ese punto de su parlamento dirigió una mirada a Victoria, luego regresó su atención a su vecino—, cómo es que mi nieta desaparece durante toda la tarde y ahora vuelve acompañada por usted. No sé si se dieron cuenta, pero son más de las seis —les reprochó.

—Abuela, yo puedo explicarle... —se adelantó la joven. Martín la tomó de la mano con suavidad y se puso a la par, gesto que no pasó desapercibido a la señora mayor y que le sirvió para deducir que entre esos dos algo había pasado.

—Si me lo permites, Victoria —le pidió Núñez sin titubear, dispuesto a enfrentar la situación; detalle que también captó doña Teresa. La joven asintió.

—Por favor, acompáñenme con una taza de té y conversemos —invitó la mujer en lo que fue una orden velada. Los jóvenes ocuparon sus lugares en la mesa, uno al lado del otro, frente a la anciana—. ¡Tiyana! —llamó ella. Unos segundos después, apareció la muchachita.

—Buenas, señorita; buenas, señorito Martín, ¿cómo dice que le va? —saludó. No esperó y, superpuesto a las voces de Victoria y Martín que le respondían el saludo, se dirigió a su patrona—: ¿Qué se le ofrece, doñita?

—Por favor, trae dos tazas más y una tetera llena, querida. ¡Ah!, y algunas masitas de limón —pidió.

—Enseguidita traigo todo, doñita —dijo la niña, luego se retiró con rapidez, revoloteando el ruedo de su falda floreada en cada paso.

La conversación importante comenzó a llevarse a cabo cuando las tazas estuvieron servidas y con la seguridad de que nadie fuera a interrumpirlos.

—Y bien, los escucho.

—Asumo toda responsabilidad, doña Teresa. Su nieta estuvo conmigo durante toda la tarde. Verá usted, el día que visitaron a mi madre, la invité a regresar a casa pues quería mostrarle las colmenas.

—Mi nieta tiene que asumir la responsabilidad que le corresponde por haber salido de casa sin avisar y sin un acompañante —expresó tajante.

—Lo siento, abuela. Usted tiene razón, debería de haberle avisado —se disculpó Victoria con tono humilde. No le convenía hacer crecer su enfado, aunque a último momento su veta rebelde le jugó una mala pasada cuando la hizo alzar la vista e iniciar una protesta—: Pero... —no concluyó la frase debido a la interrupción de la anciana.

—Pero temiste que te lo impidiera.

—Sí. Y yo quería ir.

—Mira, Victoria, esto ya lo habíamos discutido y creí que había sido clara: Eres una señorita de bien. No puedes andar sola por ahí, mucho menos con un hombre. ¿Qué crees que dirán los vecinos cuando se pongan a cuchichear acerca de ustedes? ¿Qué crees que dirá tu padre?

—Si me lo permite, doña Teresa —intercedió Martín antes de que Victoria pudiera responder. Por debajo de la mesa había tomado su mano y entrecruzado los dedos con los de ella—. Como le he dicho, estoy aquí para asumir la responsabilidad por el paseo de esta tarde, pero también para pedirle de manera formal que me permita seguir visitando a su nieta.

La anciana entrecerró los ojos para observarlo.

—¿Y en carácter de qué la visitaría, Núñez? ¿Cuáles son las intenciones que tiene para con mi nieta? —preguntó con cierta dureza, tanto que Victoria se dijo que si Martín no salía huyendo ante la hostilidad de su abuela, era porque de verdad estaba interesado en ella; al menos, él seguía tomando su mano.

—Mis intenciones son honestas, señora —miró a Victoria y captó sus ojos cuando ella lo espiaba con el rostro apenas volteado hacia él. Le sonrió para tranquilizarla dado que la percibía tensa. Volvió a mirar a su interlocutora y expuso con decisión—: Visitaría a su nieta Victoria en carácter de festejante.

—Así que como festejante... ¿Y ahí nomás se termina su interés?

—¿Cómo cree? ¡Claro que no, señora! Lo de festejante es para que nos conozcamos. En un futuro, si Victoria me acepta, me sentiría honrado de ser su novio.

—Bueno, bueno, esto está tomando un mejor color —dijo la anciana, mirando a uno y a otro—. A ver, Victoria, hija, ¿y tú qué tienes para decir al respecto de la propuesta que me ha hecho nuestro vecino?

—Que me gustaría mucho, abuela.

—Entonces vamos a establecer las reglas a las que tendrán que atenerse de ahora en más y sin excepción, jovencitos.

—Las que usted determine, doña Teresa —aceptó Martín. Victoria asintió con la cabeza.

—Las que yo determine en tanto mi yerno establezca nuevas —aclaró, con lo que la joven, esta vez, no pudo mantenerse en silencio.

—¿Mi padre? ¿Pero acaso usted hablará con él, abuela?

—Desde luego, hija. Tu padre debe conocer las buenas nuevas, es lo que corresponde, por lo que le escribiré de inmediato. Con seguridad tendrá algo que decir al respecto —masculló.

Victoria inhaló en profundidad. Temía que su padre se negara a su relación con Martín: festejante, novio... lo que fuera que serían de ahora en más. Si Arturo mantenía sus intenciones de unirla en matrimonio con Baigorria, cuando se enterara de que ella tenía un pretendiente que, si bien tenía un inmejorable pasar económico este no se asemejaba a la riqueza de su candidato, la llevaría de regreso a San Isidro en un santiamén.

—Abuela, no quisiera contradecirla, pero me parece más sensato esperar un poco para hablar con mi padre.

—Victoria, ¿acaso dudas? —quiso saber Martín, con un dejo de dolor en la mirada: orgullo herido, dedujo la joven, que sintió el impulso de acariciarle la mejilla aunque lo reprimió a tiempo y en cambio le apretó un poco la mano.

—Claro que no, Martín. Solo temo por lo que pueda decidir mi padre... ¿Y si me obliga regresar a San Isidro? —inquirió con un leve matiz desesperado en la voz.

—Cuando llegue el momento hablaré con él y le haré saber mis intenciones. Confía en mí, por favor.

Victoria asintió. Confiaba en Martín; al que temía de manera irracional era a Arturo Llorca y a sus deseos de casarla con Baigorria. Pero ella se había jurado que haría lo que fuera necesario para evitar todo contacto con ese hombre oscuro y peligroso que, de solo pensarlo, le provocaba escalofríos.

—Volvamos a las reglas —se impuso la anciana. Cuando tuvo la atención de los jóvenes, comenzó a enumerar—: En primer lugar: Se acabaron los paseos a escondidas. De ahora en más, si desean dar una vuelta o realizar alguna excursión, lo harán acompañados por Tiyana, por doña Inés o por mí. Segundo: Lo recibiremos como festejante de mi nieta, Núñez, aunque se esperará que formalice sus pretensiones en un tiempo prudencial.

—Usted ya conoce cuáles son mis pretensiones, doña Teresa, y si no he pedido la mano de Victoria desde el inicio, solo ha sido por no imponerle un noviazgo sin que ella esté por completo segura de que me quiere y de que será feliz a mi

lado.

—Más vale así —aceptó conforme. Permaneció un momento en silencio, pensativa, al cabo del cual expuso—: En fin... Por lo pronto esas son las reglas. En caso de que se me ocurra alguna otra, ya se los haré saber. Y ahora beban su té, que se les enfría.

Martín estaba tan feliz que no le importó beber la infusión a pesar de que en realidad no era de su agrado; solo bebía mate o en su defecto, café. Poco antes de las siete, cuando el sol se había transformado en una pelota anaranjada y caía raudo hacia el oeste, se despidió de doña Teresa con la promesa de hacerles una visita dos días después; iría acompañado por su madre.

Victoria acompañó a Martín a la salida. Tuvieron que mantener las distancias pues sospechaban que la anciana estaría vigilándolos desde la ventana del comedor. Durante unos segundos, el Cerro Uritorco lució teñido de rojos y bordó hasta que las sombras del anochecer comenzaron a engullir el paisaje a su paso.

—Te pido disculpas por el trato hostil del que te hizo objeto mi abuela —negó con la cabeza—. Suele ser muy dulce, aunque hoy por lo visto ha sido la excepción.

—No te disculpes, Victoria. Tu abuela logró su cometido: dejarme en claro que contigo no se juega pues tienes quién te defienda —dijo imprimiendo a sus palabras un tono bromista que erradicó por completo al añadir—: Igual, aún sin la advertencia de doña Teresa, siempre tuve muy en claro que jamás lo haría —volteó el rostro para mirarla y le preguntó—: ¿Lo sabes, no es así?

—Quiero creer que es así —respondió ella.

—Lo es. Yo contigo voy en serio.

—¿No crees que nos estamos apresurando?

—¿Acaso tú lo crees? ¿Tienes dudas?

—No, no es eso. Es que ha sucedido tanto en tan poco tiempo que no puedo evitar sentir un poco de temor. Temo que las presiones de tu madre por verte casado te hayan empujado a creer ver en mí a esa posible esposa.

—Desde el primer momento en que te vi me gustaste y al tratar contigo reconfirmé esa atracción. Hoy te veo como a la mujer que quiero en mi vida, pero en mi decisión nada tienen que ver las presiones de mi madre.

—¿Entonces es normal esto que nos sucede? ¿No estamos apresurándonos? ¿Es este el ritmo corriente en el que discurren las relaciones?

—¿Qué importa lo corriente? Vamos a nuestro ritmo, Victoria; al ritmo que marca lo que nosotros sentimos. Eso es lo que de verdad importa.

—Tienes razón. ¡Soy tan tonta al dejarme llevar por los interrogantes!

—¡Qué sé yo! Tal vez sea porque me crie en el campo y después aquí, rodeado de este paisaje salvaje, y me acostumbré a que la naturaleza no pide permiso: fluye, avanza, crece... se guía por el instinto. ¿Por qué con los sentimientos o con las emociones debería ser diferente?

—Desde ese punto de vista, nada tengo para refutar. Al fin y al cabo, otros compromisos se han acordado sin que los novios ni siquiera se conocieran o sin que entre ellos hubiese un mínimo de afinidad.

—Por eso mismo. ¡Pero deja ya de querer analizarlo todo! Fluye, Victoria. Déjate llevar, igual que las aguas del río Calabalumba —pidió él, la joven le respondió con un gesto afirmativo. Poco después, con intenciones de conocer más acerca de ella, le preguntó—: ¿Qué harás mañana?

—¿Mañana? Mmm... —hizo memoria para repasar sus compromisos—: La abuela está enseñándome corte y confección y me tocaría cortar en una muselina color crema la blusa de la que ya he hecho el molde; estimo que será eso lo que haga.

—¿Y puede que algún día te la vea puesta? A la blusa, digo.

—Te prometo que así será —afirmó, sonrojándose al recordar que esa había sido su intención al comprar la tela—. ¿Y tú, qué harás?

—Mañana jueves es día de reparto. Tengo que entregar varios pedidos de cera de abejas y de miel.

—¿Al señor Lorenzi, por ejemplo? ¿Era eso lo que hacías cuando nos vimos por primera vez en la puerta del almacén de ramos generales?

—¡Claro! El señor Lorenzi es uno de mis mejores clientes, aunque no es el único. Muchos viven en estancias o en parajes alejados, por lo que el reparto suele llevarme toda la mañana y algo de la tarde.

—Tal vez algún día pueda acompañarte...

—Si tu abuela lo permite, me agradecería que lo hicieras.

—Lo permitiré, no tengo dudas, aunque tendremos que ir acompañados por Tiyana —dijo, y esbozó una mueca de fastidio.

—Lo que sea con tal de tenerte a mi lado —susurró él con voz profunda.

—¡Victorita! —se oyó el llamado de doña Teresa—. ¡Ya entra, niña!

Llevaban un momento junto a la puerta.

—Lo siento. Tendremos que despedirnos —indicó ella.

Martín tomó la mano de Victoria y, sin dejar de mirarla a los ojos, le dijo:

—Te dejo este beso —le besó los nudillos deteniéndose más tiempo del correcto—, pero quiero que sepas que me muero por besarte en la boca. Ese

beso que compartimos en el cobertizo, que por nada del mundo podré arrancar de mi memoria, me enloquece y despierta en mí deseos de repetirlo.

Con sutileza, Victoria lo empujó un paso hacia la izquierda, donde la sombra que proyectaba el pilar de la verja bajo la luz tenue de la luna, impediría una clara visión a los ojos curiosos. Se puso en puntas de pie y lo besó en la mejilla y, aunque se moría de vergüenza, le confesó:

—Te dejo este beso, aunque yo también ansío repetir nuestro beso del cobertizo —luego de su confesión, con el rostro encendido a causa de la osadía cometida, Victoria se escabulló hacia la casa. Ignoraba cuál sería la reacción de Martín y temía no ser capaz de hacerle frente.

Él la siguió con la mirada mientras ella se alejaba. Sorprendido gratamente, se quedó con una sonrisa embobada en los labios y con el deseo más doloroso tensándole el cuerpo.

5

Capilla del Monte, Córdoba Jueves 3 de septiembre de 1896

Tras el ahogado repiquetear de cascos de caballo sobre la calle de tierra, se oyó el llamado del cartero. Tiyana corrió a la puerta a recoger la correspondencia y, con la misma rapidez con la que había acudido, regresó a la casa.

—Señorita, han traído un sobre *pa'usté* —anunció al ingresar al comedor, donde la joven *surfilaba* las orillas de la blusa que horas atrás había cortado, esa que esperaba algún día lucir para Martín.

Con premura, Victoria dejó sobre la mesa todos los materiales de costura, y tomó la carta. Tras repasar el remitente comprobó que, tal como había intuido, la esquila pertenecía a su hermana. Abrió el sobre, retiró las hojas y comenzó a leer. La primera no estaba fechada y solo contenía unas pocas líneas.

Querida Victoria:

Espero que al recibir la presente te encuentres mejor de salud. Cada día espero recibir la carta que al partir me prometiste que escribirías, pero pasan los días y nunca llega. Ruego a Dios para que el motivo no sea que tu malestar ha aumentado. En tanto, te he escrito casi a diario para ponerte al día de todo lo que aquí ha acaecido; son las páginas que encontrarás a continuación. Quedaré a la espera de tu pronta respuesta.

Te abraza,

Clara

Al leer el reclamo de su hermana, Victoria sintió una punzada de remordimiento tensar su estómago. Clara temía por su salud y ella había contribuido a su preocupación al no haberle escrito el mismo día de su llegada a Capilla del Monte. Debía terminar la esquila que había empezado a garabatear ese lunes y enviarla sin falta al día siguiente para aclarar la situación cuanto antes, se dijo. Prosiguió con la lectura de las páginas que sí estaban fechadas y que guardaban un orden cronológico.

San Isidro, Viernes 21 de agosto de 1896 Querida Victoria:

Hermana, te mentiría si no te dijera que me sorprendió tu repentina partida, ¡y justo ahora que tengo tantas dudas y tanto por preguntarte! Es por ello que he sentido la necesidad, imperiosa por cierto, de empezar esta carta en cuanto dejaste la casa.

Anoche, al caer enferma por culpa de esos atracones que acostumbras darte de chocolate caliente, no has podido asistir a la cena, por lo que es probable que ignores que hubo otro comensal. ¡Nuestro padre había invitado a Wenceslao Baigorria! Imagínate mi bochorno cuando tuve que estar frente a él después de que nos había descubierto espiarlo durante la tarde. A su favor debo decir que no mencionó el incidente y eso que nos cruzamos, sin testigos, en el patio junto al aljibe. Nunca olvidaré ese momento.

De camino al salón comedor, luego de dejar mi cuarto, me detuve junto al aljibe y estaba mirando hacia adentro, ¡ya sabes, esas locuras que de tanto en tanto se me ocurren! Primero imaginando la decoración que quisiera darle al patio, y después, queriendo ver la luna reflejarse en el agua. Fue entonces cuando la voz grave de Baigorria me atravesó el alma. ¿Crees que exagero?

¡Pues no! Y esto a pesar de que me había reprendido por hacer algo que él consideraba peligroso.

En un principio, al voltear y encontrarlo tan cerca, pues estaba parado a uno o dos pasos de distancia, me invadió una especie de temor, pero ese temor, con el discurrir de los minutos y de las horas, fue desapareciendo para dar paso a una sensación distinta.

No sé cómo escribir lo que sigue porque es acerca de esa sensación que quiero preguntarte... Confío en que tú, al ser dos años mayor que yo y quizás tener más experiencia, puedas esclarecer mis dudas.

Al estar cerca de Wenceslao, mi cuerpo reaccionó como nunca antes. Su voz, su perfume, su presencia imponente, sus ojos intensamente negros, su cercanía, el contacto de sus labios con la piel de mi muñeca... Todo, absolutamente todo, despertó sensaciones inéditas en mi cuerpo y en mi espíritu. Tan fuerte fue la atracción que ejerció sobre mí. Veía sus ojos, me sentía hipnotizada, subyugada más allá de la razón y de cualquier pensamiento coherente. Y aún después de que se retirara de Los Catalanes, el efecto no se esfumó. Soñé con él y hoy desperté con su recuerdo. Es más, no hago sino pensar en nuestro próximo encuentro. ¿Es normal esto que me pasa?

El semblante de Victoria había demudado con cada renglón leído. ¡No podía creerlo! ¿Clara se sentía atraída por Wenceslao Baigorria? ¿Acaso había enloquecido? No iba a negar que Baigorria fuera de muy buen ver, pero su aura oscura y peligrosa pesaba más que su perfecta apariencia.

Por otro lado, Clara le pedía que le explicara lo que estaba experimentando, ¿cómo hacerlo cuando ni ella misma sabía ponerle nombre a lo que sentía por Martín? Intuyó que ambas estaban atravesando por un mismo estado... ¿Atracción, lo había llamado Martín? Era probable. No obstante, Victoria se dijo que era imperioso advertirle a Clara que debía alejarse de Baigorria.

Pasó a la siguiente hoja, fechada el 23 de agosto, en la que Clara había redactado los acontecimientos de ese día y del anterior. Al llegar a la firma final de la esquila, Victoria se sentía descompuesta. Las palabras de Clara se le habían ido clavando en el corazón igual que cuchillos, en tanto la sensación de malos presagios la cubría igual que una pesada bruma que le impedía respirar con normalidad. En esas páginas, Clara le contaba con lujo de detalles que Baigorria y ella habían iniciado un noviazgo, y que su padre lo aprobaba.

Sintió ganas de gritar a causa de la impotencia. ¿Acaso nadie más percibía

que esa relación era una locura? ¡Baigorria se aprovecharía de Clara, la haría sufrir!

Decidida a detener ese noviazgo como diera lugar, Victoria corrió a su cuarto y tomó papel y pluma para redactar una respuesta. La extensa carta redundaba en advertirle a Clara del peligro que corría y le rogaba que confiara en su sexto sentido, el que jamás se equivocaba, y que se alejara de Baigorria. Despachó el sobre esa misma tarde y, aunque procuró tranquilizarse, sus pensamientos funestos la llevaba una y otra vez a San Isidro.

6

Capilla del Monte, Córdoba Viernes 4 de septiembre de 1896

—¡Mi querida niña, no te imaginas lo feliz que me han hecho Martín y tú con esta noticia! —exclamó doña Inés en cuanto ingresó al comedor de los Llorca. Abrazó a Victoria y la besó en ambas mejillas.

En medio del efusivo abrazo, Victoria miró a Martín para que le explicara. —Mi madre ya conoce mis intenciones de visitarte —aclaró a modo de disculpa. Victoria guardó para sí que la efusividad que mostraba doña Inés correspondía más a un compromiso formalizado que a una visita de festejante.

—¡Sí, mi querida! En cuanto Martín me reveló sus pretensiones quise venir a verte, aunque él me lo impidió —miró a su hijo con gesto reprobatorio. En sus manos retenía las de Victoria—. ¡Pero ya estoy aquí y me siento tan feliz! Desde que te vi supe que serías la novia perfecta para mi hijo.

—Madre, por favor, que acabarás por espantarla —acotó Martín, incómodo con el acoso de su madre.

—Ven, querida Inés, siéntate aquí para que podamos tomar el té —intervino doña Teresa, solo entonces Victoria se vio liberada de su sujeción. Permaneció quieta en el lugar; se sentía bastante abrumada.

Martín se puso a la par de la joven.

—Disculpa a mi madre, por favor —le susurró, ella volteó el rostro para

mirarlo—. No puede contener su alegría —excusó. Él tampoco podía. Le tomó la mano y le besó los nudillos para saludarla como correspondía, luego le dijo, aún con la mano cerca de sus labios y sin cortar el contacto visual—: Buenas tardes.

Victoria sintió que el aire se le atascaba en los pulmones. Era tan fuerte el efecto que Martín ejercía sobre ella, con una simple palabra, con una mirada, con el tono moderado de su voz. Cuando él estaba cerca, el estómago se le llenaba de nudos.

—Míralos, Teresa. Míralos y dime si no hacen una hermosa pareja —cuchicheó doña Inés con voz soñadora. En su imaginario, la anciana ya los veía casados y con niños correteando a sus pies.

Los jóvenes se sumaron a la mesa. Victoria sirvió té en una taza y se la alcanzó a Martín; él la agarró sin protestar. Doña Inés, que no había perdido ningún detalle y que por lo visto sufría de incontinencia verbal, acotó:

—¿Beberás té, Martín? ¡Bueno, querida Victoria, por lo visto, este es un milagro que solo tú puedes lograr!

—¿Perdón? No entiendo... —respondió ella, parpadeando.

—¡Madre! —masculló Martín con los dientes apretados, algo que la anciana ignoró por completo. En cambio, pasó a explicar:

—Es que a mi hijo no le agrada el té. Jamás lo bebe, y mira que he intentado dárselo de todas las formas posibles: caliente, tibio, con miel y limón, con azúcar, sin azúcar, con leche, con canela...

—¡Madre, por favor! —reclamó el aludido. De nuevo fue ignorado.

—A Martín le gusta el mate, o en su defecto, el café. Pero beber té, ¡jamás! —concluyó.

—Lo siento, no lo sabía —se disculpó Victoria con Martín. Notó que él tenía coloradas hasta las orejas y esto le provocó tanta ternura que sonrió para tranquilizarlo. Le quitó la taza de las manos en tanto le reprochaba—: Deberías de habérmelo dicho. No te preocupes, ya mismo pediré a Dominga que prepare café para ti.

—No es necesario —quiso protestar él.

—¡Claro que sí! —exclamó ella, y se puso de pie taza en mano para dirigirse a la cocina. A su regreso, la visita se extendió un buen rato más. Las riendas de la charla las llevaban las señoras mayores, mientras que los jóvenes, entre breves intervenciones, aprovechaban para intercambiar alguna mirada o alguna sonrisa.

Con el transcurrir de la tarde, Martín notó que algo sucedía con Victoria. La

notaba ausente, como si sus pensamientos estuvieran lejos de allí. Su estado lo preocupaba pues no sabía si él era la causa. Se preguntó una y otra vez si acaso ella tenía dudas, si se arrepentía de haber acordado que él la visitara. ¿Y si su madre la había asustado con su efusividad? Deseaba un momento a solas con ella pues no quería hacerle preguntas delante de las dos señoras. No obstante, supo que ese día no tendría esa oportunidad. Resignado, buscó con rapidez alguna opción para un futuro encuentro.

—Visto que tendremos unos días de sol y buen clima, ¿qué dicen si para este fin de semana organizamos un picnic junto al río? —propuso, luego se dirigió a la joven para personalizar la siguiente pregunta—: ¿Qué dices, Victoria, te agradaría?

—Mucho —respondió ella, recuperando con esa propuesta el brillo ilusionado en los ojos.

—¡Claro que sí! —intervino doña Teresa—. Mi nieta ha querido ir al Calabalumba desde nuestro arribo; pero estos días de tanto viento y frío que tuvimos, desbarataron esos planes.

—Por eso mismo, tendríamos que aprovechar las bondades de este buen clima. Con un día de sol, esta época es propicia para disfrutar de un paseo por la ribera —acotó doña Inés.

—¿Has ido al Calabalumba alguna vez? —le preguntó Martín a la joven.

—He ido, sí, en temporadas anteriores y con mi hermana Clara —al mencionar a Clara, de nuevo sus ojos se cubrieron de desasosiego y ansiedad. Martín lo notó. No sabía de qué manera aguantaría hasta el fin de semana para conocer el motivo de sus preocupaciones, pues ya no le quedaban dudas de que la joven las tenía.

—Si les parece bien, mi madre y yo podemos pasar por ustedes mañana a eso de las once y almorzar en el río.

—Mañana no, hijo, con tu madre ya tenemos un compromiso acordado en casa de Ramona López —se excusó doña Teresa—. Podría ser el domingo, después de misa.

A pesar de la urgencia, Martín no tuvo más opción que posponer el paseo, y por ende la charla, para el domingo.

La despedida fue formal y, una vez que las visitas se retiraron, Victoria se excusó con su abuela y se fue a recostar tras acusar un fuerte dolor de cabeza. No mentía. Tanto pensar en Clara y Baigorria y en las connotaciones de esa relación, no había hecho más que indisponerla; tanto que ni siquiera había podido disfrutar de la compañía de su vecino. Esperaba que la excursión al río

la despejara un poco. Al menos guardaba esa esperanza.

Domingo 6 de septiembre de 1896

Esa mañana, Victoria y doña Teresa asistieron a misa en la humilde capilla que daba nombre al pueblo y que había sido erigida en una suave lomada casi dos siglos atrás.

Una vez que estuvieron de regreso en la casa, las damas se alistaron para la esperada excursión al río Calabalumba. Victoria se vistió con un trajecito compuesto por pollera color beige y chaquetita entallada al tono bajo la que llevaba una blusa blanca. Zapatos cómodos y un sombrero de ala ancha completaban su atuendo.

Dominga les entregó una canasta repleta de delicias para degustar a la hora del almuerzo y unos pastelitos de membrillo por si el paseo se extendía hasta la hora de la merienda.

Poco antes de las doce del mediodía, Martín y doña Inés pasaron a recogerlas. Los cuatro pasajeros viajarían en el faetón que era propiedad de los Núñez. Don Pedro, el padre de Martín, quien no andaba muy bien de salud, había preferido quedarse en su casa.

Martín esperó de pie junto a la puerta de calle a que las damas salieran. Su madre aguardaba en el vehículo tirado por un robusto caballo de color castaño. Iba sentada en uno de los asientos de atrás, ubicado de tal manera que quedaba perpendicular con la parte trasera del asiento del conductor.

—Buenos días —saludó Martín, primero a la anciana, después a la joven que desde hacía más de diez días ocupaba sus pensamientos.

—Buenos días, querido —correspondió doña Teresa. En tanto aceptaba su mano para subir al faetón y luego ocupaba el lugar frente a su amiga.

—¡Nos ha tocado un día inmejorable! —comentó.

La señora no mentía. El cielo se veía límpido, sin una sola nube, y apenas corría una brisa tibia a esas horas. Los verdes de la vegetación y los primeros brotes, ya anunciaban que pronto estallaría la primavera.

—¡De lo mejor, doña Teresa! —respondió. Depositó en el suelo del carruaje descubierto la canasta que llevaban sus vecinas, y cerró la portezuela; luego se dirigió hacia la parte delantera del faetón.

Cuando Victoria tomó la mano que Martín le ofrecía, sintió una fuerte energía recorrerle el brazo hasta anidar en su pecho. Y en ese momento, él

logró el milagro de vaciar su cabeza de pensamientos. Por un breve lapso, Victoria no pudo pensar en nada más que en Martín y en la cercanía de sus cuerpos. Se habían sentado uno al lado del otro en el pescante y, en el traquetear del vehículo, sus caderas y el lateral de sus torsos se rozaban.

Victoria se sentía sin aire, sin voluntad para no hacer otra cosa que no fuera disfrutar de ese instante; entonces, el beso compartido en el cobertizo, volvió a su mente.

Volteó el rostro apenas para espiar a Martín. Observó su perfil: su nariz griega, la boca firme en la que podía leerse un gesto reconcentrado, la suave línea del mentón recién afeitado. Iluminada por el sol del mediodía, su piel adquiriría una saludable tonalidad dorada. Él entornaba los párpados y unas muy finas líneas de expresión se le marcaban en el extremo exterior de los ojos. Llevaba boina, por lo que sus cabellos iban retenidos. Victoria sintió deseos de liberarlos y de hundir los dedos entre las finas hebras. Sus pensamientos resultaban osados para su edad e inocencia; aunque era cierto que estos respondían a un impulso gestado en el interior de su ser.

Victoria era una joven ignorante en cuestiones del amor y de las relaciones; sin embargo, su imaginación se disparaba como si se tratara de la de una mujer con experiencia. *¿Acaso es esto producto del instinto nato? ¿De la naturaleza?*, se preguntó. *¿Será como dijo Martín? ¿Será que estoy fluyendo, igual que las aguas del río?*

Una mano se unió a la suya. Victoria volvió la vista al frente y cerró los ojos. Inspiró en profundidad y disfrutó del contacto. Sus sentidos parecían agudizarse. Con disimulo, se quitó el guante para poder sentir piel con piel. Adoraba la perfecta imperfección de la piel rústica de él. Su aspereza, lejos de resultarle desagradable, la enloquecía. Las manos de Martín hablaban de un hombre sencillo; sus caricias, de un hombre apasionado al que ella deseaba conocer cada día un poco más.

Después de Martín, Victoria supo que jamás podría volver a sentir atracción por un señorito de ciudad. Unas manos suaves y cuidadas le producirían un rechazo inmediato.

Alzó los párpados y miró sus manos unidas. Él la acarició con el pulgar y después reforzó el apretón. Se miraron de reojo, pues él no podía apartar la vista del camino más que de manera parcial y por unos breves instantes. Y esa

mirada furtiva, encerró un mundo.

Las ancianas parloteaban sin parar, ajenas, o tal vez no, a lo que sucedía en el pescante. En todo caso, se hacían las desentendidas mientras en sus cabezas planeaban una boda.

* * *

Poco antes de llegar, los paseantes empezaron a escuchar el rumor del río, y al doblar en el último recodo pudieron observarlo en todo su esplendor.

Las aguas cristalinas del Calabalumba brillaban bajo el influjo de los rayos del sol y permitían una vista perfecta de las piedras de variados tamaños y colores que descansaban en su lecho. En la orilla, la tierna vegetación compuesta en su mayoría por berros, se mecía ondulante sobre la superficie líquida. Cada mínimo detalle del bucólico paisaje invitaba a que se lo admirara y descubriera sin restricciones.

A una prudente distancia de la ribera, Martín detuvo el vehículo y ayudó a las damas a descender. Cuando fue el turno de Victoria, la sostuvo de la cintura y ella apoyó las manos en los hombros masculinos. Sus cuerpos no se rozaron, aunque fue como si lo hicieran dado que ellos sintieron que saltaban chispas. La cercanía era magnética. El contacto visual fue inevitable. Después, Martín le miró la boca, que ella acababa de humedecer con la lengua.

Se le acercó al oído.

—Me vuelves loco —le susurró, antes de obligarse a soltarla e ir en busca de la canasta. Las ancianas habían encontrado el sitio ideal para llevar a cabo la comida campestre, debajo de las ramas de un exuberante ejemplar de aguaribay, y llamaban a Victoria para que las ayudara con los preparativos.

—Ya voy, abuela —indicó la joven, y cuando Martín quiso acarrear las provisiones, se lo impidió—. Deja, yo puedo con esto.

—¿Seguro? Mira que no me cuesta nada hacerlo.

—No es necesario, de verdad.

—Bueno, como digas. En un santiamén me reuniré con ustedes —aceptó, y comenzó a ocuparse de su caballo. Le quitó el bocado, la brida y los demás aparejos que componían el atalaje. Una vez libre, el animal trotó hasta la orilla del río, donde bebió a gusto y comió hierba tierna.

Martín se acercó a las damas, quienes le habían reservado un lugar cerca de Victoria. Se sentó sobre la manta a cuadros y ayudó a repartir los bocadillos. Las ancianas pronto se enfrascaron en una conversación que solo a ellas

atañía: que el juego de canasta en la casa de Ramona López, que si Dominga les había recomendado un unguento para el reuma, que si el señor Lorenzi había traído nuevas telas... Nada que a los jóvenes pudiera llamarles la atención, por lo que ellos, por su parte, trataron otros temas.

—Con la llegada del buen tiempo, tus abejas deben haber iniciado sus tareas de recolección, ¿no es así? —quiso saber Victoria.

—¡Ni te cuento! —exclamó él, orgulloso de que ella hubiese recordado sus enseñanzas—. Ahora mismo hay mucha actividad alrededor de los algarrobos.

—¡Ah, por cierto! ¡Casi lo olvido! Ayer descubrí un enjambre en nuestra finca. Está fijado en la rama de un árbol de membrillo. ¿Qué se puede hacer en un caso como este? ¿Se dejan ahí?

—Se puede recoger, por supuesto, bien para ustedes en caso de que quieran explotar sus recursos; o en su defecto, estoy dispuesto a comprarlo para sumarlo a mis colonias.

—No, Martín, nosotras no le daremos ninguna utilidad. Desde luego que te lo cedemos con muchísimo gusto. Eso sí, tendrás que venir tú a recogerlo, que eres el experto.

—Descontado que iré. Pero por favor, Victoria, no vayan a acercarse ustedes, mucho menos sin la protección adecuada. ¡Ya sabes lo peligrosas que pueden ser las abejas! —le advirtió, preocupado.

—Pierde cuidado, no pienso hacerlo. Eso sí, cuando vengas a recogerlas, me gustaría acompañarte y, si puedo ser de ayuda...

—Veremos —dijo él, sin prometer nada. No quería involucrarla en semejante actividad que así como podía resultar sencillísima, también podía ser lo contrario y acarrear peligros.

—¿Al menos traerás un traje especial para mí? —su tono de voz fue tan preciso para formular la pregunta, casi un ruego, que él no pudo más que ceder.

Luego de comer, Inés y Teresa sacaron un tablero de juego e iniciaron una partida de damas. Una vez más habían excluido a los jóvenes. Martín se puso de pie y le ofreció la mano a Victoria.

—¿Te gustaría dar una caminata por la ribera? —le preguntó. Ella aceptó de inmediato.

—Estaremos por aquí, abuela.

—Sí, cariño, vayan tranquilos. Mientras se mantengan a la vista...

—Claro, abuela, eso haremos —aseguró. Uno junto al otro, iniciaron la caminata. Seguían el sentido de la corriente, sorteando algunas rocas que

descansaban cerca de la orilla; sobre la mullida hierba en otros tramos.

—Creí que esos dos nunca se irían —farfulló Inés en cuanto los jóvenes estuvieron a varios metros—. Y tú, Teresa, no deberías de haberles recordado que se mantengan a la vista. Si no les permitimos al menos unos pocos minutos a solas, nunca pasarán a la etapa del noviazgo.

—¿Pero qué dices, Inés? ¡Estoy a cargo de mi nieta y debo velar por su honor! —protestó Teresa en tanto movía su ficha sobre el tablero.

—¡Nadie ha perdido el honor por intercambiar un par de besos! ¿Acaso te has olvidado de cuando eras joven?

—¡Justo porque no lo he olvidado, es que lo digo! Una cosa es que puedan alejarse unos metros sin que nosotras les estemos encima como moscas; pero deben mantenerse a la vista —expuso tajante.

—¡Mi hijo es un caballero, jamás se aprovechará de tu nieta! Él la quiere bien. Si fuese por Martín, ya estarían comprometidos. No sé a qué le temes.

—No quiero líos. ¿Qué es lo que me pides? Dilo sin rodeos, por favor.

—Que no seas tan estricta. Que dejes que los chicos puedan dar una vuelta sin tener que cargar con una chaperona. Debes entender que por estos pagos las costumbres no son tan pacatas como las de la ciudad. Aquí los jóvenes pueden conversar sin temores a que su reputación se vea manchada. Eso es lo que quiero para ellos, que puedan conocerse y que si lo desean puedan tomarse de la mano o darse un beso.

—¿Tomarse de la mano? —inquirió horrorizada—. ¡Por Dios, Inés, con esos pensamientos no sobrevivirías ni dos días en la ciudad! ¿Darse un beso? ¿Y si no se detienen en un beso?

—Esos dos terminarán casados, Teresa. No quiero morir sin ver nietos, y tú quieres bisnietos, así que si no se detienen en un beso, nada perdemos.

—¿Acaso te escuchas, mujer?

—Me escucho, claro que sí, y lo reafirmo: hay ocasiones en las que debemos ser estrategas.

—Los quieres manipular —protestó.

—¡Por supuesto que no, Teresa! ¡No me ofendas! No quiero ser el obstáculo que retrase los acontecimientos, y te pido que tú tampoco lo seas.

—Me pides demasiado. ¡Es la virtud de mi nieta la que está en juego!

—Es la felicidad de tu nieta y la de mi hijo la que está en juego, y sé que juntos serán felices —rebató.

—¿De qué estarán conversando? —preguntó Victoria. Martín miró hacia atrás, donde las ancianas, sentadas en la manta, movían las piezas sobre el

tablero de damas. Frunció el ceño al notar que hacían muchos aspavientos.

—Lo ignoro, pero parecen bastante eufóricas. Espero que no estén peleando por la partida.

—¡Vaya uno a saber! ¡Mientras no se agarren de los pelos! —exclamó, y durante un instante rieron juntos con la broma.

Retomaron el paseo. Resultó indefectible que el paisaje empujara a Victoria a los veranos que había compartido con Clara. Juntas habían saltado como cabras de piedra en piedra para cruzar de una orilla a la otra. Habían juntado berros que después Dominga había preparado en ensalada y que ellas habían comido orgullosas por haberlos *cosechado*. Habían buscado tesoros en el lecho del río: piedritas de colores enjovadas con láminas de mica que las hacían brillar como si de oro se tratase y otras blancas traslúcidas, cristales de cuarzo les habían dicho los parroquianos que se llamaban. Y el Uritorco... el Cerro de los Loros, tal como dice su nombre en quechua, velando sus juegos, igual que un centinela. Clara y ella habían descubierto que desde cualquier parte del pueblo en el que estuvieran, podían alzar la mirada y allí lo verían, de distintos ángulos, eso sí; pero siempre majestuoso, imponente, con sus casi dos mil metros de altura sobre el nivel del mar.

—Victoria, desde el viernes que quiero hacerte una pregunta pero no había encontrado el momento hasta ahora, que por fin tenemos cierta privacidad —rompió el silencio Núñez.

La joven parpadeó para alejar los recuerdos.

—Sí, dime, Martín, ¿qué te preocupa?

—No, Victoria, la pregunta es esa, pero para ti: ¿Qué es lo que a ti te preocupa? El viernes te noté extraña, angustiada, y ahora has vuelto a ponerte melancólica. ¿Acaso está relacionado con esto que estamos viviendo, con nuestra relación?

Victoria sonrió enternecida y le acarició la mejilla.

—No, Martín, el estado en el que me encontraba el otro día, o hace un momento, nada tiene que ver con nosotros. Te pido disculpas, porque sí, he estado angustiada, aún hoy lo estoy... Se trata de mi hermana Clara.

—¿De tu hermana? Espero que se encuentre bien de salud.

—Sí, ese no es el problema —aclaró. Luego, durante varios minutos, le relató a Martín los sucesos desde que con Clara habían estado espiando a Wenceslao Baigorria hasta que días atrás había recibido la carta de su hermana en la que le contaba de su reciente noviazgo. Victoria no se guardó nada, fue sincera en cada detalle, incluso, al confesarle que había huido de un compromiso seguro

con ese hombre.

—Te sientes culpable porque crees que deberías estar tú en su lugar, ¿no es así? —analizó Martín cuando ella concluyó su relato.

—Sí, así es. Creo que de no haber escapado de San Isidro con artimañas, mi padre no hubiese empujado a Clara a ese noviazgo. Le he escrito una carta a mi hermana para alertarla del peligro que supone Baigorria y rogándole que rompa su compromiso. Espero que me haga caso.

—Victoria, tal vez no te guste esto que voy a decir, pero debes oírlo: Por lo que acabas de contarme, deduzco que tu hermana está feliz con esa relación. No está al lado de ese hombre por obligación, sino porque se siente atraída. ¿No crees que deberías dejar que las cosas sigan su curso?

—¡Pero, Martín! ¿Y los malos presagios que pesan alrededor de ese hombre? ¿Qué debo hacer con este maldito sexto sentido que me advierte y no me abandona?

—¿No se te ocurrió pensar que tal vez ya no debas hacer nada en absoluto?

—¿A qué te refieres?

—A que se te presentó una situación y que actuaste de acuerdo a lo que creíste que era lo mejor para resolverla. Tal vez esos presagios solo fueron el puente para traerte hasta mí, y a tu hermana la unieron a Baigorria. ¿Quién puede asegurar que ese no es el destino que siempre estuvo escrito para nosotros cuatro?

—¿Crees en el destino?

—¿Por qué no? Y si el destino te trajo hasta mí o no, me da igual —su voz había adquirido un tono seductor. Los pasos los habían llevado hasta detrás de unos arbustos de piquillín, lo que los dejaba fuera de la vista de las chaperonas. Le rodeó la cintura con un brazo y concluyó—: Porque no pienso soltarte.

—No quiero que me sueltes —susurró ella.

—Entonces, ¿puedo quedarme tranquilo? ¿No tienes dudas respecto a nosotros ni te arrepientes de estar ahora entre mis brazos?

—No te mentaré al decirte que no tengo dudas, Martín. Aunque esas dudas intuyo que son normales, que toda jovencita las tiene cuando transita esta etapa; una etapa que para mí era por completo desconocida. ¡Imagínate que jamás me habían besado! Y de pronto apareces tú, y mi mundo se pone patas para arriba.

—¿Y eso es bueno? —le preguntó él, con una sonrisa curvando sus labios. Ella le producía tanta ternura que por momentos creía quedarse sin aire.

—Lo es... Mucho —confesó, bajando la vista. Martín le apoyó los dedos en el mentón y le alzó la cabeza.

—Entonces, si te provoco esas dudas, de inmediato con mis besos quiero cambiarlas por certezas.

Martín ajustó su abrazo alrededor de la cintura femenina y esta vez, entre los cuerpos, no quedó espacio ni para que pasara una hoja de papel. Victoria le rodeó el cuello, y sus labios volvieron a encontrarse, igual que días atrás en el cobertizo. Se saborearon despacio aunque con intensidad, como se saborean las cosas y los momentos que valen la pena.

Con la frente apoyada en la de Victoria, Martín le dibujó la boca con el pulgar. Siguió con la vista, como hipnotizado, el recorrido de su dedo sobre el labio inferior. Cuando volvió al centro y descendió para separarle los labios y ella se los humedeció, no pudo resistirse y volvió a capturarlos entre los suyos. La invadió con su lengua y ella le respondió de igual manera. El beso escaló en vehemencia, y ellos, al paraíso.

—Ya no quiero visitarte en carácter de festejante —confesó Martín cuando cortaron el beso—. Esa condición nos queda chiquita.

—Lo sé, y estoy de acuerdo. Ya no tiene sentido cuando los dos sabemos que esperamos más de esta relación.

—Entonces, Victoria Llorca, ¿quieres ser mi novia?

—Quiero —le respondió ella, con una sonrisa radiante.

—Acabas de hacer de mí, el hombre más feliz de la tierra —susurró con voz ronca. Después sellaron con un beso el inicio oficial de su noviazgo—. Te haré feliz, Victoria. Prometo que te haré feliz.

Cuando retomaron el paseo por la orilla del río para regresar al sitio en el que los esperaban las ancianas, lo hicieron tomados de la mano, compartiendo sonrisas y miradas cómplices.

—¡Ahí los tienes a esos dos! ¡Les dimos diez minutos a solas, y ya vienen de la mano! —protestó doña Teresa, tomando una cantidad de tiempo figurada pues ninguna de ellas había controlado los minutos.

—Calla, querida amiga. ¿Acaso no ves lo felices que están? —retrucó Inés, y Teresa tuvo que aceptar que tenía razón: juntos, se los veía radiantes.

El noviazgo entre Victoria y Martín siguió su curso, como el río Calabalumba cuyas aguas acarician de manera constante la ladera este del

Cerro Uritorco y que fuera testigo de sus besos, de sus miradas y de sus promesas.

La pareja daba paseos por el pueblo, cabalgatas por el Camino de La Higuerita o hasta el Cerro. En otras ocasiones, Victoria visitaba a Martín en su finca y lo ayudaba en algunas tareas relacionadas con las colmenas; habían resultado ser un equipo magnífico. También solía acompañarlo en los días de reparto y aprovechaban para comprar en algún ranchito quesos de cabra o pan casero hecho en horno de barro.

Con el transcurrir de los días fueron conociéndose y confirmaron así que querían estar juntos durante toda la vida.

7

Capilla del Monte, Córdoba Viernes 23 de octubre de 1896

—¡Victorita, apúrate que llegaremos tarde! —reclamó doña Teresa. De pie cerca de la puerta de ingreso, frente a un espejo oval de medio cuerpo, retocaba la inclinación de su gracioso sombrero color verde—. ¡Y no olvides traer el obsequio para mi querida amiga Inés!

—Ya casi estoy. Salgo de inmediato, abuela.

Ese 23 de octubre, doña Inés cumplía sesenta y siete años y, para celebrarlo, planeaba dar una gran fiesta en el Hotel Victoria, a la cual acudirían los vecinos más renombrados. Desde hacía dos semanas que toda la familia, incluida Victoria, futura nuera de la agasajada, participaba en los preparativos.

Martín pasó a buscar a su novia y a doña Teresa por la finca Llorca poco antes de las ocho de la noche.

—¡Martín ya está aquí, cariño! —volvió a llamar la anciana.

Victoria salió de su cuarto mientras terminaba de colocarse un zarcillo en la

oreja izquierda. Se trataba de una joya realizada en plata de la cual pendía un zafiro en forma de lágrima. Iba enfundada en un vestido de falda acampanada, cuerpo entallado y de color crudo, bordado con delicados motivos florales en tonos rosa pálido y azules que combinaban a la perfección con sus pendientes de zafiro y con el impresionante color de sus ojos. Llevaba el cabello recogido y un sombrerito pequeño inclinado sobre la frente.

Al verla, Martín contuvo el aliento: Victoria estaba bellísima. También lo invadió una extraña sensación parecida al pánico, pues no había sido hasta ese momento, que Martín tomaba conciencia de que la joven provenía de la ciudad. Se preguntó si ella lograría adaptarse a la vida sencilla de las sierras cordobesas. Hasta ahora había disfrutado de su estadía, ¿pero qué pasaría cuando esa estadía se extendiera a una residencia permanente?

Martín tenía un excelente pasar económico y su negocio apícola solo iba en expansión: desde hacía un tiempo exportaba a varios rincones de la provincia de Córdoba y a las provincias limítrofes y, si todo seguía viento en popa, pronto lo haría también a la Capital; ya estaba en tratativas para ello. Sin embargo, en sus modos, no dejaba de ser un hombre sencillo.

La preocupación y los interrogantes ocuparon su cabeza: ¿Y si ella lo notaba demasiado rústico o básico comparado con los hombres citadinos, esos que podían recitar poesías o hablarle durante horas de las ciudades del mundo que habían visitado? Él solo podía hablarle del río, de las sierras, de la inmensidad del cielo en una noche estrellada; pero no conocía Roma ni París ni las islas griegas. De hecho, nunca había salido de Argentina.

Martín tragó saliva en un intento de aflojar el nudo que se le había instalado en la garganta. Ella parecía de la realeza cuando él iba ataviado con un traje simple de chaqueta y pantalón de color gris jaspeado. Para saludarla se quitó la boina, pues ni siquiera llevaba un sombrero elegante, y al tomarle la mano recordó que las suyas tenían callos y asperezas. Se sintió avergonzado y eso se tradujo en una actitud algo parca que incluso pasó por alto elogiar su belleza.

Victoria se sintió decepcionada. Había dedicado varios días en confeccionar su vestido y puesto especial esmero en arreglarse; sin embargo, Martín parecía no reparar en ello y se comportaba de manera extraña. Al cabo de un instante lo atribuyó a la preocupación por que todo saliera espléndido en el cumpleaños de su madre. Optó por dejarlo pasar y en cambio procuró acompañarlo en silencio.

Cuando Martín detuvo el faetón delante del edificio, propiedad de Juan y Cristina Burghers, el esplendor los recibió a través de las altas ventanas,

cuyas persianas de madera estaban abiertas de par en par. Le ofreció su brazo a doña Teresa por ser una mujer de edad, por lo que Victoria caminó a su lado sin que se tocaran.

Atravesaron la extensa galería con sus enormes columnas cuadradas e ingresaron al lujoso hotel. Una vez dentro, tras una importante puerta, hallaron la escalera de mármol de carrara que los condujo al subsuelo, lugar en el que funcionaba el salón comedor y en el que se llevaba a cabo la celebración de cumpleaños.

Doña Teresa se soltó del brazo del joven en cuanto descendió el último escalón, tomó de manos de su nieta el obsequio para la agasajada, y fue en busca de su amiga. Victoria quedó a la par de Martín, solo entonces se tomó de su brazo.

—No te preocupes, Martín; todo saldrá espléndido —le prometió, propinándole un cariñoso apretón. Él la miró a los ojos y notó tanta dulzura en ellos en lugar de reproche, que sintió como si lo hubiesen golpeado con un yunque en medio del pecho. Su reciente comportamiento no hizo más que avergonzarlo.

—Estás muy bella —le susurró al oído, y la besó en la coronilla.

—Tú también estás muy guapo —lo elogió ella, y él temió que lo hiciera por compromiso. La duda bajó por su garganta en forma de una desagradable sensación agria. En ese momento, Victoria divisó a doña Inés sentada en un amplio sillón de pana; a su lado, su abuela reía de algún comentario—. Iré a saludar a tu madre, si me disculpas.

—Sí, ve tranquila. Iré a supervisar que todo marche según lo acordado.

Victoria saludó a su futura suegra, quien la invitó a unirse al grupo que la acompañaba. Fue presentada a varias personas que desconocía y se reencontró con otras con quienes había interactuado a lo largo de las semanas anteriores.

Algunos camareros recorrían el salón portando bandejas con copas y bocadillos cuidando que nadie quedara sin servirse. Mientras, la música sonaba ejecutada por una banda típica y de jazz que tocaba en vivo y que don Pedro Núñez había contratado gracias a su amistad con el bandoneonista. Los músicos estaban situados sobre una tarima ubicada de manera estratégica a un costado del salón, donde también se había dejado un espacio considerable para que oficiara de pista de baile.

A simple vista, Victoria apreció que todo marchaba sobre ruedas. La fiesta estaba siendo un éxito y doña Inés estaba disfrutándola, que era lo más importante. Don Pedro Núñez, que ese día se sentía bastante bien de sus

achagues, aprovechaba para conversar con otras de sus amistades.

Hecho ese análisis de la fiesta, Victoria recorrió el salón con la mirada en busca de Martín, quien hasta hacía un momento había estado en el grupo de su padre. Se sorprendió al divisarlo al otro extremo del recinto, conversando con una joven de cabellos rubios y mejillas coloradas. Se trataba de Pilar López, la hija de doña Ramona y don Joaquín, amigos de los Núñez y de doña Teresa. A Victoria, esa chica no le gustaba ni un poco; insistía con la idea de que a Pilar se le notaba a leguas que estaba prendada de Martín.

Victoria apretó las muelas para contener los celos y solo cuando su abuela le hizo una pregunta, desvió la vista, aunque la regresaba a ellos cada dos por tres. Con rabia comprobó que Martín no la había mirado ni una sola vez desde que esa chica se le había acercado.

Las dudas empezaron a mortificarla. ¿Martín se sentía atraído por esa joven y ella ya no le gustaba? No podía olvidar que en lo que iba de la noche él se había comportado distante con ella, ni siquiera la había besado, y cuando la vio en la casa de su abuela, lejos de sentirse atraído, había demostrado todo lo contrario. Ahora que lo meditaba, él se había comportado como si algo lo enojara. Se sintió incómoda, creyendo que su arreglo pudiera haberle parecido inadecuado.

Victoria se puso de pie y huyó al tocador, donde frente al amplio espejo que había sobre el lavatorio, repasó su aspecto. Luego de mirarse del derecho y del revés, de revisar su peinado y su sutil maquillaje, no encontró nada que pudiera ser criticado. Se dejó caer en un taburete forrado de pana y suspiró. Sentía el ánimo apaleado. Y volvió a preguntarse una y otra vez qué era lo que sucedía con Martín, a qué se debía su repentino cambio en el trato que le dispensaba. Supo que si no aclaraba la situación, enfermaría de los nervios.

La joven regresó al salón comedor. De pie junto a la escalera de mármol de carrara, barrió el recinto con la mirada en busca de su novio. Pilar López ahora se había unido al grupo de doña Inés y, casualmente, Martín, don Pedro y don Joaquín también estaban con ellas. Apretó los puños hasta sentir las uñas marcar sus palmas, luego los aflojó despacio e inhaló una honda bocanada de aire. Necesitaba con urgencia hablar con Martín. Si él ya no la quería, necesitaba que se lo dijera de frente. Antes de avanzar, recompuso como pudo los pedacitos de su ego herido, solo entonces dio el primer paso.

Martín alzó la vista a tiempo para ver a Victoria cruzar la pista de baile, donde varias parejas danzaban al ritmo de un pasodoble. Las arañas de caireles la iluminaban y resaltaban así su aspecto de princesa. Ella brillaba,

brillaba más allá de la luz artificial del salón. Brillaba con luz propia.

Una vez más, Martín se preguntó qué había visto en él una mujer como ella. Se sintió tan chiquito a su lado, tan insignificante, tan inseguro que le dolió el pecho. Sin embargo, ella, que se había codeado con hombres más cultos y refinados, lo había elegido a él. *Victoria es mi novia*, se dijo, y fue solo entonces que las dudas comenzaron a ceder un poco.

Como bajo los efectos de la hipnosis, Martín se puso de pie y fue al encuentro de la joven. Al verlo acercarse y detectar en los ojos de su novio un nuevo fuego, Victoria retuvo el aliento y permaneció en el lugar, impactada. Ese era su novio, no el hombre tosco que la había ignorado poco antes.

—Quisiera hablar contigo —dijo él cuando estuvo frente a Victoria.

—Sí, estoy de acuerdo. Yo también creo que nos debemos una conversación —acotó ella, con la voz un poco tensa producto de las emociones encontradas vividas durante esa noche.

—Te agradecería me acompañases al patio —le pidió Martín en tanto le ofrecía el brazo. Se refería al inmenso patio-jardín interno del complejo, donde abundaban las plantas y árboles orientales y africanos, como las altas palmeras. En un sector de ese parque, también funcionaba la huerta que abastecía a los huéspedes del hotel.

Victoria enredó el brazo al de su novio y aceptó su invitación. Sin embargo, antes de que llegaran al pie de la escalera, la voz de Pedro, anunciando el brindis en honor a su esposa, dio por tierra con sus planes.

—Lo siento, no podemos ausentarnos justo ahora —se excusó él, que pronto cambió de dirección para volver junto a sus padres; esta vez, con su novia a su lado.

Luego del brindis tampoco tuvieron oportunidad de conversar a solas pues eran reclamados por la cumpleañera o por alguno de sus invitados. Cuando Martín se despidió de Victoria y de doña Teresa en la puerta de calle, la tensión entre ellos había vuelto a hacer acto de presencia.

Martín recayó en sus miedos, y Victoria, en las dudas.

No había sido una buena noche para ninguno de los dos.

Lunes 26 de octubre de 1896

—¿Qué pasa, señorita Victoria? ¿Por qué me anda tan triste estos días? —se interesó Dominga. La joven había entrado a la cocina y se había dejado caer en la silla de paja que estaba junto a la mesa en la que ella amasaba unos

fideos.

—¡Tantas cosas, Dominga! Por un lado, mi hermana Clara que sigue firme en su noviazgo con Baigorria. Hoy recibí otra carta suya... —negó con la cabeza—. ¡Ay, Dominga, cómo quisiera creer que sus palabras son ciertas y que ese hombre la hace feliz! Pero si es así, ¿por qué sigo sintiendo tanto rechazo por él?

—Porque le tiene miedo, niña. Y capaz que porque no quiere aceptar que su hermana ya no es una niña pequeña y que ahora ya tiene un novio, igual que *usté* —acotó pícaro y con un guiño de ojo. Espolvoreó otro poco de harina sobre la mesa y empezó a estirar un nuevo bollo de masa.

Con el final de la frase, Victoria apoyó la cabeza en el sector de la mesa que había quedado libre y se tapó con un brazo, denotando cansancio.

—Ese es el otro motivo que me tiene así —confesó.

—¿El señorito Martín? ¿Qué puede haber hecho ese muchacho *pa' que usté* esté tan triste?

—Por empezar, el viernes ha estado distante... hosco. No sé, Dominga, ¿y si ya no le gusto?

—¿Qué dice, mi niña? ¡Si ese muchacho está loquito por *usté*!

—Eso creía yo, pero el viernes estuvo más tiempo con Pilar López que conmigo. Y yo que me había arreglado en especial para él...

—¿Pilar, la hija de doña Ramona? —preguntó Dominga con extrañeza.

—La misma. Se la pasó persiguiendo a Martín, y a mí no me engaña, porque desde lejos se le ve que está enamorada.

Dominga soltó una estruendosa carcajada.

—Ella podrá estar todito lo enamorada que quiera, pero si el señorito Martín no le lleva el apunte, y que no se lo lleva, nada puede hacer con eso.

—¿Tú crees, Dominga? Hasta el viernes estaba segura de lo que Martín siente por mí, pero desde esa noche, lo único que tengo son dudas; dudas horribles que me martirizan. ¡Y para colmo no lo he visto en todo el fin de semana!

—Tiene que entenderlo, niña, su padre está delicado de *salú*. Me ha dicho *la* Josefa que don Pedro tuvo una recaída y que el médico se la ha pasado en la casa. Para mí que *usté* debería ir a verlo.

—Ignoraba que don Pedro hubiera tenido una recaída... ¡Pero entonces seguro que es por eso que Martín no ha venido el fin de semana! Y aunque sigo sin encontrar justificación a su extraño comportamiento del viernes, iré a verlo a

la hora del té, que ahora mismo deben de estar por comer y no sería de buena educación presentarme a esta hora sin avisar —dijo. Gracias a las palabras de Dominga, se sentía un poco más entusiasmada—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—¡No, mi niña! ¿Cómo cree que la pondría a hacer alguna labor?

—Es que en este momento, lo que necesito es mantenerme ocupada con cualquier cosa para no pensar; de lo contrario, la ansiedad terminará por enfermarme.

—¡Las cosas que dice! —la reprendió. Ya había comenzado con la tarea de cortar los tallarines—. Bueno, bebe unos mates, si quiere. El agua ya debe estar a punto.

—Mmm, no puedo prometer que vayan a salirme bien — advirtió en tanto cargaba el mate con yerba y, distraída, añadió—: El que ceba unos mates riquísimos es Martín. Los hace con peperina y miel.

—¡Ah, ese es un mate bien cordobés! —acotó Dominga, reprimiendo la risa al notar que la joven no quería pensar en su novio pero que no podía evitarlo—. ¡Y si supiera lo que significa el mate con miel!

—¿Acaso tienen un significado? —se interesó Victoria, entregando un mate a la mujer. A través de la puerta de la cocina, que como en ese momento en general permanecía abierta de par en par, se colaban la brisa serrana y el canto de una calandria que picoteaba el suelo de tierra donde la cocinera había echado algunas migas de pan.

—¡Claro, niña! A través del tiempo, la gente ha ido inventando distintos lenguajes en los que no hacían falta las palabras: el mate es un ejemplo; las flores, otro.

—¿Y me dirás qué significado tiene el mate con miel?

—Significa: muero de amor, casamiento.

—¿De verdad? —clamó sorprendida. Los ojos se le habían abierto de par en par—. ¡Así era el primer mate que me cebó Martín! ¡Y todos los demás también! —meditó un momento y esbozó una mueca—. Me temo que también tiene que ver con sus gustos personales, al fin y al cabo, cuando me convidó ese primer mate, él ya tenía todo listo y ni siquiera sabía que me vería.

—Bueno, niña, pero no le quite la magia.

—¡Claro, claro! De todos modos, esto es muy divertido. A ver, Dominga... ¿Qué significa el mate que acabo de cebarte?

Dominga se mordió el labio inferior.

—Si me guiara por este mate, diría que *usté* me odia, niña, y que me manda a tomar mate a otro lugar pues mi visita le es poco grata.

—¿Qué? —expresó horrorizada—. ¡Pues te aseguro que ese mate miente, Dominga! —se puso de pie, abrazó a la mujer y la llenó de besos.

—¡Entonces no me cebe un mate con agua hirviendo, lavado y largo, mi niña!
—protestó la mujer en broma y disfrutando de las muestras de cariño.

Victoria volvió a tomar asiento.

—¿Y cómo debería decirle a alguien *estoy pensando en ti*?

—Con un mate con azúcar quemada.

—¿Y si también quisiera decirle que venga a buscarme?

—Entonces le agregaría unas cascaritas de naranja. Y eso sí, debería cebarlo bien espumoso, para que a él no le queden dudas de su amor.

—Entonces será mejor que le escriba una carta —se burló Victoria de sí misma, haciendo referencia a que jamás cebaría un mate tan bueno como el que le recomendaba Dominga. Las dos rieron con la broma. Se puso de pie y besó a la mujer en la mejilla regordeta—. Gracias —le dijo—. Y no le hagas caso a ese mate mentiroso, que yo te quiero con todo mi corazón.

Las risas de la cocinera se hicieron escuchar hasta en el comedor.

Horas después, alrededor de las cinco de la tarde, Victoria se dirigió a la casa de su novio. Hacía un tiempo que su abuela le permitía salir sin Tiyana cuando iba a encontrarse con él. Josefá le abrió la puerta y la hizo pasar a la sala de recibo. Martín apareció poco después; lucía sin afeitarse, tenía círculos oscuros bajo los ojos y el cabello algo revuelto, como si acabara de levantarse.

—¡Martín! —clamó, turbada por su aspecto. Se acercó a él para tomarlo de las manos. Él la esquivó y en cambio se aferró a su cintura, desesperado por su abrazo—. ¿Qué pasa? ¿Es tu padre?

—Ha estado mal durante todo el fin de semana. Son sus pulmones, ¿sabes?
—confirmó y sintió la necesidad de contarle a su novia esa parte de su historia
—: Hasta hace unos años, vivíamos en el interior de la provincia de Buenos Aires. Allí teníamos un campo que dedicábamos a la apicultura y nos iba muy bien; pero entonces mi padre enfermó. El médico que lo atendía, que era una eminencia, nos recomendó trasladarnos a las sierras cordobesas, donde el clima es más bondadoso. Fue entonces que vendimos nuestras propiedades y compramos esta finca. Trajimos las colmenas y aquí empezamos desde cero. Lo bueno es que pronto vimos la mejoría en el estado de salud de mi padre,

aunque de tanto en tanto tiene sus recaídas y nuestro miedo es que alguna de esas recaídas pueda ser fatal.

—Cuánto lo lamento, Martín.

—Necesitaba tanto verte. Necesitaba tanto tu abrazo... Pero estando mi padre así, no podía dejarlo solo. Y ahora a la tarde, que él por fin mostró una leve mejoría, te juro que mi intención era ir a visitarte, aunque más no fuera durante unos minutos. Pero... —se alzó de hombros—, me senté en la cama para cambiarme de ropa y no sé, debo de haberme recostado un momento y me quedé dormido. Si te soy sincero, no lo recuerdo.

—No te preocupes, te entiendo. Y ahora he venido yo a interrumpir tu descanso —se reprochó—. Por favor, vuelve a la cama, y si necesitas algo, me mandas a llamar —le indicó. Quiso apartarse. Martín la retuvo por la muñeca y volvió a pegarla a su cuerpo; con un brazo le rodeó la cintura.

—Te necesito ahora, Victoria. Quédate, por favor. Si tú me abrazas, sé que todo estará bien.

No tuvo que pedirlo dos veces. Victoria le rodeó el torso con sus brazos y apoyó la mejilla en su pecho.

—Todo estará bien —le prometió.

Victoria acompañó a Martín a su cuarto y se recostaron con la ropa puesta y sobre las mantas. Permanecieron abrazados, en mutua contención; pocos minutos después, se quedaron dormidos.

Se despertaron para la hora de la cena. Mientras Victoria esperaba en el comedor junto a doña Inés, Martín se dio un baño y se afeitó. Cuando se les unió en la mesa aún conservaba unas suaves ojeras, pero se lo veía más fresco y descansado. Le informaron que don Pedro había mejorado bastante: ya había comido y ahora había vuelto a dormirse. Martín respiró aliviado.

Al despedirse en la puerta de calle de la casa de los Llorca, lo hicieron con un beso en los labios. Las dudas y los miedos habían quedado relegados, al menos por el momento.

Miércoles 28 de octubre de 1896

Don Pedro se había recuperado casi por completo. Ya andaba levantado y podía sentarse en la galería vidriada a tomar el sol. Allí lo habían dejado Victoria y Martín, acompañado por doña Inés, quien no hacía más que atiborrarlo de té con miel y de cucharadas de jarabe de propóleos resaltando las cualidades tan beneficiosas de ese elixir. Permanecerían en el jardín de

invierno unos minutos hasta hacer la digestión y después se irían a dormir la siesta, habían asegurado.

Aprovechando la mejoría de su padre, Martín realizaba la revisión de las colmenas, donde veía en qué estado se encontraba la postura de la Reina, controlaba las crías y abejas en sus distintas etapas de crecimiento, y el estado de los marcos, si acaso era necesario hacer cambios o incluso, si había alguno listo como para cosechar. También controlaba que estuvieran saludables y que no les faltara el alimento.

—La actividad de las colonias está resultando formidable — opinó complacido—. Mira este cuadro, Victoria. ¿Ves este óvalo que forman las celdas con un operculado liso, perfecto? —señaló lo que iba explicando. La joven seguía con atención sus movimientos e indicaciones—. Este es un cuadro de puesta. Aquí hay larvas. Y estas celdas que son más abultadas y que están en la periferia, corresponden a los zánganos.

—Allí hay una abejita más blanquecina. ¿A qué se debe? — quiso saber Victoria.

—Esa debe tener apenas unas horas de nacida —le explicó—. Van tomando el color original a medida que crecen.

—¡Oh, vaya, qué maravilla!

—Este cuadro volveremos a dejarlo en su lugar, con mucho cuidado pues la Reina debe estar cerca.

Era apenas pasado el mediodía de un día radiante de primavera. Las abejas revoloteaban sobre las flores de lavanda, ávidas de néctar que después llevaban a los panales. Corría una brisa tibia que olía a estas flores y a las aromáticas, como el cedrón y la peperina. Victoria suspiró extasiada. Adoraba esas tardes que Martín y ella compartían compenetrados con la naturaleza.

—¿Y cómo están mis pequeñas? —quiso saber, cuando le llegó el turno a la colmena que a ella le pertenecía.

—¡Estupendas! —exclamó él. Ella sonrió de oreja a oreja.

Meses atrás, Victoria había descubierto un enjambre posado en la finca de los Llorca, en la rama de un árbol de membrillo, y había acordado con Martín que él iría a recogerlo. Por supuesto, el apicultor había tenido que acceder a que la joven lo acompañara y hasta que lo ayudara en la tarea. Para Victoria había resultado una experiencia fascinante...

Cuando la población de una colmena es demasiado grande, la vieja abeja Reina suele emigrar llevando consigo a la mitad de la colonia. El enjambre se posa en una rama, en un muro, o donde les parezca, hasta que encuentran el

lugar ideal para fundar la nueva colmena, le había explicado él.

Martín había llevado una canasta que había colocado debajo del enjambre, luego, con un firme sacudón a la rama, había hecho que las abejas cayeran dentro; muchas habían quedado revoloteando alborotadas por los alrededores. Había tapado la canasta con un lienzo y la había trasladado a su finca. Una vez allí, introdujo el enjambre dentro de la colmena que ya había preparado en especial, con cuadros nuevos y algunos usados. Había tapado la piquera para darles tiempo a las abejas a que se adaptaran; esta adaptación no duró más que un cuarto de hora.

—Mira, Victoria, podemos quedarnos tranquilos de que la Reina está dentro, por la forma en la que han venido las abejas pertenecientes a este enjambre que no habíamos podido capturar —le había indicado. Era cierto, la caja de madera, por fuera, lucía como una masa negra y amarilla en movimiento constante—. Ha llegado el momento de que destapemos la piquera.

—¡Qué maravilla, Martín! ¿Entonces, les ha gustado su nueva casa?
—¡Les ha encantado! —había exclamado él. Tras el ingreso de las abejas a la colmena, habían vuelto a quedar las tablas exteriores a la vista. Martín había tomado un pequeño cuchillo y en una de las tablas de la caja grabó el nombre *VICTORIA* en letras mayúsculas—. Esta colmena es tuya; la cuidaré para ti —le había prometido. Y ella lo había recompensado con la más radiante de las sonrisas.

Esa era la colonia que acababan de controlar. De la revisión de todas las colmenas, Martín había separado cuatro cuadros que estaban óptimos para ser cosechados; con un cepillo especial los había desabejado, luego los había colocado dentro de una caja para marcos que utilizaría para transportarlos al cobertizo. Allí se dirigieron para completar el proceso. Victoria se sentía emocionada dado que sería la primera vez que vería cómo se realizaba la extracción de la miel.

Martín encendió dos faroles.

—Lo siento, pero tengo que cerrar la puerta del cobertizo — le comunicó el apicultor mientras realizaba dicha acción—, de lo contrario, las abejas podrían ingresar, atraídas por la miel, y resultaría peligroso para nosotros.

—Entiendo —asintió ella.

Se quitaron los sombreros especiales y conservaron el pantalón y el saco para no perder tiempo cambiándose de ropa. Se dirigieron al sector que estaba acondicionado en exclusiva para realizar la extracción y filtrado de la miel. Con un cuchillo plano, Martín comenzó a desopercular los panales de ambos lados; esto es, quitar la capa de cera con la que las abejas cierran cada celda una vez que la miel está madura.

—¿Puedo ayudarte con eso? —preguntó Victoria, que con las enseñanzas de Martín había descubierto una pasión especial por la apicultura.

—Sí, claro. A ver, fijate si puedes hacerlo sola —le dijo luego de mostrarle la técnica correcta. Ella lo intentó, aunque en algunos sectores del panal, las celdas habían quedado operculadas y en otros, había quitado demasiado producto.

—Mmm, creo que no lo he hecho del todo bien —reconoció.

—Bastante bien por ser la primera vez que lo haces; esto requiere de práctica —la consoló—. Ahora lo intentaremos juntos —tras esa indicación, Martín se detuvo a espaldas de Victoria y pasó los brazos hacia adelante, dejándola a ella refugiada contra su pecho. Con la mano izquierda la ayudó a sostener el cuadro mientras que su mano derecha se apoyó sobre la mano derecha femenina, la cual sostenía el cuchillo plano. Juntos comenzaron a quitar la cera blanquecina, y lo hicieron de manera perfecta. El reluciente color dorado de la miel iba revelándose a sus ojos tras el paso de la herramienta y el olor fuerte, empalagoso, se les colaba en la nariz.

—¡Este sí ha quedado perfecto! —exclamó ella, que aún se preguntaba cómo había podido pronunciar tantas palabras encadenadas cuando su entera atención permanecía en los brazos que la rodeaban, en el amplio pecho masculino pegado a su espalda, en el aliento tibio acariciándole la piel. Cuando Martín la besó en el cuello, allí donde su pulso se hacía más fuerte, un cosquilleo que nació en la base de su columna, ascendió por el medio de su espalda hasta morir en su nuca, la estremeció profusamente en su recorrido. Sintió que la piel de todo su cuerpo se erizaba, como si le quedara chiquita para contener tanto deseo.

—Componemos un gran equipo, mi dulce apicultora —aseguró él, también afectado por la cercanía. Victoria siempre lo fascinaba, pero vestida con los pantalones especiales para apicultura, simplemente lo volvía loco. Era entonces cuando podía recrearse en cada una de sus curvas, y esas curvas, en ese momento, se amoldaban con perfección a su propio cuerpo.

Martín volvió a besarla en el cuello, luego se obligó a apartarse; de lo

contrario, no estaba seguro de ser capaz de mantener la compostura.

Con una herramienta especial, similar a un peine metálico, terminaron de desopercular algunas celdas que habían quedado tapadas en algunos sectores de los panales.

—Vamos a colocar los cuadros dentro de esta máquina — dijo él. La máquina en cuestión era una especie de tina de madera dentro de la cual había una jaula metálica perforada. Dentro de la jaula fue que acomodaron los cuatro cuadros —. Ahora haremos girar la jaula a buena velocidad accionando esta manija. La fuerza centrífuga hará que la miel se desprenda de los panales y quede dentro de la tina.

Victoria también colaboró girando la manija hasta que se le cansó el brazo. Reía feliz. Martín dio vuelta los cuadros dentro de la jaula y volvió a ponerse manos a la obra mientras su mirada se recreaba en la visión que la joven le ofrecía, con las mejillas coloradas a causa de la actividad realizada, la frente perlada de sudor donde algunos cabellos se habían escapado del peinado, la sonrisa amplia y los ojos radiantes.

Estaba fascinado. Al verla así, los temores de que ella pudiera no adaptarse a la vida serrana, tan distinta a la que estaba acostumbrada en la ciudad, se escurrieron entre las rendijas del cuarto. Dentro del cobertizo, y al menos en ese instante, no importaba de dónde proviniera cada uno.

—Ahora haz los honores —le pidió él, cuando completaron la tarea de extracción. Ella quitó el corcho que sellaba el orificio ubicado en la parte inferior de la tina y el oro líquido comenzó a fluir. Para recibirlo habían colocado otro recipiente en el suelo y sobre este un cedazo para filtrar la miel pues siempre podía conservar partículas de cera y de polen.

Victoria aplaudió loca de contenta y, como travesura, con el dedo recogió unas gotas de miel que se llevó a la boca. La joven no fue consciente del efecto erótico que había tenido su gesto inocente en Martín hasta que él se le acercó con el deseo impreso en la mirada. La tomó por la cintura y la besó con pasión para degustar el delicioso elixir desde su boca.

—Nunca había probado miel más deliciosa —le ronroneó al oído, antes de volver a besarla.

Victoria se quedó sin aliento ante la fuerza que exudaba Martín. Él alternaba besos a su boca con besos a su cuello. Sintió que se le anudaba el estómago de anticipación y que una corriente le recorría la columna, cuando él descubrió un punto en especial sensible detrás de su oreja. Ella se sostuvo de los amplios hombros masculinos y él le inclinó la cabeza hacia atrás para recorrerle la

garganta con la lengua. Un escalofrío la recorrió entera, y los miedos que había albergado el día de la fiesta en el hotel, acompañaron a los de Martín en ese viaje a través de las rendijas de la madera.

Victoria sintió las manos masculinas soltarle los lazos del pantalón, poco después, las palmas se colaron debajo de su chaqueta. Ella le rodeó el cuello y le buscó la boca. Cuando se encontraron, se devoraron sin miramientos. Las manos que le recorrían la cintura sobre el corsé levantaron el saco especial hasta quitárselo por la cabeza y un nuevo escalofrío la atravesó cuando la boca de su novio descubrió su escote.

Él ascendió por el cuello y volvió a encontrar el punto sensible detrás de su oreja, en ese momento dejó de besarla y buscó sus ojos.

—¿Quieres que me detenga? —le preguntó. Su voz había sonado ronca, como si hablar le demandara un gran esfuerzo, mucho más, detenerse.

—No, Martín. No quiero que te detengas.

Con el consentimiento recibido, Martín tomó a Victoria de la mano y la guio hacia el baúl de madera en el que solían guardar la ropa. Hizo que tomara asiento y se acuclilló a sus pies. Ella lo seguía atenta con la mirada, mientras él, con movimientos cuidados, le quitaba un zapato brodequín y después el otro. Los faroles parpadeantes mantenían el recinto entre luces y sombras mientras que el olor empalagoso de la miel y el olor de la madera, lo impregnaban todo.

Martín se puso de pie delante de ella y se quitó el saco. Debajo vestía una camiseta blanca de mangas largas que se ajustaba a sus formas atléticas. Le ofreció la mano para que ella, ahora descalza, se pusiera de pie. Volvió a besarla, despacio al principio, mientras Victoria se animaba a acariciarle los brazos, que percibió de músculos marcados; siguió con los hombros y después el pecho. Las manos femeninas recorrían cada plano del abdomen masculino, descendiendo y ascendiendo con la sutileza de las alas de una mariposa. Esas caricias, estaban volviéndolo loco.

Victoria, envalentonada al notar que a Martín le gustaban sus caricias, lo acarició por debajo de la camiseta. Entrecerró los ojos al sentir el calor de la piel de su novio en sus palmas; él ardía. Las manos masculinas no fueron menos exploradoras y eligieron introducirse dentro de los pantalones de la joven. En una caricia ardiente le recorrieron la cintura, las caderas y las piernas, y en el recorrido, arrastraron la prenda hasta los tobillos. De nuevo acuclillado delante de la joven, le alzó un pie, luego el otro, para terminar de desvestirla. Solo había quedado con la ropa interior.

Con un pie de Victoria sobre su rodilla, Martín comenzó a besarla desde el tobillo, ascendiendo con caricias y besos. Se detuvo en el interior de la rodilla y siguió un poco más, donde los lazos de las medias se ajustaban con un gracioso moño color rosa. En el viaje en ascenso, entre los besos y la piel, se interpusieron los pololos. Martín los desató con delicadeza y los dejó caer. Victoria cerró los ojos ante el repentino pudor y ya no vio, sino que sintió, los dedos masculinos aflojar los cordones del corsé, que también cayó y fue a unirse al desparramo de telas que se había formado a sus pies. Vestida solo con una fina camisa interior y las medias, se sentía expuesta, y fue en ese momento que comprendió que, lo que estaba a punto de realizar, era el acto de mayor confianza que pudiera existir.

Martín besó el abdomen de Victoria, después se puso de pie y la diáfana tela de la camisa volvió a cubrirla hasta mitad de los muslos. Le besó un hombro y con una caricia le bajó un bretel. Los pechos semidesnudos, insinuándose a media luz debajo de la tela traslúcida, le resultaron una tentación que no pudo resistir. Los cubrió de besos; los saboreó despacio. Sin dejar de recorrerlos con una mano, le rodeó la cintura para pegarla a su cuerpo. Victoria se sorprendió al sentir la dureza que se apretaba contra su abdomen y contuvo el aliento.

—Victoria... Abre los ojos. Mírame —le pidió. La grave voz le hizo vibrar el cuerpo. Alzó los ojos hasta encontrar los de su novio—. Te amo —le confesó Martín, mientras con el pulgar le recorría el labio inferior—. Te amo como jamás he amado a nadie.

Y Victoria supo, sin lugar a dudas, que ella también lo amaba. No se lo dijo en ese momento, aunque Martín debe de haberlo leído en sus ojos de azul infinito.

—Quisiera que siempre me miraras así, como si tu mundo empezara y terminara en mí. Sé que es egoísta de mi parte, pero es cuando me veo reflejado en tus ojos que me siento seguro, que no hay lugar para los miedos o las dudas. Que siento que puedo competir por tu amor, de igual a igual, con cualquier hombre de ciudad.

Victoria esbozó una sonrisa y le recorrió la mejilla con una caricia plena de ternura.

—Martín, tú no necesitas competir con ningún otro. A mis ojos, no hay nadie que pueda compararse contigo. Tienes mi corazón. Tienes mi alma... Solo te pido que los cuides.

—Con mi vida, te lo juro —le prometió. La alzó en sus brazos, haciendo que Victoria le rodeara la cadera con las piernas, y caminó hasta sentarse sobre la

tapa del baúl. Le alzó la barbilla y la besó en los labios con pasión. Las caricias y los besos fueron subiendo en intensidad y explorando aquellos rincones del cuerpo de los que no se permitía hablar. Martín se desató los nudos del pantalón y liberó su miembro, entonces le pidió a Victoria—: No apartes la vista. Cuando seamos uno, quiero verme en tus ojos y que tú te veas en los míos.

Y allí se amaron por primera vez, en aquel cobertizo que olía a madera y miel, entre cuyas paredes guardaría por siempre el eco de sus corazones acompasados, las palabras de amor y las promesas susurradas entre besos.

Capilla del Monte, Córdoba Martes 3 de noviembre de 1896

—Abuela, estaba pensando en viajar unos días a San Isidro. No muchos, solo los estrictamente necesarios como para hablar con Clara —señaló Victoria. Sentadas en la galería oeste de la casa, disfrutaban del delicioso clima serrano a esas horas del atardecer, cuando el calor cedía bastante y era necesario el uso de un chal para resguardarse del fresco—. Sé que ya no debería hacerme mala sangre con este tema y es por ello que he decidido ver con mis propios ojos lo que tanto insiste Clara en hacerme notar: Que Baigorria no es el demonio que yo creo que es.

—Sí, cariño, creo que te hará bien. Por lo que me has contado de las cartas de tu hermana, deduzco que ella es feliz. Tal vez, Victorita querida, por primera vez ese sexto sentido tuyo está errado.

—Eso espero, abuela —acotó, no muy convencida. Mientras que su cabeza se empeñaba en opinar una cosa, su corazón se estrujaba con sensaciones nada halagüeñas.

El silbido del tren cortó el silencio que por espacio de unos instantes se había instalado entre las mujeres.

—¿Ya has hablado con Martín acerca de tu viaje? —quiso saber la señora mayor.

—¡Claro que sí! Me ha dicho que si ese viaje ha de traerme tranquilidad, entonces que debo hacerlo sin dudar. Incluso, ha barajado la posibilidad de acompañarme y aprovechar para hablar con mi padre. Es su deseo que pronto nos comprometamos de manera oficial. Dice que si por él fuera, ya estaríamos casados —dijo entre sonrisas soñadoras.

—Y si por ti fuera, Victorita, ¿también ya serían marido y mujer?

—¡Sí, abuela, Martín es el hombre de mi vida! ¡Lo amo tanto!

—Lo amas, ¿pero serías capaz de adaptarte a este estilo de vida si fuese permanente? ¿No extrañarías la vida de Buenos Aires?

—No he de mentirle al decirle que no lo he pensado mucho, abuela; pero fue tras meditarlo tanto que he llegado a la conclusión de que esta es la vida que

deseo. Las sierras cordobesas y sus gentes, me han enamorado.

—¿El que te ha enamorado es ese apicultor bien guapo!

—Ya le he confesado que así es. Pero este lugar... Capilla del Monte se ha transformado en mi lugar en el mundo.

La conversación de las mujeres se vio interrumpida ante la llegada de un coche de paseo. Victoria se asomó para ver de quién se trataba y se llevó una gran sorpresa al comprobar que el recién llegado era Arturo Llorca, su padre. Arturo ingresó a la propiedad cargando una maleta que depositó en el suelo del comedor.

—¿Dónde está todo el mundo? —restalló su voz por todo el recinto.

—Aquí, padre. Estamos aquí —se apresuró a indicar Victoria en tanto ingresaba a la casa con doña Teresa colgada de su brazo. Él las miró con arrogancia.

—Mjhm, ¿y se puede saber en qué andaban ustedes dos? — preguntó prepotente. Tiyana y Dominga también se habían unido a ellos en el comedor, llegadas desde la cocina.

—Buenas, patroncito —lo saludaron. Tiyana agarró la maleta y se dirigió hacia el cuarto principal para aprontarlo para el recién llegado.

—No sabíamos de su llegada, don Arturo. Ya mismo le vamos a dejar el cuarto como a *usté* le gusta y a prepararle una rica comida —acotó Dominga, quien pronto desapareció para ocuparse de la cena pues intuyó que el dueño de casa estaría famélico.

Sin mayores explicaciones, lo próximo que hizo Arturo fue llamar a Victoria a su estudio, un cuarto de la propiedad que permanecía cerrado con llave durante los períodos en los que él estaba ausente.

—Padre, debo decirle que su visita nos ha sorprendido. Pero cuénteme, por favor, ¿cómo están todos por Los Catalanes: mamá, Clara, Carmela?

—Ahórrate el parloteo, Victoria —la reprendió Arturo con aspereza—, y límitate a responder las preguntas concretas que te haga, como debe ser.

Victoria se mordió la lengua para no replicar. Su estadía en las sierras había dejado lejos los maltratos a los que su padre solía someterlas a Clara y a ella, y ahora, con la llegada de Arturo, quien carecía por completo de don de gentes, esos maltratos habían regresado de sopetón. Una vez más, la joven se preguntó cómo era que su madre, sumisa, soportaba tantas humillaciones, pues el trato que a ella le dispensaba Arturo era igual o peor que el que mostraba para con sus hijas.

—Usted dirá —acotó con sequedad. Permanecía de pie, con las manos juntas

delante de la falda. Su padre no la había invitado a sentarse por lo que hacerlo hubiese sido una gran falta ante sus ojos. Él permanecía sentado detrás de su escritorio, revisando algunos papeles, por lo que tampoco le dirigía la mirada.

—Estoy aquí por una carta que me escribió tu abuela. En ella refiere que un hacendado de la zona siente interés por ti — le informó. Arturo hubiese preferido viajar antes, pero por cuestiones que obedecían al incipiente noviazgo entre Clara y su futuro yerno, y que él no pretendía perder de vista, había pospuesto su visita a Capilla del Monte. Ese compromiso marchaba viento en popa, por lo que ahora podía dedicarse a encaminar el de su hija mayor o echarlo por tierra si el pretendiente no colmaba sus expectativas.

—Sí, padre, se trata de Martín Núñez, nuestro vecino. Y debo confesarle que yo también siento cierta afinidad por su compañía —Victoria se abstuvo de decirle que ese noviazgo ya llevaba varios meses y que Martín y ella, más de una vez, habían compartido la más absoluta intimidad.

—Lo que tú sientas o dejes de sentir, no importa en lo más mínimo.

—¡Pero, padre!

—¡Te callas! —la refrenó antes de que Victoria pudiera dar forma a su protesta. Una vez más, la joven mordió impotencia—. Lo único que me interesa saber, es si él es o no un buen partido.

—¡Es un partido magnífico! ¡Martín Núñez es el más bueno y respetuoso de los hombres! —se apresuró ella a exclamar con entusiasmo desmedido.

—No es eso lo que quiero saber. Qué clase de persona es, me tiene sin cuidado, no así su pasar económico. Quiero conocer cuál es el estado de sus finanzas. Para la textil —dijo, haciendo referencia a su empresa—, no despreciaré un buen inversor o capital que pueda abultar nuestro patrimonio, que llegaría si es propiciado por una alianza entre las familias.

Victoria suspiró. Cómo no iba a ser de otro modo viniendo de él, su padre mediría la valía de Martín de acuerdo a su cuenta bancaria.

—El suyo es un negocio floreciente...

—Quiero que sea él quien me lo demuestre. Si estás aquí, es solo para que te encargues de hacerle saber a Núñez que quiero hablar con él. Lo espero en mi despacho mañana a primera hora —expuso autoritario—. Si está interesado en ti, no faltará a la cita.

—Le haré llegar un mensaje de inmediato —concedió la joven. Luego, aunque sabía que sus palabras caerían en saco roto, habló de todos modos—: Padre, quisiera hablarle respecto a Clara. Supe que está comprometida con Wenceslao Baigorria.

—Así es. Esa alianza es inmejorable.

—¿Le parece, padre, que un hombre como Baigorria es conveniente para mi hermana? ¿Se dicen tantas cosas horribles de él!

—Baigorria es un hombre con una reputación intachable. Las habladurías que puedan tejerse a su alrededor no son más que eso. Y tú no deberías inmiscuirte en estos temas.

—Pero es que me preocupa la seguridad de mi hermana. Quisiera viajar a San Isidro para hablar con ella...

—¡Te lo prohíbo, Victoria! ¡De aquí no te mueves hasta que yo indique lo contrario! —ordenó con ímpetu, las manos crispadas sobre el escritorio y el rostro en tensión—. No harás nada que pueda entorpecer el compromiso entre tu hermana y Wenceslao Baigorria, ¿me oyes? Esa unión es muy conveniente para nuestro patrimonio.

—¡Pero, padre! ¿Acaso no teme por la seguridad de su hija menor? —reclamó con angustia—. ¡Clara es demasiado joven e inocente para un hombre como Baigorria; ella recién cumplirá dieciséis años!

—Clara estará bien. Cuando se despose con Wenceslao Baigorria, vivirá como una reina rodeada de lujos —fundamentó, lo que para Victoria significó una burla, pues su padre seguía apuntando a las condiciones económicas, como si eso fuese lo único importante. Exasperado, Arturo añadió tajante—: Y te lo advierto, Victoria, si quieres que vea con buenos ojos a tu pretendiente, bien harías en quitarte de la cabeza estas tontas ideas. Y ahora retírate, que ya me has hecho perder bastante tiempo.

Victoria abandonó el estudio de su padre con lágrimas en los ojos y un grito de rabia atorado en la garganta. Corrió a su cuarto, donde se permitió liberar la angustia. Derramó lágrimas sobre la almohada hasta que comprendió que había situaciones que escapaban al alcance de sus manos. Nada podía hacer más de lo que había hecho: advertirle a Clara de los malos presagios. Si su hermana, que era la principal interesada, no daba importancia a sus palabras, era absurdo que ella siguiera intentando luchar contra molinos de viento.

En la batalla en la que Victoria sí podía luchar, era en la suya propia, la que atañía a su noviazgo con Martín Núñez, y en esa estaba dispuesta a no darse por vencida.

Tomó sus artículos de escritura y redactó un breve mensaje en el que ponía al corriente a Martín de la llegada de Arturo Llorca a Capilla del Monte y de la cita, al día siguiente a primera hora, a la cual su padre lo instaba a asistir para demostrar su interés por ella. También le recordó, pues en conversaciones

anteriores con Martín ella le había comentado acerca de la personalidad de su padre y de su particular escala de valores, en qué se basaría el análisis de Arturo para aceptarlo o descartarlo a él como pretendiente.

Envió el mensaje con Tiyana y le pidió que esperara una respuesta. La jovencita regresó a los pocos minutos con una escueta nota de Núñez que rezaba: *Allí estaré*. Victoria no podía sentirse más aliviada.

Miércoles 4 de noviembre de 1896

Martín se presentó en la casa de los Llorca a las nueve de la mañana. Victoria lo recibió con un fugaz beso en los labios y lo acompañó hasta el estudio de Arturo, donde su padre le impidió el ingreso. Retorciéndose las manos de los nervios, volvió al comedor, donde debía esperar. Para distraer su atención y matar el tiempo en tanto los hombres concluían su conversación, doña Teresa la puso a practicar dobladillo ciego en un trozo de género.

—Buenas, señor Llorca. Sé por su hija que me mandó llamar —saludó Martín, en cuanto estuvo frente a Arturo.

—Siéntese, Núñez, así podremos conversar tranquilos — demandó el anfitrión, luego de hacerle un profundo escrutinio. Hasta el momento no había encontrado nada que objetar, al menos en el aspecto de su invitado. Núñez vestía un traje sastre gris jaspeado, camisa blanca y corbata color verde seco. Sus prendas no eran de la extraordinaria calidad de las que vestía Wenceslao Baigorria; no obstante, para un hombre del interior, estaban acordes y demostraban que su portador poseía un buen pasar económico.

Martín tomó asiento. Sobre sus rodillas colocó la carpeta y la boina que llevaba en sus manos.

—Tengo entendido por mi suegra, que usted ha demostrado cierto interés por mi hija Victoria y que ha estado visitándola como festejante.

Martín evitó hacer cualquier gesto que lo delatara, aunque el aire pareció formar una bola en expansión dentro de su pecho. Hacía meses que visitaba a Victoria, ya no como festejante sino como su novio, y hasta se había tomado ciertas atribuciones que, de saberlas, no caerían nada bien al padre de la joven. Se apresuró a responder lo que creyó conveniente:

—Así es, señor Llorca. Debe saber que a su hija la quiero bien, y es por eso que deseo pedirle su mano en matrimonio.

—No nos adelantemos, Núñez. Como usted sabrá, Victoria proviene de una familia distinguida, por lo cual está destinada a contraer enlace con un hombre de su mismo estrato social.

—Entiendo —dijo Martín, al comprender el rumbo que tomaría la charla a partir de ese instante y con mayor premura de la que había supuesto. Al respecto, no estaba preocupado. Siendo que Victoria lo había puesto en sobre aviso de que así serían las cosas, Martín podía jactarse de haber ido preparado para jugar las cartas que a don Arturo lo hicieran ceder.

—Hablemos sin pelos en la lengua —propuso Arturo, seguro de tener el toro por los cuernos. Se respaldó en su sillón, con los antebrazos sobre el escritorio para poder hacer algunos ademanes, como señalar a su interlocutor cuando expuso—: Usted es un hombre de campo, de sierra. Ya es mucho decir que mi hija debería de adaptarse a este tipo de vida y que solo por eso yo estaría facultado para rechazar su propuesta.

—Si me lo permite, señor Llorca...

—A su momento hablará, joven. Por lo pronto, el que hable seré yo —impuso altanero.

Martín asintió con la cabeza. La yugular le latía fuerte.

—Como le he dicho, Victoria debería adaptarse a este modo de vida tan... rústico —concluyó luego de buscar una palabra acorde—, y es mi deber velar por su bienestar y por su porvenir.

—Por supuesto, señor Llorca. Yo me aseguraría de que nada le faltase.

—No es cuestión de que nada le falte, Núñez. Es cuestión de que usted me asegure tener una fortuna digna como para proveer a mi hija de un estilo de vida similar al que lleva en el hogar familiar. En ese caso, podría hacer la vista gorda en varias cuestiones que a usted no le juegan a favor, como la ya mencionada.

—Le aseguro, señor Llorca, que así es. Y para demostrarlo es que he traído documentos contables que así lo prueban — expuso Martín. Colocó sobre el escritorio la carpeta que portaba y la arrastró hasta el otro extremo.

Con una ceja en alto, Arturo comenzó a estudiar las hojas.

—Vamos entendiéndonos, muchacho —manifestó al concluir la lectura y comprobar que el negocio apícola de los Núñez era más que próspero. La empresa familiar exportaba miel y cera de abejas a varias provincias, y de manera reciente también a la Capital. El patrimonio que poseían era respetable y los ingresos mensuales, formidables. Y lo más importante radicaba en que la empresa iba en constante expansión. En otras palabras, Apícola Núñez era una

mina de oro a la que todavía le quedaba mucho por ser explotada; los réditos a futuro serían incalculables.

—Eso espero, señor Llorca. Como puede ver, a Victoria nada le faltará y podrá llevar una vida acorde a la que está acostumbrada.

—¿Y qué me diría, Núñez, si le propongo me deje participar como accionista en su empresa? —interrogó con astucia. Ese último análisis hecho a los informes, había abierto en la mente de Arturo una nueva perspectiva.

—Que a futuro podría considerar su propuesta con mucho gusto.

—Veo que la alianza de nuestras familias será muy beneficiosa para todos —afirmó con una sonrisa de lado—. ¡Bienvenido a la familia, Martín Núñez! —exclamó. Tendió la mano derecha a Martín, que la estrechó con firmeza, luego concluyó—: Le concedo en matrimonio la mano de mi hija Victoria.

—Gracias, señor Llorca.

—Una cosa más: dentro de dos días debo regresar a Buenos Aires, por lo que quisiera que el compromiso entre ustedes fuera formalizado antes de mi partida. ¿Qué dice?

—Que sí, que podríamos comprometernos mañana mismo en una ceremonia familiar, si a usted le parece.

—Será mañana, entonces, y espero que lo acompañen sus padres.

—Así será —aseguró el joven. Saludó a su futuro suegro con un nuevo apretón de manos, recogió la carpeta y abandonó el estudio.

Inhalando y exhalando grandes bocanadas de aire, Martín se dirigió hacia el comedor. Encontró a Victoria con un alfiler en la boca, enfrascada en una labor de costura. Su imagen le resultó conmovedora, adorable.

Ella no lo había escuchado llegar, por lo que se sorprendió cuando él la agarró de la cintura y, tomando la precaución de quitarle el alfiler, la hizo poner de pie. Victoria dejó caer sobre la mesa el resto de los elementos que estaba utilizando.

Doña Teresa sonrió al verlos. Por la actitud del joven, intuyó que le había ido bien en su entrevista con Arturo.

—¿Qué te ha dicho? —interrogó Victoria, muerta de incertidumbre. Antes de que Martín pronunciara una palabra, en sus ojos leyó felicidad, entonces fue como si su pecho se inundara de aire puro, fresco... mágico—. ¿Te ha concedido mi mano? ¿Te ha dicho que sí? —casi gritó.

—Me la ha concedido —confirmó por fin—. ¡Tu padre me ha concedido tu mano, mi amor! —exclamó, y la besó en los labios. Su brazo todavía le rodeaba la cintura.

—¡Ay, madre mía, lo hemos conseguido! —festejó la joven entre la risa y el llanto emocionado. Se acercó a doña Teresa y la abrazó con fuerza—. ¡Lo conseguimos, abuelita, lo conseguimos!

Doña Teresa se secaba las lágrimas con un pañuelo de lino.

—Como condición que ha impuesto tu padre —comenzó Martín, con lo que atrajo la atención de las damas—, es que mañana mismo formalicemos nuestro compromiso, pues dentro de dos días regresa a Buenos Aires.

Victoria inhaló en profundidad, sorprendida.

—Pues deberá ser una ceremonia familiar, sencilla. No hay tiempo para nada más —señaló ella, puesta su mente a resolver la situación.

—Así se lo he hecho saber a tu padre, y no ha objetado. Estaríamos presentes solo los miembros de las dos familias.

—¡Qué así sea, entonces! —aprobó Victoria, que volvió a los brazos de su novio para besarlo en los labios—. Eso sí, Martín, ahora deberás irte porque de lo contrario no podré terminar a tiempo la blusa que quiero estrenar en nuestro compromiso — se refería a la blusa de muselina color crema que había hecho con sus propias manos y que aún no había podido estrenar. El compromiso sería el motivo perfecto. Le añadiría algunas puntillas, con lo que la prenda quedaría muy elegante; perfecta para la importante ocasión.

Jueves 5 de noviembre de 1896

Luego de descargar el pedido y recibir el pago, Martín se despidió de su clienta y, con premura, subió de un salto al pescante del faetón. Por suerte, ese era el último reparto del día.

A pesar de lo importante de esa jornada, no había podido evadir sus responsabilidades pues eran varias las familias que esperaban que él llegara con sus pedidos. En este último caso, su clienta dependía de la cera de abejas para fabricar velas que a su vez comercializaba, y él no podía fallarle.

Raudo, levantando polvareda con el galope del caballo y las ruedas del carruaje, fue matando la distancia que lo separaba de Capilla del Monte. Martín se secó la frente. Apenas pasaba el mediodía y el sol apretaba fuerte. Las piedras del camino, a esas horas, brillaban como si tuviesen láminas de oro incrustadas. La vegetación serrana, mezcla de flores y hierbas aromáticas, árboles de tilo, espinillos y frutales, calentada por el sol desprendía un perfume empalagoso que se alzaba en el aire y se mezclaba con el olor de la tierra seca en suspensión.

Martín se dijo que, si se apuraba un poco más, llegaría con bastante tiempo como para colaborar en los últimos preparativos para la ceremonia, darse un buen baño y aprontarse para la noche. Sin embargo, a tiempo cambió de idea dado que comprendió que sería inhumano pretender que el pobre animal redoblara sus esfuerzos cuando ya lo hacía y, para colmo, en medio de un calor que resultaba agobiante.

Esa mañana, Martín había acudido a primera hora a la finca de doña Elisa, quien cultivaba las flores más bellas de la región, y le había pedido que enviara un ramo de rosas blancas para su novia y un buqué más pequeño para doña Teresa, quien en ausencia de doña María de Gracia, la madre de la joven, ocuparía su lugar.

Martín arribó a su finca pasadas las cuatro de la tarde. Luego de asearse las manos y la cara para quitarse un poco de sudor y de polvo que llevaba adheridos —su cabello y ropas seguían estando deplorables—, escribió un rápido mensaje a Victoria para avisarle de su llegada y para ponerse a su entera disposición. Envío la nota con Josefa, quien al rato volvió con la respuesta. Su novia le hacía saber que todo marchaba viento en popa y que no era necesaria su presencia. También le sugería que aprovechara para descansar. Martín sonrió enternecido. Victoria también estaría cansada por esas horas, sin embargo, pensaba en su bienestar. Es que la joven conocía, de primera mano, lo agotadores que resultaban los días de reparto.

Durante el día, las damas: doña Inés, doña Teresa y Victoria, con la inestimable ayuda de Dominga, Tiyana y Josefa, habían organizado una magnífica cena y dulces para el postre. Entre estos estaba incluida la torta de compromiso, que adornaron con un ramito de flores de lavanda, recogido con un lazo del color de los ojos de Victoria. Concluidas las tareas, se habían retirado a descansar antes de aprontarse para la celebración de esa noche.

Al caer la tarde, las dos familias se reunieron en casa de los Llorca. Bendecidos con un clima soberbio, aprovecharon la ocasión para tomar un aperitivo en la galería del ala este y disfrutar un rato más de los aires serranos. Después, ya con la luna en lo alto, pasaron al comedor.

La comida transcurrió tranquila. Por un lado, y como era costumbre de Arturo de saltarse el protocolo, se enfrascó con don Pedro en una conversación que giraba alrededor de lo conveniente de la unión de las dos familias, con los avances de las empresas que cada una llevaba adelante: la textil de los Llorca y la apícola de los Núñez. Como fuera, los hombres habían encontrado un tema en común que los mantenía entretenidos.

Las ancianas, por su parte, intercambiaban miradas y sonrisas orgullosas. Al fin y al cabo, estaban convencidas de haber sido artífices de ese romance. Nadie las contradecía para dejarlas contentas. Sin embargo, si Martín y Victoria estaban juntos, era resultado de la poderosa atracción que sintió uno por el otro desde la primera mirada que habían cruzado.

Al término de la comida, Dominga retiró los platos, y entre Tiyana y Josefa llevaron a la mesa las copas para el brindis y la torta de compromiso.

Las damas habían acordado que Josefa esa noche estuviera en casa de los Llorca y, con la excusa de colaborar en el servicio, pudiera participar, en cierta manera, de la celebración. Las tres fieles empleadas habían cenado el mismo plato que los señores de la casa y sus invitados, solo que lo habían hecho en la cocina. Ahora, de pie a un costado, serían testigos de la ceremonia.

Don Pedro y Martín se pusieron de pie para proceder con el protocolo. —Señor Llorca, mi esposa y yo nos encontramos en su hogar para manifestar y avalar las intenciones de nuestro hijo Martín, de pedir en matrimonio la mano de su hija Victoria — expuso el hombre mayor—. Nos sentiríamos muy honrados si usted aceptara concedérsela. En favor de nuestro hijo, nos encontramos facultados para asegurar su capacidad moral y financiera para ofrecer un buen hogar y un excelente pasar económico a su hija. Tanto él como nosotros velaremos por su seguridad. Por nuestra parte, les ofrecemos nuestro apoyo incondicional y les deseamos la mayor felicidad en este camino que hoy emprenden.

Arturo se puso de pie para responder al pedido.

—Como padre de la novia, me complace aceptar el pedido de mano que ustedes me hacen en nombre de su hijo. Martín Núñez, te doy la bienvenida a nuestra familia, así como a tus padres, don Pedro y doña Inés —expuso, dispensando al joven, por primera vez, un trato informal y de mayor confianza, tal como el que le prodigaba a su otro futuro yerno.

—Muchas gracias, don Arturo. Le prometo que si usted consiente nuestro matrimonio, viviré para hacer feliz a su hija.

—¡Lo consiento, claro que sí! —clamó con regocijo. Alzó la copa antes de continuar—: Propongo un brindis por la feliz pareja.

Luego del brindis, Martín ofreció su mano a Victoria para que se pusiera de pie. En cuanto sus palmas se tocaron, Victoria sintió la ya conocida energía recorrerle el brazo entero. A veces la sentía como un cosquilleo, otras, como un fuerte latigazo; aunque siempre tenían en común que desembocaban con un

fuerte estremecimiento en el corazón. Su pecho desbordaba emociones y sus ojos, brillantes, se reflejaban en los de su novio, que igual que un espejo le devolvían el mismo sentir.

Cada vez que pensaba en Martín, su sexto sentido le aseguraba que ese era su camino correcto; su destino. Una vida juntos representaba la felicidad. Era allí, junto a él, que Victoria podía decir que estaba en casa.

Del bolsillo interno de su saco oscuro, Martín retiró un pequeño estuche de color azul satinado. Cuando lo abrió, las velas encendidas en candelabros arrancaron destellos color plata y azul a la hermosa joya. En el paño color crema con el que estaba forrado el estuche, se distinguió la inscripción en letras doradas con el nombre de la joyería: Casa Escasany. Se trataba de la joyería más importante del país, fundada en Buenos Aires el 20 de julio de 1892.

Victoria se tapó la boca para ocultar su gesto de asombro. En primer lugar, porque con tan poco tiempo de anticipación, creía que Martín no había podido conseguir un anillo de compromiso. De hecho, don Arturo había ocupado todo el día en viajar hasta Córdoba Capital para comprar el regalo que ella entregaría a su novio. El caso de su prometido había sido muy distinto, pues había tenido que trabajar, lo que con seguridad había impedido que se dedicara a la empresa de comprar la alianza. Sin embargo allí estaba él, con ese estuche magnífico de Casa Escasany conteniendo el cintillo más bello que había visto jamás.

Admirada, Victoria acarició la pieza de joyería. Sobre una banda de platino labrada con la más exquisita delicadeza, un zafiro circular descansaba en medio de dos grupos idénticos de brillantes, dos pegados a ambos lados del zafiro y un tercero pegado a estos y completando el esquema triangular.

Al ver la pieza de considerable valor, Arturo especuló, complacido, que si había costado al menos tres meses de ingresos del joven pretendiente, tal como se esperaba para un anillo de compromiso, entonces podía asegurar que Núñez gozaba de un patrimonio para nada despreciable.

Martín colocó el cintillo en el dedo anular de la mano izquierda de su novia, después besó ese lugar sagrado donde el anillo ahora reposaba: la *vena amoris*, que según contaban las creencias tradicionales, llegaba hasta el corazón.

—¿Cómo...? —le preguntó Victoria a Martín—, ¿si te has pasado todo el día trabajando?

—Mi secreto es que tengo el anillo desde hace varias semanas. Lo mandé a

pedir a Buenos Aires —confesó.

—¿Desde entonces tenías en mente pedirme en matrimonio? —la voz se le había destemplado a causa de la emoción que le acariciaba el alma.

—Desde el primer momento en que te vi —fue su respuesta. Después, se tomó la licencia de besarla castamente en los labios.

En respuesta a su proposición, y como símbolo de todo aquello que es perdurable, como el amor que ellos se profesaban y la vida que esperaban compartir, Victoria entregó a su novio un finísimo reloj pulsera en cuyo reverso se habían grabado sus nombres.

—Lo guardaré siempre, no como el mayor tesoro, pues ese lugar lo ocupas tú; pero sí como la posesión material más importante —le dijo él. Ella, conmovida, lo recompensó con un nuevo beso y con la sonrisa más radiante.

La celebración se extendió un buen rato. Mientras degustaban los dulces, las dos familias planeaban los pasos a seguir. Acordaron que pronto fijarían la fecha de la boda, también que sería una fecha que les permitiera asistir a la ceremonia a María de Gracia, madre de Victoria, y a Clara.

Como la noche estaba calma y el calor del día había dejado un resabio de buena temperatura, los dueños de casa acompañaron a los Núñez hasta la vereda. Los mayores marchaban por delante mientras que los jóvenes se habían rezagado adrede.

—Estás tan bella... —susurró Martín al oído de su novia—. Tanto esperar para verte estrenar esa blusa, ha valido la pena. Luces extraordinaria.

—Tú también estás guapísimo. Ese traje te queda pintado —acotó ella, y no mentía. Martín, vestido en tonos oscuros, se veía magnífico: muy elegante pero sin perder sus aires sencillos, de buena gente.

—Quiero proponerte algo —su voz era apenas un murmullo para que no lo oyeran los mayores. Victoria volteó el rostro para mirarlo.

—Dime...

—Me gustaría llevarte a un lugar. La noche es propicia —adujo, echando un vistazo al cielo límpido, el que permitía que las estrellas se vieran nítidas, infinitas, pues toda la bóveda refulgía con millares de destellos hasta donde la vista se perdía.

—¿Ahora? Dudo que mi padre me permita salir...

—Es que deberías escaparte. Si crees que no podrás o prefieres no tomar el riesgo, no te preocupes, lo entenderé.

—Escaparé —aseguró ella, ávida de aventura. Ya había comprobado que no le importaría seguir a Martín hasta el fin del mundo. Él la recompensó con una

sonrisa amplia; ella perdió el aliento—. ¿Qué debo hacer?

—Cuando todos duerman, dirígete a los fondos de la propiedad. Allí te estaré esperando. Y, por lo que más quieras, ven vestida con esta ropa —le rogó. Ella rio al oír el tono suplicante y asintió con la cabeza para sellar el acuerdo. En la puerta de calle, los novios se despidieron con un casto beso en los labios. Martín ayudó a sus padres a subir a la parte trasera del faetón y él lo hizo en el pescante. Se quitó la boina en un último saludo al grupo. Agitó las riendas y el vehículo se puso en marcha.

—Así se hace, hija —manifestó Arturo—. Has conseguido un buen partido. Esta alianza será muy beneficiosa.

Victoria sintió que se le retorcían las tripas. Su padre la reconocía como hija solo porque veía en ella una fuente de ingresos. Ignoraba lo que su progenitor había hablado con Martín, pero por lo poco que había prestado atención a la conversación entre Arturo y don Pedro, concluía que su padre esperaba sumarlos como accionistas de la textil o él comprar acciones de Apícola Núñez; lo que mejor le redituara.

Ella valoraba a Martín por sus cualidades personales, no por su patrimonio. Ojalá su padre también lo hiciera; sin embargo, tal cosa era como pedir peras al olmo: un imposible. Se limitó a sonreír con frialdad, luego se excusó para retirarse a su cuarto.

Victoria sintió el paso de las horas como una eternidad. A pesar de que había anhelado que su padre y su abuela no demoraran en irse a dormir, la realidad había sido otra. El reloj de péndulo ya había dado las doce de la noche, y ella seguía esperando. Ansiaba con locura su reencuentro con Martín.

Viernes 6 de noviembre de 1896

Faltaban veinte minutos para la una cuando Victoria por fin pudo escabullirse de la casa. Salió por la puerta de la cocina, a la que rara vez se le echaba llave, y recurrió a la sombra que proyectaban los árboles frutales para mantenerse oculta mientras recorría el parque de la propiedad.

Martín la sorprendió dentro del predio, escondido entre los pastizales de la última hectárea. Había preferido esperarla allí en lugar de hacerlo en la calle o dentro de los límites de su finca para que la joven no se viera obligada a recorrer sola un trayecto tan extenso. Le hizo un gesto de silencio, la tomó de la mano y caminaron con sigilo hasta la alambrada.

En la calle, a varios metros por precaución, Ónix, el caballo de Martín,

estaba atado a un palenque. Victoria lo había reconocido ya a cierta distancia. Se trataba de un caballo zaino poseedor de una belleza formidable. Se lo notaba bien cuidado y eso se traducían en el incomparable brillo de su pelaje castaño oscuro. Las crines, la cola y parte de la cara eran de color negro, de ahí que Martín lo bautizara Ónix, como la piedra semipreciosa.

Martín ayudó a Victoria a montar de lado, luego él montó detrás de ella. Le rodeó la cintura con los brazos y así, manejó las riendas. Dirigió a Ónix a paso tranquilo y por caminos solitarios, por donde resultaba improbable que fueran a cruzarse con algún habitante del pueblo.

Tras un cuarto de hora, Victoria supo que habían llegado a la base del Cerro Uritorco. El Calabalumba, a sus pies, bajaba con cierta bravura, escurriéndose entre las rocas y arrastrando piedras de varios tamaños, acariciando la vegetación de la orilla y la que había quedado en los islotes naturales que la corriente iba formando en su recorrido debido a la sedimentación. El rumor constante del río parecía susurrar leyendas, historias que la montaña atesoraba en sus laderas, enredadas entre las palmas caranday y los molles.

Cruzaron el río y se internaron en un sendero arbolado que durante un tramo los alejó de la corriente, aunque seguían oyendo su arrullo a la distancia. Cuando volvieron a encontrarlo, la orilla pedregosa los recibió con una panorámica magnífica, donde hacia la izquierda, el río tenía una caída escalonada y se lo notaba más profundo. Más allá, el Calabalumba se escondía serpenteante entre quebradas hasta encontrar su nacimiento, punto receptor de sus afluentes principales: el río Yama Pampa y el río Los Alazanes; este último, colector de las aguas del Cerro Overo, compañero inseparable del Uritorco junto con el Cerro Las Gemelas.

Se internaron en el Calabalumba, pues no podían seguir por la orilla: una formación rocosa, que parecía haber sido cortada a cuchillo, les impedía el paso y no era factible forzar al caballo para que la trepara. Tras recorrer unos metros, volvieron a tomar la ribera por donde continuaron hasta llegar a una zona de tupida arboleda que les serviría de refugio.

Martín hizo que Ónix se detuviera y le quitó los aparejos para que el animal pudiera saciar su sed. Cargó las alforjas hasta un claro de suelo suave de arenilla de color gris, bastante más gruesa que la arena de las costas del Mar Argentino. Allí extendió una manta, la misma que solía llevar para las excursiones al aire libre, que sujetó con piedras por cada extremo.

Victoria lo veía hacer, pues él le había pedido que esperara. Cuando

Martín terminó de acomodar todo, fue en su busca y, de la mano, la condujo sobre la manta. Ella se sentó con las piernas recogidas.

—¿Te gusta este lugar? —indagó él.

—Es muy bello. Hay tanto silencio y al mismo tiempo, si nos detenemos a escuchar, podemos diferenciar tanta variedad de sonidos...

—Ese es uno de los puntos en los que radica la magia del lugar, la maravilla inexplicable de tanta magnificencia. Creer que estamos solos cuando en realidad estamos rodeados por tanta vida. Y cada mínimo organismo y partícula está allí, y si nos lo proponemos, podremos escucharlos.

—¡Es tan cierto eso que dices, Martín! ¡Si hasta me parece oír las patitas de algún escarabajo! ¡Y escucha esas ranitas! ¡Cielos!, tampoco me había detenido a escuchar jamás el susurro de la hierba o el canto de la brisa a través de las ramas de los árboles...

—Detente a mirar un punto, elige uno al azar, cualquiera. Míralo durante varios instantes y en él descubrirás un universo. Luego haz lo mismo con otro punto y así con tantos como gustes. Descubrirás que hay millones de universos rodeándonos solo en este pequeño lugar... ¿Puedes siquiera imaginar las maravillas por descubrir que esconde el mundo entero?

—Debo confesar que no lo había pensado... Pero ahora que me lo has dicho, miraré con otros ojos cada sitio en el que tenga la fortuna de estar.

—Así te miro a ti, y te siento —declaró con la voz igual que un ronroneo. Se aproximó a ella y le tomó la cara con la mano. Con su mejilla la acarició despacio, sensual, mientras le susurraba al oído—: Y con mis caricias y mis besos quiero descubrir los universos que esconde cada centímetro de tu piel.

Victoria se sostuvo del hombro masculino, luego, su mano fue descendiendo por el medio del amplio pecho mientras le soltaba los botones de la camisa. Martín le desprendió la blusa en tanto con la boca le recorría el escote y la piel que iba revelándose a la luz de la luna. Bajo la blusa de muselina color crema y tras quitar el corsé, una enagua de satén hizo las delicias de la vista y del tacto de Martín.

Ella le quitó el saco y, bajo la camisa, le recorrió la espalda, delineando cada uno de sus músculos. Martín, enloquecido por las caricias que su novia le prodigaba, le besó el cuello, deleitado en la delicada y perfecta línea marfileña. Sus manos retiraron una a una las horquillas del peinado provocando que las largas hebras castañas se derramaran sobre la espalda femenina en un lío de ondas y bucles. La despojó de la falda, luego la recostó sobre la manta y él se colocó a su lado. Se sostuvo de un codo para quedar con

el torso levantado mientras se recreaba en la visión. Con el cabello desparramado sobre la manta, la sutil enagua de satén color crema y rodeada por ese paraíso natural, se le antojó que Victoria parecía la diosa griega Perséfone en plena primavera.

—Eres mi universo —aseveró Martín, un segundo antes de reclamar su boca. Sin cortar el beso, con una caricia lánguida, le recorrió las piernas desde las pantorrillas. Ascendió despacio, despertando en ambos un delicioso y secreto placer de anticipación.

—Quítate la ropa —le pidió Victoria, aferrada con fuerza a sus hombros. Él obedeció con cierta urgencia en sus movimientos, lo que provocó que le costara desabrochar sus pantalones y desatar los cordones de un zapato; incidentes que provocaron la risa de la joven seguida por la de él.

—¡Así que te resulto gracioso! —su voz, mezcla de fingida seriedad y risas. Le separó las piernas y se arrodilló entre ellas.

Victoria respiraba de manera agitada. Sus ojos abiertos de par en par recorrían la anatomía masculina, iluminada por la luna. Se incorporó para ir al encuentro de él y se aferró a sus brazos. Bajo las palmas, percibió como acero los músculos en tensión.

Martín la sostuvo de la nuca mientras sus bocas se fundían en un beso profundo, pura pasión y deseo. Volvió a recostarla sobre la manta para internarse en ella. Lo hizo con vehemencia y Victoria lo recibió con el mismo ardor.

Juntos eran como fuego y combustible. Juntos ardían hasta la locura. Y juntos fue que llegaron hasta el paraíso en el momento cúlmine donde las almas se reconocen y se fusionan en una.

* * *

Sentados sobre la manta a cuadros, Martín descorchó una botella de champagne y llenó una de las copas que había llevado; se la entregó a Victoria.

—¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó, mirándola con los párpados semientornados y con una sonrisa ladeada. Servía la segunda copa.

—Ya debe ser 6 de noviembre, pues cuando salí de casa era pasada la medianoche —señaló ella.

—Ajá, 6 de noviembre... Hoy cumplimos dos meses de noviazgo oficial, por si no lo recuerdas —apuntó mientras, copa en mano, se acercaba a ella con

energía sensual intimidante.

—¿Cómo quieres que recuerde cualquier cosa cuando eres el culpable de que haya olvidado hasta mi nombre? —respondió ella, llegando a su encuentro. Los torsos casi juntos, los rostros a la mínima distancia, justo como para que cada uno pudiera descubrirse en los ojos del otro.

—Si esa es la excusa, creo que puedo perdonarte —susurró él, benévolo—. De todos modos, bésame y haz que yo olvide tu olvido.

Victoria lo tomó de la nuca y fue al encuentro de su boca. Se la recorrió despacio, sensual, como él le había enseñado.

—¿Estoy perdonada? ¿Has olvidado? —quiso saber, impostando a la voz un matiz pícaro, aniñado.

—¿Perdonar? ¿Olvidar? ¿Acaso debía hacerlo? —respondió él—. Solo recuerdo que te amo y que, desde que te vi, mi universo empieza y termina en ti, mi dulce Victoria. Mi Perséfone.

—Yo también te amo, Martín. Más de lo que pudiera imaginar que amaría a alguien. Eres mi todo.

—Creo que juntos hacemos ese *todo* —aseveró Martín—. Y ahora brindemos como es debido: Por estos dos meses de noviazgo, por nuestro compromiso, pero sobre todo, por este amor tan grande que sentimos. Que nunca muera. Que permanezca así, aferrado con fuerza a nuestros corazones y a nuestras almas. Que siempre sea.

—¿Hay algo más que pueda agregar a tus palabras, que son un reflejo exacto de lo que yo también siento y deseo? —alzó su copa para brindar—. Por nuestro inmenso amor, Martín. Por nosotros. Por siempre.

Antes de que los sorprendieran las primeras luces del amanecer, Martín abrió los ojos. Victoria dormía entre sus brazos. Era la primera vez que pasaban la noche juntos y Martín deseó, con sus fibras más íntimas, que así fueran todas y cada una de las noches que les quedaban por vivir. No sabía cuántas serían, pero las que fueran, quería pasarlas junto a ella.

Besó los labios de su novia y le acarició el lateral del rostro. Las largas pestañas aletearon. Los ojos, en un primer momento, mostraron sorpresa; de inmediato, reconocimiento. Brillaron. Brillaron igual que las estrellas que a ojos de Martín, no podían competir con los de su novia.

—Tendremos que irnos si no queremos ser descubiertos.

—Lo sé. Aunque no me molestaría en lo más mínimo pasar el resto de mi vida así, en tus brazos.

—No falta tanto. Una vez que nos casemos, ya nadie podrá impedirnos este placer, te lo prometo. Y eso me impulsa a tomar una fecha lo más cercana posible, ¿qué dices mañana? — sugirió pícaro.

—Que me encantaría, pero no. Nuestra boda se organizará con tiempo. Además, quiero que mi madre y Clara puedan estar presentes y, por el momento, no viajarán, ya lo ha dicho mi padre —esbozó una mueca de disgusto.

—Lo sé. Y aunque me muera de ganas de tenerte cada día en mi cama y en mi vida, respetaré tus deseos.

—Te amo tanto, tanto, Martín. Eres tan comprensivo...

—Cuando amas, aprendes a respetar los deseos de tu pareja; no impones. El amor es eso, ¿no?, buscar siempre consenso entre los dos.

—¿Sobre tus propios deseos?

—En algunas ocasiones, sí. Lo ideal es buscar el equilibrio. Así funciona la naturaleza, todo en un perfecto equilibrio... Si no me crees, mira las abejas.

—Tienes razón, Martín —suspiró, después señaló detrás de los cerros—. Mira, la naturaleza nos avisa que debemos partir. Pero no sin un último beso —pidió, y consiguió lo que quería. Todo en perfecto equilibrio.

9

Capilla del Monte, Córdoba Jueves 17 de diciembre de 1896

Victoria desgarró el sobre con un abrecartas, desplegó la hoja, y leyó...

San Isidro, 10 de diciembre de 1896

Victoria, querida hermana:

¿Cuándo regresarás a casa? Te extraño tanto... ¡Cómo desearía poder contarte cara a cara todo lo que te cuento a través de mis cartas! Quisiera que vieras con tus propios ojos cuán feliz soy y que comprobaras que es verdad cuando te digo que no temo. Lo amo, Victoria. ¡Lo amo tanto! Sé que crees que soy tonta por sentir así y que debería desterrar de mi corazón lo que siento. Pero, Victoria, ¡jamás podría hacerlo!

Me siento tan emocionada. Wenceslao vino a verme por mi cumpleaños y me trajo como obsequio una medallita de oro con la letra de mi nombre. No sé tú, pero yo lo percibí como un gesto cariñoso de su parte. Para mí significa mucho y quisiera retribuirle de igual forma para su cumpleaños, que por cierto, será el 3 de mayo. Aún faltan varios meses, pero quisiera hacerle un regalo especial, algo que atesore por siempre y que simbolice cuánto lo amo y lo preciosa que me hace sentir con sus miradas. Adoro sus miradas: profundas, arrebatadoras, donde me demuestra cuán atraído se siente por mí.

Y sus besos... La forma apasionada con la que me besó el día de mi cumpleaños... nunca me había besado así, con tanta pasión, con tanto desenfreno. Fue como si no quisiera soltarme, como si no pudiera soltarme.

Estoy segura de que algún día Wenceslao llegará a amarme. Su esencia, su alma misma, esa que mantiene prisionera en su interior, ahogada por el dolor y el remordimiento, también por la rabia, necesita ser liberada. Aunque él diga que no, aunque reniegue de los sentimientos y de las emociones, sé que Wenceslao es capaz de amar.

Como ves, no puedo reparar en tus advertencias, querida hermana, porque discrepo contigo. No me alejaré de Wenceslao. Estás equivocada al decir que él no me conviene, que no es hombre para mí. Hace tiempo que me convencí de que esta es mi misión en la vida, la de curar sus heridas con mi amor. Llegado el día en el que Wenceslao abra su corazón y me ame, entonces podré sentirme satisfecha.

Pero intuyo que todo cuanto te diga no te hará cambiar de opinión si no lo ves con tus propios ojos. Se me ocurre que para ello sería una gran ocasión si la abuela y tú pudieran viajar a Buenos Aires para pasar las Fiestas con nosotros, dado que, a pesar de su repulsión por las celebraciones, Wenceslao ha cedido y nos ha invitado a festejar la Nochevieja en su quinta. ¿Vendrás, Victoria? Ven y trae a la abuela Teresa contigo, que se las extraña sobremanera a las dos.

Tu hermana que te quiere y añora,

Clara

Victoria repasó la carta una vez más. Negaba con la cabeza al leer las líneas. Le dolía el corazón al comprobar que el paso de los días y de los meses no había hecho nada por alejar a Clara de Wenceslao Baigorria. Ella seguía sintiendo repelús con solo leer su nombre escrito en el papel.

Alzó la tapa de un pequeño cofre de madera y sacó las cartas que había empezado a recibir al poco tiempo de llegar a Capilla del Monte. En ellas, Clara le contaba con lujo de detalles cómo transcurrían sus días, y en las hojas y hojas escritas con caligrafía florida, desnudaba su corazón. En la primera esquela, Clara le contó de su primer encuentro con Wenceslao, de la cena que compartieron en la casa de su padre —a la que Victoria no había asistido fingiendo un malestar estomacal, de lo contrario, su padre hubiese hecho lo posible para que fuera ella la prometida de ese hombre. Nunca imaginó que Arturo Llorca fuera capaz de comprometer a su hija pequeña con Baigorria—, de la velada musical en la casa de los Fernández, de la declaración de Wenceslao y del paseo por Palermo. Le había respondido a su hermana de inmediato, alertándola del peligro y rogándole que se alejara de ese hombre, pero Clara había hecho oídos sordos.

Victoria desplegó las hojas y releyó al azar algunos párrafos de las distintas misivas que había recibido en ese tiempo.

Querida Victoria, tus temores son infundados. No te negaré que al ver a Wenceslao por primera vez también sentí escalofríos, pero no tardé en comprender que él no revestía ningún peligro. No temas, querida hermana, y vuelve.

No te negaré que Wenceslao es autoritario... y dominante. Pero dime, ¿qué hombre no lo es? Nuestro padre también es mandón y no por ello lo queremos menos, ¿no crees? Además, están sus acciones. ¡Si vieras a Wenceslao cuando no está más que en mi compañía! Es entonces cuando la coraza de hombre frío se resquebraja un poco y asoma el hombre amable y atento que podría ser, o que fue alguna vez. ¡Hasta sonrío en ocasiones! ¿No crees que eso sea alentador? Y gusta de conversar conmigo, que ya es mucho decir si lo comparamos con nuestro padre.

¡Cómo desearía poder entrar en su corazón!

Algunas veces siento tanta impotencia que, Dios me perdone, maldigo a quienes le mostraron a Wenceslao una cara tan cruel del amor.

Como ya te he dicho en cartas anteriores, Wenceslao está empeinado en no querer amar, pero albergo tantas esperanzas de que llegue a hacerlo... Él cree que el amor vuelve vulnerables a las personas, y eso es tan triste... Está equivocado, por supuesto, pero su obstinación radica en horrores que tuvo que presenciar. Sólo una vez ha hablado al respecto, y no lo ha dicho todo, ese es su gran secreto... algo relacionado con sus padres. De todos modos, no es importante si lo descubro o no; lo que aquí importa es que algún día, Dios mediante, pueda hacerlo cambiar de idea.

El noviazgo entre Clara y Baigorria ya sumaba casi cuatro meses y su hermana parecía estar por completo enamorada y enceguecida como para no advertir la oscuridad y los misterios que a él lo rodeaban. Y Victoria, a pesar de los esfuerzos que hacía por sentir distinto, aún temía por ella.

La sensación de peligro y los malos presagios no la habían abandonado ni cuando dejó la quinta de San Isidro aquella mañana, ni por la noche cuando abordó el tren que la llevó hasta Córdoba, tampoco cuando ya estuvo instalada con su abuela Teresa en la casa que la familia tenía en Capilla del Monte. Meses después, todavía le retorcían las entrañas.

Esa era la sexta carta que recibía de Clara. Victoria inspiró profundamente. Sentada frente al escritorio, tomó sus artículos de escritura y comenzó a redactar la respuesta.

Querida Clara:

Me entristece, pero sobre todo me preocupa, que sigas ignorando mis palabras. Tienes que estar equivocada, hermana mía, pues mi sexto sentido, este don o pesada carga que poseo, jamás se equivoca. Ya te he dicho con anterioridad que desde que vi el rostro y los ojos de Baigorria, pude percibir su oscuridad. No es bueno como tú quieres creer. Estás engañándote, obnubilada por las atenciones de este hombre calculador que ha decidido tomarte como prometida.

Aléjate de él, Clara. Hazlo antes de que sea demasiado tarde. No es sólo la sensación de peligro que yo percibo, también están los rumores, y no podemos ignorarlos. Baigorria es un hombre peligroso, es capaz de todo. Si es

cierto que asesinó a su padre, ¿qué cosa no haría este demonio? Piénsalo.

Respecto a las Fiestas, lamentablemente no podré complacerte, querida hermana. La abuela y yo debemos permanecer un tiempo más en Capilla del Monte y las celebraremos en la casa de los Núñez, que tan amablemente nos han invitado a su finca. Pero a pesar de no poder estar allí contigo, rezaré para que esta vez recapacites en mis advertencias. Por tu bien, espero de corazón que lo hagas.

Querida Clara, he decidido devolverte tus cartas, las cuales adjuntaré a ésta que te envío. Es que desnudas en esas páginas tanta intimidad, que considero que nadie más que tú debe tenerlas y decidir qué hacer con ellas.

Te quiero, hermana querida. Recibe un fuerte abrazo,

Victoria

Victoria armó un pequeño paquete con las esquelas y las dejó sobre el escritorio para despachar en el correo a primera hora del día siguiente. Suspiró. Su intuición, maldita fuera, le decía que Clara, una vez más, ignoraría sus palabras. Sin embargo, esta sería la última advertencia que le haría. Estaba dispuesta a no intervenir ya. Era cierto que eso mismo se lo había propuesto con anterioridad y que no había cumplido; esta vez, aunque el corazón se le desgarrara de impotencia, lo haría.

Con resignación, caminó hacia la cama. Se sentó en el borde del pesado colchón de lana y miró por la ventana, sin ver, el terreno escarpado y más allá, en lo alto, el cerro Uritorco como una gran mole recortado contra el cielo.

Victoria dedicó un pensamiento más a su hermana, inhaló hondo y suspiró. Debía dejar que la naturaleza siguiera su curso. Sonrió, pues eso mismo se lo había enseñado Martín.

Martín... No le había contado nada a Clara respecto a su noviazgo y compromiso con él, no porque no quisiera compartirlo con ella, sino porque consideraba que un tema tan personal e íntimo era mejor hablarlo cara a cara. Victoria sabía que si en alguna de las cartas hubiese mencionado el asunto, Clara le hubiese pedido detalles y ella, en contraposición con su hermana, que no dudaba en desnudar su alma en el papel, era más reservada.

Se puso de pie, se alisó la falda y se acomodó el cabello. Esa tarde, su abuela Teresa y ella esperaban al hacendado para la hora del té. Salió de la habitación. Ya no pensaba en Clara y en Wenceslao. Desterró los malos

presagios de su mente y los reemplazó por planes para esa tarde.

Pediría a Dominga que preparara pastelitos de membrillo; eran los preferidos de Martín. Y, como su infusión predilecta era el mate, le cebaría esos que tantas otras veces habían tomado cuando le tocaba cebar a ella: con azúcar quemada y cascaritas de naranja, pero sobre todo bien espumosos, para hacerle saber cuánto lo quería.

10

Capilla del Monte, Córdoba Jueves 8 de abril de 1897

El faetón traqueteaba por el camino polvoriento. Martín se secó la frente sudada con la manga de la camisa, acto que pronto recibió una reprimenda de parte de su novia, quien le tendió un pañuelo para que no se ensuciara la ropa.

Abril había traído consigo los días secos y eso se traslucía en la vegetación, que abundaba en pastizales duros y amarillentos que parecían tristes, deslucidos. Los árboles eran otro cantar, dado que los pinceles del otoño ya habían comenzado a esparcir su paleta de ocres y rojizos sobre sus hojas. Un carpintero de nuca roja taladraba insistente el tronco de un horco quebracho; vaya a saber si logró su cometido ante la dura madera del árbol.

Era media mañana y lo último que la pareja había ingerido había sido el desayuno a las seis de la mañana antes de iniciar el reparto. Las tripas de Martín no paraban de hacer ruido. Victoria le alcanzó una torta frita, que él devoró en tres mordiscos, y una cantimplora para que bebiera agua fresca. La garganta y la piel se secaban con facilidad en esos parajes serranos.

Cerca del mediodía pararon frente a un ranchito de adobe y techo de paja. Fueron recibidos por dos chuchos mestizos que les ladraban a las ruedas del faetón y a Ónix de manera alternada.

—¡Pastor, Mateo, a la cucha! —gritó un hombre, a quien el alboroto le había advertido de la llegada del apicultor. Tras de sí salió su mujer con un repasador en la mano, como lista para zurrar a los animales si no se calmaban. Los moradores de la casa eran una pareja de mediana edad que se dedicaba a

la cría de animales de granja. Compraron tres kilos de miel y un frasco de jarabe de propóleos—. *Pa' prepararnos pa'l frío*—, había dicho el hombre.

Victoria y Martín fueron invitados a almorzar un sabroso estofado de gallina; de postre, arroz con leche perfumado con cascaritas de limón.

Retomaron la marcha poco después. La hora de la siesta era sagrada para la gente del interior. De hecho, las largas distancias que debían transitar, les permitirían llegar a una hora prudente a la casa del próximo cliente.

Con las ventas de gran volumen que Apícola Núñez hacía a importantes almacenes de ramos generales de Córdoba, de provincias limítrofes y de la Capital, Martín no tenía necesidad de seguir haciendo esas entregas menores. No obstante, al joven le parecía desleal abandonar a esos clientes que habían sido fieles a la empresa desde sus comienzos y que, por la lejanía en la que vivían de centros urbanos, les resultaba bastante difícil acceder a los productos que él les ofrecía. De ahí que en sus visitas mensuales, buscaran agasajarlo con regalos, mate o algún frasco de dulce casero.

—Te veo intranquila —señaló Martín—. ¿Es por Clara, sigue sin escribirte?

Victoria le había contado que su hermana hacía tiempo que no le escribía; especulaba que era porque estaba molesta por las continuas insistencias que le había hecho para que se alejara de Wenceslao Baigorria. Ante la falta de cartas durante varios meses, Victoria le había escrito en febrero y en marzo, y en ninguna de esas ocasiones había recibido respuesta.

—Sigue sin responder mis cartas. Para que Clara tome semejante decisión, debe de estar muy enfadada conmigo. ¡Mira que es obstinada!, pero tenerme así de intranquila...

—Ya escribirá cuando vea que no la instas a romper con su novio. Imagínate que alguien te dijera que debes separarte de mí, ¿le harías caso?

—¡Jamás! ¡Pero tú no eres un ser oscuro y peligroso, al contrario, eres el hombre más bueno y luminoso que conocí en mi vida!

—Así me ves tú, y así debe ver tu hermana a Baigorria. A nadie le gusta que le digan qué es lo que tiene que hacer; tienes que comprender su actitud y no enfadarte.

—No me enfado; es preocupación. Me duele estar distanciada de mi hermana cuando siempre fuimos muy unidas.

—Dale tiempo.

—Lo que he hecho ahora es escribirle a mi madre. Si Clara está enojada, espero que intervenga a mi favor para que ella me perdone.

—Quédate tranquila, Victoria, todo saldrá bien —la consoló con un apretón y un beso en la mano.

Lamentablemente, Martín se equivocaba. A fines de abril, Victoria recibió una escueta carta, casi un telegrama, de parte de su madre en la que le decía:

Clara ya no vive en esta casa. Baigorria rompió el compromiso entonces ella partió a Barcelona.

Victoria no podía creer lo que leía y, si su madre pretendía que con esas miserables palabras ella se quedara tranquila, estaba muy equivocada y demostraba cuán poco la conocía.

En compañía de Martín partió hacia Buenos Aires en el primer tren disponible, el lunes 3 de mayo. Dado que la pareja solo tendría una breve estancia en San Isidro, lo justo para que Victoria pudiera averiguar lo ocurrido, fue que él pudo ausentarse de sus quehaceres y acompañarla.

La estadía de la pareja en Buenos Aires fue un suplicio. La Quinta Los Catalanes los recibió con las persianas cerradas y un silencio sepulcral, como si la familia estuviera atravesando por un duelo.

—Ha cambiado tanto este lugar en tan poco tiempo —reconoció la joven. Habían ingresado a la propiedad y se encontraban en el patio interno, cerca del aljibe—. Donde antes había risas y juegos, alegría a pesar del autoritarismo de mi padre y de la sumisión de mi madre, ahora solo puedo sentir una sensación de ahogo y angustia. Se me oprime el pecho y los hombros me pesan... —dijo, echándose a llorar. Martín le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia su cuerpo; con la otra mano le acariciaba la cabeza.

—¿Quién anda ahí? —se oyó la voz de Carmela y su chancleteo a través del pasillo del área de servicios.

—Soy yo, Carmela. Victoria —se anunció. Se secó las lágrimas con prisa. Los ojos enrojecidos no engañaron a la mujer cuando llegó hasta ellos.

—¡Victorita, mi niña hermosa! —exclamó la mujer lagrimeando—. ¿Y este señor quién es, niña?

—Martín Núñez, Carmelita. Él es mi prometido —lo presentó, tomándolo de la mano con amor desbordante.

—Buenas, don Martín —saludó la mujer—. Bienvenido a Los Catalanes.

—Gracias, Carmela. Victoria me ha hablado muy bien de usted.

—¿Ah, sí? —sonrió complacida—. ¡Pues me alegro! ¿Y ya han visto a los patronos?

—Todavía no, Carmela, acabamos de llegar. ¿Mi padre está en su estudio? Me urge conversar con él.

—Sí, niña, allí está. Cómo siempre.

—Por favor, haz que mi madre reciba a Martín como es debido —pidió. Miró a Martín y añadió—: ¿No te importa, verdad? Quisiera hablar con mi padre a solas. Temo que su reacción no sea la mejor y no quiero hacerte partícipe de un momento desagradable.

—Haré lo que tú prefieras, Victoria. Sin embargo, debes saber que no me importaría enfrentar a tu padre por ti.

—No será necesario, mi amor. Tú mejor ve con Carmela y mi madre; me uniré a ustedes dentro de un momento.

Dejó un fugaz beso en los labios de Martín antes de dirigirse al escritorio de Arturo Llorca. Inhaló una honda bocanada de aire al golpear la puerta. No iba a negar que temblaba. De pronto, volvía a sentirse una niña atemorizada.

Cuando desde el otro lado de la madera le llegó el típico gruñido de su padre con la orden de *¡Pase!*, más amargo que nunca si acaso era posible, la joven volvió a respirar en profundidad para darse valor, tomó el picaporte, y empujó la puerta.

—Buenos días, padre.

—¡Victoria! ¿Se puede saber qué carajo haces aquí?

Conociendo a su progenitor, Victoria no podría haber esperado otro recibimiento. Caminó hacia el escritorio y permaneció de pie esperando la invitación a sentarse que jamás llegó. Volvió a respirar profundo y a contar hasta diez para no gritar de impotencia.

—Quisiera hablar de Clara, padre —manifestó impostando la voz—. ¿Por qué ha viajado a Barcelona? Y lo que es peor, ¿por qué no se me había comunicado nada al respecto?

—Porque no hay nada de qué hablar con respecto a ese asunto —determinó él, con lo que la joven perdió los estribos.

—¡Exijo que me diga qué sucedió con Clara! ¿Es cierto que Baigorria rompió el compromiso con ella?

—Los nombres de esa, que para mí está muerta, y del otro traidor, ese que se burló de esta familia, están prohibidos en esta casa. ¡No vuelvas a repetirlos, Victoria, y regresa a Córdoba, tal como se te había ordenado! —rugió Arturo. Su padre nunca le había levantado la mano; sin embargo, por cómo reaccionaba ante la simple mención de Clara, Victoria temió que se pusiera violento. Prefirió retirarse del estudio e intentar que fuera su madre quien

respondiera a sus preguntas. Algo muy grave tenía que haber sucedido para que no pudieran ni siquiera ser pronunciados los nombres de Clara y de Baigorria.

Encontró a su madre en la sala de recibo tomando el té con Martín. La saludó con dos besos en las mejillas, luego le retiró a él la taza de las manos.

—Martín no bebe té, solo mate o café —aclaró en tanto tocaba la campanilla para llamar al servicio. Cuando acudieron al llamado, pidió—: Carmela, por favor, trae una taza de café para mi prometido.

—Enseguida, niña.

Victoria agradeció, luego se dirigió a su madre:

—Madre, espero que usted me diga qué ha sucedido con Clara.

—No la nombres, Victoria, tu padre tiene razón. Mejor olvídala.

Victoria sintió como si le hubiesen pegado un garrotazo en medio del pecho. De manera literal, por espacio de un segundo, se quedó sin aire.

—¿Que mejor la olvide? ¿Acaso se ha vuelto loca, madre? ¡Está hablando de su hija, de mi hermana! No la entiendo... — expuso con impotencia.

—Es una pecadora y su comportamiento pudo arruinar a la familia. Gracias a Dios que tu padre supo cómo actuar en consecuencia. No puede volver. Esta ya no es su casa —repitió María de Gracia de manera tan maquinal que Victoria creyó que su madre había reiterado ese parlamento en su mente un centenar de veces para convencerse a sí misma.

—Algún día se arrepentirán de esta crueldad que han cometido amparados bajo una moral hipócrita —sentenció Victoria, quien había leído entre líneas para formar un panorama de lo que podría haber pasado.

Ya sin nada más que decir, y presa de cierta agitación, María de Gracia abandonó la sala de recibo.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Victoria, cada vez más indignada. En ese momento, Carmela llegó llevando la taza de café para Martín. Victoria aprovechó la ocasión y la instó a que fuera ella quien le hablara de lo sucedido.

—¡Ay, señorita Victoria! ¡Viera usted lo que le hicieron a esa pobre niña! Cuando Baigorria rompió el compromiso y se casó con una ricachona de la Capital, creímos que Clara había enfermado de pena. Un poco fue eso lo que le causó malestar, pero lo otro fue que estaba embarazada, y no lo supimos hasta tiempo después.

—¿Mi hermana estaba embarazada?

—Así pues, niña. Cuando el doctor Rosales se lo dijo a don Arturo, él lo echó

a patadas. Pero ya ve, como no quería que se corrieran chismes, ese mismito día le compró a la señorita Clara el billete en barco a Barcelona. ¡Ay, mi niña querida, me la mandaron tan lejos! Nadie fue a despedirla al puerto, solo yo. Y la viera usted, tan orgullosa que estaba de ese niño que llevaba en la barriga. Había llorado de pena, sí, pero cuando supo que tendría un hijo, ya no lloró más. Decía que tenía que estar bien por el niño.

Victoria no podía contener el llanto, y la culpa.

—¿Sabrías decirme con exactitud dónde la mandaron?

—Escuché que a la casa de su tía Mercedes.

—Gracias, Carmela —la besó en la mejilla con profundo cariño y agradecimiento por haberle contado la verdad, y abrazadas lloraron juntas la pena. Al separarse, Victoria le dijo—: Te prometo que la traeré de vuelta.

Victoria y Martín retornaron a Capilla del Monte al día siguiente. Ella lo hizo no por obedecer las órdenes de su padre sino porque desde allí esperaba volver a entrar en contacto con su hermana a través de correspondencia.

El viernes 7 de mayo, Victoria despachó las dos cartas que había escrito durante el viaje en tren: una para Clara y la otra para su tía Mercedes. Esperaba con ansiedad recibir la respuesta de Clara, pues en esa carta le proponía regresar a Argentina y viajar a las sierras de Córdoba. Martín y ella habían encontrado la solución perfecta: se desposarían pronto, y Clara y su hijo por nacer podría vivir con ellos en Capilla del Monte.

11

Capilla del Monte, Córdoba Viernes 14 de mayo de 1897

Guardando la esperanza de un pronto reencuentro con su hermana, Victoria vivió su cumpleaños número diecinueve con alegría.

Tiyana la despertó con un hermoso ramo de flores que su novio le había hecho llegar bien temprano. El buqué, además, estaba acompañado por una tarjeta y una caja de madera, que Victoria intuyó había tallado Martín. El delicioso contenido de la caja eran bombones de chocolate que la

cumpleañera compartió con las mujeres de la casa.

En soledad, Victoria sonrió emocionada al recorrer las líneas que Martín había escrito en la tarjeta:

Victoria:

Tengo que escribirte esta tarjeta de cumpleaños, y no sé qué poner para que quede bonito, poético... Lo mío no es la escritura, así que será cuando esté contigo y te tenga entre mis brazos, que con acciones, con besos y caricias, pueda demostrarte cuánto es lo que te amo.

Feliz cumpleaños, Universo mío,

Martín

Y, sin lugar a dudas, Martín le demostró su amor, no solo esa noche con la organización de una cena inolvidable en la que puso especial esmero al prepararle sus platillos y postres favoritos: pechuga salseada con crema de verdeos con guarnición de papas al horno, flan con dulce de leche de postre, y una torta de cumpleaños rellena con crema y duraznos. También cuando se coló por la ventana de su cuarto y, después, cada día que le siguió a ese con cada una de sus acciones desinteresadas.

El compañerismo, la comprensión, el respeto mutuo, no hacían sino crecer junto a los sentimientos que se profesaban.

Y así, más enamorados que nunca, los encontró el 3 de junio de 1897, día en el que Martín cumplió veinticinco años. Entonces fue el turno de Victoria de devolverle las gentilezas y agasajarlo de manera ingeniosa, para lo cual, a primera hora de la mañana, le había hecho llegar una singular tarjeta ensobrada y atada con una cinta de raso azul.

La tarjeta en cuestión, al abrirla, mostraba una especie de mapa del tesoro, donde con algunas anotaciones se distinguían la propiedad de los Núñez y la de los Llorca, separadas por una calle. La finca Núñez, con muchos arbolitos, tenía dibujada una caja con moño en un punto estratégico. Allí estaba escrita la hora: once de la noche.

A las once de la noche, Martín se presentó en el punto de encuentro.

Victoria había preparado un espléndido picnic a la luz de la luna que incluía una botella de champán, dos copas y para después del brindis, deliciosos tazones de chocolate caliente. La ollita al fuego, sobre un brasero, borboteaba volutas de un perfume incomparable.

—Yo he probado el mate, así que lo justo es que tú pruebes una de mis bebidas favoritas —proclamó en tanto le entregaba un tazón humeante—. Además, esta noche fría así lo amerita —sostuvo, arrebujándose en una manta tejida para reforzar sus palabras.

Martín hundió el dedo en la espesa bebida y con esta pintó el labio inferior de Victoria. Se aproximó a ella, sin dejar de mirarla.

—Solo si puedo probarla de tu boca —susurró, solo un instante antes de poner en acciones sus palabras—. Simplemente, exquisita.

El frío al que Victoria había hecho referencia, los expulsó del bosque arbolado hacia la calidez del cobertizo, que los refugió en su seno y fue testigo de su visceral pasión.

12

Capilla del Monte, Córdoba Miércoles 17 de noviembre de 1897

El sol matutino se filtraba a través de los vidrios externos de la galería del ala este de la casona brindándole a Victoria una excelente luz natural para ejecutar su labor de costura. La abuela Teresa le había enseñado hacía tiempo todos los secretos de la profesión de modista y Victoria podía jactarse de ser muy buena en ello. Había cortado e hilvanado un vestido para que su abuela pudiera lucirlo en las próximas Navidades y ahora, después de las pruebas, daba las puntadas definitivas. Solo alzaba la vista de tanto en tanto para deleitarse con las inmejorables vistas del cerro Uritorco y, en ocasiones, era recompensada por el vuelo de algún jote. Estaba en uno de esos descansos cuando distinguió movimiento por el rabillo del ojo. Volteó el rostro en esa dirección y vio a su abuela dirigirse hacia ella a paso ligero mientras agitaba un sobre blanco en la mano.

—¡Abuela! ¿Qué hace? —clamó preocupada. Clavó la aguja en la tela antes de soltar la labor sobre una silla vacía, entonces se puso de pie y se acercó a la anciana reprendiéndola—: ¡No corra que puede caerse!

—¡Victoria, querida, es que ha llegado carta desde Pedralbes! —anunció la señora con entusiasmo aunque con evidente agitación a causa de la carrera.

—¡Oh!, ¿de Pedralbes? ¿Será que por fin tendremos noticias de Clara?

—¡Dios así lo quiera, querida mía! —rogó la anciana mientras tomaba asiento en uno de los bancos de madera.

Victoria se sentó junto a su abuela; con prisa, ya abría el sobre. Desplegó la hoja y leyó. Su rostro se ensombreció salvajemente. Negó con la cabeza.

—Nada... No saben nada de ella —murmuró con voz triste. Miró a su abuela. El rostro de la anciana se había contraído de pena, como el suyo—. Dicen que Clara estuvo en el Monasterio de Pedralbes desde su llegada, acontecida el 4 de abril de este año, hasta el 24 de septiembre, último día en el que fue vista por la abadesa. Por lo que aquí explican, Clara y su hijo recién nacido abandonaron el convento sin avisar y sin dejar pistas de su paradero.

—¡Oh, mi niña querida! ¿Dónde estará? Sola y con un pequeño... ¡Si ella misma hasta hace poco no era más que una niña! —clamó Teresa.

—Mi hermana ya es una mujer... madre de un pequeño —sonrió a pesar de la congoja y dijo—: ¡Soy tía y usted es bisabuela!

La anciana asintió con la cabeza y sus ojos se iluminaron.

—¡Tenemos que encontrarlos, Victoria! ¡Como sea!

—¡Por supuesto, abuela! Desde hace meses que ese es mi objetivo, y ahora más que nunca. Algo grave debe haber ocurrido para que Clara tuviera que huir del convento, y estoy segura de que nos necesita —se puso de pie, impulsada por la euforia—. Le prometo que no descansaré hasta encontrar a mi hermana y a mi sobrino y traerlos de vuelta a casa.

—¿Cómo haremos, Victoria? Nadie sabe nada, ni tu tía Mercedes ni esas monjas de Pedralbes... ¿Cómo los encontraremos?

—No desespere, abuela. Yo misma iré a Barcelona y la recorreré de punta a punta de ser necesario. En algún lugar alguien tiene que haberla visto...

—Tu padre te ha prohibido dejar Capilla del Monte, Victoria.

Victoria se detuvo de golpe y cerró por un instante los ojos. Tragó saliva para aflojar el ahogo repentino que había atenazado su garganta.

—Soy la primera a quien le dolerá el corazón al tener que dejar Capilla del Monte... y a Martín; pero él deberá entender mis motivos —respiró hondo para armarse de valor, y clamó—: Y mi padre tendrá que guardarse sus

mandatos, sus rabias y rencores, porque esta vez ¡por Dios que no voy a obedecerle!

Victoria no podía más con tanta incertidumbre. Desde que había iniciado la búsqueda de Clara, no se había encontrado más que con frustración. De las cartas enviadas el 7 de mayo a Barcelona, solo había recibido respuesta, y con bastante retraso pues había llegado en el mes de agosto, de la carta destinada a su tía Mercedes. En la escuela, la mujer le había informado que Clara estaba recluida en el Monasterio de Pedralbes. Entonces había escrito a Pedralbes, pero la respuesta que recibió fue que Clara ya no estaba allí. La última carta, en la que le habían dado datos más detallados era la que ahora tenía en su mano.

—¿Estás segura de esto que pretendes hacer, Victoria? Hace meses que buscas a Clara, lo has intentado todo cuanto estuvo en tus manos, y nada. No sabes qué tiempo te llevará esta nueva empresa... viajar a Barcelona, ir tras sus pasos cuando parecen haber sido borrados... ¡Sabe Dios dónde estará esa niña! ¿Y Martín, qué le dirás ahora?

—Ahora no puedo pensar en Martín, abuela... Es demasiado dolor el que siento como para seguir por la vida como si nada hubiese ocurrido con Clara —miró a su abuela a los ojos al confesar—: Me siento responsable por lo ocurrido.

—¿Qué dices, Victoria? ¿Responsable tú, estando a más de ochocientos kilómetros? ¡Los responsables son Baigorria y tus padres; pero no tú!

—No, abuela. Yo hui de *Los Catalanes* al escuchar tras las puertas y enterarme así de que mi padre planeaba mi casamiento con Baigorria. En ese momento percibí su oscuridad y creí que era yo quien peligraba, entonces pedí viajar con usted —negó con la cabeza, con el corazón estrujado de pena y remordimiento—. Yo me salvé, ¿pero a qué precio? Cuando dejé San Isidro, mi padre enfocó sus planes en Clara y fue ella quien terminó en las garras de Baigorria, ¡ese demonio! Si yo hubiese permanecido allí, nada de esto habría ocurrido.

—No lo sabes, Victoria... No lo sabes. Soy de la creencia de que las líneas de la vida son trazadas de antemano, ¿quién puede asegurarnos que el destino escrito no era este que ocurrió y que todo sucedió de esta manera por algún motivo? En ocasiones sentimos que el mundo se nos viene abajo, que todo parece estar patas arriba o girando a contramano; pero cuando pasa el tiempo nos damos cuenta de que todo tiene su razón de ser, su explicación, su objetivo. Es cierto que el resultado no siempre nos parece justo, ¿pero quiénes

somos para juzgar el papel que nos toca en la vida?

—Puede que tenga razón, abuela, ¿pero cómo me arranco del pecho esta sensación de impotencia, este dolor tan grande y el remordimiento de no haber hecho lo correcto ni lo suficiente para salvar a mi hermana de las garras de ese hombre?

—Puede que Clara no quisiera ser salvada. Tú misma me dijiste que nunca quiso oír tus advertencias. Clara amaba a Baigorria, seguramente aún lo ame. Ella también eligió recorrer las líneas de su destino.

—A pesar de sus palabras, abuela querida, que sé que tienen como objeto consolarme, yo no me sentiré en paz hasta encontrar a mi hermana y traerla de vuelta a casa. Es una deuda que solo entonces podré dar por saldada, y solo entonces podré retomar mi vida con normalidad. No antes.

Ese fue el momento exacto en el que Victoria Llorca selló su destino.

Horas después

—Lo siento, Martín, esta decisión me duele tanto que no encuentro palabras para expresarla con claridad. Mi corazón se hace añicos en mi pecho, te lo juro, y cuando aborde ese tren que me lleve a Buenos Aires, te aseguro que la mitad de mi alma se quedará contigo.

A expreso pedido de Victoria, Martín y ella se habían encontrado en privado. Ella lo había puesto al corriente de las noticias recibidas en la última carta llegada desde el Monasterio de Pedralbes y de su decisión de viajar a Barcelona en busca de Clara. Hacía más de una hora que conversaban, que buscaban alternativas, posibilidades... Todas concluían en lo mismo: Victoria debía irse, y lo haría sola.

—Comprendo lo que sientes, mi amor, y lo peor de todo es que sé que no puedo detenerte. Ojalá pudiera, pero es parte de amar saber cuándo soltar... ¡Y no te imaginas cuánto desearía poder acompañarte! Pero como bien lo sabes, la apícola depende de mi trabajo diario. No puedo dejarlo todo a su suerte, la empresa familiar se vendría a pique en cuestión de meses y quedaríamos en la ruina. Y mis padres... sabes que ellos no pueden ocuparse de esas tareas —concluyó con frustración.

—Lo sé, mi amor —sollozó ella, refugiada en su pecho. Lo abrazó con tanta fuerza como sus brazos le permitían, y le pidió—: Abrázame más fuerte, Martín. Abrázame fuerte. Que tu calor y la sensación de tus brazos alrededor de mi cintura me duren para siempre, y que este recuerdo me devuelva la

seguridad cuando la haya perdido. ¡Querido mío, cuánto he de extrañarte!

—Y yo a ti... —susurró él con voz ronca sobre los cabellos femeninos—. Tanto que me parece imposible siquiera imaginarlo.

—Ya quisiera que esto terminase, poder estar otra vez aquí... Recorreré Barcelona de punta a punta y traeré a mi hermana de vuelta, sé que lo haré. Mi sexto sentido me muestra seguridad en ese aspecto; pero hay algo más, algo que me agobia... No sé cómo explicarlo... La sensación de frustración, de angustia...

No logro arrancarlas de mi pecho.

—Confía en ese instinto que te dice que la encontrarás. Yo confiaré en el mío, que me dice que regresarás a Capilla del Monte.

—Lo haré, amor mío. Pero en tanto logre mi empresa, ¿cómo haré para no extrañarte? ¿Para sentirme completa cuando tú me faltes?

—Debemos confiar en que el tiempo volverá a unirnos. —El tiempo... ¿Y ha de ser poco o mucho? ¿Seis meses, un año...? Lo que sea, ya me parece una eternidad si tú no estás conmigo.

—El que sea necesario —aceptó él.

—¡Cielo santo, qué difícil me resulta esto!

—Ve y encuentra a tu hermana, pero regresa, Victoria. Por lo que más quieras, vuelve a mí —le pidió Martín entre besos. Besos que sabían a sal, a desesperación y a urgencia.

13

Barcelona

Enero de 1898

Victoria arribó al puerto de Barcelona una fría mañana de enero del año 1898. Tanto Navidad como Año Nuevo los había pasado cruzando el océano,

envuelta en un estado de ánimo sombrío, tan distinto a como había planeado vivirlos. Nunca se había sentido tan sola, tan perdida.

Luego de su partida de Capilla del Monte, había permanecido en Buenos Aires, en la casa de su abuela Teresa pues no había querido volver a Los Catalanes, hasta que había llegado la fecha de abordar el vapor que la llevaría de regreso a su Patria. Y ahora ya estaba allí y, lejos de sentirse en casa, se consideraba una extraña.

El recibimiento que le hizo su tía Mercedes no fue malo, sin embargo, fiel a su forma de ser, la mujer se mostró fría y seria. Ante las preguntas que Victoria le formuló respecto al destino de Clara, Mercedes había mantenido una actitud adusta. Su conciencia se encontraba en paz pues, según decía, había obrado de acuerdo a lo que ella había considerado mejor para la joven en su estado.

Carmela había contado a Victoria que Clara, cuando partió de Buenos Aires, para mantener intacta su reputación a causa del embarazo había tenido que hacerlo bajo la apariencia de ser una joven viuda. Puede que su tía, moralista hasta el tuétano, no se haya creído la fachada, supuso Victoria, y de ahí que prefiriera recluir a la joven en el convento en lugar de cobijarla bajo su techo.

Victoria aprovechó la hospitalidad que Mercedes sí le ofreció a ella y permaneció en su casa de La Barceloneta mientras ponía empeño en su empresa de encontrar a Clara. Esa primera estadía, infructuosa de principio a fin, se había extendido por un año y medio, hasta el mes de julio de 1899.

Mientras permaneció en Barcelona, Victoria viajó hasta el Monasterio de Pedralbes. Recorrió sus pasillos, su jardín interno, la huerta; se entrevistó con las monjas y con la abadesa, atenta a cualquier pista. Los datos recabados, a pesar de sus esfuerzos, habían sido los mismos que recibiera por correspondencia.

Sus siguientes visitas, fueron: Al Ayuntamiento de Barcelona, ubicado en la plaza de *Sant Jaume*; al departamento de la Guardia Municipal; a hospitales; a iglesias y a la morgue. Y fue justamente en la morgue donde Victoria vivió la experiencia más horrenda de su vida...

—¿Dice que busca a una mujer joven de cabello castaño y a un niño recién nacido? —le preguntó el empleado, un hombre de baja estatura y rostro enjuto con gafas que descansaban sobre la punta de una nariz prominente y afilada. Pasaba una a una las páginas del registro que abarcaban desde el 24 de septiembre de 1897 hasta ese día de enero de 1898.

—Así es, señor —articuló Victoria con temor. Rogaba que el hombrecillo no encontrara algún dato coincidente con Clara.

—Aquí —señaló una página correspondiente a dos semanas atrás—. Niño no, pero ingresó el cadáver de una joven con las características físicas de su hermana, con signos de haber dado a luz recientemente. No tenía identificación ni nadie ha venido a reclamarla.

Victoria percibió que se le retorcían las tripas y que un regusto amargo, a bilis, ascendía hasta su garganta. Tuvo que sostenerse del mostrador para no caer al piso. Respirando de manera entrecortada, preguntó:

—¿Está seguro de que podría tratarse de mi hermana? —Seguro, no; pero hay grandes probabilidades... muchas coincidencias. La única forma de resolver esta incertidumbre, es que usted reconozca el cadáver, señorita Llorca.

Victoria cerró los ojos y asintió con la cabeza. El hombre tenía razón, de lo contrario, jamás podría estar tranquila.

Siguió al empleado hasta el subsuelo, a través de pasillos helados que traían reminiscencias del Medioevo. El resonar sordo de los pasos se alzaba hasta retumbar en los muros con fuerza sobrenatural, como si el sonido los envolviera igual que lo hacían las alas gélidas del aire fantasmal que moraba en el recinto mortuario.

Se detuvieron frente al que era el depósito de cadáveres propiamente dicho. El hombrecito abrió la pesada puerta y dio paso a la joven. Antes de dar el primer paso, ella se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo de lino para que no pudiera alcanzarla el olor desagradable de la muerte; ya el empleado se lo había recomendado durante el camino.

La condujo a través del suelo espolvoreado con arena donde descansaban varias cajas rectangulares. Victoria creyó que moriría cuando se detuvieron junto a una de las cajas. Cerró los ojos y contuvo el aliento mientras el hombre levantaba la tapa de madera.

—Por favor, señorita, cuanto antes abra los ojos y miré, más rápido podrá salir de aquí.

La recomendación a Victoria le llegó lejana, inmersa en una bruma, como si estuviese a punto de perder el conocimiento. De solo imaginarse tendida en ese suelo, rodeada de tanta desolación, recuperó el valor y la compostura. Alzó los párpados, presa del mayor terror de su vida. Con los ojos abiertos, dirigió la vista hacia el cadáver que aguardaba que alguien le diera un nombre.

Fijó los ojos en el rostro pálido, en las facciones que la muerte había esculpido en granito... Y rompió a llorar.

Corrió a través de los pasillos y subió las escaleras sin ver nada a causa de las lágrimas. El empleado la seguía al ritmo que sus propias piernas enclenques le permitían.

—¡Señorita! ¡Señorita! ¿Es su hermana?

Victoria se detuvo junto a la puerta de ingreso, solo un paso la separaba del aire del exterior. Con el rostro desencajado volteó hacia el empleado, pues le debía una respuesta.

—¿Es ella? —volvió a preguntarle él.

—No, no lo es —certificó. Salió a la vereda y alzó el rostro al cielo para que los rayos del sol le pegaran en la cara, entonces agradeció porque su hermana no era la joven de la caja de madera. Aún podía mantener las esperanzas de hallar a Clara con vida.

Agotados todos los sitios que podrían haberle proporcionado cierta información, de haberla tenido, Victoria comenzó a recorrer a pie las calles de la ciudad. Las subió y bajó tantas veces como le permitió ese año y medio que permaneció en Barcelona. Se sentó en las plazas, caminó la Rambla, descansó en la playa, subió el Montjuic... Para esa altura, la única esperanza que guardaba de encontrar a Clara era que la casualidad y la buena fortuna obraran en su favor y pudiera cruzársela en la calle.

Pero ni siquiera eso le salió bien.

Victoria regresó a Buenos Aires en julio de 1899 y durante varios meses residió en Palermo, en la casa de su abuela Teresa. La anciana era quien había financiado el viaje de Victoria a Barcelona dado que Arturo se había negado de manera rotunda; lo máximo que consiguió de su padre fue la autorización para salir del país.

La joven no podía resignarse a perder a su hermana. La culpa y el remordimiento le impedían pensar de otra manera o salirse de ese objetivo que había trazado. La incertidumbre acerca de la suerte que podrían estar corriendo Clara y su hijo, si acaso estaban sufriendo penurias o necesidades, carcomía la paz de su espíritu.

Durante ese año y medio, Victoria había necesitado a Martín como al aire mismo y ahora que estaba de vuelta en Argentina, se moría por verlo. Sin embargo, era consciente de que no podía obrar guiada por el egoísmo. En su situación, ella no tenía nada para ofrecerle.

El panorama respecto a Clara era incierto y ella no sabía cuánto tiempo más

tardaría en encontrarla... ¿Y si no la encontraba nunca? ¿Si moría buscándola? ¡Y el cielo era testigo de que no cejaría hasta estar frente a su hermana! Sus planes eran regresar a Barcelona en cuanto le fuera posible y las veces que fuera necesario. No podía someter a Martín a una vida de idas y vueltas, ni a una vida con una prometida o una esposa ausente en caso de que se desposaran.

Miró el cintillo de zafiro y brillantes que él le había regalado. Lo miró fijo, hasta que la vista se le distorsionó por completo. Parpadeó para poder ver con claridad. Contempló ese universo, tal como Martín le había enseñado: los mágicos destellos de las piedras, las milimétricas caras talladas, los intrincados diseños del grabado, el brillo majestuoso del platino... sus dedos... sus manos... entonces supo que era el momento de dejarlo ir.

Tomó sus artículos de escritura y, con el corazón sangrando, Victoria redactó la carta que liberaría a Martín de su promesa de amor y de su compromiso. Amar también era eso, le había dicho él: saber cuándo hay que soltar al otro, dejarlo libre. Y era cierto, ella no tenía derecho a retenerlo más.

Guardó la carta en un sobre. Se quitó el anillo, que envolvió en un trozo de paño y, sin ver nada a causa de las lágrimas, también lo puso en el sobre que despachó hacia Capilla del Monte al día siguiente.

Tal vez el tiempo les diera revancha y volviera a juntarlos en un futuro. Victoria no podía saberlo, el dolor era tan fuerte que le impedía pensar.

El siguiente viaje de Victoria a Barcelona se extendió desde el mes de marzo del año 1900 hasta el mes de agosto de ese mismo año. Los resultados: funestos, iguales a los del viaje anterior. Para colmo, Victoria tuvo que regresar de urgencia a Buenos Aires dado que su abuela se había puesto delicada de salud. Los astros seguían conspirando en su contra... ¿Volverían a ponerse algún día a su favor?

Martes 25 de noviembre de 1913

Llevaba alrededor de dos horas sentada en un banco de la Plaza del Ángel, sin hacer otra cosa que mirar a la gente pasar. Buscaba el rostro de su hermana Clara en cada mujer. Buscaba su cabello, su forma de caminar, de moverse... Victoria suspiró.

De manera mecánica, sin quitar la vista del gentío que iba y venía, se acomodó algunas hebras de cabello que la brisa había soltado de su peinado recogido. El olor de las castañas asadas la tentaba desde hacía un buen rato, justo, desde que sus tripas habían amenazado con rugir famélicas.

Se puso de pie para acercarse al puesto de castañas apostado en una esquina, compró un paquetito y, resignada a otro día perdido, comenzó a alejarse por *Baixada de la Llibreteria*. Los pasos la guiaron a seguir por *Carrer de la Llibreteria*. Masticó una castaña y siguió andando, como guiada por una fuerza divina. A lo lejos alcanzaba a ver la *Plaça de Sant Jaume*. Fue entonces cuando entre la gente, una persona llamó su atención.

Victoria estiró el cuello, la gente le impedía ver con claridad; además, la mujer le daba la espalda dado que caminaba hacia la plaza. Se adelantó a los que la precedían y a paso ligero logró acortar las distancias. La emoción casi le impide hablar. No quería ilusionarse, pero estaba tan segura de que se trataba de Clara. Una emoción profunda, burbujeante dentro del pecho, le gritaba que esta vez estaba en lo cierto.

—¿Clara? ¿Eres tú? —preguntó, impostando la voz para que no le temblara debido a la emoción.

La mujer, que Victoria intuía que era Clara, se detuvo de golpe, pero no hizo ningún otro movimiento. Victoria se le acercó otro poco.

—¿Clara...? ¿Clara, eres tú? —repitió.

Un joven alto de cabello negro se había detenido junto a la mujer, que todavía permanecía de espaldas sin moverse ni hablar, y la observaba extrañado por su comportamiento. Le echó un vistazo a Victoria, pero sin darle mayor importancia volvió su atención a quien lo acompañaba.

—¿Mamá? ¿Qué pasa? —oyó Victoria que el muchacho preguntaba.

—¿Clara? —repitió, cada vez más convencida de que se trataba de su hermana. Extendió la mano para alcanzarle el hombro, pero el joven se interpuso con actitud protectora. Entonces ella por fin pudo mirarlo a la cara —. ¡Dios mío! —exclamó en tono horrorizado y se tapó la boca con ambas manos—. ¡Dios mío, eres su vivo retrato!

—¿Qué dice, señora? ¿De qué está hablando? —inquirió el jovencito.

Solo entonces la mujer reaccionó. Giró sobre sus pies y Victoria por fin pudo encontrarse cara a cara con su hermana Clara. Más adulta, pues estaba por cumplir treinta y tres años, y con el cabello más corto de lo que acostumbraba llevarlo en su juventud; sin embargo, se trataba de ella. A Victoria los ojos se le llenaron de lágrimas. El milagro había ocurrido.

—Clara... hermana —susurró Victoria con sincera emoción y alzó la mano hacia el rostro de su hermana—. Eres tú, querida hermana. Eres tú... ¡Si supieras cuánto te he buscado! Tantos años... Ya creía que jamás podría dar contigo.

—Victoria... —sollozó Clara por fin, cuando el estupor le permitió sacar a flote sus emociones, y se arrojó a los brazos de su hermana en un cariñoso abrazo.

El joven permaneció al margen. Las mujeres lloraban con sentimiento y se abrazaban. También balbuceaban algunas frases que él apenas si alcanzaba a distinguir.

Las hermanas finalmente rompieron el abrazo, aunque con reticencia. Las dos se secaban los ojos y sonreían con una mezcla de emoción, alegría e incredulidad, que resultaba gracioso verlas.

Clara tomó la mano de su hermana y la condujo hacia donde se encontraba el muchacho, algunos pasos más allá.

—Ven, Victoria, deja que te presente a alguien —le dijo. Al acercarse al muchacho, también tomó su mano—. Él es Juan Llorca, mi hijo —pronunció orgullosa—. Ella es mi querida hermana Victoria, Juan; tu tía.

Victoria inspiró en profundidad. El joven era, como había dicho antes, el vivo retrato de Wenceslao Baigorria. Renuente, buscó sus ojos y, tal como temía, se encontró con unas obsidianas intensamente negras iguales a las que tanto la habían aterrado diecisiete años atrás. Tuvo el instinto de apartar la mirada, pero un brillo especial que encontró en ellos la obligó a no hacerlo, y fue una bendición, porque se llevó la sorpresa de encontrar tanta bondad en aquellos ojos negros como jamás tendrían los de Baigorria. Exhaló despacio el aire que estaba conteniendo y ahora con tranquilidad, sondeó el alma del muchacho. Si bien era cierto que en la mirada de su sobrino perduraban el recelo y el instinto de protección hacia su madre —detalle que conmovió profundamente a Victoria—, esta también hablaba de un ser honesto, sincero y cariñoso. Juan supo metérsele en el corazón de inmediato.

—Me causa una enorme felicidad conocerte, Juan —dijo Victoria. Se acercó a

su sobrino, lo tomó por los hombros para que él se agachara un poco, pues Juan sobrepasaba a las dos mujeres por más de una cabeza, y le estampó dos besos cariñosos, uno en cada mejilla.

—Lo mismo digo, señora.

—¡Oh, no! —clamó ella—. Nada de decirme señora. De ahora en más, para ti seré tu tía Victoria, o simplemente Victoria, como gustes.

—De acuerdo. Pero quiero que sepa que soy sincero y que me complace mucho conocerla. Desconocía que tuviera una tía.

Victoria frunció el ceño y miró a su hermana. Las palabras de Juan le habían achicharrado el corazón. ¿Es que Clara la había olvidado durante todos esos años en los que ella había dedicado su vida a buscarla? Clara le sostuvo la mirada sin amilanarse aunque con claro gesto contrariado.

—Lo hablaremos luego —expuso la hermana menor. Victoria asintió con la cabeza, entonces Clara le preguntó—: ¿Quieres acompañarnos a casa?

—¡Por supuesto, Clara! ¡De ninguna manera te permitiría escapar ahora que te he encontrado! —declaró Victoria con rotundidad, sepultando la decepción experimentada hacía un momento.

Poco más de veinte minutos después, los tres se encontraban en el departamento en el que vivían Clara y su hijo. Mientras las hermanas conversaban entre cuchicheos, el joven les preparó una tetera con té humeante y se despidió de ellas hasta la noche; debía ir a trabajar. Cuando Juan salió del departamento, las mujeres comenzaron a hablar con mayor soltura.

—Nunca le hablaste a tu hijo de nosotros, ¿verdad?

—Tienes que comprenderme. No podía hacerlo, Victoria. Nadie podía conocer nuestro paradero, ni nuestra verdadera historia —se excusó—. Para todo el mundo, soy una joven viuda que perdió a su marido antes de que naciera su hijo.

—Te entiendo a medias, Clara, porque si bien es cierto que lamentablemente convivimos con una sociedad hipócrita y tú, desde luego, has sido una de sus víctimas, no alcanzo a vislumbrar los motivos por los cuales ocultaste tu paradero.

Clara se tensó igual que una vara.

—¡Iban a quitarme a mi hijo! ¿Te parece poco? —inquirió.

—No, claro que no; pero en tu familia podrías haber hallado protección.

—¿Protección en mi familia? ¿De qué estás hablando, Victoria? —protestó con indignación—. ¿En nuestros padres, en nuestra tía Mercedes? ¡Ellos representaban el mayor peligro!, junto con la abadesa, claro, que estaba más

que dispuesta a cumplir con los planes trazados por Mercedes.

—Podrías haber recurrido a mí... a la abuela Teresa —sugirió Victoria, dolida.

—Tú eras una niña, apenas dos años mayor que yo; y la abuela... pobre viejita, ¿qué podría haber hecho ella? Nada, Victoria, nada.

—No lo sé, Clara, pero te aseguro que lo hubiésemos intentado todo por ayudarte. De hecho, tu desaparición también signó mi destino...

—¿A qué te refieres? —quiso saber Clara, quien había procurado calmarse. Tampoco era justo que desahogara con su hermana la rabia y los dolores por los que había tenido que atravesar durante todo ese tiempo.

—Te he buscado durante tantos años... —dijo Victoria, y suspiró. Su mente se remontaba al pasado cuando explicó—: Cuando tus cartas dejaron de llegar, te escribí a San Isidro, pero no recibí respuesta. Volví a intentarlo y, ante el mismo resultado, le escribí a mamá preguntándole por ti.

—A mamá... —a Clara aún le dolía el vacío que le había hecho su madre, el desprecio de su padre... Le dolían tantas cosas que ya había perdido la cuenta.

—Sí. Al cabo de unas semanas llegó su respuesta en una carta breve. El compromiso entre tú y Baigorria se había disuelto, él se había desposado con una mujer de la capital y tú habías regresado a Barcelona, a la casa de tía Mercedes. Nada más. Ni una sola palabra más. ¡Y pretendía que con esa escueta respuesta yo tomara con tranquilidad las noticias! Me resultó imposible. Entonces, desafiando las órdenes de nuestro padre, que me había exigido que permaneciera en Capilla del Monte hasta que él decidiera mi vuelta a San Isidro, volví. Y solo entonces lo supe todo, pero no de labios de nuestros padres, sino de Carmela.

—¿Te contó todo? —quiso saber Clara.

—Sí. Todo —respondió Victoria, y suspiró. Tomó las manos de su hermana entre las suyas—. ¡Cómo quisiera haber podido estar ahí, contigo, para apoyarte, para defenderte, para acompañarte! Lo lamento tanto, hermana mía. Clara negó con la cabeza.

—No podrías haber hecho nada, Victoria. Tal vez fue mejor así.

—No. No lo fue... —dijo Victoria con tristeza, pues su vida había sido signada por la desaparición de Clara. Ya nada había sido igual para ella. Se había obsesionado con la búsqueda de su hermana, que hasta ese mismo día había resultado infructuosa. Había dejado atrás sus propios sueños románticos y, sin pensarlo dos veces, la que hasta entonces había sido su vida. Pero el sacrificio había valido la pena. Ahora que finalmente tenía a su hermana de

vuelta frente a frente, podía decirlo. Una sonrisa curvó sus labios, que temblaron un poco a causa de la emoción.

—¡Estoy tan feliz! —dijo, y apretó afectuosamente las manos que aún sostenía—. Tan feliz... Podremos regresar juntas a casa.

La espalda de Clara se tensó igual que una vara y casi al mismo tiempo liberó sus manos para recogerlas sobre la falda.

—¿A casa? —negó en medio de un profundo suspiro—. Yo ya estoy en casa —dijo, y acompañó las palabras con un ademán que abarcó la sencilla estancia—. No reconozco ningún otro como mi hogar.

—¡Pero, hermana! ¿Qué dices? ¡Debes volver a casa, a tu familia! —exclamó Victoria con euforia y ansiedad.

—¿Familia? Allí, al otro lado del océano, yo no tengo familia. Mi familia está aquí. Mi hijo es mi única familia.

—¡Qué injusta y egoísta eres, Clara! —clamó Victoria con enojo y dolor—. Si supieras cuánto hemos sufrido la abuela Teresa y yo con tu ausencia. ¡Llevamos más de dieciséis años buscándote! ¿Tienes idea de lo desesperante que es no saber dónde buscar, qué hacer... perderle completamente la pista a una persona que amas? ¿Puedes imaginarlo siquiera?

Victoria no esperó respuesta. Se puso de pie y caminó hacia la pequeña ventana que daba a la calle. Desde allí vio la gente pasar, semioculta a la vista de tanto en tanto por las ramas desnudas de los árboles que se agitaban con el viento frío del otoño. Cerró más las solapas de su chaqueta. El brasero estaba encendido, pero no lograba mitigar por completo el frío acumulado dentro de esas cuatro paredes. Inspiró en profundidad y cerró un instante los ojos.

—No, no lo sabes... —susurró. Pero ella sí lo sabía. Lo sabía muy bien, incluso el horror de visitar una morgue para reconocer un cadáver para descartar que fuera Clara. Volteó para mirarla—. No es esta la primera vez que viajo a Barcelona. He venido en el pasado. He increpado a tía Mercedes en busca de respuestas, he ido al monasterio de Pedralbes y hecho otro tanto con las monjas... pero nadie sabía nada de ti. Nadie podía decirme qué se había hecho de ti después de que dejaras el convento. Ha sido una búsqueda a ciegas... Frustrante. Ya no me quedaban recursos a los cuales apelar, más que a un milagro... como el que ha ocurrido hoy.

—Lamento por todo lo que has pasado; pero mi vida tampoco ha sido fácil.

—No, no, por supuesto —se apresuró a decir, luego echó un vistazo a la humilde vivienda—. Pero por eso mismo, Clara. No tienes razones para seguir llevando una vida en estas condiciones tan precarias.

Clara dio un respingo.

—¿Precarias? ¡Vamos, Victoria, se nota que aún estás acostumbrada a los lujos, pero te aseguro que mi hijo y yo no vivimos en la indigencia! No me quejo de lo que me ha tocado vivir, ni en las condiciones en las que lo hago, que son por completo decentes. Nada nos falta —dijo en tono orgulloso para ocultar debajo de esa máscara el dolor que le causaban las palabras de su hermana.

—¿Nada les falta? —repitió Victoria pero en forma de pregunta—. ¡Por favor, Clara, no quieras venderme una mentira! Veo con mis propios ojos dónde y cómo viven.

A los ojos de Victoria, el departamento, de un solo ambiente más el baño, era demasiado pequeño, frío y carente de lujos y comodidades. Debía reconocer, eso sí, que la decoración sencilla y la pintura de las paredes era de buen gusto e impecable. Se notaba el toque de Clara en esos detalles.

—No necesitamos más —clamó Clara con obstinación.

—Merecen más —replicó Victoria—. Debes volver a Buenos Aires y reclamar lo que te pertenece. Para ti y para tu hijo.

—No —dijo categóricamente—. No estabas allí cuando fui humillada y repudiada por nuestros padres, por eso no te haces una idea de lo que tuve que pasar. Estoy muerta para ellos. Ya no soy su hija. Cuando más los necesité, me negaron contención y cariño. No iré ahora, cuando mi vida está hecha, a mendigarles migajas de nada.

—¿Llamas *vida hecha* a vivir aquí, criando tú sola a tu hijo y pasando necesidades que, aunque tú lo niegues, seguro las tienen? ¿Cuánto tiempo hace que no te compras un vestido nuevo? —dijo, y echó un vistazo a las ropas que vestía su hermana. Las prendas habían dejado de ser de estreno mucho tiempo atrás, aunque debía reconocer que se veían bien cuidadas, lavadas y planchadas.

Clara bufó.

—¡Vestido nuevo! ¡Como si eso fuese lo más importante del mundo! —negó; luego se detuvo frente a su hermana, bastante cerca—. Escúchame bien. Tengo más amor del que nunca he tenido cuando vivía rodeada de fortuna y opulencia. Y sí, así es, he criado sola a mi hijo y puedo asegurarte que es mi gran orgullo. No se parece en nada ni a su padre ni a su abuelo. Juan será un hombre digno, un hombre justo y con gran corazón. Tengo la vida hecha, Victoria, y soy feliz; pero si no te gusta ver mi hogar humilde o las ropas que llevo puestas, allí tienes la puerta. Nadie te retiene —dijo, aunque el corazón

parecía desgarrársele en jirones.

—Ya no eres la misma —lamentó Victoria.

—¡Por supuesto que no! Ahora llevo yo las riendas de mi vida —expuso Clara con determinación.

Victoria suspiró con tristeza.

—¿Ya no me quieres, hermana?

Clara se detuvo, miró a su hermana a los ojos. Suspiró y aflojó los hombros, también aplacó el tono de su voz.

—Con todo mi corazón —declaró. Se acercó a Victoria y la tomó de las manos—. Ni tú ni yo hemos tenido la culpa de estar tantos años distanciadas, pero las circunstancias se presentaron así y ya nada podemos hacer para borrar esos años. Pero te quiero, Victoria, por supuesto que te quiero. Lo que no voy a aceptar es que quieras dirigir mi vida.

—No quiero dirigir tu vida, Clara. Lo que deseo de todo corazón, es que a partir de ahora vuelvas a estar en la mía.

Clara desvió la mirada cargada de emoción.

—No puedo volver... —murmuró.

—No necesitas volver a *Los catalanes* si no quieres. Ni siquiera yo resido allí. Desde que volví de Capilla del Monte, vivo en Palermo, con la abuela Teresa. Tu hijo y tú pueden vivir con nosotras o en otro barrio... ya veremos llegado el caso. Solo déjame tenerte cerca, Clara. Déjame...

Clara negó una vez más con la cabeza. Iba a soltarse de las manos de su hermana, pero Victoria la retuvo con más fuerza.

—Al menos piénsalo. Prométeme que lo pensarás.

—No... no sé —dijo finalmente, sin mirarla a los ojos.

Victoria suspiró. De pronto, con el último titubeo de Clara, sentía brillar una pequeña luz de esperanza. Tal vez encontrar a Clara no sería el único milagro que el destino le regalaría.

El 20 de marzo de 1914, Victoria tuvo su otro milagro cuando Clara y Juan arribaron al puerto de Buenos Aires. Pero tanta agua había pasado bajo el puente desde entonces... Tantas cosas habían pasado en las que ella no había podido intervenir. La vida la había usado como a una marioneta, había movido los hilos de su destino, y ese destino la había retenido en Buenos Aires durante largos años con diferentes excusas: Disfrutar de Clara y de su sobrino, cuidar a su abuela Teresa en sus años más frágiles, y después, velar por la seguridad de su sobrino Juan.

Y así la habían encontrado los años, frente a la tumba de sus padres,

preguntándose qué había hecho de su vida...

San Isidro, Buenos Aires Jueves 29 de octubre de 1925

Detuvo la mirada en los montículos de tierra suelta sobre las dos tumbas y las coronas fúnebres acomodadas sobre éstas en tanto los pensamientos se amontonaban en tromba dentro de su cabeza. Pensó en sus padres, en sus existencias ambiciosas y carentes de amor; atados a las rígidas normas sociales, a la moral hipócrita, acostumbrados a alimentarse de maltratos y rencores. No habían sido felices en vida y en la muerte no dejaban recuerdos amorosos en el corazón de los vivos; no dejaban huella más que la dolorosa, aquella que con el tiempo es preferible olvidar. ¿Cuánto más perdurarían sus nombres en el recuerdo? ¿Meses, algunos años tal vez? Llegaría un tiempo en el que, junto al gran mal que habían causado, pasarían al olvido. No como Clara, a quien ni siquiera la muerte sería capaz de arrancarla alguna vez del corazón y de la memoria de quienes la habían amado.

Victoria retrocedió un paso, ahora centrándose en sí misma, entonces pensó en todas las personas que habían pasado por su vida. A excepción de su sobrino Juan, no tenía a nadie más en el mundo.

Dos veces había perdido a su hermana Clara; primero cuando la joven había sido exiliada a Barcelona, luego cuando una grave enfermedad se la llevó. Hacía unos años también había muerto su abuela Teresa, con quien compartiera más de media vida. Y había perdido a Martín...

¿Qué hice de mi vida?, se preguntó.

No se arrepentía de las decisiones tomadas, las cuales siempre habían respondido a intereses o cuestiones más profundas. Dejar sus sueños atrás, dejar a Martín, había sido necesario. Jamás hubiese podido seguir con su vida si antes no encontraba a Clara, pues el remordimiento la había carcomido por dentro. Finalmente entendió que nada de lo ocurrido había sido su culpa, sino que cada quien había seguido su camino y las consecuencias habían sido acordes a las acciones realizadas. Ella había tomado la decisión de abandonarlo todo para dedicarse a la búsqueda de Clara, y la había encontrado, a ella y a Juan, y había disfrutado de algunos años en su compañía. Con esa recompensa, el sacrificio había valido la pena. No obstante ahora, frente a un futuro incierto, se sentía vacía.

Victoria tenía a Juan, pero él ya era un hombre y algún día formaría su

propia familia. Eso era lo que ella tanto había ansiado: una familia. Esposo, hijos, nietos tal vez. Tenía cuarenta y siete años, su momento para tener hijos había pasado hacía rato, y el amor... Reconocía que resultaría iluso de su parte pretender que Martín Núñez la hubiese esperado después de casi treinta años.

Victoria retrocedió otro paso.

El tiempo es implacable; no se detiene a esperarnos, reflexionó. Ni el tiempo, ni la vida... ellos pasan y solo depende de nosotros cuán bien los aprovechemos.

Victoria retrocedió un paso más.

—Necesito vivir, por mí, para mí —susurró. Parpadeó, igual que si despertara de un trance. Sus ojos aún estaban posados en las tumbas de sus padres, aunque ella ahora se encontraba a mayor distancia. Miró alrededor y exhaló un suspiro cuando su alma le gritó que no era ese final el que quería para ella.

—No es aquí donde quiero estar.

Victoria retrocedió otro paso, después volteó sobre sus pies y corrió hacia la salida del camposanto. Quería alejarse cuanto antes y poner la mayor distancia posible. Una vez en la calle, cerró los ojos e inhaló una honda bocanada de aire. Cuando alzó los párpados, sabía con exactitud qué era lo que deseaba hacer, dónde anhelaba pasar el resto de su vida.

Intuía que su destino siempre había estado en Capilla del Monte. Pocas veces había regresado y en sus breves estadías jamás se había animado a acercarse a Martín, ni siquiera había tenido el coraje de averiguar qué había sido de su vida. No se hacía ilusiones con respecto a él. Por lo pronto, se conformaría con reinventar su vida en el que consideraba que era su lugar en el mundo.

Victoria se dirigió al departamento de Juan para participarlo de lo que había resuelto y dejar todos los asuntos en regla. Tomada la decisión, quería ponerse en marcha de inmediato.

Juntos acordaron que Victoria vendiera la propiedad de Palermo que había pertenecido a doña Teresa y que con ese dinero se mantuviera en buenas condiciones la Quinta Los Catalanes, de San Isidro por si, llegado el momento, ella o Juan deseaban utilizarla. De las acciones de la textil, que Arturo Llorca había conservado luego de vender la parte mayoritaria a otros inversores, Juan no quería nada, por lo que quedarían para asegurar el futuro de Victoria.

Y algunas semanas después, el 12 de noviembre, Victoria dejó Buenos Aires con el corazón henchido de ilusión. Volvía a Capilla del Monte. Esta vez, iba en busca de su destino.

En busca de los sueños

15

Capilla del Monte, Córdoba Sábado 14 de noviembre de 1925

Victoria se colgó del brazo la canasta de mimbre y se dispuso a ir de compras. El día anterior, a su llegada, había cenado un sándwich que había comprado al hacer trasbordo en Córdoba Capital, previendo una despensa vacía. Pero del emparedado no había dejado ni las migas y su estómago comenzaba a hacer reclamos.

Repasaba una lista mental de alimentos y varios artículos de limpieza, mientras observaba los cambios que habían obrado en Capilla del Monte durante esos años en los que estuvo ausente. Los cambios eran muchos y muy notorios.

Descubrió nuevas construcciones y loteos más modestos donde antes hubo fincas extensas. Calles que se habían abierto y muchas caras nuevas. Supuso que varias de esas caras correspondían a niños que en veintiocho años se habían hecho mayores.

No obstante, la población también había crecido en número. El trazado urbano, realizado por Adolfo Döring, y sus iniciativas llevadas a cabo desde el año 1889 posicionaron a Capilla del Monte como pionera en el Valle de Punilla en cuanto a la planificación de sus servicios públicos, como: trazado de calles, red de agua corriente, desagües cloacales y pluviales, usina eléctrica, correo, escuelas y sala de primeros auxilios. Victoria imaginó que este podría haber sido un factor determinante para que muchos lo eligieran para vacacionar o como residencia permanente. El magnífico paisaje enclavado entre sierras, resultaba una opción muy tentadora. Ella misma se había enamorado del pueblo y desarrollado un increíble sentido de pertenencia al punto de llamarlo *mi lugar en el mundo*.

En tanto sus pasos la llevaban a través de las calles polvorientas, sus ojos se llenaban de imágenes que de manera instantánea le traían a la memoria pasajes de su pasado. Vivía esos recuerdos con nostálgica alegría, pues se

había prohibido ceder a la tristeza. Así, en lugar de resultarle una pesada carga, su pasado se fusionaba con su presente, con su ser... eran parte de ella. Al fin y al cabo, la mujer en la que se había convertido era una sumatoria de todo aquello que había vivido. *Soy, porque he sido*, se dijo. Y, de ahora en más, construiría al ser que sería en el futuro de acuerdo a sus pensamientos, deseos, sentimientos y acciones. Su destino dependía de ella. Así funcionaba el Universo, después de todo.

Al pasar frente al que antaño fuera el majestuoso Hotel Victoria, comprobó que había cambiado su nombre por el de La Favorita. A simple vista, su esplendor continuaba.

Llegó a la esquina y cruzó la calle diagonal Buenos Aires para dirigirse al almacén de ramos generales, allí donde Martín y ella se habían visto por primera vez. Cuando subió los dos escalones de la entrada y su mano entró en contacto con la puerta, una emoción profunda le llenó el pecho. Recibió el recuerdo, feliz de haber sido afortunada de vivirlo, hizo parte de su ser el sentimiento, y después avanzó.

—Buenos días —saludó Victoria al ingresar al comercio. —Buenas, señora —respondió el hombre que atendía detrás del mostrador; tendría unos treinta y tantos años—. ¿Qué será? —le preguntó.

—Medio kilo de yerba, cincuenta gramos de hebras de té — comenzó a enumerar la lista mental que había preparado. Observó el almacén. Más allá del nuevo despachante, el resto casi no había cambiado a pesar de los años transcurridos; hasta los olores variopintos eran los mismos.

—¿Vino a pasar unos días? —se interesó él.

—Vine a quedarme —respondió ella con seguridad y experimentando una grandiosa sensación al decirlo en voz alta.

—¿Y ya conocía el pueblo? —siguió preguntando el hombre mientras pesaba y envasaba los productos que ella le pedía.

—Viví aquí hace bastante tiempo.

—¿De verdad? Disculpe, es que no la recuerdo, ¡y mire que vivo acá desde que nací!

—Es que por ese entonces debe de haber sido un niño — acotó ella, siendo consciente de su propia edad.

—Ah... puede ser.

Victoria sonrió un poco tensa.

—Seguro que sí... De eso hace casi treinta años.

—Entonces sí, tiene usted razón. Bueno, pero si ya ha vivido aquí, no hace

falta que le recomiende que tenga cuidado si anda por el río. Estamos en época de lluvias y puede haber crecidas. A veces, acá no llueve pero allá arriba, en los cerros, sí, ¡y el río baja con una furia que ni le cuento! Y si va a Los Mogotes o a Águila Blanca, tenga cuidado que el río Dolores viene de más lejos y allá puede estar lloviendo y traer crecida.

—Sí, lo sabía. De todos modos, se agradece la advertencia.

—¡Faltaba más, doñita! Y ya que estamos, le recomiendo que tenga cuidado que bajo las piedras puede haber alacranes y en los yuyos altos, alguna cascabel o yará.

—Tendré cuidado, gracias —respondió, apuntando mentalmente poner algunas flores de lavanda en los vanos de las ventanas y cerca de las puertas para ahuyentar a los alacranes. Respecto a los pastizales altos... debería evitarlos y hacer cortar cuanto antes los de su propiedad.

—¿Y de dónde viene? ¡Si se puede saber, claro!

—Sí, ¿por qué no? Vengo de Buenos Aires; de Palermo, para ser más específica.

—Ah... ¿Y le parece que se va a adaptar a la vida tranquila del pueblo? Mire que acá no es como en la ciudad. ¡Y ni hablar de los inviernos, que son muy crudos! Hay veces en las que los braseros no alcanzan para caldear la casa.

—Pierda cuidado que sé qué esperar de estas sierras, y lo acepto con gusto. Bueno... si los alacranes y las yará se mantienen lejos, mejor —bromeó, con lo que arrancó una fuerte carcajada al almacenero. Guardó los artículos en la canasta, pagó y después se despidió—: Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo, doñita. Y bienvenida de vuelta a Capilla del Monte.

—Gracias.

Victoria recorrió un poco más del pueblo.

Notó que uno de los cambios más significativos radicaba en el centro comercial, que ahora preponderaba sobre la diagonal Buenos Aires, la que al desembocar en la estación del ferrocarril, había tomado relevancia.

Descubrió la plaza San Martín, frente al edificio municipal y a una escuela. La plaza todavía mantenía cercos de alambrada para que los animales no se comieran las plantas y árboles de pequeño porte, lo que hacía suponer que llevaba poco tiempo parquizada.

Victoria regresó a su finca con energías renovadas. Guardó la compra en la despensa, abrió todas las puertas y ventanas — previo colocar ramitos de lavanda en cada una— para ventilar cada ambiente, y sacudió en el patio las sábanas con las que habían estado cubiertos los muebles todos esos años.

La última vez que se había abierto la casa fue cuando doña Teresa y ella llevaron a Juan para hacerlo cambiar de aires después de la muerte de Clara. De eso hacía bastante; en esa oportunidad, los ánimos no habían sido los mejores. No habían salido más que a hacer alguna caminata al río; el resto del tiempo, lo habían pasado recluidos en la propiedad.

Frente a la puerta del cuarto que Arturo Llorca había usado como su estudio personal, Victoria sintió un escalofrío erizarle la piel. Inhaló una honda bocanada de aire y se puso manos a la obra con la tarea que tenía en mente: hacer saltar la cerradura, pues entre los efectos personales de su padre no había podido dar con la llave de esa puerta.

Tras varios intentos, la cerradura cedió. Victoria abrió la puerta y hasta que encendió un farol, la engulló la más absoluta oscuridad. La sensación le provocó una especie de pánico que se esforzó por sofocar de inmediato.

Planificó ir la semana siguiente a la compañía de luz eléctrica a pedir el servicio. También debería buscar algún electricista para que hiciera la instalación eléctrica en el interior de la propiedad, algo que los Llorca habían dejado pasar al tratarse de una casa de veraneo poco utilizada.

Abrió los postigos de las ventanas para que ingresara aire fresco. Apuntó, también, que debía rasquetear las paredes, allí donde la humedad y el salitre habían hecho saltar el revoque y la pintura y habían dejado sus huellas en forma de dibujos imprecisos. Pintaría el cuarto en colores claros y colocaría cortinas de gasa, decidió; de ese modo, la luz y la alegría reemplazarían la energía pesada del que había sido el ambiente más triste de la casa.

Revisó los papeles del escritorio: guardó los documentos que creyó importantes y tiró el resto. Luego de barrer y de pasar el trapo al piso, de lustrar los muebles y de colocar flores en un jarrón de porcelana, el lugar había adquirido un nuevo esplendor. ¡Y cuánto más cambiaría!

Llevó un silloncito, su costurero y el canasto de retazos. Cerca de la ventana dejó un espacio libre para ubicar la máquina de coser Singer que planeaba comprar en los próximos días. En el centro, el que antaño fuera el escritorio de Arturo, ahora cumpliría las funciones de mesa de trabajo. Ese cuarto, que ahora resultaba acogedor, con cambios estratégicos se había transformado en el que sería su taller de costura.

Victoria Llorca había gozado siempre de una vida acomodada y a sus cuarenta y siete años, podría vivir con tranquilidad gracias a los dividendos que generaban las acciones que poseía de la textil que antaño fuera de su familia. Sin embargo, ella había aprendido un oficio y esperaba valerse del mismo

para generar nuevos ingresos. Para ello, por supuesto, debía poner en práctica un plan de acción para darse a conocer y así ganar clientela. Resolvió mandar a hacer un cartel para colocar a la entrada de su casa, en el que se indicara su profesión de modista de alta costura; también, tarjetas personales para repartir a las señoras del pueblo. No podía estar más entusiasmada; cada plan que trazaba, cada cambio y mejora hecha en la casa, cada nuevo amanecer en su lugar en el mundo, aumentaba su alegría y la acercaba más a su meta de sentirse plena.

Tras varios días dedicados al interior de la casa, Victoria se dedicó a acondicionar las galerías externas y, por último, el extenso parque de la finca. Los árboles frutales se habían conservado bien y crecido mucho en ese tiempo. Para el otoño debería podarlos; las copas exuberantes apenas dejaban filtrar un poco de sol entre las ramas. Los pastizales de la última hectárea eran otro cantar: se veían tan salvajes y altos que Victoria no se atrevió a atravesarlos a pesar de ser fuerte la curiosidad por visitar los fondos de la propiedad y espiar hacia la de los Núñez. No podía desestimar la recomendación que el almacenero le había hecho respecto a escorpiones y serpientes, y a eso tenía que agregarle que allí también podía haber arañas; pudo ver varias de tamaño considerable en las galerías externas.

Con una lista, ya no mental sino escrita, de trabajadores y servicios a contratar, fue que visitó el pueblo esa mañana...

Lunes 23 de noviembre de 1925

José, tal era el nombre del empleado del almacén de ramos generales aunque normalmente lo llamaban Pepe, le indicó a Victoria los nombres y las direcciones de quienes se dedicaban a realizar las tareas que ella requería: albañilería, pintura, desmalezado, instalación eléctrica... La mujer se alegró de haber llevado en efectivo parte de sus ahorros pues con todas esas refacciones, gastaría un dineral. Más que nunca se propuso iniciar sus actividades económicas como modista de alta costura.

Para la confección del cartel, le fue proporcionado otro nombre y dirección; estos datos correspondían a un artesano residente de un paraje cercano a Capilla del Monte. Respecto a las tarjetas personales, como en el pueblo no encontró una imprenta donde hacerlas, envió un telegrama a su sobrino Juan para que el joven, que era tipógrafo, se las hiciera y se las enviara por correo a la brevedad.

Con una canasta cargada de provisiones y encaminada a lograr sus objetivos, regresó a su hogar. En el camino se cruzó con varias personas y la mayoría le correspondió el saludo. Sin embargo, cerca de la plaza San Martín coincidió con Pilar López. La mujer, a pesar de que la observó con los párpados entrecerrados y Victoria podía jurar que la había reconocido, al pasar a su lado la ignoró por completo. En su juventud no se habían tenido simpatía dado que las dos habían estado enamoradas del mismo hombre; pero jamás se habían negado el saludo. Junto a Pilar iba una joven, seguro su hija, de uno veinticuatro o veinticinco años, rubia y de ojos azules. Para Victoria fue como ver a su rival en su juventud y se preguntó con quién se habría casado. Una punzada en la boca del estómago le avisó que su orgullo se vería herido de muerte si la respuesta fuese Martín Núñez.

Se sacudió la aprensión y siguió caminando. La tentaba visitar a Martín y sacarse, de una vez por todas, las dudas que la carcomían. Quería saber de él, pero así como en un momento la idea le parecía acertada, al siguiente le resultaba impensable.

El hombre podía estar casado —una vez más pensó en Pilar López y Martín Núñez juntos y volvió a anudársele el estómago—, podía tener hijos, nietos quizás, pues Martín para esa altura ya contaba con cincuenta y tres años. Si sus suposiciones eran ciertas y Martín había formado una familia, recibir la visita de su exnovia podía resultar no grato y ella, después de provocarle tanto dolor y amarguras, no tenía derecho a causarle más problemas. Se dijo, entonces, que si algún día se cruzaban, lo que resultaba bastante probable al residir los dos en el mismo pueblo, que fuera el destino quien designara el día, la hora y el lugar.

Para matar la ansiedad generada por tantos interrogantes, resolvió visitar a los trabajadores que José le había recomendado, tarea que a pie le llevó toda la tarde. De noche, al recostar la cabeza en la almohada, se durmió de inmediato a causa del agotamiento acumulado tras tantas jornadas de arduo trabajo. Fue una bendición, pues durante toda la tarde, la visión de su rival de juventud no había dejado de atormentarla.

Al día siguiente, a primera hora, los obreros comenzaron con las tareas de refacción, remodelación y reacondicionamiento en la propiedad. Y así, la semana pasó volando en tanto la casa fue recobrando esplendor.

Capilla del Monte, Córdoba Domingo 29 de noviembre de 1925

Al llegar el domingo, previendo que lo pasaría de nuevo acompañada por el silencio de la soledad luego de una semana de gran bullicio, Victoria prefirió realizar un paseo. No quería dar lugar a la melancolía que durante esa semana le había estado pisando los talones y ella escapándole a como diera lugar, y una pequeña excursión al río sería tan buena como cualquier otra excusa. Además, el clima era propicio: solo se veían unas pocas nubes que no alcanzaban a tapan el azul del cielo, que resplandecía, y corría una suave brisa que matizaba los veintinueve grados de temperatura, más acordes a un día de verano que de primavera.

Cargó su canasta de mimbre, la cual se había convertido en su compañera inseparable, con algunos alimentos y artículos que le servirían para el picnic. Se vistió con ropa cómoda: una falda y una blusa de colores claros, zapatos blandos de tacón bajo que le permitirían caminar con comodidad sobre las piedras y en las calles de gravilla, y un sombrero de ala ancha para protegerse el rostro del sol. Decidió hacer el camino a pie para disfrutar al máximo de las bondades del paisaje que mostraba una exquisita paleta de verdes y que envolvía con sus fragancias.

Al llegar al paseo La Toma, en las faldas del Cerro Uritorco, Victoria bordeó el río en busca de una zona en la que no fuera tan profundo. El Calabalumba, así como en un tramo podía no llegarle más que a los tobillos, en otros, la tapaba por completo. Se cruzó con varias personas que, igual que ella, disfrutaban de ese domingo al aire libre: familias enteras, parejas, y algún paseante solitario. No era la única, notó.

Encontrado el sitio adecuado, pudo cruzar haciendo equilibrio sobre unas piedras, por lo que apenas se salpicó un poco los zapatos. De todos modos, no le hubiese importado sumergirse; el agua se veía deliciosa y el calor, con el paso de las horas, apretaba con mayor intensidad. Vio a varios pequeños armar una represa amontonando rocas. Una niña de diez años hacía la plancha y se dejaba arrastrar por la corriente a lo largo de algunos metros.

Una vez que se encontró en la otra orilla, Victoria se internó en el sendero

arbolado. El suelo irregular y con varias raíces que sobresalían, iba en subida, por lo que el esfuerzo necesario en cada paso, era mayor. Antaño lo había recorrido sin problemas, pero entonces tenía diecinueve años; ahora, cuarenta y siete. Se secó la frente. Algunos cabellos empezaban a rizársele por culpa de la humedad.

Tras varios metros de camino, le resultó sencillo encontrar la siguiente salida al río. Allí trepó una saliente de rocas que cortaban el camino. De esa forma, evitó volver a cruzar por el agua.

Dejó atrás un puñado de personas. Notó que a medida que avanzaba río arriba, el número iba disminuyendo pues las familias con niños pequeños preferían quedarse donde el acceso resultaba más sencillo. En esa última playa de arenilla y piedras de tamaños diversos, dos niños trepaban como lagartijas; otros dos, intentaban pescar pececitos, o tal vez fueran renacuajos, con vasos de plástico de colores.

En el sector de la ribera que Victoria escogió para quedarse, predominaban las personas jóvenes o adultos sin criaturas. Buscó un lugar apartado donde extender su manta, a la sombra de la frondosa copa de un aguaribay. Tanto ejercicio le había abierto el apetito. Comió un sándwich de pollo y bebió el jugo de naranja exprimido que cargaba en una botella de vidrio.

Sacó de la canasta el libro que había llevado para aprovechar esas horas de distensión y lo abrió por la página en la que había suspendido la lectura semanas atrás. Al principio le costó concentrarse; cada tanto la mente se le iba a vagar al pasado. Se esforzó por enfrascarse en la lectura y con el correr de la tarde y casi sin darse cuenta, se fue obrando la magia.

Una vez sumergida en la historia, Victoria ya no fue consciente de lo que ocurría a su alrededor, más que de algún movimiento si es que se producía cerca de su sitio o alguna risa distante, chapoteos en el agua, conversaciones y palabras difusas.

—Pan casero calentito. Pan casero con chicharrones —canturreó alguien a lo lejos. La voz se fue acercando en su dirección con algunas pausas al oficiar las ventas—. ¿No quiere un pan casero, doñita? —le ofreció la vendedora ambulante, una niña de largas trenzas, con la piel de las mejillas paspadas por el viento y el sol.

Victoria asintió con la cabeza antes de rebuscar el dinero en su monedero. Pagó y tomó la pieza de pan, que en efecto, al tacto se sentía tibia y olía de manera sublime con ese perfume característico dejado por la cocción directa

en horno a leña.

—Nada como el olor del pan recién hecho —aseveró Victoria.

—Y como este, ninguno, doñita —ratificó la niña, orgullosa de la mercadería que ofrecía—. Pruébelo, ¿qué espera? ¡Este es el mejor pan de las sierras cordobesas! —dijo. Su clienta cortó un trozo de pan y se lo metió en la boca; solo ante su gesto de deleite, la niña se fue conforme a seguir con sus ventas. Victoria terminó la porción y guardó el resto en la canasta. La pequeña no había mentido, sabía delicioso.

Tras esa vendedora, varios más recorrieron el paseo: hubo quienes ofrecieron pastelitos de batata y de membrillo, otros: bizcochuelos, salamines y quesos de cabra, dulces caseros... Victoria no compró nada más hasta que pasaron ofreciendo peperina, entonces, la tentación fue demasiado grande.

Se llevó el ramillete de aromática a la nariz y cerró los ojos. Y al inhalar en profundidad, no solo olió la peperina. Olió las sierras, olió los recuerdos de su juventud, al hombre que tanto había amado, olió el pasado y también su presente porque esa bocanada de aire olía a vida.

Le costó dejar el ramillete dentro de la canasta e incluso cuando lo hizo y volvió a sumergirse en la lectura, el viento se confabulaba con sus memorias y le llevaba hasta la nariz nuevas ráfagas del mentolado y dulce perfume.

Las horas siguieron discurriendo sin que nadie las controlara. Victoria comió otro sándwich, una manzana y, más tarde, un alfajor cordobés relleno con mermelada de duraznos y cobertura glaseada. Y mientras el sol recorría su camino hacia el oeste, el clima fue tornándose ventoso. La gente iba y venía, y ella seguía entre las páginas del libro y sus recuerdos con olor a peperina y arrullos de río.

Al apagarse las voces, los sonidos de la naturaleza se magnificaron creando un bucólico cuadro de inmensa paz, en la que el viento acompañaba cantando su canción entre las ramas de los árboles. Era tal la quietud reinante, que fue en extremo notorio cuando los cascos de un caballo que se acercaba por el sendero, rompieron con esa armonía.

El animal avanzó en dirección a Victoria, que había continuado sumergida en su lectura. Poco después, una voz grave se dirigió a ella.

—Señora, será mejor que baje al pueblo. Detrás de los cerros ya empezó a llover y se viene la crecida.

Victoria se quedó quieta, sin animarse a alzar el rostro, que mantenía oculto bajo el ala del sombrero. Había reconocido la voz del hombre, una voz que a pesar de los años transcurridos, había seguido sonando en su cabeza y en sus

recuerdos más bellos.

—Señora —repitió él el llamado—, ¿me escucha?

Victoria inhaló y exhaló en profundidad para darse valor, entonces alzó el rostro despacio. Con esa mínima ventaja, pudo capturar el momento exacto en el que el rostro masculino mutó al reconocerla. La nuez de Adán se alzó y bajó cuando él tragó saliva.

—Victoria —murmuró preso del estupor, como si no creyera por completo que la imagen frente a sí fuera real.

—Martín... —ella había contado con más tiempo que él para prepararse para esa primera mirada, aunque el impacto inicial había sido el mismo. Sentía su cuerpo temblar, como si hubiese sido invadida por una corriente fría.

Él se apeó del caballo y avanzó unos pasos, aunque manteniendo cierta distancia entre ellos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Ella se alzó de hombros.

—Me pareció una buena idea venir al río a pasar el día.

—¿Qué haces en Capilla del Monte?, quise decir.

—¡Ah! En Capilla del Monte —se puso de pie y se quedó quieta en el lugar, con las manos juntas delante del cuerpo. Tragó saliva antes de confesar—: He vuelto.

—Ya veo que has vuelto —manifestó con cierta dureza. Victoria recibió con estoicismo el ataque velado. No podía esperar un mejor recibimiento después de lo que había pasado entre ellos—. Lo bueno sería saber por cuánto tiempo —añadió en el mismo tono espinoso.

Tras una nueva inhalación y una sonrisa triste, ella lo recompensó con su respuesta:

—Esta vez es definitiva.

Martín resopló.

—Así que es la definitiva... Pues bien, me alegro por ti. Si mal no recuerdo, las sierras solían gustarte bastante.

—Más que bastante —retrucó ella—. Las sierras me enamoraron por completo. Las considero mi hogar.

Un nuevo resoplido cortó el aire que se había vuelto espeso igual que las nubes oscuras que ya se veían sobre los cerros.

—¡Pues qué suerte, de lo contrario te hubieses ido mucho más rápido!

—Me había enamorado sin remedio... del lugar —los dos sabían que no se refería solo al pueblo serrano—. Pero la vida en ocasiones nos pone frente a

encrucijadas y tenemos que decidir aunque no queramos...

—Como sea —cortó él la conversación en la que no había hecho más que vomitar reproches de ese pasado que todavía le dolía como una herida de puñal—. Ahora la única decisión que tienes que tomar es cruzar el río antes de que la crecida arrase con todo.

—Oh... sí, tienes razón —concedió ella al echar un vistazo al cielo. Se dio cuenta, también, de que salvo ellos dos, ya todos se habían ido—. Guardaré todo y bajaré en un minuto —al notar que Martín no se movía, le dijo—: Puedes ir tranquilo, no tardaré.

—¿Crees que te dejaré aquí, Victoria? —las palabras de Martín la atravesaron igual que el rayo que casi al mismo tiempo iluminó una de las laderas del Cerro Las Gemelas. Su tono de voz grave, al que había impostado una cuota de protección y otra de crítica en igual medida, repercutió en las fibras más íntimas de su ser.

—De acuerdo... Gracias —farfulló ella mientras se apresuraba a introducir sus pertenencias, sin demasiado orden, dentro de la canasta de mimbre. Al terminar se puso de pie frente a Martín y, acomodándose el sombrero que se le había ladeado, buscó sus ojos. Descubrió asombro en la mirada azul, como si él aún desconfiara de lo que veía. Martín entrecerraba los párpados, con lo que se le acentuaban las finas líneas al costado de los ojos.

Ninguno se movió.

Martín apretujó la boina que llevaba en una mano y con la otra se mesó los cortos cabellos que, mezclados con tonos ceniza, todavía dejaban entrever el tono rubio original.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sin que ellos las percibieran. Formaban globitos sobre la superficie del río, cuyo caudal había aumentado de manera considerable. Cuando la primera gota se abrió paso entre las ramas del árbol que los cubría y fue a morir sobre la frente masculina, se rompió el hechizo.

Martín se secó la frente, pero una gota más y luego otra y otra, formaron círculos húmedos en la tela celeste de su camisa. Victoria sentía las gotas repiquetear sobre su sombrero.

—Vamos, Victoria. No podemos desafiar al río —espetó con cierto tono molesto, como si fuese ella la culpable de la distracción y no sus ojos que, caprichosos, no habían podido apartarse del rostro femenino, y su cerebro, que había preferido mantenerlo inmóvil en lugar de darle la orden de avanzar.

—Claro, Martín, vamos —concedió. Giró sobre sus pies y, canasta en mano,

comenzó a caminar siguiendo el curso del río.

—¡Victoria! ¿A dónde vas? —le preguntó impaciente.

Ella volteó hacia él con los brazos en jarra.

—¿Cómo que a dónde voy? ¿A dónde crees, Martín? ¡Río abajo, al balneario, para de ahí ir a mi casa! —espetó. Negó con la cabeza antes de añadir—: Ciertamente, Martín, tu comportamiento me está inquietando. ¡Ni que estuvieras, senil, caramba!

—¿Senil? —se escuchó la ofuscada voz de él a poca distancia. Victoria había vuelto a ponerse en marcha. Martín llevaba a su caballo por las riendas y se apuraba para ponerse a la par. Seguía protestando—: ¡Senil! ¡Si esto era lo único que me faltaba por escuchar hoy!

—Es que no has parado de decir tonterías.

—¡Ah, bueno! ¡Y deja de alejarte!

Victoria se detuvo de golpe y por poco colisionan. Él la esquivó a tiempo. Una vez más se encontraban frente a frente.

—¿Acaso no viene la crecida? ¿No has estado hablando de eso desde un principio? ¡Primero me apuras y ahora no quieres que camine! ¿Quién te entiende? ¡Y después no quieres que me pregunte si estás senil, caramba!

—Si dejaras de hacer tantas conjeturas y me prestaras atención, entenderías que mi intención era que montaras sobre Tordo.

—¿Tordo? —en este punto, Victoria frunció el ceño.

—¡Tordo, mi maldito caballo! —masculló Martín con los dientes apretados—. A pie no podrás cruzar. La correntada ya es demasiado fuerte.

—Oh, bueno, si tú lo dices...

—Sí, lo digo. Vamos, Victoria, ven aquí y monta de una buena vez. Esto ya se está poniendo feo.

El cielo sobre los cerros se había oscurecido en su totalidad en tanto, nubes blancas igual que retazos de bruma, descendían sobre las laderas engullendo el paisaje a su paso. El ruido del río era ensordecedor. Aunque todavía no bajaba con fuerza suficiente como para arrastrar piedras, sí lo hacía revuelto e imposibilitaba distinguir el fondo, allí donde poco antes el agua había sido tan transparente como un cristal.

No eran extrañas las tormentas repentinas en las sierras, como tampoco lo sería si después volviera a salir el sol. Los parroquianos conocían este comportamiento cambiante y abrupto del clima, por lo que a la mínima señal eran capaces de interpretar lo que vendría y, al actuar en consecuencia, evitaban que los encontrara desprevenidos.

Cuando Victoria estuvo sobre Tordo, Martín —que no la había ayudado a montar para evitar tocarla—, le alcanzó la canasta, tomó las riendas y empezó a caminar delante.

—¡Martín! —lo llamó ella, en voz alta para hacerse oír sobre el viento y el clamor del río.

—¿Qué pasa? —respondió él sin detener la marcha.

—¿No montarás tú también?

—¡Claro que no!

—¡Pero Martín, tú tampoco podrás cruzar a pie!

—Lo haré, no te preocupes.

—La corriente te arrastrará río abajo. ¡Y cúbrete la cabeza, por favor! — Victoria imaginaba que él no se cubría la cabeza por resguardar su reputación. Aunque también sospechó que él podría tener otros motivos, como por ejemplo, no verse comprometido. Si estaba casado y alguien lo veía con una mujer que no era su esposa, al verlo con la boina en la mano interpretaría que el encuentro había sido casual; pero si la llevaba puesta, entendería que estaban juntos, compartiendo el paseo. —Estoy bien así —fue su rápida respuesta.

A pesar de las protestas femeninas, Martín se internó en las frías aguas del Calabalumba. Aferraba las riendas con firmeza mientras intentaba mantener el equilibrio: el viento y la corriente eran dos oponentes demasiado poderosos.

Tordo avanzaba reticente; se lo notaba nervioso. Martín procuraba tranquilizarlo con palabras. Victoria hizo otro tanto acariciándolo en su cruz. Con esfuerzo consiguieron sortear el promontorio de rocas que obstaculizaba el paso por la orilla. Para cuando se internaron en el sendero arbolado, la lluvia se había desatado y los empapó por completo.

Martín siguió en sus trece y no montó ni se cubrió la cabeza. Victoria sintió tanta ternura al verlo luchar una vez más contra la corriente, que la garganta se le anudó fuerte hasta provocarle dolor. Dejó que las lágrimas fluyeran libres, raudas sobre sus mejillas. Nadie sabría que estaba llorando. El sombrero hacía rato que había dejado de oponer resistencia a la helada cortina.

Victoria gritó cuando entre lágrimas vio que Martín resbalaba. Soltó la canasta, que golpeándose entre las rocas pronto desapareció río abajo, y se apuró a desenganchar un pie del estribo.

—¡No, Victoria! —le reclamó él al darse cuenta de lo que ella pretendía hacer. Tordo se espantó a causa de los movimientos nerviosos. Se empacó y en el lugar dio algunos pasos de costado, lo que contribuyó a que Martín, que no

había hecho pie después del resbalón, cayera en una hondonada.

—¡No sueltes las riendas, Martín! —le gritó Victoria. Luchaba para volver a enganchar el pie en el estribo; cuando lo consiguió, se inclinó hacia adelante hasta alcanzar con una mano un extremo de las riendas—. Tranquilo, Tordo —le repetía al animal mientras con el otro brazo se aferraba a su cuello.

Martín podía jactarse de ser un excelente nadador, no obstante, contra la corriente sus habilidades se reducían con notoriedad. Además, las aguas heladas comenzaban a entumecerle los músculos.

El caballo, a pesar de estar inquieto, se mantenía relativamente firme. Victoria instó al animal a avanzar en diagonal, en sentido contrario a la hondonada aunque esto suponía avanzar contra la corriente. Martín advirtió el objetivo de la mujer, que era arrastrarlo a él para rescatarlo de ese sector del río que era más profundo, y una sensación de inmenso orgullo llenó su pecho. No era una mala idea. Sin embargo su peso, aumentado de manera considerable por su calzado y ropas empapadas, podría provocar el efecto contrario y arrastrar con él a Victoria y al animal, y eso Martín no podía permitírselo.

La miró una vez más, y soltó las riendas.

—¡No, Martín! —gritó Victoria al sentir que el peso se aflojaba. Lo vio hundirse y volver a emerger a los pocos segundos. Martín braceaba con todas sus fuerzas en sentido de la corriente y en diagonal hacia la orilla. Ella nada podía hacer más que elevar una plegaria por él y por ella misma que aún se encontraba a mitad del río.

En ese tramo, el agua todavía no alcanzaba a tocar el vientre del animal, aunque lo cubría bastante más arriba de los corvejones. Con mano firme, o todo lo firme que la situación le permitía, Victoria guio a Tordo hacia la orilla procurando mantenerlo alejado de la zona más profunda, y así, tras un denodado esfuerzo, salieron a tierra firme.

—¡Buen chico! ¡Eres un buen chico, Tordo! —felicitó al animal con caricias sobre su cruz—. Ahora iremos por tu dueño. ¡Vamos, Tordo, busquemos a Martín! —clamó con ímpetu procurando no perder la calma a pesar de lo desesperado de la situación.

Unos doscientos metros río abajo, Victoria distinguió un bulto en la orilla. Apuró el paso de Tordo y, ya más cerca, confirmó que se trataba de Martín; se encontraba boca abajo. Desmontó con prisa y corrió al encuentro del hombre; al llegar se arrodilló a su lado. La lluvia seguía arreciando y el viento agitaba los árboles con violencia desmedida. Sobre sus cabezas, las ramas crujían amenazantes. Victoria empujó a Martín para hacerlo rodar fuera del peligro. Si

alguna rama se partía, podía aplastarlos.

—¡Cielo santo, Martín! —clamó angustiada. Lo volteó de lado para ayudar a que expulsara el agua. Comprobó su respiración y pudo tranquilizarse un poco al percibirla—. Martín, ¿me oyes? —le preguntó, a lo que él asintió levemente. Al respirar, hacía un ruido extraño, como si tuviera agua en las vías respiratorias. Sin demora, Victoria resolvió actuar; entonces, con la mano ahuecada, le propinó golpes en la espalda para ayudarlo a expulsar el líquido. Martín tosió con fuerza varias veces hasta que pudo respirar con normalidad. Se sentó y permaneció con el torso inclinado hacia adelante hasta recuperar la estabilidad. Un buen rato después, ayudado por Victoria, se puso de pie.

Ella lo miró con lágrimas en los ojos. No había tenido tiempo de detenerse a pensar, aunque ahora que el peligro había pasado, fue consciente de que él podría haber perdido la vida. Sin reparar en las buenas maneras o en el protocolo social, rodeó con sus brazos el torso masculino y apoyó la mejilla en el amplio pecho empapado, allí donde podía sentir los latidos de su corazón y desterrar los pensamientos de muerte con esa demostración tangible de vida.

—Podrías haber muerto, Martín... ¡Cielo santo! ¡Podrías haber muerto! —repitió con matiz histérico en la voz—. ¿Cómo se te ocurre soltar las riendas? ¡Si esperabas un poco más, Tordo podría haberte sacado de la hondonada! —le reprochó.

Martín la tomó por la barbilla para alzarle el rostro y perderse en sus ojos. Parecía dispuesto a ahogarse en sus profundidades azules.

—¿Y arriesgarme a arrastrarte conmigo? ¡Jamás! —replicó él.

A donde sea si es contigo, pensó ella, aunque no lo dijo en voz alta. Puede que de todos modos, él lo hubiera leído en su mirada. Lo sintió inhalar en profundidad un instante antes de apartarse de ella.

—Debemos ponernos en marcha. Es preciso que te cambies de ropa antes de que agarres una pulmonía —ordenó en tono cortante, fulminando así cualquier resquicio de intimidad que por un momento los había conectado. Ella obedeció en silencio.

Martín insistió en hacerla montar aunque él iría a pie. Victoria insistió en caminar a la par, y en esa ocasión fue ella quien ganó la batalla.

Dejaron atrás el río para circular por las calles de tierra que, más que calles, parecían arroyos. El agua había formado profundos surcos y las ramas endebles seguían siendo una trampa mortal, por lo que era preciso circular con cuidado. Desde allí, las sierras no se distinguían; así de espesas eran las nubes

que las tapaban desde la base. Se hacía evidente que la tormenta no pasaría pronto; aún tenía mucho para dar.

Completaron el trayecto hasta la propiedad de los Llorca, tiritando de frío y empapados hasta los huesos. A Martín se lo notaba nervioso. Desde que se habían acercado a la zona poblada del pueblo, no había hecho más que mirar en todas las direcciones.

—Gracias por acompañarme, Martín.

—No tienes nada que agradecer, Victoria. Es lo menos que haría cualquier caballero por una dama. No podía dejarte desprotegida.

—Sí, lo sé —susurró ella. Las palabras de Núñez dejaban en claro que él no se había preocupado por ella de manera especial, sino que lo había hecho con la misma preocupación que cualquier otro ser humano le hubiera despertado. Debía reconocer que su orgullo se sentía herido. A su pesar, le ofreció—: ¿Deseas pasar a tomar algo caliente... un café o unos mates?

—No, gracias —rechazó en tanto volvía a mirar en ambas direcciones—. Mira, Victoria, verte me causó sorpresa, no he de mentirte. Me desconcertó... Pero si hay algo que tengo en claro, es que es preciso que no nos encontremos adrede. Nadie debe vincularnos, ¿lo entiendes?

—Entiendo que lo que pasó entre nosotros...

—Lo que pasó entre nosotros, Victoria —la interrumpió él—, fue hace mucho tiempo. Demasiado.

—Teníamos tanta conexión... ¿No crees que podríamos ser amigos?

La sonrisa ladeada que él esbozó guardaba tristeza y hasta cierta ironía.

—Amigos... No, no podríamos serlo. Ni amigos, ni nada. Este encuentro fue casual y, en lo posible, no debe repetirse. Precisamente, a causa de lo que hubo entre nosotros, es mejor que nadie nos vea juntos. Nadie debe vincularnos —repitió enfático.

—Entiendo —concedió con tristeza.

Victoria no esperaba que Martín cayera enamorado a sus pies y, si tenía que ser sincera, debía reconocer que él estaba en su derecho de odiarla. Si bien no creía que fuera ese el sentimiento que le despertara, entendió que él no deseaba volver a hablarle.

Una vez más barajó la hipótesis de que él pudiera estar casado y que su esposa tuviera conocimiento de la relación que antaño los había unido. Tal vez ella fuera celosa y él quisiera evitar ofuscarla. En ese caso era entendible que Martín no quisiera mantener algún tipo de relación cordial con su ex prometida. Entendió sus razones, aunque le dolían más de lo que le gustaría

aceptar.

—Es mejor así —dijo él.

—Entonces es aquí donde nos despedimos. Y no te preocupes, si algún día nos cruzamos por la calle, fingiré que no te conozco —pronunció Victoria con la garganta dolorida. Él asintió con un breve movimiento de cabeza—. Perdóname, Martín. Por favor perdóname por todo el dolor que te he causado —concluyó ya sin poder contener el llanto. Dio media vuelta y corrió al refugio de su hogar.

Martín permaneció de pie, con los puños apretados y uno invisible estrujándole la tráquea. Cuando fue dueño de sus movimientos, montó sobre Tordo y huyó raudo hacia su finca. Había dolores que se incrustaban fuerte en el alma, heridas que permanecían abiertas. Había obstáculos que resultaban insalvables... Ante todo eso, él no era más que una marioneta cuyos hilos otros manejaban. El destino podía ser injusto, Martín ya lo había comprobado en otras oportunidades y ese día, una vez más.

17

Capilla del Monte, Córdoba Lunes 30 de noviembre de 1925

Con los postigos de la ventana del comedor abiertos de par en par, la suave brisa hacía danzar los paños de la cortina de gasa que, al inflarse y desinflarse, semejaban las alas de un ángel. La secuencia resultaba hipnótica y, en otra ocasión, hubiese sido suficiente para relajar y generar sensación de bienestar; sin embargo, Victoria se sentía intranquila.

Se cebó otro mate que dejó sobre la mesa para aprontar sus elementos de escritura. Durante la madrugada se había despertado varias veces presa de la agitación. En un principio lo atribuyó a lo vivido en el río y a la tormenta, que no había cesado hasta el amanecer, aunque después el pensamiento se había centrado en la figura de su sobrino. Su sexto sentido, maldito fuera, una vez más le advertía de algún peligro en puerta.

Después de la muerte de Clara, Juan había descubierto la verdad acerca

del pasado de sacrificio y sufrimiento que había tenido su madre. Esa revelación había hecho que el muchacho quisiera cobrar venganza de quien él creía el mayor culpable de esas desgracias y esa persona no era otra sino Wenceslao Baigorria, su propio padre.

Los años habían pasado y Victoria no había podido quitar de la cabeza de su sobrino esas ideas funestas, al contrario, cuando ella dejó Buenos Aires atrás, Juan estaba más decidido que nunca a ejecutar el plan para el que venía preparándose durante tanto tiempo. No obstante, no había sido hasta esa madrugada que Victoria había percibido de manera tangible y real que un gran peligro al respecto se avecinaba.

Comenzó a garrapatear unas líneas en el papel. Era preciso que advirtiera a Juan una vez más. Con algo de suerte, puede que él por fin le hiciera caso. Wenceslao Baigorria no era un hombre al que alguien, en sus cabales, quisiera tener de enemigo; durante décadas habían corrido los peores rumores acerca de su persona. Por su bien, Juan no debía ignorarlos.

Victoria sorbió el mate, que se había concentrado demasiado al dejarlo en reposo, y cebó uno más, que esta vez bebió de inmediato. Las cortinas volvieron a jugar con la brisa, que olía a tierra mojada, único signo de la tormenta acaecida hasta horas atrás. Eso y los destrozos que había dejado a su paso. A pesar de ello, el día se anunciaba luminoso.

Al terminar la carta, la guardó en un sobre donde escribió los datos de destinatario y remitente; después se preparó para ir hasta el correo. Imaginaba que las calles podían seguir intransitables, por lo que tuvo la precaución de vestirse con una falda oscura y calzarse botinetas, de lo contrario el barro le echaría a perder los zapatos.

Ni bien caminó unos metros, Victoria se alegró de haber seguido su intuición. Tanto el terreno de su finca como las calles estaban cubiertos de hojas, ramas y frutas que el viento había desprendido de los árboles. Se veían profundos surcos en los caminos, también piedras, incluso de tamaño considerable, que la lluvia había arrastrado desde los cerros. Con el desastre que exhibía el paisaje, hasta resultaba incongruente ver el brillante sol alzarse en el cielo despejado.

Luego de dejar la carta para Juan en la oficina de correos, Victoria decidió visitar la casa de Dominga, la mujer que había sido empleada de los Llorca hacía casi tres décadas. Su intención era saber de la anciana y de su hija Tiyana. Habían sido gente muy querida para ella y deseaba retomar las relaciones.

Victoria recordaba que la mujer vivía cerca del paseo El Zapato, una llamativa formación rocosa con forma de zapato, de ahí su nombre, situada a un kilómetro de la plaza San Martín. Desde ese lugar se podía tener una panorámica incomparable del pueblo y del cordón de las Sierras Chicas. Resultaba la excursión preferida de los turistas, que no querían abandonar Capilla del Monte sin su fotografía sobre el burrito que, ya como parte indivisible del paisaje, solía estar allí para tal fin.

Frente al cerco de madera, detrás del cual asomaban los restos de un jardín florido, Victoria hizo sonar la campana de hierro para anunciarse. Pronto fue atendida por una mujer esbelta de cabellos castaños y bellos ojos marrones, que se agrandaron a causa de la sorpresa al verla.

—¿Señorita Victoria? —preguntó, a pesar de que se advertía que estaba bastante segura de su suposición. Avanzó por el sendero de ladrillos.

Victoria sonrió y afirmó con la cabeza. Se sentía emocionada de ver a la hermosa mujer en la que se había convertido Tiyana. Ella debía de tener cuarenta y un años, si no se equivocaba.

—Sí, soy yo, Tiyana querida. ¡Y no te imaginas cuánto me alegra verte! Las mujeres se fundieron en un abrazo.

—¡Por María y José, cuánto tiempo ha pasado, doñita! ¡Pase, por favor, deje que la invite con unos mates!

Con gusto, Victoria aceptó la invitación. Le entregó a Tiyana un paquete de panadería que contenía una pastafrola de dulce de membrillo y avanzó por el caminito, detrás de la anfitriona.

—¡Madre, adivine quién ha venido a visitarnos! —exclamó Tiyana al ingresar a la sala de estar.

Victoria se mordió el labio inferior al ver a Dominga. La anciana estaba sentada en una silla mecedora junto a la ventana y tejía con dos agujas. Sus manos se movían con una rapidez sorprendente al tejer cada punto.

—¿Quién podrá ser? —preguntó la mujer. Miró hacia la puerta, donde se recortaba la silueta de la recién llegada. Una sonrisa a la que faltaban algunos dientes le iluminó el rostro arrugado al reconocerla. Dejó la labor sobre la mesita a su lado y abrió los brazos en señal de bienvenida—. Victorita Llorca, dichosos los ojos que te ven.

—Dominga. Mi querida Dominga —sollozó Victoria, refugiada entre los robustos aunque ahora flácidos brazos.

—Tanto tiempo, mi querida niña —Dominga la trataba igual que lo había hecho en su juventud, como si ella aún fuese una adolescente. Y allí, en ese cálido refugio, Victoria en verdad se sintió así: protegida, acompañada, pero sobre todo, apreciada.

—Las he extrañado tanto —confesó Victoria. Poco después tomó asiento en la silla que le asignó Tiyana. Tomaron mate y degustaron la pastafrola mientras las vivencias de los pasados veintiocho años se desgranaban en un par de horas.

Victoria supo que Tiyana había enviudado hacía poco y que tenía dos hijos: uno de veintidós años y el otro de veintiuno. Los dos estaban casados y pronto la harían abuela. Dominga y ella vivían solas en esa casita y Tiyana, para llevar el pan al hogar, hacía tareas domésticas en una casona del pueblo.

—¿Y no te gustaría trabajar conmigo en mi taller de costura? —le ofreció Victoria—. Espero pronto empezar a recibir clientas y necesitaría una asistente.

—¡Claro que me gustaría, señorita! Siempre y cuando usted crea que puedo estar a la altura.

—Estoy segura de que te desempeñarás muy bien. Recuerdo que mi abuela Teresa te enseñó bastante sobre costura y, lo que no sepas, lo aprenderás con la práctica.

—Debo tanto a las dos... ella me enseñó a coser y usted a leer y a hablar con corrección —dijo con la voz quebrada.

—No nos debes nada, Tiyana. Eso sí, voy a pedirte una cosa, y es que no me llames *señorita* ni me trates de *usted*. No es tanta la diferencia de edad entre nosotras y, si a ti te parece bien, me agradecería mucho que también pudiéramos ser amigas.

—¡Claro, como guste... gustes! Para mí será un honor.

—Gracias, Tiyana querida. Y ahora dime, ¿te parece que podrás empezar a trabajar en el taller la próxima semana? Podríamos empezar de lunes a viernes, cuatro horitas por la mañana. Después veremos si tenemos necesidad de ampliar el horario.

—Allí estaré el lunes sin falta —consintió.

La conversación se extendió bastante más.

—¡Ay, Victorita, lo que ha sufrido el señorito Martín con tu partida! ¡No te imaginas! —expresó Dominga, al promediar la tarde, cuando ya no fue capaz de evadir ese tema de conversación que había sido la comidilla del pueblo durante bastante tiempo—. Parecía un alma en pena.

—Yo también he sufrido mucho, Dominga.

—Me imagino que así habrá sido, niña, no digo que no. Es que había que verlo. ¡Se me partía el corazón! —insistió la anciana.

Victoria optó por recibir el reproche con estoicismo. No la sorprendía la lealtad de la gente de ese pueblo ante el que había sido un hecho de traición perpetrado contra uno de ellos. Aunque sí le llamaba la atención que, a pesar del tiempo transcurrido, todavía fuera recordado y repudiado en mayor o menor medida. Nadie dudaba en culparla, ni siquiera su querida Dominga.

—Sí, Victorita, el señorito Martín sufrió mucho. Y doña Inés... ¡Lo enojada que estaba contigo por dejar a su hijo! Yo lo supe todo por *la* Josefa, ella venía y me contaba de las discusiones que tenían los Núñez.

—Doña Inés... No he sabido nada ni de ella ni de don Pedro.

—Están muertos los dos. Don Pedro murió hace más de diez años... —dudó —. ¿Hace diez años, no es así, hija? —preguntó Dominga.

—Yo diría que como veinticinco, mamá —corrigió la joven—. Don Pedro siempre estuvo muy enfermo de los pulmones.

—¿Y doña Inés? —se interesó Victoria. Tiyana y Dominga intercambiaron una mirada inquieta. Victoria la interceptó, entonces completó la pregunta—: ¿Qué pasa? ¿Cuándo murió doña Inés?

—Es que...

—Murió hace poco —comentó Tiyana. Su voz se notaba extraña.

—¿Estaba enferma? ¿Es eso? Doña Inés debería de tener cerca de noventa y cinco años para estas alturas, si no me equivoco —especuló Victoria.

—Tenía sus achaques por la edad, pero no estaba enferma cuando murió... —aclaró Tiyana—. Murió a causa de un incendio.

—Sí, pobrecita doña Inés —intervino Dominga, que se mecía en la silla y por momentos parecía perderse en sus propios pensamientos.

—¿A causa de un incendio? ¿Pero, cómo? ¿Dónde se produjo el incendio? —quiso saber Victoria, cada vez más intranquila.

—El incendio ocurrió en la casa de los Núñez. Se quemó el ala de las habitaciones cuando doña Inés dormía la siesta. Don Martín había viajado a Córdoba, para hacer unos trámites o algo así, y Josefa había salido a hacer un mandado. No se sabe muy bien qué es lo que ocurrió. Fue en el mes de julio y dicen que pudo haber sido el brasero, pero Josefa asegura que lo había apagado antes de salir de la casa.

—¿Pero entonces?

—Dicen que pudo haber sido intencional —susurró Tiyana, como temiendo

que alguien más escuchara sus palabras.

—¡Qué atrocidad, no puedo creerlo! ¿Pero quién?

—Eso no se sabe —concluyó la anfitriona—. Cuando don Martín llegó a la casa, doña Inés ya estaba muerta, dicen que por el humo. Varios vecinos lo ayudaron y pudieron apagar el fuego antes de que se extendiera al resto de la casa o de la finca. Solo se echaron a perder las habitaciones.

—¡Pobre Martín! —Victoria no podía creer lo que escuchaba.

Las mujeres también le contaron que el negocio de Martín era uno de los más prósperos y florecientes de la zona, contaba con varios empleados y con colmenares en otros pueblos donde había adquirido extensas propiedades cubiertas por bosque nativo. Apícola Núñez exportaba su miel al exterior desde hacía más de quince años y sus productos se distribuían en grandes cantidades a nivel nacional. Especularon que su éxito podría haberle hecho granjear algunos enemigos capaces de provocar el incendio.

Horrorizada, Victoria se apresuró a despedirse de las dueñas de casa y salió a la calle dispuesta a hablar con Martín. Quería consolarlo, quería estar ahí para ser su apoyo en el doloroso momento que le tocaba atravesar. Sin embargo, al llegar a la esquina de la finca de Núñez, recordó cuáles eran los deseos del hombre: no quería verla nunca más.

Sintió el dolor estrujarle las entrañas al recordar el desprecio de él y, a pesar de sus propios deseos, decidió respetar los ajenos. Bordeó la propiedad de Martín y aprovechó para espiar hacia adentro. Divisó el ala de los cuartos de dormir, donde las paredes de ladrillos, en el exterior, lucían el efecto devastador del fuego. Los postigos de madera habían tenido que ser reemplazados; era evidente que Martín había empezado con las refacciones. Los restos quemados: maderas de las ventanas y de los muebles, telas y cortinados, yacían a un costado de la alambrada en una pila tristísima, recordatorio inherente de la tragedia.

—Martín... Mi querido Martín... —susurró entre lágrimas.

Victoria huyó a su casa cuando escuchó un coro de ladridos de perros provenir desde el interior de la propiedad. Los animales alertarían al dueño de casa y ella quería evitar a toda costa darle un disgusto, lo que significaba: desaparecer de su vista.

Nada podía hacer para acompañar a su gran amor en uno de los períodos más tristes de su vida. Pero Victoria había aprendido, a fuerza de golpes y más golpes, que había situaciones que escapaban del alcance de sus manos y de sus propios deseos y, ante ellas, no le quedaba más que la resignación.

Capilla del Monte, Córdoba Sábado 5 de noviembre de 1925

Ladridos juguetones rompieron la silenciosa monotonía del trabajo de Victoria. Durante la semana había estado tan ocupada recibiendo clientas y confeccionando las primeras prendas encargadas, que no había tenido tiempo de limpiar el desastre ocasionado por la tormenta el fin de semana anterior.

Juntaba frutas, ramas y hojas caídas en el parque cuando oyó a los perros acercarse. De pie con los brazos en jarra bajo los árboles frutales, aguardó la aparición de la inesperada visita. Los ladridos se oían cada vez más cerca y provenían de los fondos de la finca. Entonces ocurrió: dos pequeñas bolas peludas aparecieron ante sus ojos dando saltos y empujándose entre sí. Rodaron al suelo. El de la mancha negra en el ojo le mordisqueó una oreja al de la carita completamente blanca. Los largos pelos les tapaban los ojos a los dos. Volvieron a ponerse de pie, a dar saltos y a empujarse. Rodaron una vez más por el suelo, esta vez sobre unas ciruelas picadas.

Victoria rio con ganas. Hacía tiempo que no se divertía tanto. Los perritos se acercaron a ella y empezaron a saltar en dos patas a su alrededor, y cuando se atrevían, le apoyaban las patitas delanteras en la falda. Victoria se acuclilló para acariciarlos detrás de las orejas. Uno de ellos se echó al suelo panza arriba, el otro le restregó la cabeza en la pierna. Si ella dejaba de acariciarlos, de inmediato buscaban sus manos para obtener más caricias.

—¿Y de dónde salieron ustedes dos, bribones? —les preguntó. El de la mancha negra en el ojo derecho, al que Victoria ya había bautizado Pirata, ladró en respuesta antes de saltar a su regazo y lamerle la cara. Nieve, el de la carita blanca, quiso imitar a su hermano pero resbaló y rodó por el suelo. Se puso en pie y dio saltitos alrededor de Victoria—. Ven aquí tú también —accedió ella, en este punto sentada en el suelo con los cachorros compitiendo por sus mimos.

En la vereda, delante del enrejado de hierro del frente de la propiedad, Martín

observaba embelesado el cuadro que conformaba el trío. Victoria resplandecía. Era tal la felicidad que veía en su semblante y que transmitía en cada movimiento corporal, que deseó tener una cámara fotográfica para inmortalizar el momento. Al no tenerla, supo que debería guardarlo en un lugar especial de su memoria, allí de donde pudiera rescatarlo cada vez que necesitara llevar un poco de felicidad a su propia alma.

Se sacudió los pensamientos, que a la larga no harían más que llevarle martirio, y batió palmas para llamar. Primero fue Victoria quien alzó la cabeza, imitada al segundo siguiente por los cachorros, que levantaron las cabecitas peludas para investigar quién había tenido la osadía de interrumpir su momento de juegos.

—Martín... qué sorpresa —fue lo primero que salió de los labios femeninos. Reparó en que seguía sentada en el suelo con los perritos en la falda. Los bajó al suelo para ponerse de pie—. A ver, niños, que debemos recibir a la visita —dijo, al insistir los cachorros con volver a subírsele encima.

—Parece que esos dos te han tomado cariño —reconoció Martín, siendo incapaz de ocultar la leve sonrisa que pujaba por asomar a sus labios.

—Así parece —acotó ella, abriendo la puerta de calle. Por supuesto, sus escoltas la habían seguido hasta allí—. No te esperaba... Pero pasa, por favor. Martín miró hacia ambos lados de la calle antes de ingresar al patio delantero. No se veía movimiento de gente alrededor.

—En realidad vine por estos dos bribones —los bribones en cuestión, como si hubiesen entendido las palabras de Martín, se ocultaron tras Victoria. Ella rio al verlos hacer—. Los vi escabullirse por los fondos de tu propiedad, por eso es que veía a pedirte permiso para pasar a buscarlos. Nunca imaginé que los encontraría jugando contigo...

—Oh, sí, han aparecido de repente y me han engatusado. ¡Son tan dulces! —exclamó. Se acuclilló para brindarles las caricias que le reclamaban—. Pero deben ir con su dueño, niños — les dijo, y los empujó con suavidad hacia Martín. Los cachorritos volvieron a refugiarse entre los pliegues de su falda.

—Me parece que estos dos quieren quedarse contigo —reconoció Martín. No lo dijo, pero había notado la sombra que cubrió los ojos de Victoria al darse cuenta de que los perritos tenían dueño y que ella debía dejarlos ir, y él no tenía corazón para quitárselos—. ¿Te gustaría conservarlos?

La mirada de Victoria se iluminó.

—Me gustaría muchísimo... Pero son tuyos.

—Si los quieres, puedes quedártelos. Ellos ya han elegido su nuevo hogar e

intuyo que, de llevármelos, me pasaría día tras día teniendo que venir a buscarlos.

Ninguno acotó en voz alta que la idea no sonaba tan mal si acaso les procuraba una excusa para verse durante algunos minutos robados al destino.

—¿Cuánto tiempo hace que los tienes? —curioseó Victoria.

—Tres meses; desde que nacieron. En realidad, lo que pasó fue bastante cómico. Para fines de julio buscaba perros para comprar y así llegué hasta una familia del caserío llamado Escobas que, por cuestiones de mudanza, no podía conservar sus mascotas. Se trataba de una pareja adulta de perros Pastor Inglés, por lo que se ajustaba bastante bien a lo que yo tenía en mente, entonces cerramos trato. La sorpresa fue cuando descubrí que la hembra estaba preñada.

—¡No me digas! —rio Victoria. Se agachó para acariciar a los animalitos, que saltaban a su alrededor reclamando atención—. ¿Entonces nacieron estos dos pequeñines tan bonitos?

—Estos dos y tres más —acotó él, divertido con la anécdota y fascinado al verla a ella jugar—. Los otros tres ya fueron ubicados y quedaban estos dos. Mira lo que son las vueltas del destino: la vez que vinieron a verlos para llevárselos, se habían escondido y no aparecieron por ningún sitio —se quedó mirando al trío—. Parece que estaban destinados para ti...

Victoria alzó la mirada.

—¿Entonces puedo quedármelos?

—Claro que sí.

—Te prometo que los cuidaré bien y... —lo miró a los ojos con cierto matiz esperanzado—, puedes visitarlos cuando gustes.

Martín tragó saliva, inquieto. Miró hacia la calle, como si de pronto hubiese recordado tener que estar alerta por miedo a ser pescado in fraganti.

—Sé que contigo estarán bien —fue todo cuanto dijo, sin hacer referencia a la posibilidad o no de una visita—. Ahora debo irme. Luego te haré llegar las pertenencias de los cachorros.

—De acuerdo... Gracias —concedió ella, un tanto desilusionada pues no sería él quien le acercaría dichos objetos.

Martín salió a la calle, siempre cuidando de no ser visto. Su actitud, a Victoria ya le parecía exagerada, entonces se preguntó: *¿Tan celosa puede ser la esposa de Martín que él tiene que ocultarse de esta manera? ¿Cuánto puede esa mujer enfadarse si se entera de que nosotros intercambiamos un par de palabras? ¿Le hará una escena cuando se entere de que él me ha regalado*

los perritos? ¡Seguro no le diré nada!, concluyó.

Al caer la tarde, Josefa le entregó a Victoria una lista que Martín había escrito con indicaciones básicas para el cuidado de Pirata y Nieve, y un paquete que contenía varios elementos, casi todos por dos: cepillo, dos collares y correas de paseo, comederos, bebederos y mantitas. Sonrió enternecida. En general los artículos se notaban sin uso, como si Martín los hubiese comprado especialmente. Sintió la necesidad de agradecerle de alguna manera.

—Espera un momento —le pidió a Josefa, quien se encontraba con ella en la cocina. Habían aprovechado la visita para compartir un té. Dejó todos los obsequios sobre la mesa y abrió las puertas de madera de la despensa. De allí tomó uno de los frascos que estaban alineados en el estante superior. Tenía la tapa decorada con volados de tela cuadrillé y puntillas; el contenido era una deliciosa mermelada de moras casera que Victoria había cocinado días atrás —. Por favor, dile a Martín que lo acepte en agradecimiento por sus obsequios, en especial por mis queridos Pirata y Nieve.

Los aludidos ladraron al escuchar sus nombres, luego volvieron a recostar sus cabezas sobre los almohadones que Victoria había destinado para su descanso. A esas horas, la jornada sin fin de juegos y correrías por el parque de la finca, los había dejado agotados.

—Se lo diré, doña Victoria —aseguró Josefa. Al poco rato se despidieron.

Victoria no había querido indagar sobre la vida personal de Martín Núñez. Se moría de ganas, pero también era cierto que, mientras no supiera con certeza si Martín estaba casado, podría guardar un dejo de esperanzas. Era consciente de que actuando de esa manera, lo único que hacía era prolongar una fantasía que había creado para sí, pues tanto si Martín estaba casado como si no, él no quería saber nada de ella; lo confirmaba la presencia de Josefa en su casa. A pesar de ello, prefería mantener la incógnita el mayor tiempo posible.

Desde ese día, Victoria dedicó gran parte de su tiempo al cuidado de Pirata y Nieve. Los cachorros se habían convertido en su mayor compañía pues, por iniciativa propia, no se separaban de ella ni a sol ni a sombra. Además, habían desarrollado una rutina de paseo diaria después de la hora del almuerzo. Era tal la costumbre que habían tomado, que llegada la hora, los animalitos buscaban sus correas en el canasto, que había sido designado para que se guardaran sus efectos personales, y se las llevaban a su dueña. Ella siempre los recompensaba con palabras de afecto y caricias, tal como sucedía esa tarde...

Martes 22 de diciembre de 1925

—¡Pero qué impacientes son, que hoy se han adelantado varios minutos, bribones! —los reprendió Victoria, aunque sus risas y caricias valían para desmentir que estuviera molesta.

Enganchó las correas a los collares de los cachorros y minutos después, paseaban los tres por las calles silenciosas y desiertas de Capilla del Monte a esas horas en las que más de medio pueblo elegía dormir la siesta. Ella nunca había podido acostumbrarse a ese ritual, solo cuando el cansancio era tal que le impedía estar de pie de un tirón todo el día.

Caminaron hasta el Balneario Águila Blanca, donde los cachorros jugaron en el río Dolores mientras Victoria se reponía bajo la frondosa arboleda. Después, cuando el sol todavía apretaba con fuerza, ella se quitó los zapatos y se dio el gusto de meter los pies en el agua cristalina. Pirata y Nieve festejaron la osadía de su dueña con saltos que provocaron salpicaduras monumentales, incluso a una mujer que se había acercado hasta la orilla.

—¡Oh, por favor, discúlpenos! —suplicó Victoria al notar el estropicio—. ¡Pirata! ¡Nieve! ¡Basta ya! —los regañó.

—No se preocupe, si un poco de agua fresca no le hace mal a nadie —expresó la mujer, que se acuclilló para acariciar la cabeza de Pirata.

—¡Ay, no! —lamentó Victoria—. ¡Ahora sí que no podrá sacárselos de encima! Mire que son muy confianzudos.

—Adoro a los animales, querida. ¡Viera mi casa, si parece un jardín zoológico! Pero deje que me presente, por favor —pidió poco después. Extendió la mano, que Victoria estrechó con firmeza—. Mi nombre es Francisca Llanos.

—Victoria Llorca, y ellos dos, mis pequeños bribones —esbozó una mueca—: Pirata y Nieve.

—Encantada, Victoria. ¿Le parece bien si nos tuteamos? Intuyo que debemos de tener la misma edad...

—Sí, faltaba más —concedió.

Las mujeres acordaron sentarse bajo la copa de un sauce llorón para poder conversar tranquilas. Pirata y Nieve, al ver que ya no les prestaban exclusiva atención, decidieron regresar al río.

En el término de tres cuartos de hora, Victoria supo que Francisca vivía en

Capilla del Monte desde hacía veinte años, estaba felizmente casada, tenía una hija y dos nietas preciosas; además de un loro, dos gatos y dos perros de gran porte, cuatro conejos, una cabra y algunas gallinas.

Las mujeres no tardaron en congeniar, por lo que acordaron verse dos días después para tomar el té. Ese fue el inicio de una gran amistad que se extendería en el tiempo.

Victoria se sentía feliz, con energías renovadas pues día a día su vida parecía encaminarse. Desde su llegada a Capilla del Monte había recompuesto relaciones con viejas amistades, restaurado su hogar y hecho mejoras sorprendentes, había ganado varias clientas, dos hermosos cachorros, y ahora una nueva amiga.

De camino a casa, mientras se regodeaba en sus logros y sin que se diera cuenta, los pasos la guiaron por la calle de los Núñez; tal vez porque allí residía la faceta de su vida que permanecía estancada.

Avanzó procurando imprimirle a su andar la mayor normalidad posible. Sin embargo, sus ojos no dejaban de otear el interior de la propiedad y su estómago se anudaba de ansiedad como si no fuera más que una adolescente a punto de ver a su amado.

Dejó atrás la zona de colmenas y, al doblar en la esquina para pasar frente a la casa, le llamó la atención el automóvil Ford T con techo descapotable y exagerado lustre, estacionado a metros de la puerta. Estaba segura de no haberlo visto nunca en el pueblo. El volante de madera y cobre y el tapizado de los asientos que lucía de color arena, parecían haber sido modificados a propósito para lograr un efecto extravagante.

Al avanzar un poco más, divisó a los tres hombres de aspecto intimidante, con trajes oscuros y sombreros de fieltro, que mantenían una conversación con Martín en la puerta de entrada. El dueño de casa lucía nervioso, incluso más cuando la vio a ella. Victoria intuyó que discutían.

—Ya he dicho mi última palabra —oyó Victoria que Martín espetaba con los dientes apretados en el momento en el que ella pasaba.

—Buenas, señora —la saludó uno de los hombres, quitándose el sombrero; los otros dos lo imitaron.

Victoria respondió con sequedad con una leve inclinación de cabeza. Se sentía herida pues Martín la había ignorado por completo. Para colmo, en la esquina siguiente se vio obligada a doblar y ya no pudo averiguar qué pasaba. Conjeturó que el apicultor podría haber tenido algún desacuerdo, tal vez de negocios, con esos caballeros. Esperaba que la discusión no pasara a mayores.

De todos modos, estaba tan enojada a causa de su desprecio que por el momento procuró dejar de pensar en él y distrajo la mente con otras cuestiones: sus trabajos pendientes fueron una excusa perfecta.

El jueves 24 de diciembre, Victoria recibió en su casa a Francisca, su nueva amiga, a la hora del té. Luego de una amena charla y de que la mujer advirtiera que Victoria iba a pasar sola la Nochebuena, la invitó a celebrar con ellos. Aunque reacia, Victoria terminó aceptando, no así la misma invitación para Nochevieja, la cual prefirió pasar en su casa en compañía de sus adorables Pirata y Nieve.

19

Capilla del Monte, Córdoba Viernes 1 de enero de 1926

Las doce campanadas advertían que un nuevo año había comenzado: 1926. Con una copa en la mano, Victoria salió al porche y miró hacia el cielo iluminado por infinidad de estrellas. Desde el pueblo serrano, las vistas del cielo, mil metros más cercano que en Buenos Aires, eran inmejorables. Las estrellas se veían tan nítidas... espectaculares. Daba la sensación de que uno podría estirar la mano y tocarlas.

Esa noche, en la que el calendario se tornaba más tangible que nunca, Victoria no pudo evitar que la melancolía la arrojara igual que una estola.

1926... *¿De verdad han pasado tantos años?* , le preguntó al cielo. Allí era donde Victoria buscaba a su hermana cuando necesitaba hablarle, recordarla. Entonces continuó con esa charla unilateral, que semejaba las de su juventud, cuando solían escribirse cartas.

Es así, Clara querida, ni el mundo deja de girar ni el tiempo se detiene a esperar a nadie... Y el tiempo pasa tan rápido que ni nos damos cuenta. Se nos va la vida, y cuando eso sucede, ¿dónde quedan los sueños que no pudieron concretarse? ¿Dónde quedan si no somos capaces de arriesgarnos por ellos? Se desvanecen, igual que los segundos que desperdiciamos en lamentaciones, sin advertir que es ese el mayor bien que tenemos. El tiempo

se me va, querida Clara, y sigo aquí, amparada detrás del miedo y de la cobardía en lugar de ir en busca de respuestas. ¡Pero ya no más!

Victoria alzó la copa al cielo.

Que el destino guíe mis pasos, hermana querida. Y que el tiempo me de las respuestas que busco, expresó en voz alta, después bebió hasta la última gota de champán de su copa.

Envalentonada, Victoria ingresó al comedor, dejó la copa sobre la mesa y buscó en la cocina una nueva botella de champán. Se calzó un sombrero y se puso un chal sobre los hombros. Volvió a salir al porche y cerró la puerta con llave. Nieve y Pirata habían quedado en la cocina; a esas horas dormían plácidamente en sus almohadones.

En lugar de salir a la calle, decidió cortar camino yendo hasta los fondos de su finca. Cruzó la cerca perimetral, la calle y por último la alambrada de la propiedad de los Núñez. Ignoraba qué podía encontrarse, pero ya no le importaba nada. Estaba segura de que el riesgo valdría la pena.

Se internó en la zona arbolada de colmenas. Conocía el lugar pues años atrás lo había recorrido infinidad de veces con Martín y, en apariencia, los senderos seguían siendo los mismos.

Al acercarse a la propiedad, escuchó perros adultos ladrar, solo entonces recordó la pareja de perros Pastor Inglés que Martín había comprado. Sintió miedo de que los animales, que la desconocían, pudieran morderla. Estuvo a punto de flaquear, entonces recordó el brindis que había realizado al cielo: *Que el destino guíe mis pasos,* se repitió. *Y que sea lo que tenga que ser.*

Victoria avanzó un poco más. Los ladridos se oían más cerca. Se detuvo en seco y cerró los ojos, pues a las voces ahora las acompañaba un tropel. No tuvo el coraje de alzar los párpados a pesar de que los gruñidos amenazantes provenían de una corta distancia. Inhaló en profundidad, dispuesta a aceptar que su destino pudiera ser morir destrozada por dos perros furiosos.

—¿Quién anda ahí? —tronó la voz de Martín, seguida del amartillar de una escopeta. Los perros no habían dejado de gruñir.

Victoria permaneció inmóvil, sin siquiera poder pronunciar una palabra. Tenía miedo de moverse o de abrir la boca o los ojos. Su respiración era agitada y el ritmo de su corazón, un galopar frenético.

Las hojas secas del suelo crujieron bajo las pisadas masculinas.

—¿Quién...? —la pregunta se cortó a la mitad para dar paso a un nuevo interrogante—. ¿Victoria?

Ni siquiera entonces Victoria se animó a moverse, no hasta que sintió las

manos de Martín sobre sus brazos, zamarreándola con suavidad para hacerla salir del estado de estupor en el que había caído. Primero abrió los ojos.

—Martín... —pronunció, con la voz igual que si tuviera la boca llena de algodones.

—¿Qué demonios haces aquí, mujer? ¿Te das cuenta de que podría haberte matado? ¡O los perros! —clamó al ser consciente de que los animales seguían enseñando los dientes. Les gritó un par de órdenes para que se calmaran. Ellos obedecieron de inmediato aunque sin alejarse de su dueño.

—Yo... es que... —de pronto, Victoria ya no estaba tan segura de que irrumpir en la casa de Martín hubiera sido una decisión acertada. Suspiró abatida—. Es Año Nuevo... Estaba sola... Necesitaba verte, Martín —confesó cuando concluyó en que lo mejor era decir la verdad.

—¿Pero cómo se te ocurre entrar así, Victoria?

—La costumbre, tal vez. Antes era habitual que entrara por aquí, ¿recuerdas? —señaló con esa melancolía que suelen traer las memorias de momentos perdidos.

—De eso pasó mucho tiempo. Nada es como era antes, Victoria.

—Lo sé, Martín, no necesitas decírmelo. También sé que no quieres que la gente nos vea juntos, por eso me pareció que al entrar por aquí, podría evitar a los vecinos y a tus invitados.

—¿Invitados? ¿A qué invitados te refieres?

—No lo sé... Imaginé que tu familia y tú podrían tener invitados por el Año Nuevo.

—A ver, Victoria, creo que hay cosas que no sabes... Mis padres murieron.

—Sí, eso lo sé. Cuando me enteré, te aseguro que quería venir a darte el pésame, pero tú me habías dejado en claro que no querías verme... Lo lamento, de verdad.

—Gracias... Pero si sabes de mis padres, ¿a qué familia te refieres?

—Yo me refería a... —tuvo que tragar saliva antes de completar la oración, y lo pronunció entre dientes—: a tu esposa.

—¿Esposa? ¿Mi esposa? ¿Acaso me estás gastando una broma? ¿Justo tú te burlas de mí con algo así, Victoria? ¡Jamás creí que llegarías tan lejos! —espetó enfadado.

—Martín. Yo... lo siento... —Victoria no alcanzaba a comprender a qué se refería él. Puede que el champán que había bebido le estuviera nublando un poco las ideas.

—Será mejor que te vayas, Victoria. Ven, te acompañaré hasta la alambrada

—indicó, haciendo referencia al lugar por el que había ingresado la mujer. En un acto desesperado, ella se acercó a él y lo tomó del antebrazo.

—No, Martín, por favor. Sé que me odias, pero no me eches de esta manera.

Martín sintió como si una mano de hierro le tomara el corazón y se lo retorciera dentro del pecho. El corazón que esa misma mujer —no debía olvidarlo— no había dudado en despreciar y hacer trizas casi treinta años antes. Procuró endurecerse ante la imagen que amenazaba con derribar cada una de sus defensas.

—¿Qué buscas, Victoria? ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que quiero sé que a esta altura de mi vida no es más que un sueño imposible, entonces solo puedo responder a tu primera pregunta: Te busco a ti, porque después de la inmensa conexión que hubo entre nosotros, no quiero resignarme a perderte. Te quiero en mi vida, Martín, así deba conformarme solo con tu amistad.

—¿No crees que nos perdimos hace tiempo? —refutó con tono irónico—. ¿Piensas que para mí fue fácil dejarte ir, arrancarte de mi vida? Es iluso de tu parte aparecer ahora y pretender que todo siga igual.

—No, claro que no pretendo que siga igual. Pero sí pretendo rearmar mi vida y sé que para lograrlo debo reconocer y enfrentar mis errores y construir lo nuevo sobre los escombros de mi pasado.

—¿Yo fui un error para ti? —inquirió.

—Tú fuiste lo más hermoso que tuve —le confesó. Alzó el brazo y le acarició la mejilla. Lo miró con lágrimas en los ojos—. Lo que te hice fue el gran error, y sé que lo pagaré con arrepentimiento hasta el último día de mi vida.

—Me confundes tanto, Victoria... —reconoció él.

—Sin embargo, yo solo quiero darte certezas, Martín.

—No lo sé. Dudo de que seas capaz de esto que prometes. Además, no es conveniente que estemos juntos —dudó antes de reafirmar—: No deben vernos juntos.

—Te propongo empezar poco a poco. ¿Qué tal si esta noche hacemos un paréntesis donde el pasado y el futuro queden excluidos, y que solo el hoy importe? Que sea el destino el que guíe nuestros pasos, Martín. Que pase lo que tenga que pasar —propuso, sintiéndose osada—. Y si tu deseo es que lo mantengamos en secreto, te juro que nadie sabrá jamás de este encuentro.

Él no podía quitarle los ojos de encima. Tener a Victoria frente a sí, en carne y hueso en lugar de ese fantasma que solía atormentarlo en sus sueños desde hacía tantos años, lo tentaba más de lo que se atrevía a confesar. La había

amado más que a nadie y también la había deseado con desesperación. La atracción entre ellos había sido magnética, salvaje; tanto que había hecho que saltaran chispas cada vez que estuvieron juntos. Y se daba cuenta, aún hoy, que el corazón todavía lucía las profundas cicatrices de la herida, pero la piel no había perdido la memoria.

—Solo tendremos esta noche —cedió, pues sabía que de no hacerlo, se arrepentiría hasta el fin de sus días. Ya vería después cómo recomponer los pedazos de su vapuleado corazón—. Y nadie debe saberlo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —concedió ella y se repitió para sí: *poco a poco*.

Desde luego que Victoria quería más que una noche. Quería toda la vida. Pero también sabía que para subir una escalera, por más alta que esta fuera, debía hacerse escalón por escalón. Esa noche que Martín le concedía, sería su primer escalón.

Él le tendió la mano, que ella tomó con firmeza aunque en su interior era un manojo de nervios. Caminaron juntos hacia la casa. Al pasar por la galería, Victoria alcanzó a ver en el suelo, junto a una única silla de paja, una botella descorchada y una copa vacía.

Martín abrió la puerta para dejarla pasar a la sala. Allí el silencio de la soledad era ensordecedor, magnificado por el efecto a media luz creado por la única lámpara de pie que permanecía encendida junto a la mesa baja. Y como recordatorio de la tragedia, en el ambiente todavía se respiraban residuos de hollín provocados por el incendio desatado en el ala de los cuartos.

Ante tanta tristeza, Victoria suspiró. Estaba dispuesta a dejarla fuera del paréntesis para ella y para Martín. Le entregó la botella de champán y él buscó dos copas, después se sentaron en el sofá. Brindaron por el Año Nuevo y por esa noche. Y porque el destino guiara sus pasos.

—Entonces, deduzco que no estás casado —arriesgó ella. Él le sirvió más champán mientras la observaba con detenimiento.

—No lo estoy. Sin embargo, tú no lo sabías y aun así irrumpiste en mi propiedad. ¿Qué si tenía esposa? ¿Lo pensaste siquiera? —quiso saber, para medir el grado de egoísmo de Victoria.

—Lo pensé, por supuesto. Y fue eso lo que me impidió no imponerte mi presencia en cuanto arribé a Capilla del Monte.

—Pero hoy lo hiciste.

—Hoy decidí correr el riesgo.

Martín dejó la botella y su copa a medio beber sobre la mesa baja. Apoyó la mano izquierda en el sofá e inclinó el torso hacia Victoria, aunque

manteniendo las distancias para que los cuerpos no llegaran a rozarse. Con seriedad, que revestía de un efecto aún más intimidante a su postura, afirmó:

—Podrías haber muerto, y lo digo de manera literal.

Victoria le mantuvo la mirada sin amilanarse.

—Hubiese valido la pena si ese era el precio que debía pagar por verte una vez más.

—No, Victoria. Ese hubiese sido un precio demasiado alto. Tu vida vale mucho más que eso. Prométeme que de ahora en más, antepondrás tu bienestar a cualquier otra cosa.

—Eso no importa.

—Para mí, sí. Más de lo que tú crees. Esta noche es un paréntesis, tal como tú lo has dicho, pero a la luz del nuevo día los peligros seguirán estando allí y no voy a dejarte correr riesgos. Nadie debe vernos juntos, eso no ha de cambiar.

—¿A qué le temes, Martín?

—A perderte una vez más.

Las palabras de Martín infundieron a Victoria de tanto valor, que ya no le importó nada en absoluto, ni su reputación ni lo que él pudiera pensar de ella si tomaba una actitud avasallante.

Dejó la copa en el suelo y aprovechó el movimiento para aproximarse a él otro poco. Posó la mano izquierda sobre el hombro derecho y la clavícula de Martín, mientras que su otra mano le buscaba la cara.

—Nunca más me perderás, te lo juro por mi vida.

Sus cuerpos se encontraban peligrosamente cerca. Sus bocas, a un suspiro; pero él no se movió ni un ápice.

—No entiendes que eso ya no depende solo de nosotros dos. Si me descuido, si alguien nos relaciona, correré el riesgo de perderte en un segundo, sin que seas tú quien lo provoque.

—No te entiendo, Martín. Ninguno de los dos tiene esposa o esposo que tenga el poder de decidir sobre nuestras vidas, ¿quién podría separarnos entonces?

—A lo que me enfrento es más complejo que un matrimonio, Victoria.

—¿Y cuán peligroso puede ser?

—Mucho. No te imaginas cuánto —aseveró. Cuando hizo el intento de apartarse, Victoria lo retuvo con mayor firmeza al rodearle el cuello. Él buscó sus ojos—. De involucrarnos, estaría en riesgo la vida... tu vida, Victoria, ¿no lo entiendes?

—No entiendo qué es lo que pasa, pero a esta altura de mi vida y después de haber perdido tanto, sería muy tonta si todavía existiera algo que pudiera

asustarme.

—Yo también he perdido mucho y he llegado a un punto en el que estoy muy cansado de ceder. Pero de solo pensar en que algo malo pudiera ocurrirte por mi culpa, se me retuercen las entrañas. No puedo permitirlo.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

Victoria empujó a Martín por el hombro hasta hacerlo apoyar la espalda en el respaldo del sillón, se recogió la falda y se sentó a horcajadas sobre él.

—Victoria...

—Tú eres mi mundo, Martín. Eres mi vida.

Martín se enderezó en tanto rodeaba con un brazo la cintura femenina. Le quitó el sombrerito y con firmeza la tomó de la nuca para sostenerle la cabeza. Le buscó la boca con desesperación, con ese deseo salvaje y primitivo que durante casi treinta años había mantenido a raya, solo alimentando sus fantasías privadas. Reconoció su sabor y, si bien no era posible hacer retroceder el tiempo, sí fue como si la brecha se redujera. El ayer y el hoy se fusionaban en ese beso, en esas caricias, en ese nuevo encuentro.

Las manos femeninas volaron sobre los botones de la camisa para desprenderlos uno a uno. Victoria se inclinó hacia él y le recorrió la clavícula con los labios. Imposibilitado de mantenerse pasivo, Martín la tomó de los cabellos y le echó la cabeza hacia atrás para tener acceso a su cuello. Con un poco de brusquedad le abrió la blusa y la degustó con fiereza.

Entre besos y caricias Martín comenzó a desvestirla. Victoria era consciente de que el tiempo también había dejado huellas en su cuerpo, pues ya no tenía veinte años. Sin embargo, el pudor o la vergüenza no alcanzaron para acobardarla. Las sensaciones que Martín y ella eran capaces de provocar cuando estaban juntos arrasaban con todo, incluso con los pensamientos.

Victoria instó a Martín a que él también se quitara la ropa. Desnudos, sobre el sillón, el deseo los hizo sentirse vivos y reafirmaron que la piel no había perdido la memoria. Reaprender sus formas, redescubrirse, igual que oxígeno vivificó la pasión, que cuando volvieron a ser uno, los consumió con la violencia del fuego.

El amanecer los encontró abrazados sobre la alfombra, cubiertos con una manta de hilo tejida y contándose retazos de ese pasado en el que entre ellos había mediado la ausencia. No hablaron de sentimientos, ni de los de ayer ni de los del presente. Todavía era pronto para involucrar el corazón en voz alta; sin embargo, en las acciones y en las miradas, podía advertírsele todo el tiempo.

Al despedirse, acordaron mantener las distancias, y en esto Martín no había dado lugar a concesiones. Al menos hasta que pudiera resolver sus asuntos, le había pedido él.

A pesar de que Victoria buscó respuestas, él prefirió mantener el problema en secreto. Ella sospechaba que los tres hombres del Ford T pudieran estar involucrados. Para sí, se prometió que por su cuenta intentaría averiguar qué era lo que pasaba y hacer lo posible por ayudar a Martín a salir de esa situación de peligro que lo rondaba.

20

Capilla del Monte, Córdoba Lunes 4 de enero de 1926

Entre puntada y puntada que daba a la prenda que *surfilaba* —un vestido de noche color verde oscuro que debía entregar a Francisca, su amiga y cliente, para la boda de una de sus primas—, Victoria pensaba en Martín.

Tal como él había querido, después del efusivo encuentro que habían compartido el primero de enero, habían mantenido las distancias. El día anterior se habían cruzado por casualidad en la calle General Paz y no habían intercambiado ni siquiera un saludo; sin embargo, los ojos se les habían ido a los dos. Había sido tan poderosa la mirada que cruzaron que Victoria había vuelto a su casa con la camisa empapada en sudor; el clima veraniego nada había tenido que ver en el asunto.

Victoria sonrió al recordarlo. Martín, a sus cincuenta y tres años conservaba el porte regio de su juventud: su espalda erguida, los brazos fornidos, sus manos fuertes. Adoraba sus manos ásperas, propias de un hombre acostumbrado a las tareas manuales. Se lo veía más curtido por el sol y el viento seco, por supuesto; pero lejos de afearlo, la piel dorada y las líneas de expresión marcadas en los extremos de los ojos, le añadían atractivo. El cabello rubio que peinaba algunas canas color ceniza, la sonrisa amable, aunque debía reconocer que desde su regreso no lo había visto sonreír demasiado, y sus ojos... sus ojos azules y su mirada profunda, reflejo

inequívoco de su personalidad. Martín podía ser tan intenso que, ante él, Victoria se sentía florecer.

Batir de palmas la sacaron de su ensoñación. Pirata y Nieve, que descansaban cerca de sus pies en el cuarto de costura, corrieron al porche a ladrarle al visitante. Victoria clavó la aguja en la tela y dejó la labor sobre la mesa de trabajo antes de seguir a sus mascotas.

Alzó la cortina de gasa y salió al porche. Los cachorros corrían hasta el límite que les marcaba el haz de luz, ladraban y después volvían a su lugar seguro junto a la puerta de entrada, y así repetían una y otra vez la misma coreografía. Desde su ubicación, Victoria no alcanzaba a distinguir quién era el recién llegado, aunque la figura recortada en las sombras de la vereda obedecía a la de un hombre.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy yo, tía. Juan —le respondió el hombre.

—¿Juan? —inquirió Victoria, con el ceño fruncido. Sorprendida, avanzó por el sendero de ingreso mientras repetía con distintos matices que variaban entre la interrogación y la exclamación—. ¿Juan? ¡Juan! —expresó por fin, cuando estuvo frente a su sobrino. A su espalda, las aspas del molino giraban perezosas bajo la luz plateada de la luna. Abrió con rapidez el candado y, con mayor prisa, la puerta—. ¡Juan, eres tú! —clamó arrojándose a sus brazos.

—Sí, tía, soy yo —rio él, enternecido ante la euforia del recibimiento.

—¡Pero cómo no me avisaste que venías! —lo reprendió con cariño—. Sentí el silbato del tren... ¡Si hubiese sabido que venías en él, hubiese ido a esperarte a la estación!

—No se preocupe, tía —le dijo—. Siempre hay algún cochero dispuesto a hacerse unos pesos —la tranquilizó él.

—Sí, es cierto, aunque hubiese preferido esperarte yo. ¡Pero si no has venido solo! —clamó al reparar en la joven—. ¿Y quién es ella? ¿No vas a presentármela?

—¡Claro que sí! —rio él. Tomó a Ángeles de la mano y la acercó—. Tía, le presento a Ángeles Ferrés, mi futura esposa. Ángeles, ella es mi querida tía Victoria, la hermana de mi madre.

—¿Futura esposa? —inquirió sorprendida—. ¡Oh, Juan, ni siquiera me contaste que tenías novia! —le dijo en tono de reprimenda, después tomó a la joven de las manos y la besó en la mejilla—. Bienvenida a casa, Ángeles.

—Gracias, señora.

—¡Oh, no, por favor no me digas señora, que me haces sentir como si tuviera cien años! Llámame Victoria, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió.

—Y ahora vamos dentro así comen algo. Deben estar famélicos después de un viaje tan largo y cansador.

Mientras recorrían el sendero, a Victoria le rondaba un pensamiento: *Ángeles Ferrés*. Había oído antes ese nombre, aunque no podía recordar en qué contexto.

Los recién llegados fueron recibidos en el comedor principal de la casa. El mobiliario —compuesto por una mesa oval, seis sillas y un aparador de importantes dimensiones— estaba confeccionado en lustrosa madera de algarrobo. Las patas de los muebles formaban hermosos arabescos que algún ebanista tallara con maestría. Había un centro de mesa con flores naturales y el ambiente olía a jazmines y a azahar que, de a ratos, se mezclaba con el olor de la peperina y del tomillo cuando la brisa empujaba hacia adentro los aromas del jardín.

Victoria sirvió limonada en tres vasos altos, después cortó gruesas rodajas de pan casero, queso de cabra y jamón serrano para hacer un entremés.

—Si me hubieses avisado que venían, tendría preparada una comida como Dios manda —volvió a reprender a su sobrino; él sonrió.

—¡Ay, tía, pero no se haga tanto problema, si con este manjar verá que quedamos satisfechos! —expresó, y para probar sus palabras engulló un bocado del sándwich que se había preparado—. ¿No le dije? ¡Un manjar!

—Bueno, ¡qué bien que les ha gustado! —clamó Victoria mientras tomaba asiento para acompañarlos con la comida. —Tía... —empezó Juan—. ¿Cree que Ángeles y yo podríamos quedarnos en su casa unos días, hasta que encontremos alguna propiedad para comprar?

—¿Para comprar? ¿Desean quedarse a vivir en Capilla del Monte? —preguntó sin poder disimular el entusiasmo que esa probabilidad le provocaba.

—Sí, eso nos gustaría —respondió él, con la mirada posada en Ángeles, en espera de su aprobación. Ella asintió con la cabeza.

—¡Pero entonces pueden quedarse aquí siempre, si la mitad de esta propiedad es tuya, querido! —exclamó Victoria.

—No, tía, no lo es —refutó.

—¿Empezarás otra vez con la misma perorata, Juan? ¡Te juro que ya me has cansado! —exclamó, exagerando el matiz fastidiado en la voz, con lo que hizo

reír a los jóvenes—. Como ya lo discutimos, un millón de veces por cierto, te corresponde la mitad de cada una de las propiedades que pertenecen a la familia. ¡Y ya no se hable más! —indicó con firmeza. Juan iba a protestar, pero ella, sabia, hizo uso un poco de la psicología y otro poco de esas artes manipuladoras que la habían caracterizado en su juventud—: Además, esta casa es demasiado grande para una mujer sola... el silencio es demasiado abrumador... ni te imaginas cuánto.

—¿De verdad quiere que nos quedemos aquí, con usted?

Victoria llevó ambas manos al pecho y exclamó:

—¡Sería tan feliz si lo hicieran! —hizo silencio adrede para imprimirle mayor dramatismo a sus próximas palabras—: A menos, claro, que no quieran quedarse con una mujer mayor como yo...

Juan soltó una carcajada.

—¡Ay, tía, pero si está en la flor de la juventud!

—Bueno, pero eso no quita que no quiera estar sola —protestó, ofuscada porque Juan no había caído por completo en sus artimañas.

Ángeles reía por lo bajo. Se sentía complacida de ver feliz a Juan; se lo notaba radiante. Él la miró una vez más.

—¿Y tú qué opinas? ¿Nos quedamos aquí, con esta anciana? —bromeó y se ganó un codazo, también en broma, de parte de su tía.

—¡Me encantaría! —exclamó feliz.

—¡Pero si aún no has conocido toda la propiedad! —apostilló él.

—He conocido a tu tía y eso me basta —dijo estrechando con cariño la mano de la anfitriona, quien la recompensó con una mirada afectuosa.

Poco después, Victoria condujo a la pareja a una habitación amplia con cama matrimonial. Juan le había dicho que se casarían en marzo, cuando Ángeles cumpliera los veintiún años y no necesitara el consentimiento de sus padres para hacerlo. No obstante, habían decidido que mientras tanto vivirían como esposos. Victoria no se opuso. No era una mujer hipócrita que juzgara la moral de los demás.

Juan, intuyendo que Ángeles podría necesitar un momento de privacidad, la dejó sola para que se instalara tranquila en el dormitorio. Regresó al comedor. Victoria cerraba las ventanas para ya retirarse a dormir. Cuando advirtió la presencia de su sobrino, volteó hacia él.

—Recordé quién es ella —dijo en un susurro—. ¿Qué hiciste, Juan? —le preguntó, no con reproche sino con pena.

—No es lo que usted cree —se apresuró a decir, desviando la mirada.

—¿Y qué es lo que yo creo? ¿Que se la quitaste a tu padre como parte de tu venganza?

Victoria había recordado que meses atrás, Wenceslao Baigorria había anunciado su compromiso en el periódico de la Capital con esa muchacha treinta años más joven que él: Ángeles Ferrés. Pero ahora aparecía su sobrino anunciando que Ángeles Ferrés y él se casarían en marzo. No dudaba, estaba segura de que Juan había intervenido para romper el compromiso inicial, y nada bueno podía salir de ello.

—¡No es mi padre! —gruñó él con los dientes apretados—. Y no ha sido por venganza. La amo, tía. Sin siquiera proponérmelo, me enamoré de ella. Ya no me importa vengarme de ese hombre, pero tampoco podía apartarme de Ángeles.

—¡Ay, Juan, esto puede traer graves consecuencias! —dijo con temor.

—Aquí no nos encontrarán.

—¿Han huido?

—Sí.

—¡Dios nos bendiga y nos proteja! —exclamó Victoria persignándose a pesar de no ser muy religiosa. Con entonación preocupada, preguntó—: ¿Wenceslao sabe que eres mi sobrino?

—No. Siempre me encargué de mantener oculta mi identidad y, si averiguara que mi apellido es Llorca, tampoco podrán relacionarnos.

—Eso espero... ignoro si Wenceslao sabe de esta propiedad.

—Quédese tranquila, nada malo puede sucedernos —dijo convencido. Besó a su tía en la frente, luego se retiró al dormitorio.

Cuando quedó sola en la estancia, Victoria, que no se había percatado de que sus manos temblaban, cerró los ojos e invocó protección para su sobrino. *¡Ay, Clara querida, protege a este loco de tu hijo y a su mujer, que Wenceslao no los encuentre! ¡Que Wenceslao no los encuentre! ¡Protégelos!*

Capilla del Monte, Córdoba Lunes 18 de enero de 1925

Martín ingresó a la flamante comisaría del pueblo, ubicada a pocos metros de la Plaza San Martín. Con prontitud, fue atendido por el superior a cargo, quien lo hizo pasar a su despacho.

Sentado tras el escritorio, el comisario abrió el expediente y relejó algunas líneas. Poco después, alzó la vista hasta su interlocutor y expuso:

—Estamos investigando, señor Núñez. Tenemos algunos indicios, pero todavía es prematuro afirmar que el siniestro ocurrido en su propiedad haya sido intencional.

—¡Pero ya le he dicho que no se trató de un accidente! — interrumpió Martín, exaltado—. Mi empleada, que es de absoluta confianza —se apresuró a dejar en claro—, asegura que apagó el brasero del cuarto de mi madre antes de salir de la casa. No hay forma de que eso haya provocado el fuego.

—Tengo conocimiento de esta información, ya que su declaración y la de su empleada... —repasó las hojas de la carpeta antes de añadir—: la señora Josefa Ríos, constan en el expediente, señor Núñez.

—Pero entonces, ¿cómo es que todavía se duda de la intencionalidad del inicio del incendio? Y lo que es más importante, ¿cómo es que no se sabe quién es esta gente?

—Como le decía —retomó el comisario con impaciencia—, aún no tenemos pruebas suficientes; no obstante, en base a las amenazas que usted ha denunciado, hemos abierto una línea de investigación. No es fácil probar la culpabilidad de esta gente. Además, no son de la zona, por lo que estamos trabajando con otras dependencias.

—Y mientras tanto, ¿qué debo hacer? Porque vivo paranoico —reconoció. Se removió en la silla, inquieto y presa de la angustia—. No temo por mi vida, sino por la de la gente que me rodea. ¿Quién me asegura que no harán daño a mi empleada doméstica, la señora Josefa, o a los trabajadores de la apícola? Dice que ustedes no pueden probar la culpabilidad de estos matones, pero yo estoy convencido de ella y he visto hasta dónde son capaces de llegar por lograr sus objetivos.

—Mire, Núñez, tal como están las cosas, no puedo hacer más. Usted siga con su vida y no deje de informarnos cualquier suceso que considere relacionado con la causa. Si esta gente vuelve a amenazarlo, veremos de ponerle custodia; al menos hasta que el caso se resuelva.

—Que siga con mi vida... —bufó—. ¡Como si fuera tan fácil! Martín se

retiró del destacamento con la misma frustración con la que había llegado. Llevaba ocho meses viviendo en esa horrible pesadilla y, más que nunca, se sentía con las manos atadas.

En el mes de mayo del año anterior, se habían presentado en su casa tres hombres en carácter de mensajeros de su jefe, cuya identidad habían mantenido en el anonimato, para comunicarle la intención de ese hombre de comprarle la finca y todos sus colmenares funcionando. La oferta había sido irrisoria, razón por la cual Martín se había negado en rotundo. Además, más allá de la suma ridícula que le ofrecían, no tenía intenciones de desprenderse de su negocio y demás posesiones cuando había trabajado tan duro, durante toda la vida, para tenerlos y hacerlos prosperar.

A partir de su negativa, habían llegado las amenazas. Estos hombres, siempre el mismo trío, lo habían abordado en varias ocasiones de manera violenta; al principio solo con palabras, después con golpes. A pesar de radicar las respectivas denuncias, Martín nunca había podido probar las agresiones pues ellos sabían dónde y cómo pegar para no dejar marcas visibles.

En julio se había desatado el incendio que había terminado con la vida de su madre. Ese hecho, lejos de hacerlo ceder, lo había enfurecido tanto que su empecinamiento por no vender se había multiplicado. Igual que lo hicieron las amenazas y los golpes. Pero Martín consideraba que ya no tenía nada que perder más que su propia vida, y en ese punto, tampoco le importaba demasiado.

Pero eso había sido antes de que Victoria volviera a su vida. La perspectiva con la que Martín ahora miraba la situación era diferente. No iba a ceder, de eso estaba convencido, pero tampoco podía dejar que ella corriera riesgos. Y, de descubrir su interés, esa gente con actitudes mafiosas no desperdiciaría la oportunidad de utilizar a la modista para extorsionarlo.

Martín se moría de deseos de estar con Victoria, sin embargo, sus propios deseos perdían importancia cuando del otro lado de la balanza estaba la seguridad de la mujer que amaba.

Solo tendrían oportunidad de estar juntos cuando la policía diera con la banda que lo acosaba. No solo con los tres sicarios, también con el jefe. Hasta entonces debían de mantenerse alejados. Nadie debía verlos juntos ni vincularlos. La vida de Victoria dependía de ello.

Capilla del Monte, Córdoba Miércoles 17 de marzo de 1926

Siguiendo la rutina de cada tarde, Victoria sacó a pasear a sus mascotas. En el bolsillo de su falda, cual un tesoro, guardaba un papel doblado que había escrito la noche anterior y que obedecía a un plan que había elaborado para hacer llegar un mensaje a Martín. Necesitaba hablar con él. Necesitaba verlo.

Durante ese tiempo se habían evitado tanto como había sido posible, sin embargo, en sus deseos de saber de él, había echado mano de las tácticas más rebuscadas, como pasear por los fondos de su finca con el único propósito de verlo de lejos mientras él efectuaba las tareas propias de su actividad apícola. Pero esas miradas robadas desde la distancia ya no eran suficientes.

En tanto pasaba frente a la propiedad de Núñez, tuvo la precaución de mirar en todas direcciones para descartar ojos curiosos. En efecto, la calle a esas horas, estaba desierta.

Al percibir la presencia de sus cachorros, Flora y Gaspar, los perros Pastor Inglés de Martín, se acercaron a la cerca para olfatearlos. Victoria aprovechó esa oportunidad para sacar la nota que guardaba en el bolsillo. Simulando acariciar a los animales, con quienes en esos meses se había esforzado para que le tomaran confianza, la enganchó en el collar de Flora. Esperaba que Martín la descubriera.

Procurando comportarse de manera natural, tironeó de las correas de Pirata y Nieve para continuar con el recorrido. Regresó a su casa a tiempo para asearse y poco después recibir a una de sus clientas en su taller de costura. Después tomó el té con Ángeles y Juan en la galería del ala oeste de la propiedad.

—Tía, ¿ya pensó quién podrá ser el padrino de bodas? — preguntó Juan. Faltaban unos pocos días para que se llevara a cabo la celebración y solo les faltaba ese detalle. Para no correr riesgos, los preparativos se habían mantenido en el más absoluto secreto—. No quisiéramos molestarla pidiéndole que se ocupe de este tema, pero es que nosotros todavía no tenemos amistad con nadie en el pueblo y no sabríamos a quién convocar.

Después de su huida de Buenos Aires, Ángeles y Juan no habían vuelto a contactar con los Ferrés. La pareja había preferido esperar a que ella cumpliera la mayoría de edad y desposarse, de esa manera, ya no habría nada ni nadie que pudiera interceder en su unión, pues ni siquiera Wenceslao Baigorria ostentaba tanto poder. Pero mientras tanto, seguía latente el peligro de ser separados y de que Baigorria reclamara su derecho como prometido de

la joven.

Victoria no podía explicarse cómo era que su vida, de la noche a la mañana, se había vuelto de lo más rebuscada. Ocultaba en su casa una pareja de fugitivos y quien los buscaba era ni más ni menos que el hombre que a ella la había aterrado en su juventud. Por eso solo, debía ir por la calle cuidando de que no la siguieran y atenta a la llegada de gente que no fuera *habitué* del pueblo. Además, debía sumar la negativa de Martín de estar juntos, en apariencia, por un peligro que a él lo acechaba y respecto al cual se negaba a contarle.

Victoria se estaba agotando a raíz de tantas intrigas, misterios y secretos que la rondaban. Ella solo quería una vida tranquila, normal, con la gente que amaba. ¿Acaso su vida nunca podría ser así?

—Ustedes dejen el asunto del padrino en mis manos; en breve estará resuelto —les aseguró Victoria al cabo de unos instantes. Esperaba no estar equivocada. En el mensaje en clave que había enviado a Martín, le pedía encontrarse esa noche en el colmenar, donde le pediría ese favor.

—Gracias, tía. Le debemos tanto...

—Por favor, querido, ¿qué dices? No me deben nada, saben que para mí es una alegría que estén aquí.

—Lo que dice Juan es cierto, Victoria —acotó Ángeles con emoción en la voz. En ese último tiempo había estado más sensible de lo habitual—. La verdad es que no sé qué habríamos hecho sin usted, que nos abrió las puertas de su casa y nos refugió sin siquiera pedirnos explicaciones. ¿Cómo podremos pagárselo?

—Solo manténgase a salvo, es todo cuanto les pido —dijo, tomándolos de las manos y, para distender los ánimos, cambió el tema de conversación—. Y ahora cuéntenme, ¿qué es eso que planearon para la luna de miel?

—Queríamos recorrer Europa, pero justo ahora no es el momento para emprender un viaje tan largo. Así, pues, tuvimos que conformarnos con un destino más cercano —imprimió a sus palabras con una de sus sonrisas características, esas que le dibujaban hoyuelos y le iluminaban los ojos—. Hemos decidido que luego de la boda saldremos para Córdoba, donde pasaremos algunas semanas.

—Y aprovecharemos para comprar algunas cosas para el bebé —completó la futura mamá, ilusionada. No hacía mucho que el médico les había confirmado

su condición. La sonrisa le desbordaba el rostro—. Hemos preparado una lista larguísima, pues hay artículos que hasta aquí no llegan.

—Solo espero que podamos traer todo en el tren —secundó Juan, risueño y tan entusiasmado con las compras para el niño como su futura esposa y madre de su hijo—. Tía, ¿necesita que le hagamos algún mandado?

—No será necesario, Juan. Promediando el otoño tengo previsto viajar para comprar telas de temporada y algunos encajes que solo se consiguen en Córdoba Capital. Les agradezco el ofrecimiento, pero saben cómo soy, que me gusta ver y elegir yo misma los colores, texturas...

—Claro, tía.

—De todos modos, si vemos alguna tela bien bonita o alguna puntilla, podemos traérsela, Juan —sugirió Ángeles.

—Siempre que la elijas tú, mi amor. Sabes que en esos menesteres no soy muy ducho —ante esa mención, que hacía referencia a una anécdota acontecida a poco de conocerse, la pareja se sonrió cómplice. Juan se inclinó hacia su novia y la besó en los labios, con tanto amor que conmovía.

Victoria aprovechó ese momento para excusarse y dejarlos solos. Volvió a su taller de costura, donde se puso a trabajar para matar la ansiedad que le despertaba su próximo encuentro con Martín, que se concretaría si es que él había encontrado la nota que ella había escondido en el collar de Flora.

Sobre la mesa de trabajo desplegó el papel de moldería. En base a las medidas de su clienta, previamente tomadas y anotadas en un cuaderno, comenzó a trazar las líneas y curvas que daban forma al molde de una chaqueta corta y entallada. Cortó el patrón y lo clavó con alfileres sobre la tela de media estación color lavanda que su clienta había seleccionado. Una vez terminado, lo dejó en una caja para que al día siguiente Tiyana lo hilvanara.

Cerca de las ocho y media de la noche, cuando el delicioso olor de la comida invadía la casa, Ángeles le avisó que la cena estaba lista. A la chica le gustaba cocinar, y lo hacía muy bien pues su madre le había enseñado, por lo que había tomado la responsabilidad de hacerlo varias veces a la semana.

Después de cenar, entre todos levantaron la mesa y Victoria se ofreció para lavar los platos. Quería acelerar el momento de que los jóvenes se retiraran al dormitorio, pues ella tenía que salir de la casa y no deseaba dar explicaciones. Poco antes de las diez y media salió a hurtadillas hacia los fondos de su propiedad. En la soledad de la noche, con una luna que jugaba a las escondidas detrás de nubes espesas, no se escuchaban más que los sonidos propios de la naturaleza: el croar de las ranas y las aspas del molino que

giraban al compás de la brisa. A tientas siguió el camino que tantas veces había recorrido en su juventud para encontrarse con Martín cuando eran novios, y el mismo camino que, presa del impulso, había seguido la madrugada del primero de enero. Como cada vez, las mariposas revoloteaban en su estómago y los nervios le recorrían el cuerpo. De cara a un encuentro con Martín, se transformaba en una adolescente; aunque después, entre sus brazos, florecía con la pasión de una mujer adulta y experimentada.

Cuando ingresó en los dominios de Núñez, esta vez no temió que los perros pudieran agredirla. Durante más de dos meses, en sus tardes de paseo, había tenido el ingenio de desarrollar una especie de relación con los animales. A fuerza de hacerse ver, de hacerles carantoñas y de llevarles bocadillos suculentos, se los había ganado.

Y no se equivocó en sus suposiciones. Flora y Gaspar la encontraron a mitad de camino y la escoltaron, como si fueran sus ángeles guardianes, hasta el corazón del colmenar. Ese era el lugar que ella había marcado en su mapa improvisado como punto de encuentro con Martín. Al llegar, acarició las cabezas de los animales y les entregó su premio: unas albóndigas de carne que ellos devoraron en segundos. Después, permanecieron firmes a su lado.

Martín llegó uno o dos minutos después al punto de encuentro.

—Veo que ya te has ganado la fidelidad de estos dos —señaló en voz baja. Las noches serranas eran tan silenciosas que cualquier sonido, por minúsculo que fuera, destacaba delator.

—Oh, sí, yo diría que me aprecian. O que las albóndigas que les traigo les parecen más apetitosas de lo que podrían ser mis brazos —bromeó.

—¡Ay, Victoria! ¿Qué haces aquí? Es como si para ti todo fuera un juego.

—Te equivocas, Martín, mi vida nunca ha sido un juego. Ha tenido los más variados matices. Y ya me ves, hoy me encuentro transitando las aguas del espionaje, de los peligros... en fin. La vida es esto que se me presenta, y estoy dispuesta a vivirla hasta las últimas consecuencias.

—No quiero que te involucres en mis problemas.

—No te adelantes, que al referirme a peligros, no lo decía solo por los que te atañen a ti, que ya en casa tengo bastantes.

—¿Pero qué dices? —preguntó adoptando un estado de alerta—. ¿Qué es lo que sucede en tu casa?

—Tal vez no lo has notado, pero desde enero no vivo sola...

—Lo he notado —masculló—. Y debo confesar que al descubrir que había un hombre joven en tu casa, me he puesto bastante celoso.

Victoria reprimió una carcajada.

—¿Qué tonterías dices, Martín? ¡Ese muchacho tiene edad para ser mi hijo! — clamó. Los celos de Martín, aunque ridículos, le alzaban la autoestima hasta niveles insospechados—. De hecho, Juan es mi sobrino. Es el hijo de Clara y Wenceslao Baigorria.

—¿Wenceslao Baigorria? —inquirió con el ceño fruncido. Aunque a Victoria jamás le había caído en gracia, él le debía a Baigorria el haberla conocido tantos años atrás.

—El mismo. En fin, por lo visto, ese nombre me perseguirá hasta el final de mis días y nunca relacionado a situaciones buenas —mencionó con cierto matiz resignado en la voz. Entonces, porque le pareció justo hacerle saber a Martín en qué se metería de aceptar hacerle el favor que estaba a punto de pedirle, hizo un breve resumen de lo que había sido la vida de Clara, del descubrimiento hecho por Juan a través de las cartas de su madre y de la implicancia de Baigorria en todo el asunto.

—Lamento que tu hermana haya tenido que atravesar por situaciones tan difíciles. Realmente, la de ella fue una vida muy dura...

—Lo fue y, cuando a través de sus cartas Juan descubrió los detalles que ella le había ocultado, trazó un plan de venganza en contra de su padre y no hubo nada que lo hiciera desistir de llevarlo a cabo. Así fue que conoció a Ángeles Ferrés, la joven con la que convive, cuando ella todavía era la prometida de Wenceslao Baigorria.

—Y Juan le quitó la novia a su padre como parte de su plan de venganza — dedujo Martín.

—Él asevera que no fue esa su intención, que se enamoró perdidamente de ella y que entonces, ya no le importó vengarse de Baigorria.

—Pero hizo que ellos rompieran el compromiso, ¿o no?

—Bueno... en realidad —Victoria esbozó una mueca—, ellos huyeron.

—¡Ay, Victoria! ¿Qué me estás diciendo? ¿En qué lío te has implicado?

—Ángeles y Juan escaparon de Buenos Aires en enero y, desde entonces, Baigorria debe de estar buscándolos. En eso no tengo dudas dado que un hombre como él no está acostumbrado a perder y difícilmente pueda conformarse con un golpe tan duro a su orgullo. No digo a su corazón, pues nunca creí que ese hombre lo tuviera.

—Todos tenemos un corazón que late y que siente, Victoria; es lo que nos hace humanos.

—Pues, Wenceslao Baigorria es un demonio.

—Exageras. Hay quienes demuestran más que otros, pero sentir, sentimos todos.

—Hablas como Clara, ¿y mira a dónde la llevó dejarse llevar por sus creencias?

—Por lo visto, la llevó a seguir su camino. Por lo que me cuentas, sí, tuvo una vida dura; pero también amó hasta lo más profundo. Amar también implica hacer sacrificios —afirmó. Él lo sabía como nadie.

Victoria suspiró.

—¡Como sea! Lo importante ahora es que el 22 de marzo Ángeles y Juan podrán desposarse por fin y ya nadie habrá de separarlos. No lo han hecho antes por esperar a que ella cumpliera la mayoría de edad.

—Sí, es cierto, una vez desposados, legalmente no podrán interceder en su unión; serán libres.

—Así es. Además, Ángeles están encinta.

—Vaya...

Ante su acotación, Victoria alzó una ceja.

—¿No iremos a ponernos moralistas, no?

—¡Claro que no! Solo reafirmaba, con ese dato, que tú y tu familia deben mantenerse alejados de mí cuanto sea posible.

—Pero verás, te he citado para pedirte un favor, y es que oficies de testigo y de padrino de bodas. Te aseguro que nadie nos verá juntos más que el juez de paz por la mañana y más tarde, el párroco. Las ceremonias serán privadas y solo concurrirán los novios, nosotros dos y el juez de paz y el cura, cada uno en su ámbito. Por favor, Martín... Este es el último favor que he de pedirte, te lo prometo.

Martín inhaló una honda bocanada de aire.

—¿Este será otro paréntesis? —preguntó. Eso implicaba que antes y después de ese momento, la relación entre ellos no variaría.

—Te prometo que sí.

—Entonces acepto.

—¡Gracias, gracias! —clamó eufórica. Avanzó un paso como para abrazarlo; él la interceptó a mitad de camino para impedirlo. En cambio, Martín le tomó las manos en tanto negaba con la cabeza. En su mirada apasionada le dejó ver que se moría por recibirla entre sus brazos, pero primaba la inconveniencia de dejarse llevar. Acercó las manos a los labios y le besó los nudillos antes de soltarla.

—Ahora vete, Victoria, por favor —le rogó. Ella asintió con la cabeza y se

alejó en compañía de sus fieles custodios. Martín permaneció en soledad entre las colmenas, viéndola alejarse y llevarse un pedacito más de su alma.

23

Capilla del Monte, Córdoba Sábado 27 de marzo de 1926

Victoria había vuelto a utilizar el recurso del mensaje oculto en el collar de Flora para citar a Martín, esta vez en el cobertizo.

Luego de la boda de Ángeles y Juan, que se había desarrollado en el máximo secretismo y sin ningún inconveniente, los flamantes esposos viajaron a Córdoba mientras que Victoria y Martín habían vuelto cada uno a sus quehaceres.

Día tras día ella había luchado por respetar la decisión de él de no verse, pero lo extrañaba demasiado y, en su arenga por justificar su accionar, se había dicho que, sin riesgos, rara vez podían concretarse los sueños.

Había salido de su casa pasadas las diez de la noche y el camino lo había recorrido a ciegas pues la noche estaba cerrada, sin luna. Flora y Gaspar la habían interceptado en cuanto cruzó la alambrada y la habían acompañado hasta la construcción.

Frente a la puerta, Victoria palpó la madera en busca del picaporte de hierro y empujó con suavidad hasta abrir. Una vez dentro, volvió a cerrar a su espalda. El cobertizo permanecía oscuro. Calculó que todavía podrían faltar unos quince o veinte minutos para la hora de la cita, por lo que supuso que Martín no había llegado. Ignoraba si la disposición del mobiliario seguía siendo la misma, la oscuridad era absoluta por lo que no alcanzaba a distinguir nada allí dentro. El olor del recinto, sin embargo, permanecía tal como lo recordaba: un exótico buqué compuesto por madera y miel que le erizó la piel y le aguzó los sentidos al retrotraerla a álgidos momentos de su pasado.

A ciegas avanzó algunos pasos hacia la izquierda. Seguía sin ver nada; la vista aún no se le había acostumbrado y, al no haber luna, ni siquiera se filtraba luz del exterior entre las rendijas. Encender un farol lo descartó de

plano dado que ignoraba dónde podrían estar ubicados los enseres.

Victoria se detuvo cuando percibió movimiento a su derecha. La adrenalina se le disparó a gran escala, lo que provocó que empezara a respirar con agitación. Se preguntó si la presencia correspondía a Martín; también podía tratarse de un intruso o de alguna serpiente, que solían escabullirse por cualquier hendidura. Con el corazón latiendo acelerado, hizo el intento de voltear hacia allí cuando unas manos fuertes tomaron sus brazos y la giraron hacia el lado contrario. Por espacio de unos segundos, se quedó sin aire.

Cuando él la hizo avanzar, los pasos pesados se transformaron en el sonido predominante. Victoria quedó de cara a la pared. Con una mano, él se sostuvo de la madera, con el otro brazo le rodeó a ella la cintura con posesividad hasta pegarle la espalda a su torso macizo. Esa misma mano trepó hasta capturarle un pecho y Victoria tuvo que buscar apoyo para que no se le aflojaran las piernas. Dejó caer la cabeza hacia atrás hasta alcanzar el hombro masculino. Él dejó de sujetarse para buscar el ruedo de la falda y, con una caricia febril, trazó un camino ascendente por el interior de sus piernas.

—Me vuelves loco, Victoria —le susurró Martín con voz ronca contra la piel del cuello—. No debemos estar aquí, sin embargo sé que de alejarme de ti, moriría. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo hacer para mantenerte a salvo? —preguntó con desesperación ante la encrucijada en la que se habían transformado sus pensamientos: deseo y razón batallaban y estaban a punto de desquiciarlo.

—Ámame, Martín. Solo ámame —le pidió ella. Se revolvió entre sus brazos hasta quedar frente a él. Le tomó el rostro entre las manos y buscó que sus frentes quedaran apoyadas una en la otra. Martín tuvo que inclinar el torso pues le sacaba diferencia en altura—. ¿Qué puede ser más mortal para mí, mi amor, que estar lejos de ti? ¿Acaso no entiendes que este tiempo en el que estuvimos alejados no ha sido vida?

—Si supieras a lo que me enfrento, Victoria...

—Lo sabré si me lo cuentas. ¿Son esos hombres del Ford T, verdad?

—Es más seguro para ti que no sepas nada. Esta gente es capaz de los delitos más viles.

—Si estamos juntos, seremos más fuertes para hacerles frente.

—Ahí es donde te equivocas. Si descubren lo que siento por ti, a sus ojos me volveré vulnerable —expresó con rabia contenida.

—Ven, Martín —Victoria lo tomó de la mano y lo guio hasta la mesa de trabajo, un poco a tientas y otro poco gracias a que la vista se le había acostumbrado a la oscuridad y podía distinguir ciertas formas—. Será mejor que me lo cuentes todo.

Martín tomó a Victoria por la cintura y la levantó hasta sentarla en la mesa de trabajo. Él quedó frente a ella, entre sus piernas. Le acarició la cara, los cabellos, los laterales del talle, como si quisiera grabar en su tacto las formas amadas. Esas formas que se negaba a perder, que temía perder. Inhaló en profundidad antes de comenzar su relato.

—Desde hace meses que recibo amenazas de estos sicarios. Quieren comprarme la propiedad, aunque comprar es una forma demasiado refinada para llamar a la estafa que planean perpetrar. Me ofrecen una suma ridícula y, por supuesto, no aceptan negativas —resumió—. Sé que, como parte de su accionar extorsivo, provocaron el incendio en el que murió mi madre y, cuando se les terminaron los objetos de extorsión, ya no les quedó más que amenazar con matarme. Eso no me importaba demasiado pues de ejecutar sus amenazas, se quedarían sin las tierras que quieren. Pero desde que llegaste, todo cambió. Por ello es preciso que no nos vinculen; de hacerlo, serían capaces de torturarte... de matarte, con tal de conseguir de mí lo que quieren.

—Por lo que me cuentas deduzco que a esta altura, si no han logrado doblegarte a pesar de todo, han de saber que si me matan seguirán sin alcanzar su objetivo.

—De solo imaginarlos poner un dedo sobre ti, se me hiela la sangre —proclamó con vehemencia. Tenía las manos enterradas entre los cabellos femeninos y con besos apasionados le recorrió el lateral del rostro—. No puedo vivir así, Victoria. Ya no duermo pues cierro los ojos y las pesadillas me acosan. Quiero protegerte. Quiero mantenerte a salvo, pero no sé cómo hacerlo más que manteniéndote lejos de mí.

—Pero yo no quiero. No me sobreprotejas, Martín. Deja que sea yo quien decida. Déjame pelear esta guerra a tu lado. No nos harán más vulnerables, te lo juro.

—Mi preciosa y valiente Victoria. Ojalá pudiera obedecerte —lamentó. Se apartó de ella, cabizbajo—. Pero no puedo ponerte en peligro. Perdóname, pero no puedo.

—¡Martín! —clamó Victoria, presa de una repentina sensación de pánico que la llevó a sostenerlo con ambas manos de la pechera de la camisa—. ¿Qué estás diciendo?

—Que todo debe seguir como hasta ahora. Tú y yo no somos nada, Victoria. No hay nada que nos una.

—¡Eso es mentira! —clamó Victoria con rabia. Alzó el rostro hacia él, desafiante aunque con lágrimas en los ojos—. ¿Que no hay nada que nos una, te atreves a decir? ¿Eres capaz de llamar *nada* a este deseo que nos desborda por los poros cada vez que estamos juntos? ¿Por *nada*, entonces, es que tu corazón y el mío laten así, como si fueran a escapársenos del cuerpo para ir al encuentro del otro? ¿Llamas *nada* a este amor que ni siquiera pudo ser destruido por el dolor de encontrarnos separados durante tres décadas? ¿Cómo te atreves, Martín? ¿Cómo te atreves, siquiera?

Martín se inclinó sobre ella, intimidante, y al hablar acentuó sus palabras con ademanes firmes para puntualizar.

—No hablaré ahora de sentimientos pues carece de sentido. Que nada nos une es lo que esa gente debe creer, ¿me oyes? Eso es lo que les haremos creer, y tú no volverás a hacer nada que ponga en evidencia lo contrario. ¡Y por Dios que lo digo en serio, Victoria! Esta vez no haré concesiones. De ahora en más, te prohíbo que te acerques a esta propiedad. No vuelvas a citarme por ningún medio y bajo ninguna circunstancia porque no acudiré, no hasta que la policía desbarate a esta banda.

—Tu decisión es injusta —refutó ella con angustia creciente.

—Es mi última palabra —aseveró. Su corazón sangraba, pero debía anteponer la seguridad de Victoria y, si ella estuviera cerca, él no podría resistir la tentación; ya lo había comprobado—. Entiende, Victoria, si estos encuentros se volvieran una costumbre, sería mucho más fácil caer en un error y quedar en evidencia ante este grupo de mafiosos. Lo más sensato, aunque el corazón nos duela, es mantener las distancias, y sin excepciones.

—Martín, mi amor, recapacita —le rogó ella, buscando sus labios.

Él la rechazó con firmeza, se soltó de su agarre y se alejó hacia la puerta. De inmediato sintió el vacío; aun así, se obligó a sentenciar:

—Entre nosotros no puede haber más paréntesis —dicho esto, Martín abrió la puerta y desapareció al abrigo de la oscuridad nocturna.

Enfadada y herida en partes iguales, Victoria bajó de la mesa de trabajo y salió del cobertizo. Corrió a través de la finca acompañada por Flora y Gaspar, quienes todo el tiempo habían estado custodiando la puerta.

Martín la siguió a cierta distancia, la justa para no ser visto, pero para asegurarse de que ella regresara a casa a salvo.

—Iré por ti cuando seamos libres —le prometió, aunque ella no pudiera

escucharlo. Solo esperaba que esa libertad fuese mucho más que una quimera.

Capilla del Monte, Córdoba Miércoles 14 de julio de 1926

—Se te acaba el tiempo, Núñez. Mi jefe ya se cansó de tus dilaciones. Martín había sido interceptado por el grupo de mafiosos en la calle, en los fondos de la finca, mientras reparaba la alambrada. El matón que parecía ser el líder de ese trío, le asentó un manojito de papeles y una pluma sobre el pecho en tanto le advertía:

—O firmas el boleto de compra venta, o tu casa aparecerá quemada hasta los cimientos y contigo dentro.

Martín se sacudió al matón y al manojito de papeles, que se dispersó por el suelo. Tras la cerca, Flora y Gaspar enseñaban los dientes.

Los perros, que a simple vista podían parecer dóciles y de aspecto simpático debido a su espectacular pelaje largo, habían sido adiestrados como perros guardianes lo que, sumado a su agilidad y gran porte, los convertía en peligrosos para quien osara querer hacer daño a su dueño. Ignorando esto, otro de los sicarios, el que tenía una marcada cicatriz en el labio superior, les arrojó una piedra. Los perros se lanzaron contra la alambrada, dispuestos a todo. El delincuente rio complacido ante la impotencia de los animales.

—No firmaré, ya se los he dicho. Y si no se van de mi propiedad de inmediato, les juro que soltaré a los perros.

—No te nos hagas el gallito, Núñez —lo apuró el tercero, quien se colocó la mano en la cintura adrede para alzar el saco a rayas y dejar a la vista la pistola que llevaba. Al parecer, quería compensar su corta edad con bravuconería—. Abre el cerco, nomás, y verás cómo quedan esos dos.

—Mira, Núñez —intervino otra vez el líder—. Acabas de perder un cargamento de mercadería —hacía referencia al último atentado que había sufrido la apícola.

Días atrás, el camión que transportaba cinco toneladas de miel hacia Córdoba para allí ser subidos al tren de carga que los llevaría hasta el puerto de Buenos Aires para ser exportados, había sido abordado en la carretera y desvalijado por completo.

—Esto me hace suponer que tus finanzas empiezan a tambalear... Si no firmas esos papeles, para fin de año estarás tan arruinado que tendrás que vender la empresa por menos de lo que mi jefe te ofrece ahora —elucubró otro.

—No siempre podrán obrar impunemente —aseveró Martín con los dientes apretados.

El matón inhaló en profundidad y miró hacia ambos lados de la calle antes de propinarle al apicultor un golpe en la boca del estómago. Sin aire, Martín cayó de rodillas al suelo pedregoso. El sicario no esperó a que se recuperara, lo tomó de la pechera y, esquivando los intentos de su víctima por liberarse, se abalanzó sobre él.

—Ni te imaginas el alcance que tenemos —refutó con soberbia.

—¡Ey! ¿Qué pasa ahí? —gritó Juan en tanto saltaba la alambrada de su finca. Minutos antes echaba abono y revisaba el sembrado de trigo que había plantado en junio en la última hectárea de la propiedad Llorca, cuando escuchó el alboroto de perros al otro lado de la calle. Grande había sido su sorpresa al acercarse al límite de sus terrenos y descubrir que su vecino Martín Núñez estaba siendo agredido.

El bravucón hizo amague de sacar la pistola ante la repentina aparición del joven, pero fue detenido a tiempo por el líder. Este hizo señas con la cabeza a los otros dos para que abordaran el automóvil. Antes de eso, el sicario de la cicatriz recogió los papeles y la pluma del suelo.

—Nada, nada. No pasa nada —minimizó el asunto—. Nosotros ya nos íbamos —dijo, luego volvió a dirigirse a Martín—. Ya volveremos, Núñez, pero en la próxima no la vas a sacar tan barata.

Los sicarios subieron al Ford T y se alejaron raudos, no sin antes tomar nota mental del vecino de Núñez y de que ambos tenían perros de la misma raza, que por cierto, no era tan común de ver por la zona. Si bien podía tratarse de una cuestionable coincidencia, el líder del trío sabía que nada podía ser dejado al azar y alertó a los otros dos de estar atentos para descubrir cualquier vinculación entre las dos familias. Dedujo que tal vez Núñez, después de todo, no estaba tan solo en el mundo como aparentaba.

—¿Martín, se encuentra bien? —preguntó Juan mientras ayudaba a su vecino a ponerse de pie.

Martín inhaló una honda bocanada de aire antes de responder. Con la mano derecha se presionaba la boca del estómago para aliviar el dolor.

—Sí, Juan, estoy bien —negó con la cabeza. Se sentía preocupado—. ¡Demonios! ¡No deberías de haber intervenido! Este asunto puede tener feos

consecuencias.

—¿A qué se refiere? ¿Quiénes eran esos tres?

—Gente sin escrúpulos.

—Iban armados, al menos uno de ellos —acotó el joven.

—Seguro los otros dos también —Martín suspiró, abatido—. Mira, Juan, no me gusta nada involucrarte en este asunto, aunque por lo visto, lo has hecho solo y tendremos que actuar en consecuencia por tu seguridad. Esa gente es peligrosa y comprendería si te negaras a declarar ante la policía. Sin embargo debemos ponerlos sobre aviso, además, esta es la primera vez que hay testigos de su accionar e imagino que esta información sería útil para que puedan avanzar en el caso.

—¡Faltaba más, don Martín! ¡Vayamos ahora mismo a la comisaría! Esa gente no es de por aquí, pero no debe de estar muy lejos. Si nos apuramos un poco, tal vez la policía pueda seguirles el rastro.

Durante la declaración, Juan, que siempre había sido muy observador, aportó datos interesantes a la causa, como modelo, patente y señas particulares del vehículo. También hizo una descripción detallada de al menos dos de los sicarios, con lo que en la comisaría pudieron hacer un retrato bastante aproximado de ellos y tener una idea de los rasgos del tercero. Por telégrafo se dio aviso a otras comisarías de la reciente información para que estuvieran atentos en caso de ver a alguno de los sujetos. Martín también consiguió que la policía le asegurara mayor custodia para él y para los Llorca.

—Juan, si bien te pediré que estés alerta por la seguridad de tu familia, preferiría que a Victoria no le comentes nada de lo sucedido esta tarde —le pidió Martín cuando salieron del destacamento policial. Viajaban en el automóvil de Núñez.

—No se preocupe, Martín, lo que menos quiero es angustiar a las mujeres de mi familia; tanto más en el estado de mi esposa. Eso sí, debemos mantenernos en contacto y atentos para hacer frente a cualquier eventualidad.

—Claro que sí, Juan. Una vez más, deja que te agradezca por lo que has hecho hoy...

—Nada que agradecer, hombre, por favor; para eso estamos los vecinos.

Se despidieron, a pedido de Juan, donde se habían encontrado. Prefería ingresar a la casa desde los fondos de la finca y así no tener que dar explicaciones por su ausencia.

Cuando Juan entró al comedor, encontró a Ángeles y a Victoria entretenidas revolviendo bolsas de las que sacaban telas, puntillas, hilos y lentejuelas entre

otros enseres. Gracias a la distracción, las mujeres no lo habían echado en falta.

—Mira, mi amor, qué hermoso el saquito que Victoria ha comprado para nuestro hijo —clamó la joven, alzando la prenda de hilo color blanco ante los ojos de su marido. Su tía había estado todo el día en la Ciudad de Córdoba haciendo compras.

—Es tan... pequeñito —opinó Juan. No tenía gran experiencia con bebés más que haber visto a Glorita Costa, la hija de su mejor amigo Santiago, por lo que podía decirse que todo resultaba nuevo para él—. ¿Creen que le entrará a nuestro hijo? —preguntó. Juan intuía que sería un niño.

—Claro que sí, mi amor. Este saquito es acorde para niños recién nacidos e incluso para los primeros meses.

—Si tú lo dices... —a él seguía pareciéndole una miniatura, lo que conllevaba a pensar en lo frágil que sería la criatura que cupiera allí dentro.

—Este bebé será un consentido —reconoció Victoria, a quien le hacía especial ilusión la llegada del niño.

Al haber perdido la oportunidad de tener sus propios hijos, ese pequeño le brindaría a Victoria la gracia de ser testigo y de acompañar sus logros y crecimiento. Además, Ángeles y Juan le habían pedido que fuera la madrina de bautizo. ¡Deseaba tanto ya tenerlo entre sus brazos!

Victoria les mostró a los futuros padres los demás obsequios que había comprado para su ahijado: colonias, telas para confeccionar batitas y baberos, otras para hacer trajecitos de paseo y para entrecasa... y así, los objetos siguieron acumulándose sobre la mesa.

—¡Pero tía! ¿Ha dejado algo en las tiendas de Córdoba o se lo ha traído todo usted? —inquirió Juan, enternecido al ver la mirada brillante de ilusión de Victoria. Esa mujer ocupaba un lugar imprescindible en su vida y sabía que también sería así en la vida de su hijo.

—Ya les avisé que ese pequeño será un consentido y, bueno, confieso que seré una de las personas que más lo mime.

Los tres rieron con sus palabras, que sabían, serían ciertas. Y así, entre charlas y planes, y después la cena, la hora pasó volando.

Antes de retirarse a dormir, Victoria salió un rato a la galería del ala este, desde donde alcanzaba a ver la figura del Cerro Uritorco recortada contra el cielo. Las estrellas brillaban con gran intensidad, anunciando que el siguiente sería un día radiante, límpido. Soplaba una brisa fresca; olía a sierras, a paraíso... Olía a su lugar en el mundo.

A nueve meses, Victoria no tenía dudas de haber obrado bien cuando ese veintinueve de octubre del año anterior, frente a la sepultura de sus padres, había tomado la decisión de regresar a Capilla del Monte. Como tampoco dudaba de la decisión que había tomado esa misma tarde mientras paseaba por la Ciudad de Córdoba...

Ciudad de Córdoba Doce horas antes

Victoria se había detenido un momento en la plaza San Martín, frente al Cabildo Histórico de Córdoba, para acomodar las bolsas que contenían las compras que había hecho durante toda la mañana. Aprovechaba la sombra de un carolino, sentada en uno de los bancos de madera y metal con respaldos trabajados en estilo victoriano, ubicado cerca del monumento erigido en honor del Libertador. De una de las bolsas sacó un pequeño pantaloncito que desplegó sobre su falda. Al hacerlo, una sonrisa enorme le iluminó la cara y los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción ante la perspectiva de ese futuro maravilloso que la esperaba viendo criarse al hijo de su sobrino.

—¿Victoria? ¡Ya sabía yo que volveríamos a vernos!

Al oír que alguien la llamaba, Victoria alzó el rostro. Se encontró con el de Lorenzo Baldassare inclinado sobre ella. Frunció el ceño.

—¡Lorenzo! ¡Qué sorpresa verlo por aquí!

—Lo mismo digo. ¡Qué grata sorpresa y qué placer este encuentro! —exclamó. Se quitó el elegante sombrero y buscó la mano femenina para llevársela a los labios. Después, sin esperar invitación, Baldassare se tomó el atrevimiento de ocupar el lugar que en el banco quedaba libre junto a ella.

—Pero cuénteme, Victoria, ¿qué hace aquí?

—He venido a hacer compras, algunas personales y otras para mi taller de Alta Costura —le contó ella sin explayarse demasiado. Guardó el pantaloncito en la bolsa y, condescendiente, le preguntó—: ¿Y usted?

—Estoy aquí por trabajo, ya sabe...

—¡Claro que sí, representando a La Argentina!

—La mejor compañía de papel del país —acotó él en tono de guasa, y rieron juntos—. Lo cierto es que vengo a Córdoba con bastante frecuencia. ¡Si supiera las veces que he guardado las esperanzas de volver a encontrarla en el tren! Jamás imaginé que nuestro encuentro se daría en la plaza.

—En fin... culpemos a las vueltas del destino, ¡porque mire que volver a

coincidir sin planearlo! ¡Si es de no creer!

—Sin planearlo puede ser; pero no por falta de deseo, al menos de mi parte —añadió al ver que ella se inquietaba—. Pero cuénteme, ¿cómo van sus cosas? ¿Sigue en Capilla del Monte? ¿Consiguió todo cuánto buscaba?

—¡Cuántas preguntas! —clamó ella entre risas—. Mis cosas van muy bien: he logrado encontrarme a mí misma, hacer cosas por y para mí, y he abierto mi propio taller de Alta Costura, ¡hasta tengo una empleada! A su segunda pregunta: sí, sigo en Capilla del Monte. Y a la tercera pregunta: estoy en eso.

—Mmm, no lo hubiese sospechado, pero en base a sus respuestas, deduzco que *eso* que falta está relacionado con su antiguo amor, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¡Pero qué extraño! ¡Juro que cuando nos despedimos, estaba seguro de que su relación amorosa sería lo primero que se resolvería! —aseveró él.

Victoria frunció el ceño dado que ella siempre supo que esa parte de su vida sería la que más le costaría recomponer. No entraría en detalles con Lorenzo, sin embargo sentía curiosidad por conocer en qué basaba él su observación.

—¿Por qué lo dice? Yo podía haber estado muy dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, pero recuerde que del otro lado de esta historia estaba Martín, que es la persona que más he lastimado en el mundo.

En lugar de responder, él formuló otra pregunta:

—¿Acaso él tiene esposa?

—No, no está casado.

—Entonces, querida Victoria, no veo cómo ese hombre aún no ha vuelto con usted.

—Tiene sus motivos...

—¡Qué motivos ni ocho cuartos! Si ese hombre estuvo tan enamorado, debería de haber corrido a sus brazos.

—Sigo sin comprender su afirmación. ¿Por qué Martín habría de haberme perdonado? ¿Por qué, siquiera, debería seguir sintiendo algo por mí después de casi treinta años?

Lorenzo se inclinó hacia ella.

—Simple y sencillamente, querida Victoria, porque usted es una mujer inolvidable.

Victoria bufó y se apartó de Baldassare. Ese hombre era un seductor nato y, si bien meses atrás sus atenciones la habían halagado y hasta habían despertado en su cuerpo sensaciones que durante décadas habían permanecido dormidas, ya no era así. En esta ocasión, su cercanía y sus modos la incomodaban.

Lorenzo fue consciente de que en Victoria algo había cambiado. Ella ya no era la mujer vulnerable y llena de incertidumbre con la que había coincidido en el tren; esa que había llorado en su hombro y a la que le había robado un beso. Victoria había florecido y se había convertido en una mujer segura de sí misma, incluso consciente de su poder de seducción, pues sus modos se notaban en extremo cuidados para no dar lugar a malos entendidos o situaciones incómodas.

Ante su rechazo, Baldassare de inmediato volvió a su sitio.

—¿Y lo seguirá esperando?

—Sí, lo esperaré el tiempo que sea necesario.

Lorenzo asintió con la cabeza y, cuando volvió a hablar, lo hizo fiel a su estilo aunque intuyendo la respuesta que ella le daría. Se obligó a sonreír.

—Entonces, debo entender que en su vida, respecto al amor, no hay lugar para bifurcaciones, ¿verdad?

—Así es, Lorenzo. Ya no tengo dudas. No importa el tiempo que me lleve recorrer este camino ni los obstáculos que pueda encontrar al andar. Sé, con total convencimiento, que el hombre al que amo y deseo está en ese camino, no en una bifurcación.

—Debo reconocer, querida Victoria, que nunca me habían rechazado con tanta clase —bromeó él. Ella sonrió y negó con la cabeza, a lo que Lorenzo agregó —: Pero al menos, esta bifurcación puede darse por satisfecha de haber logrado arrancarle una sonrisa.

—¡Tiene cada ocurrencia! —exclamó divertida.

—Imagino que aquí es cuando nos despedimos —señaló él, que sabía cuándo una batalla estaba perdida de antemano.

—Así es, Lorenzo. Le deseo una buena vida.

—Y yo a usted, Victoria —le dijo y tomó su mano para besarla. Mirándola a los ojos, completó—: Quiero que sepa que no mentía cuando dije que es una mujer inolvidable.

Victoria desvió la vista. Él la soltó.

—Si cambia de opinión y acepta correr el riesgo conmigo, estaré en Córdoba dos días más. Me encontrará en el hotel que está aquí a la vuelta... Hasta entonces, guardaré las esperanzas de volver a verla.

—No iré a buscarlo, Lorenzo —le aseguró ella. Él sonrió en tanto afirmaba con la cabeza.

—Lo sé, pero no sería yo de no haberme arriesgado —se puso de pie y, con el sombrero sobre el pecho, se inclinó a modo de saludo—. Adiós, mi querida

Victoria.

—Adiós, Lorenzo.

Horas después, Victoria había abordado el tren hacia Capilla del Monte, convencida de haber tomado la decisión correcta.

25

Capilla del Monte, Córdoba Viernes 10 de diciembre de 1926

—Tela para pañales, harina, azúcar... —apuntaba Ángeles en una lista. Se detuvo a pensar mientras aprovechaba para mover el cuello a un lado y al otro con intenciones de aflojarlo—. ¿Qué otra cosa tenía que comprar?

Juan se acercó a su esposa, le apoyó las manos en los hombros y comenzó a masajearse los. Ella suspiró de placer.

—¿Así está bien? —le susurró al oído.

—Mmm... un poquito más —le pidió ella con los párpados cerrados y lo oyó sonreír. Soltó el lápiz para acariciarle a él las manos. Las palmas de Juan se sentían algo ásperas debido al trabajo que realizaba en el campo. Desde su llegada a Capilla del Monte, se había dedicado a trabajar la tierra de la finca. El trigo que había plantado en junio ya pronto estaría listo para ser cosechado—. Te compraré alguna crema para las manos.

—La crema, prefiero comerla —repuso risueño—. ¡Y si es catalana, mucho mejor!

—Bueno, te prepararé tu postre favorito; pero también te compraré la crema para las manos y deberás ponértela para evitar que la piel se te agriete, ¿de acuerdo?

—Esas son cosas de mujeres —bufó.

—Y de hombres con manos percutidas por el trabajo también —replicó ella, volvió a su lista—: ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Crema para las manos de Juan —se aseguró de resaltar bien el nombre y volteó apenas el rostro para verlo sonreír—. Y porque se lo ha ganado, huevos y leche para la crema catalana.

Juan la besó en la coronilla.

—Seguiré revisando estos documentos —indicó en tanto volvía al lugar que había ocupado antes, al otro lado de la mesa, frente a su esposa.

—¿Cómo vamos con eso? —quiso saber la joven.

—Bien, no te preocupes. Estoy seguro de que en el municipio no encontrarán ninguna objeción cuando presentemos el proyecto.

Los esposos habían decidido iniciar las gestiones para abrir un comedor comunitario para niños de menores recursos. Contratarían a una cocinera y Ángeles se encargaría de preparar bizcochuelos, bollos de grasa y facturas para los desayunos y meriendas; la cocina era una de sus aficiones. También buscarían una maestra para que ayudara a los niños con las tareas escolares. Ese siempre había sido el anhelo de Ángeles y Juan estaba dispuesto a que ella pudiera cumplir su sueño.

—Yo ya estoy, Ángeles; si quieres nos vamos ahora —expuso Victoria. Vestía un traje sastre color azul y cargaba una carterita a juego cerca del pliegue del codo.

—Un momento más y estaré con usted, Victoria.

—Sí, querida, por mí no te apures que tenemos tiempo de sobra. Te espero en la puerta.

Como tantas otras veces, Ángeles y Victoria caminarían hasta el pueblo para hacer compras. Ambas se sentían a gusto con esas salidas de mujeres tal como las habían denominado, en las que mantenían largas charlas. Intercambiaban opiniones acerca de moda, de recetas, y en ocasiones también visitaban a alguna vecina para tomar el té. Esa tarde las convocaban los preparativos para el bautismo del nuevo miembro de la familia.

Laureano Llorca llegó al mundo el siete de octubre de 1926 y desde ese día se convirtió en el centro de la familia; padres y tía se desvivían por el niño. La dicha no podía ser más grande, se sentían plenos y rebosantes de amor.

Según marchaba el planeamiento, podía preverse que la ceremonia religiosa sería un gran acontecimiento social en el que, no solo la familia, también algunos vecinos, se habían involucrado. Victoria se encargaría de confeccionar el traje del pequeño; Ángeles, de la torta y de los postres; en tanto dos muchachas con quienes la joven había congeniado muy bien, se harían cargo de los platos salados, y así, la lista se tornaba interminable.

—Debemos encargar las participaciones de bautismo —señaló Ángeles.

Al oírla, Juan alzó el rostro y se quedó mirando un punto fijo. Al pensar en las estampitas, Juan añoró sus años en la imprenta, ese mundo en el que se obraba magia, donde las letras de plomo se convertían en palabras... Lo añoró tanto,

que supo que no era a las finanzas a lo que ansiaba dedicarse el resto de su vida, sino a la imprenta.

Se miró las manos, ya no las tenía impolutas como lo habían estado durante ocho años, mientras él se dedicaba a codearse con la alta sociedad y a hacer transacciones comerciales; las tenía ajadas por trabajar la tierra. No renegaba de ello, solo que en ese momento se dio cuenta de que deseaba volver a tener los dedos manchados de tinta, que ese olor tan característico, sublime combinación de tinta, papel y nafta, se le impregnara en las fosas nasales. Deseaba crear, comunicar. Tenía un don para los números, no iba a negarlo, no obstante lo suyo eran las palabras. El rostro se le iluminó con una sonrisa cuasi infantil.

—Sea lo que sea eso tan maravilloso que ha causado que sonrías así, aférralo con fuerza, no lo sueltes.

Al oír la voz de su esposa, Juan pestañeó.

—Ángeles, no sé si acaso se trate de una locura, de un sueño.

—Es evidente que su solo pensamiento te hace feliz —le dijo ella, tomándolo de la mano—. Y eso es motivo suficiente para que le des alas y lo conviertas en realidad. ¿De qué se trata?

—Una imprenta. —Volvió a mirarse las manos y una vez más a su mujer—. No fue hasta ahora que me di cuenta de que lo añoraba tanto... de que lo deseaba tanto. ¿Crees que sería posible, aquí, en este pueblo?

—¿Por qué no? ¡Claro que sería posible! —lo alentó ella.

—Tal vez podría fundar un pequeño periódico local... ¿Qué dices?

—¡Que me parece maravilloso! Que si te hace feliz, debes llevarlo adelante.

—Gracias por alentarme con esta locura.

—¿Y tú lo dices? —Con ojos emocionados, Ángeles miró los formularios para gestionar el comedor comunitario—. ¡Tú alientas las mías! Hacemos un buen equipo. —Se estrecharon las manos con fuerza—. Podremos hacerlo, mi amor.

—Entonces... ¿Seguimos cumpliendo nuestros sueños, juntos? —le preguntó él, deseando la perpetuidad.

—Sí, Juan, así será siempre. Siento que, si estás conmigo, todo es posible —suspiró en tanto se ponía de pie—. Y ahora debo irme, pobre Victoria hace como un cuarto de hora que me espera en la puerta.

—Ve tranquila. Pero luego no vengas caminando con todos los paquetes de la compra, tomen un coche —sugirió él.

Ángeles asintió frente al espejo mientras se acomodaba el gorrito *cloché*. Juan

ya había acomodado a Laureano dentro del coche de paseo y cuando Ángeles tomó su cartera, él la acompañó hasta la puerta empujando el cochecito. Los despidió con un beso antes de volver a la casa para terminar de trabajar en los documentos que tan ocupado lo habían mantenido y también para empezar a idear el proyecto de la imprenta.

* * *

—Necesito cintas, botones y el género para el vestido de cristianar de Laureano —indicó Victoria. Faltaba poco para que llegaran a la plaza San Martín, desde allí tomarían la diagonal Buenos Aires, principal arteria del trazado urbano, que llegaba hasta la estación del ferrocarril—. ¿Entonces te ha gustado ese modelo sin tantos volantes que vimos en la revista de figurines?

—Sí, al no ser recargado me parece el más apropiado para un niño, aunque no me convence el uso del satén... Preferiría una tela mate.

—Entonces podría confeccionarlo con algodón, que es suave y sin brillo, y quedará muy bien con los detalles de encajes y bordados.

—¡Oh, me parece perfecto!

Victoria volteó el rostro. Frunció el ceño. A pesar de que aún tenía la impresión de que alguien las seguía, no alcanzó a ver a nadie sospechoso.

—Buenas, doñitas —las saludó don Mateo. Ellas pasaban por delante de la verdulería cuando él acomodaba cajones de frutas en la puerta del negocio.

—Buenas tardes, don Mateo —respondieron las mujeres. Al llegar a la esquina, Victoria volvió a darse vuelta. Frustrada, murmuró—: ¡Demonios!

—¿Qué sucede, Victoria?, la noto inquieta —quiso saber Ángeles, que también miró hacia atrás, sin saber a ciencia cierta qué buscaba su tía política.

—Nada... tal vez no sean más que imaginaciones mías —dijo, aunque algo en su interior le advertía que no se trataba de eso—. No me hagas caso, Ángeles, creí que alguien nos seguía; pero ya ves, no ocurre nada extraño. Ven, entremos a la retacería y ya verás que ahí dentro se me pasa todo.

Ya de regreso de hacer las compras y después del almuerzo, Victoria llevó consigo a Laureano hasta la casa de su amiga Francisca pues Juan le había pedido un momento a solas con su esposa con el objeto de mantener una conversación que tenían pendiente. Regresó horas después. Se notaba que el

matrimonio había discutido, no obstante, Victoria imaginó que no les duraría mucho el enojo. Esos dos se amaban demasiado, por lo que le restó importancia al incidente.

Lunes 13 de diciembre de 1926

Antes de internarse en su taller, Victoria decidió sacar a pasear a los perros. Desde hacía varios días los notaba inquietos. Si debía ser sincera, ella misma se sentía presa de un estado de alarma que la llevaba a adoptar una constante actitud paranoica. En su fuero interno, temía que sus presagios y la sensación de que alguien los estuviera vigilando se relacionaran con los sicarios que rondaban a Martín.

Martín no había dado el brazo a torcer y en todo ese tiempo la había evitado por lo que Victoria ignoraba si la policía había avanzado en la investigación de su caso. Lo máximo que podía relacionar al respecto era haber visto con frecuencia a los uniformados rondar las calles cercanas.

Imposibilitada de mantenerse al margen, Victoria se encaminó para dar una vuelta por la finca de Núñez en busca de señales de esa gente. No fuera cosa que Martín estuviera en peligro y ella sin siquiera enterarse.

Rodeó todo el perímetro de la propiedad, sin embargo no vio nada extraño. Decidió entonces continuar el paseo con dirección a la estación del ferrocarril y después seguir el recorrido de las vías del tren hasta los tres puentes. Allí bajaron hasta el río, donde Pirata y Nieve aprovecharon para refrescarse. Ese día, el calor era insoportable, pero había nubes espesas en el cielo, señal de que llovería. De tanto en tanto soplaba una fuerte brisa que traía consigo olor a tierra mojada que anticipaba la tormenta.

Victoria decidió volver pronto, en los cerros ya llovía y el río podía empezar a crecer de un momento a otro.

Desde que cruzó la puerta de entrada, Victoria presintió que algo sucedía. Los perros se mostraban nerviosos, ladraban enloquecidos, gruñían y mostraban los dientes. Cuando Victoria los soltó de las correas, corrieron hacia el fondo de la finca. Con prisa ingresó a la casa y casi se muere de un susto cuando vio la destrucción y a su sobrino tendido en el suelo y con el rostro ensangrentado. En el cuarto, Laureano lloraba a todo pulmón.

Victoria verificó que Laureano estuviera bien. Como se trataba solo de un berrinche, regresó al comedor y corrió hacia Juan. Comprobó su pulso. Estaba vivo. Lo zamarreó un poco en un intento de despertarlo.

—Juan, querido, despierta —le pidió. Ante el infructuoso resultado, buscó una botella de bebida fuerte, la destapó y se la puso debajo de la nariz. Los efluvios lograron despertarlo un poco. Se removió en el suelo hasta que por fin abrió los ojos.

La conciencia se filtró en la mente de Juan y con ella, la realidad más dolorosa. Se incorporó con brusquedad y el mareo y las náuseas lo obligaron a apretar los párpados.

—Tranquilo, Juan —le pidió su tía, mientras lo ayudaba a levantarse. Él tambaleaba—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién te hizo esto? —quiso saber.

—Ángeles... ¿Dónde está? —preguntó inquieto, con la vista extraviada.

—No lo sé. No la he visto... —respondió. La intuición le mostró a Victoria lo que podría haber sucedido en su ausencia. Ya no creía que el asunto tuviera que ver con la gente que amenazaba a Martín. Esto, en cambio, debía estar relacionado con la huida de la pareja—. Los perros están como locos. Cuando los solté, corrieron hacia los trigales —le indicó.

—Él debe de haber salido por allí —dedujo Juan—. Debo ir tras él.

—¿Quién? ¿Wenceslao?

Juan negó con la cabeza. Entrecerró los ojos pues todo le había dado vueltas. Las náuseas no lo abandonaban y la vista se le tornaba borrosa de a ratos. Dentro del cráneo, una fuerte presión le hacía suponer que en cualquier momento su cabeza estallaría.

—Uno de sus matones... ¿Laureano está bien? —preguntó. Juan había logrado dar algunos pasos. A pesar de su precario estado, ya se dirigía hacia el corredor.

Román Olivares, el matón de Baigorria, los había sorprendido al ingresar a la casa por la puerta trasera. Luego de una pelea sucia en la que Juan había perdido el conocimiento, era evidente que Olivares había secuestrado a Ángeles.

—Sí, Laureano está bien —le comunicó Victoria—. Lloro porque seguro se ha despertado de la siesta y no ha encontrado a su madre.

—Iré por ella —clamó Juan.

—¡Pero no estás en condiciones! ¡Debe verte un médico! —protestó Victoria. Él hizo oídos sordos a sus palabras. En ese momento no podía ocuparse de su salud; nada importaba más que recuperar a su mujer. Se acercó a su tía y la tomó por los hombros.

—Sé que mi hijo queda en buenas manos —la besó en la frente, volvió a soltarla, después salió de la casa y corrió tan rápido como le daban las

piernas.

Victoria vio a su sobrino alejarse con una energía que solo la adrenalina podría estar generando. Juan no estaba bien, esa carrera no haría más que debilitarlo y agudizar los daños sufridos en su cuerpo. Con el corazón estrujado de dolor y malos presagios, lo vio internarse en los trigales. Pronto, el destello blanco de su camisa se perdió entre el follaje.

La inmensidad se había vestido de campos de trigo que, orgullosos, alzaban sus espigas listas para la cosecha hacia el cielo cubierto de nubarrones oscuros. Detrás de esas nubes, las sierras apenas se distinguían como sombras gigantes. El olor a tierra húmeda le llenó las fosas nasales. Todo presagiaba que pronto se desataría una tormenta, pero Juan siguió corriendo.

A su alrededor, las espigas doradas se mecían desde el sur y azotaban sus brazos parcialmente desnudos gracias a la camisa blanca arremangada. Las aspas del molino giraban con fuerza y los nubarrones parecían jugarle una carrera al acompañarlo en su enloquecido avance.

Cruzó la alambrada del fondo de la propiedad. Los perros ya no ladraban aunque olisqueaban hacia afuera. No encontró rastros de su mujer, tampoco de su captor. En medio de la calle de tierra, Juan cayó de rodillas al suelo. Alzó el rostro amoratado y las primeras gotas heladas le empaparon la piel; el regusto metálico de su propia sangre le invadía la boca. Tenía la impresión de que a su alrededor, todo daba vueltas; las náuseas acometieron sin compasión. Cerró los ojos que se le habían llenado de lágrimas y, en su propia locura, le pareció que hasta el viento susurraba su nombre. El de ella... el de Ángeles. El nombre de la mujer que amaba con todo su corazón y hasta con su alma misma. Y gritó. Gritó su nombre, aunque sabía que ella ya no estaba allí para escucharlo... Él se la había llevado.

26

Capilla del Monte, Córdoba Lunes 13 de diciembre de 1926

—¡Qué demonios...! —exclamó Martín Núñez. Aunque la torrencial lluvia

le impedía ver con claridad a través del parabrisas, alcanzaba a distinguir un bulto a la vera del camino y, si no se equivocaba, se trataba de una persona.

Detuvo el automóvil sin apagar el motor y descendió a toda prisa. La boina que llevaba en la cabeza no impedía que la lluvia lo cegara. Tuvo que acercarse para comprobar que se trataba de una persona. Se acuclilló a su lado y lo volteó pues se encontraba boca abajo.

—¡Carajo! —la voz de Martín tronó al reconocer al sobrino de Victoria. Juan estaba inconsciente y empapado. La lluvia había lavado la sangre de su rostro, pero los rasgos hinchados y amoratados daban cuenta de los golpes que había recibido. Temió que la agresión perpetrada al joven tuviera que ver con los mafiosos que lo amenazaba. No debía olvidar que Juan había intervenido hacía unos meses en una gresca para salvarle a él la vida y que, además, había testificado ante la policía y denunciado a esa gente. Si sus sospechas se confirmaban, jamás podría perdonarse el haber involucrado al sobrino de Victoria en sus problemas y, más que nunca, temió por la seguridad de ella y de toda esa familia—. ¡Juan! ¡Juan, despierta!

Ante los intentos infructuosos de hacerlo reaccionar, Martín cargó a Juan en brazos y lo depositó en el asiento trasero de su automóvil, no sin esfuerzo pues Juan era demasiado alto como para caber en un compartimiento tan pequeño. Al llegar al hospital municipal, Juan quedó internado de inmediato. Cuando Martín dejó la institución para ir en busca de Victoria, el paciente aún no había reaccionado.

Martín encontró a Victoria hecha un manojo de nervios. Después de varios intentos, por fin había logrado tranquilizar a Laureano, que desde hacía unos minutos dormía en su cuna, pero ella no lograba calmarse.

—¿Dices que todavía no reacciona? ¡Ay, Dios mío, Martín! ¿Qué será de mi muchacho?

—Tranquilízate, Victoria, que nada ganas con ponerte así — la tomó del hombro y la guio hacia la silla—. Ven, tómate el té que ya se ha enfriado.

Victoria se había preparado una infusión de tilo y manzanilla para relajarse, aunque todavía no había bebido más que un sorbo pues la garganta parecía habersele anudado.

—No puedo, Martín... No puedo perderlo también a él — sollozó. Él la refugió en su pecho. Victoria, que había logrado encaminar su vida, con este golpe sintió que todo cuando había avanzado se desmoronaba en un abrir y cerrar de ojos. Psicológica y emocionalmente, retrocedió al infierno de sus peores miedos, de las dudas y frustraciones. A poco de sufrir un ataque de

nervios, se cuestionó—: ¿Acaso estoy maldita? ¿Cuánto más he de perder en esta vida? ¿Cuánto? —su voz sonaba desgarrada, igual que su alma.

Martín supo que las palabras de Victoria también lo involucraban a él. Conocía su historia, su pasado y sus luchas; y también conocía su presente, ese que ella tanto se esmeraba día a día en construir.

Lo impactó sobremanera que, a pesar de que Victoria todo el tiempo intentaba mostrarse fuerte, ahora se viera tan vulnerable entre sus brazos. En ese momento ella alzó el rostro para buscar la mirada masculina que siempre había tenido el poder de apaciguarla, y a él las defensas que había tardado meses en levantar, se le resquebrajaron igual que una cáscara seca. Le acarició la mejilla y la besó en la frente.

—Shhh, no lo perderás... te prometo que no perderás nada más... a nadie más —susurró, perdido en sus ojos azules. Cediendo a la tentación, bajó el rostro y posó sus labios sobre los de ella.

Cuando Victoria tomó conciencia de lo que sucedía, negó con la cabeza y se apartó de él. Martín, de inmediato, percibió la falta y, por instinto y como en cámara lenta, se miró las palmas vacías. Sin Victoria siempre se había sentido así, vacío, incompleto. Sacudió la cabeza. No era ni el momento adecuado ni la mejor situación para traer esos pensamientos a su mente. Apretó los dientes; nunca era el momento adecuado para ellos. Era como si caminaran descoordinados por la vida. ¿Podrían alguna vez sus caminos converger en el mismo lugar y al mismo tiempo, o se pasarían la vida viéndose de lejos a pesar de estar uno junto al otro? ¿Serían libres, alguna vez, para amarse sin que el peligro los acechara?

—Lo siento —se disculpó por la osadía de besarla. Ella solo hizo una seña para que se detuviera. Se sentía demasiado confundida y atormentada como para pensar con claridad. Si fuera por Victoria, su relación con Martín hubiese avanzado desde el mismo momento en el que había vuelto a poner los pies en Capilla del Monte; sin embargo, y a pesar de todo lo que habían compartido, había sido decisión de Martín que mantuvieran las distancias. Ahora él la había besado y el cielo sabía que ella había necesitado de ese beso como del aire, ¿pero si al minuto siguiente Martín volvía a decirle que entre ellos nada podía haber? Victoria ya no quería sufrir y en ese momento tampoco se encontraba equilibrada emocionalmente como para lidiar con otra decepción.

—Tengo que ir a ver a Juan —dijo, calzándose otra vez el traje de mujer fuerte y mostrando una calma que lejos estaba de sentir.

—Te llevaré, vamos.

—Está bien —accedió—. Siéntate un momento, por favor. Iré por Laureano y por algo de ropa para Juan.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó él. Ella negó con la cabeza.

Victoria ingresó al cuarto en el que Laureano dormía y rompió en un llanto que se obligó a que fuera silencioso. Las emociones la desbordaban, los miedos, la incertidumbre. El futuro era incierto. Su historia con Martín, después de la ruptura, jamás había vuelto a ser clara. La atracción que sentían era innegable; sin embargo, los obstáculos seguían interponiéndose entre ellos. ¿Hasta cuándo vivirían en una encrucijada?

Se secó las lágrimas con brusquedad y guardó algunas prendas de su sobrino en un pequeño bolso, luego tomó a Laureano en brazos. A último momento recordó llevar algunos artículos que podría necesitar para el pequeño y para ella misma. Ignoraba cuánto tiempo sería necesario permanecer en el hospital. Durante ese tiempo de incertidumbre, Martín fue un fuerte apoyo para Victoria. Se turnó con ella para cuidar a Juan y asimismo los cuidaba a ella y a Laureano. Tiyana también había ayudado bastante al quedarse con el niño en los horarios en los que a Victoria le había tocado estar en el hospital, dado que no habían querido exponerlo de manera innecesaria a todo tipo de enfermedades.

—A ver, pequeño, no llores que despertarás a tu tía y ella necesita descansar —susurró Martín. Le había cambiado los pañales y dado de tomar un biberón de leche de vaca. El día anterior, Victoria le había explicado cómo prepararlo —. Se supone que hemos hecho todo, pequeño, ahora deberías dormir. ¿Cómo era esa canción...? Duérmete niño, duérmete ya... — empezó a tararear.

Victoria sonrió contra la almohada. Se había despertado hacía unos minutos pero había fingido dormir para no perderse la escena. Al cabo de un rato, alzó los párpados y se recreó en la imagen del hombre que amaba, quien acunaba al niño entre sus enormes brazos. Le provocó tanta ternura, que los ojos se le llenaron de lágrimas. Martín hamacaba a Laureano con suavidad y le daba palmaditas en la espalda, procurando seguir las instrucciones que ella le había dado, mientras intentaba cantarle una canción de cuna. A pesar de no tener experiencia, lo hacía bastante bien. Victoria supo que, de haber tenido oportunidad, Martín habría sido un gran padre.

Para no hacer ningún movimiento que pudiera desvelar a Laureano, Victoria esperó a que Martín lo recostara en la cuna que días previos habían transportado hasta su cuarto. Constatado que el bebé seguía durmiendo, se sentó en la cama y bajó las piernas al suelo.

—Lo has hecho muy bien —susurró cuando Martín volteó en su dirección.

—Supongo... —volvió a echar un breve vistazo al niño, luego avanzó hacia ella y se sentó a su lado cuando Victoria palmeó la cama para invitarlo a sentarse—. Al menos se ha quedado dormido. Eso sí, no sé si lo ha hecho para no escucharme cantar.

Victoria sonrió. Luego buscó los ojos de Martín al formular la pregunta.

—¿Por qué nunca te casaste?

—Podría haberlo hecho —respondió sin dudar—. Pero no quise. Siempre estuve dispuesto a esperarte, incluso después de que me enviaras la carta, con anillo incluido, en la que me liberabas de nuestro compromiso.

Victoria esbozó una mueca y recostó la cabeza en el hombro masculino.

—Lo siento. En ese momento me pareció lo más sensato.

—Lo sé, aunque nunca compartí tu modo de ver las cosas en esas circunstancias, supe comprenderte —se inclinó hacia ella para mirarla—. Fui a buscarte, ¿sabías?

Victoria frunció el ceño. Volvió a enderezarse y negó con la cabeza.

—No, no lo sabía.

—Fue poco después de recibir tu carta. Me costaba resignarme y quería hacer que cambiaras de parecer. Pero cuando llegué a Buenos Aires habías vuelto a viajar a Barcelona y tu abuela ignoraba cuándo irías a volver.

—Jamás me lo dijo... No lo entiendo...

—¿Hubiese cambiado algo si lo sabías?

—No lo sé... tal vez no.

Martín suspiró. Hizo que Victoria volviera a recostar la cabeza en su hombro.

—A mi regreso, mi madre se puso insoportable. Decía que ya habían pasado más de dos años de nuestra separación y que era en vano que siguiera esperándote. Que quería ver nietos antes de morir... En fin, ya sabes cómo era ella.

—Y por mi culpa doña Inés no tuvo nietos, ni tú, hijos.

—Yo me hago cargo de mis decisiones, Victoria. Yo decidí no casarme. ¡Y mira que por ese tiempo podría haberlo hecho con Pilar López!

—¡Lo sabía! Nunca me simpatizó esa mujer —gruñó Victoria. Entonces fue el turno de Martín para sonreír.

—Pilar nunca tuvo oportunidad conmigo. Ya una mujer de hermosos ojos azules había hechizado mi corazón —declaró, acariciándole el cabello.

—Martín... —Victoria se enderezó y alzó los ojos hacia él—. ¿Podremos alguna vez estar juntos de verdad, volver a ser una pareja?

—Podremos —aseveró él cerca de los labios femeninos.
—¿Cuándo? —se acercaron un poco más.
—Pronto. Te lo prometo.

27

Capilla del Monte, Córdoba Jueves 16 de diciembre de 1926

Juan permaneció inconsciente durante tres noches con sus días. Cuando lo atacaron, la desesperación había hecho que sacara fuerzas, vaya uno a saber de dónde, para correr a campo traviesa en busca de su esposa. Después, el cansancio y los golpes recibidos, que no habían sido menores sobre todo el del cráneo, lo habían descompensado.

Cuando el jueves durante la madrugada por fin reaccionó, el tiempo perdido lo convirtió en una máquina frenética. No hubo forma de hacerle aceptar las indicaciones del médico, que le recomendaba al menos tres días más de reposo. Bajo su propia responsabilidad, a media mañana aceptaron darle el alta médica, entonces volvió a la casa.

Una vez en su hogar, Juan se duchó y se cambió de ropa, después preparó un modesto equipaje sin preocuparse por si arrugaba las prendas al ponerlas de forma desordenada en la valija.

Aprovechando que Laureano dormía plácidamente en su cuna, Victoria seguía de aquí para allá a Juan, intentando hacerlo entrar en razón.

—Deberías esperar a estar recuperado antes de emprender un viaje tan largo que no hará otra cosa más que fatigarte.

—Me encuentro bien, tía. Además, Olivares ya debe de haber llevado a Ángeles con ese hijo de puta —con el epíteto, Juan hacía referencia a Wenceslao Baigorria—. No puedo perder más tiempo. Iré a reclamar lo que es mío —declaró.

—Si no estás en condiciones de viajar, mucho menos lo estás para enfrentarte a ese hombre...

—No se hable más, tía. Tomaré el tren dentro de una hora.

Victoria suspiró resignada. Si Juan tenía algo de Clara, era su terquedad, y una vez que se le metía algo en la cabeza no había forma de hacerlo cambiar de parecer.

—Está bien, Juan, ve si es lo que quieres; pero yo iré contigo —le indicó.

Él iba a protestar; no obstante, se sentía demasiado cansado como para hacerlo. Dejaría que su tía lo acompañara y después, una vez en San Isidro, no le permitiría salir de la quinta de los Llorca, Los Catalanés.

—Está bien —concedió Juan.

—Ahora, al menos, aprovecha el tiempo que resta hasta que pase el tren y descansa un poco —sugirió ella—. Iré a preparar mi valija y a traerte algo de comer, pues debes estar famélico.

Era cierto, Juan no había probado bocado en casi tres días. Dejó que su tía fuera a la cocina, necesitaba estar solo. Se dejó caer en una silla cerca de la cuna de Laureano. Apoyó los codos en las rodillas y encerró el rostro entre las manos. La pena que sentía le desgarraba el pecho y le apretaba la garganta. En esa intimidad se permitió derramar las lágrimas que pujaban detrás de sus ojos, pero pronto se secó el rostro de un manotazo y volvió a ponerse de pie con energías renovadas, con esa fuerza que surgía desde el mismo centro de su ser y que, mezclada con su sangre, se dispersaba por todo su cuerpo.

—¡La encontraré! ¡La traeré de vuelta a casa! —se prometió con decisión.

Una hora después, Victoria, Laureano y Juan estaban instalados en el tren con rumbo a Córdoba, allí harían trasbordo al ferrocarril que los llevaría a Buenos Aires. Dios mediante, llegarían a San Isidro al día siguiente.

En el andén de la estación de Capilla del Monte, Martín había despedido a Victoria con un beso en la frente y con tres palabras que a ella la acompañaron durante todo el viaje:

—Vuelve a mí.

Tras un rescate por demás dramático, acaecido en la quinta de Baigorria, en San Isidro, Juan había recuperado a su mujer.

Victoria se había quedado en Buenos Aires unos días más para colaborar en el cuidado de Laureano mientras la pareja recuperaba la salud; pero una vez que sus sobrinos regresaron a Los Catalanes, ella había decidido volver a Capilla del Monte.

En tanto, Juan, Ángeles y Laureano iban a trasladarse a la Capital donde planeaban permanecer una temporada para compartir tiempo con los Ferrés, la familia de Ángeles. También para saldar cuentas pendientes y poner en orden distintos asuntos.

Antes de que Victoria viajara a Buenos Aires, Tiyana la había ayudado a juntar y limpiar el estropicio ocasionado por la pelea entre Juan y Olivares. Incluso así, al ingresar al comedor, Victoria revivió con escalofriante nitidez la escena en la que había encontrado a su sobrino tirado en el suelo, inconsciente. Por un momento sintió que el cuerpo entero se le paralizaba, presa del pánico.

Se apresuró a echar llave a la puerta. Si bien la intrusión a su domicilio no había obedecido a un hecho de delincuencia local sino que a un ajuste de cuentas entre Wenceslao Baigorria y Juan, con desagrado, Victoria intuyó que le costaría bastante volver a dejar puertas y ventanas abiertas de par en par con tanta ligereza.

Ingresó a su cuarto tarareando una zarzuela de las que solía escuchar su abuela, para romper con el silencio ensordecedor que magnificaba en ella la sensación de sugestión y soledad. Dejó la maleta sobre la cama, la abrió y eligió algunas prendas limpias, después se dirigió al tocador, donde una ducha reparadora mejoró su ánimo.

Cortaba algunas verduras para preparar la cena, cuando escuchó batir de palmas. Al mirar a través de la ventana, gracias a que la noche estaba clara, pudo distinguir a Martín acompañado por Nieve y Pirata. Durante su viaje, él se había ofrecido para cuidar de sus mascotas.

—Un momento, por favor. Salgo enseguida —anunció. Los perros respondieron con ladridos juguetones al escuchar su voz.

Caminó por el sendero con actitud precavida, temiendo que pudiera haber alguien escondido tras los árboles frutales. De manera inconsciente oteaba

hacia allí cada pocos pasos, y cada vez que se descubría haciéndolo, se enojaba consigo misma. Victoria sentía que había retrocedido un abismo. Necesitaba recuperar la fortaleza interior, volver a estar equilibrada y en paz. Esperaba poder hacerlo pronto, pues esa versión de sí misma no le gustaba.

—¿Cómo se comportaron mis pequeños? —quiso saber Victoria. En cuanto abrió la puerta, Nieve y Pirata se abalanzaron sobre ella en busca de sus caricias y para demostrarle su afecto incondicional. El problema era que estaban enormes y no medían su fuerza, por lo que si Victoria se descuidaba, podía terminar derribada en el suelo—. Bueno, bueno —les llamó la atención, risueña.

—Se portaron muy bien, aunque eso sí, se notó que te extrañaban —dijo Martín—. Tuve que tenerlos bajo estricta vigilancia pues se lo pasaron queriendo saltar la cerca. No lo consiguieron por poco.

—¡Pero qué chicos más traviosos! —clamó ella en falsa reprimenda.

—¡Están enormes! Ya alcanzaron la altura de sus padres, ahora, claro, les falta echar cuerpo. ¡Y la agilidad que ganaron es digna de admirar! Es más, te sugiero que, si en breve no quieres tenerlos en la calle, veas la posibilidad de levantar un poco la alambrada de tu finca.

—Sí, por lo que me dices, con estos dos ya veo que será necesario tomar cartas en el asunto. Lo haré cuando Juan regrese.

—¿Qué hay de ellos, están bien? —preguntó Martín, haciendo referencia a Juan y Ángeles.

—Ahora están bien y juntos otra vez. ¡Pero ni te imaginas por lo que hemos pasado, Martín! ¡Ha sido tremendo, muy angustiante!

—Siento que hayan pasado por semejante situación. En fin... ya me contarás los detalles, si quieres —oteó hacia adentro—. ¿No han regresado contigo, verdad?

—Volverán a Capilla del Monte, Juan me lo ha asegurado; pero solo cuando ya no tengan cuentas pendientes que saldar.

—Claro, eso es lo mejor —acotó él, luego permanecieron un momento en silencio, durante el que no se oyó nada más que unas ranas croando. Los perros habían desaparecido entre los frutales. Victoria y Martín se miraron, desviaron la vista y se volvieron a buscar. De pronto, se había instalado una extraña sensación de incomodidad entre ellos, hasta que él volvió a romper el silencio—: Victoria, yo... quisiera hablar contigo.

—Bueno, sí, cómo no —echó un vistazo hacia la calle—. ¿Quieres hablar ahora o lo dejamos para otro momento?

—Mejor ahora, si es que no tienes inconveniente —Martín había meditado mucho respecto de esa conversación y ahora que estaba decidido, no quería perder ni un instante.

—No, inconveniente, ninguno. Eso sí, preferiría que no nos quedáramos aquí afuera. Ya sabes, con todo lo que ha pasado, ando un poco sugestionada y temo que alguien pueda sorprendernos de un momento a otro.

—Claro, es comprensible.

—¿Quieres pasar y quedarte a cenar? Cuando llegaste, cortaba verduras para preparar la comida —invitó Victoria. Martín miró hacia la calle, un poco intranquilo, a lo que ella acotó—: Mira, Martín, si es porque nos vea esa gente que te anda rondando, a esta altura da igual. Si anduvieron por aquí, ya nos habrán visto de sobra cuando nos ayudaste con el asunto de Ángeles y Juan, y habrán sacado sus propias conclusiones.

—Tienes razón —aceptó Martín, dado que mientras Juan permaneció en coma, él había pasado gran parte de ese tiempo en la casa de los Llorca acompañando a Victoria. Ya era tarde para pretender que no se los vinculara. Martín la siguió al interior de la casa. Notó que ella cerraba todas las puertas con llave como medida de seguridad. Solo volvió a abrir un momento cuando les dio agua y comida a los perros, a los que dejó sueltos en el parque a modo de custodios.

—Toma asiento donde gustes, por favor —ofreció Victoria. Estaban en la cocina y ella había retomado la preparación de la cena. Picaba unas hojas de espinaca, cebollas y pimientos colorados, con los que elaboraría una tortilla. Martín permaneció cerca de ella, con la cadera apoyada en la mesada.

—¿Quieres que te ayude? Podría hacer una ensalada... — señaló los tomates y la planta de lechuga que esperaban su turno dentro de la pileta de lavar—. O cebar unos mates. Dime tú.

—De la ensalada ya me encargo yo —lo miró y, con una sonrisa, le hizo saber—: Unos mates me vendrían bien —Martín asintió, ella volvió la vista a sus quehaceres—. ¡Ya ni recuerdo cuando tomé los últimos!

Martín puso el agua a calentar en tanto vertía yerba dentro del mate.

—Sabes, tu colmena ha dado excelentes ganancias —dijo él, como al pasar. Victoria quedó inmóvil y frunció el ceño. Luego, una media sonrisa se le dibujó en los labios.

—¿Mi colmena? ¿Me dirás que la has mantenido durante todo este tiempo? —no podía creerlo, la sola idea le hacía cosquillas en el alma por todo lo que implicaba. Resumiendo: Martín había pensado en ella durante esos treinta

años.

—¡Claro que sí! ¿Cómo no iba a conservarla? —negó con la cabeza, pues mantener la colmena de Victoria era algo que para él, siempre había estado fuera de discusión—. Ha generado buenas ganancias. A grandes rasgos, te diría que ha trabajado con un promedio de veinticinco kilos de miel al año, eso multiplícalo por... ¿veintinueve, treinta años? Eso hace unos setecientos veinticinco o setecientos cincuenta kilos, si lo redondeamos... Todo está registrado, por supuesto, y el dinero está depositado en una cuenta que he abierto a tu nombre. Puedes disponer de él cuando gustes.

—¡Oh, bueno... gracias, Martín! —clamó sorprendida. En realidad, no estaba segura de qué decir. Titubeó una vez más—. Lo cierto es que no me lo esperaba.

—No me debes agradecer nada, Victoria. Solo cumplo en informarte — descartó importancia al asunto—. Toma —le entregó un mate espumoso.

Al sorber, Victoria recordó cuando en su juventud, Dominga le había hablado acerca del lenguaje del mate: *mate espumoso... te amo demasiado*.

Se preguntó si sería así, si Martín la amaría tanto como la había amado o entre tantas idas y vueltas el amor se le habría ido agotando. Lo miró de reojo. Mientras esperaba que ella le devolviera el mate, Martín buscó platos y cubiertos en el aparador y ahora los distribuía en la mesa con tanta naturalidad y desenvoltura como si se tratara de una rutina repetida a diario. Y es que cuando el exterior no pesaba y solo se trataba de ellos dos, la conexión fluía libre, como el río.

Victoria le devolvió el mate vacío. Al hacerlo, sus dedos se rozaron de manera fugaz, tal vez sin intención, antes de separarse y de que cada uno siguiera con lo que estaba haciendo. Sin embargo, sus pieles no dejaron de notarlo y guardaron el eco de esa caricia en ese lugar donde anidan las sensaciones que nos gritan a la cara que estamos vivos, que vibramos, que sentimos ante el más mínimo estímulo.

Martín se cebó un mate, que sorbió despacio, con la imagen de Victoria en sus retinas. Durante su noviazgo, habían compartido mucho más que paseos e intimidad. Habían compartido incontables momentos y situaciones cotidianas, como esa que compartían ahora. También charlas acerca de los temas más variados, actividades que habían disfrutado de hacer codo a codo, como cuidar de las colmenas o hacer juntos los repartos. Habían aprendido a complementarse, a entenderse. Ella le había enseñado a él los secretos de la ciudad, y él a ella, los misterios de las sierras y del campo. Y también se

habían amado, con el cuerpo, con el corazón y con el alma.

Después del retorno de Victoria, el peligro los obligó a mantenerse separados y no fue hasta pocos días atrás que las circunstancias, trágicas por cierto, obraron para que ellos volvieran a acercarse. Sin necesidad de que mediaran palabras, habían sabido readaptarse uno al otro y convivir en ese mutuo acuerdo, tal como si se hubiera tratado de un matrimonio. Igual que sucedía esa noche, mientras ella preparaba la comida y él cebaba mate y ponía la mesa. Quien pudiera verlos apostaría a que se trataba de un matrimonio con varios años de casados. *¿Y acaso, los matrimonios, no hacen frente juntos a todas las adversidades?*, se preguntó él, dudando de a ratos acerca de lo acertado o no de sus decisiones.

—En el despensero debe de haber alguna botella de vino — indicó Victoria un rato después, cuando la comida estuvo lista y los mates ya se habían terminado. Había llevado a la mesa una fuente con la tortilla de espinaca, cebolla y pimiento colorado, y una ensaladera con lechuga y tomate.

Martín eligió una botella de vino Malbec rosado que creyó combinaría bien con la ensalada. La descorchó cuidando de no romper el corcho y sirvió un tercio de su capacidad en cada una de las copas, tal como Victoria le había indicado años atrás, se acostumbraba a hacer en la ciudad. Ella, en tanto, sirvió la comida en los platos. Se sentaron frente a frente y, entre bocado y bocado, no dejaron de mirarse: por momentos con disimulo, por momentos sin reparos.

—Antes dijiste que querías hablar conmigo —señaló ella, dando así pie para que Martín dijera lo que había estado dispuesto a decir—. ¿O te referías al asunto de mi colmena?

—Lo de la colmena era uno de los temas que quería conversar contigo, pero no el más importante —declaró.

—¿Y qué será, entonces?

—Quiero hacerte una propuesta —expuso Martín. Victoria alzó una ceja, pero no mencionó palabra para no interrumpirlo a él, que comenzó a explicar—: En estos últimos días, mientras estuviste en Buenos Aires, pensé mucho en nosotros. Al verte subir a ese tren, fue como volver treinta años atrás... Otra vez te alejabas de mí, otra vez corría el riesgo de perderte; pero supe que en esta ocasión, no podría soportarlo.

—Martín, ya no volverás a perderme, te lo juro —dijo ella, tomándolo de la mano sobre la mesa. Martín apretó la mano femenina y se la llevó a los labios para besarla en la palma.

—Ojalá pudiéramos asegurar esa afirmación... —suspiró, resignado pero también convencido de sus próximas palabras—. Lo cierto es que mi situación sigue siendo tan complicada como cuando arribaste al pueblo, Victoria. Corre peligro cualquier persona cercana a mí. Durante más de un año intenté mantenerte lejos mientras la policía resolvía el caso. Han avanzado, dicen, pero la seguridad para mi entorno sigue siendo endeble.

—¿Entonces? —lo apuró ella.

—Entonces... —volvió a suspirar—, que todo reparo que pudimos haber tenido durante este año, se ha ido al tacho en los últimos días. Podríamos evitarnos, y así y todo, no estoy en condiciones de aseverar que fueras a estar fuera de peligro. Y eso me centra en una encrucijada... una vez más. ¿Me alejo con la esperanza de mantenerte a salvo, o te retengo a mi lado y te defiendo con mi vida de ser necesario?

—¿Me lo estás preguntando?

—Sí.

Victoria sonrió. Debía reconocer, también, que los ojos amenazaban con llenársele de lágrimas. Se mordió el labio inferior para ganar un momento y recomponerse, luego le pidió:

—Antes de responder, quiero que me confirmes una cuestión.

—Dime. Responderé lo que sea.

—Cuando mencionas la segunda opción, la de retenerme a tu lado, ¿debo entender que no hablas de un paréntesis, verdad?

—En absoluto, Victoria. Hablo de toda la vida.

—¿Y pase lo que pase, ya no pedirás que me aleje de ti? —Nunca más... pase lo que pase.

Victoria asintió.

—Por último, estas son mis condiciones, Martín, y es necesario que las aceptes: Pase lo que pase de ahora en más, jamás te culparás porque yo estoy aceptando, bajo mi completa responsabilidad, estar a tu lado.

—Ojalá pudiera afirmar que nada te pasará... —dijo él, en cambio. *Si a Victoria llegara a pasarle algo, claro que me culparía y jamás podría perdonarme.* Pero tal como había dicho antes, hasta que esos mafiosos no fueran apresados, ningún lugar o situación sería un refugio seguro—. En su lugar, puedo jurarte que te defenderé con mi vida.

—No es eso lo que te pido, Martín.

—Pero es eso lo que yo estoy dispuesto a darte si me aceptas.

Martín cambió de silla para aproximarse a Victoria. Del bolsillo de su

chaqueta sacó el anillo de zafiro y brillantes que tres décadas atrás había obsequiado a esa misma mujer. Le tomó la mano entre las suyas para volver a ponerle la sortija y, mirándola a los ojos, le preguntó:

—¿Quieres casarte conmigo, Victoria Llorca? Si aceptas, te ofrezco mi alma, mi corazón y mi vida.

—Claro que acepto, Martín —le rodeó el cuello con los brazos y descansó la mejilla sobre el hombro masculino para ocultar sus lágrimas—. Te entrego mi corazón y mi alma, aunque ambos te pertenecen desde hace treinta años —le susurró junto al oído, pero guardó para sí el resto de la promesa pues sabía que él la refutaría: *Y juro, también, que de ser necesario, te protegeré con mi vida.*

29

Capilla del Monte, Córdoba Jueves 30 de diciembre de 1926

Un rayo de sol que se filtraba a través de los postigos de la ventana y que caía perpendicular sobre los ojos de Victoria, terminó por despertarla. Alzó los párpados al tiempo que en su conciencia se filtraba el dato de que no había pasado sola la noche. Acarició la almohada a su lado y olió el perfume masculino que había quedado impregnado. Sonrió a la nada, y al mismo tiempo, a todo.

Alzó la mano izquierda sobre su rostro para comprobar que no había soñado los acontecimientos de la noche pasada. Su anillo de zafiro y brillantes fue la contundente ratificación. La cara entera se le iluminó a causa de la ilusión que le recorría el cuerpo. Martín había vuelto a pedirle matrimonio y Victoria estaba dispuesta a ir contra viento y marea para que esta vez se desposaran.

Se sentó en la cama, se puso unas sandalias, y el *déshabillé* sobre el ligero camión. Pasó por el tocador para hacer las abluciones matinales antes de encaminarse hacia la cocina, donde intuía podría encontrar a Martín.

Él había abierto los postigos de esa ventana para que ingresara la frescura

de la mañana, después había calentado agua en una pava sobre la cocina económica y, sentado a la mesa, tomaba mate. Alzó el rostro cuando escuchó que llegaba. La recibió con una sonrisa radiante.

—Buenos días —saludó Victoria desde el vano de la puerta. Martín se puso de pie, se acercó a ella y la besó en los labios. —Buenos días. Lamento no haberme quedado contigo, pero

en general me levanto con las primeras luces, por lo que ya no podía permanecer en la cama... Viejas costumbres; o costumbres de viejo, serán.

Victoria carcajeó.

—¿Viejo, dices? No sé a quién te refieres —le acarició la mejilla y después descendió por el amplio pecho—. Lo que yo veo es un guapo hombre maduro que de viejo no tiene nada. Además, como diría mi abuela Teresa: ¡Viejos son los trapos!

Él recompensó sus palabras tomándola de la mano y besándole la palma. Luego, juntos se acercaron a la mesa y tomaron asiento. Martín había cortado algunas rodajas de pan casero y sacado un frasco de mermelada de moras de la despensa. Untó una rodaja de pan y se la entregó a Victoria. Ella agradeció, después la degustó con placer.

—Este hombre maduro espera no haberte despertado — mencionó Martín. Sorbió el mate y volvió a cebarlo para entregárselo a ella.

—Oh, claro que no. La culpa ha sido de un atrevido rayo de sol que se filtró a través de la ventana. De todas formas, lamento que no me hayas despertado... con un beso no hubiese estado nada mal —jugueteó.

—Ah, pero si lo hice, señora —impostó un trato formal adrede—. Al despertar la tuve entre mis brazos y la besé en los labios, solo que usted dormía como un tronco y no se dio por aludida.

—¿Lo dices en serio? —su voz apenas transmitía cuánto hubiese deseado despertar con ese beso y entre los brazos de Martín.

—Muy en serio. Sobre todo... —se aproximó con sensualidad hasta que sus bocas quedaron a un palmo. Le miró los labios y después los ojos, entonces una sonrisa le iluminó las facciones cuando retomó la oración para completarla—: Sobre todo, cuando digo que duermes como un tronco.

Victoria puso los ojos en blanco y él acalló su protesta antes de que ella la transformara en sonidos. La besó despacio y, al hacerlo, involucró todos sus sentidos. Ella sabía a dulce de moras.

—Eres exquisita, Victoria Llorca —le susurró al liberarle la boca—. Y besarte, es una experiencia sublime.

La intención de Martín había sido solo besarla, pero cuando degustó su sabor y la sintió vibrar contra su pecho, no tuvo voluntad para detenerse.

Rodeando su cintura, la guio para que ella se sentara de cara a él, sobre sus piernas. Le abrió el deshabillé y con sendas caricias lo deslizó hacia atrás para descubrirle los hombros, que besó primero uno y después el otro. Las palmas masculinas se deslizaron en viaje descendente a lo largo de la espalda y después siguiendo la curvatura de sus glúteos. Buscó el ruedo del camión y lo levantó para recorrer el mismo camino pero directamente sobre la piel.

Victoria le sacó a Martín los faldones de la camisa de dentro del pantalón y, sin detenerse a desprenderla, se la quitó a través de la cabeza. Le acarició el pecho desnudo, donde también dejó un reguero de besos, y el abdomen. Cuando le desabrochó el pantalón, Martín le capturó la boca en un beso intenso, fuego puro.

Una caricia, un beso, la magia del roce de sus pieles... no era necesario mucho más para que la hoguera volviera a encenderse. Sus almas se habían reconocido hacía tiempo y en cada nuevo contacto de sus cuerpos, volvían a reencontrarse, fusionarse y danzar unidas. Juntos se sentían poderosos. Juntos eran capaces de crear su propio universo, donde ellos dos con su fuego, brillaban tanto como las estrellas.

* * *

Dispuestos a encarar el peligro, Victoria y Martín acudieron a la comisaría para conocer el estado de la investigación. El comisario los atendió en su despacho y, con la carpeta del caso sobre el escritorio, les comentó:

—Estamos avanzando, Núñez. Con las descripciones aportadas por su testigo... —echó un vistazo a la carpeta para refrescar la memoria—, Juan Llorca...

—¿Juan Llorca? ¿Mi sobrino? —interrumpió Victoria, sorprendida. Martín lamentó que ella se hubiera enterado de manera tan abrupta de la intervención de Juan, pero de camino al destacamento se le había pasado por alto ponerla al tanto de la situación. Le apretó la mano para reconfortarla.

—Sí, tu sobrino. Lamento que se haya visto involucrado, Victoria, pero su intervención, la verdad es que escapó a mi alcance.

—¿Crees que corra peligro? Porque en ese caso podría sugerirle que permanezca en Buenos Aires un tiempo más.

—Mire, señora, esta gente no sabe de límites ni fronteras y su sobrino es un

testigo clave —acotó el comisario—. Pero es cierto que aquí estaría en el foco de la tensión. Lo que podemos hacer es un petitorio a Policía Federal, que interviene en la causa, para ponerle custodia.

—Eso me dejaría mucho más tranquila, comisario. Deben prometerme que mantendrán a salvo a mi sobrino y a su familia —expuso Victoria, procurando recomponerse.

—Antes me pareció que usted nos hablaría sobre el curso de la investigación —señaló Martín.

—Así es, Núñez. Como le decía, gracias a los datos y descripciones aportadas por el testigo, y trabajando en conjunto con otras dependencias y con Policía Federal, hemos rastreado a esta gente hasta un barrio de Rosario. Es desde donde se presume opera esta banda.

—¿Desde Rosario?

El comisario afirmó con la cabeza.

—Esta gente estaría involucrada en otros delitos de extorsión y se investiga la posible participación en ciertos ilícitos mayores de los que no puedo hacer referencia. De hecho, sabrá usted que ya he dicho más de lo que debía. Aunque solo una cosa más le diré, y es que se ha puesto en marcha un operativo para recabar pruebas suficientes como para poder apresar a estos delincuentes.

—Entonces, comisario, ¿cree que eso ocurrirá pronto? —inquirió Martín para confirmar lo que el oficial había dado a entender entre líneas.

—Estamos trabajando en ello, Núñez.

—Bueno... —Martín inhaló en profundidad para aplacar la frustración que de manera inevitable sentía ante la falta de resultados contundentes. Tal vez el proceso de investigación estuviera avanzando, pero desde su realidad, él todavía no alcanzaba a ver diferencias—. Le pido que nos mantenga al tanto de cualquier eventualidad que surja en el caso.

—Faltaba más. Que tengan buenos días —saludó el comisario para dar por terminada la charla.

Cruzaban la plaza principal. Victoria guardaba estricto silencio y se le notaba el enfado. Martín echó un vistazo al Cerro Uritorco que, imponente, se alzaba delante, en la misma dirección que ellos llevaban. A él se le ocurrió que hasta el mismo Cerro parecía exudar aires de implacable reproche esa mañana.

—Victoria... sé que estás molesta.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¡Molesta no, Martín; lo que sigue! —clamó con un respingo que acentuaba

su postura. Había vuelto la vista al frente, aunque no fue por espacio de más de dos segundos. Una vez que había empezado a hablar, ya no pudo contenerse—. ¿Cómo se te ocurre no decirme que Juan es el principal testigo de esta causa? ¡Y él tampoco me ha dicho nada! ¡Pero por favor! ¿Qué es lo que tienen en la cabeza ustedes dos?

—No queríamos preocuparlas —dijo Martín, palabras que advirtió, sonaban aún más ridículas dichas en voz alta. Ella no le concedió más que un revoleo de ojos—. Jamás quise que Juan se involucrara en este problema, ni ninguno de ustedes, por supuesto. Esto solo obedecer a una jugada del destino.

—Martín... Tu explicación, por cierto, no lo está arreglando —se detuvo para mirarlo, aunque ahora su semblante no solo transmitía enfado, también compasión. Martín no sabía qué era peor.

—Te explicaré cómo se desarrollaron los hechos —aceptó él pues no le quedaba otra alternativa—. Los sicarios me sorprendieron en la calle, arreglando la cerca del fondo. Volvieron a amenazarme, con la diferencia de que esta vez, Juan los vio en el momento en el que uno de ellos me golpeaba. Tu sobrino apareció de repente, yo ni siquiera sabía que estaba allí. Saltó la alambrada de tu finca y les gritó para que se detuvieran.

—¡Maldito muchacho impulsivo! —exclamó Victoria—. ¡No me extraña que haya actuado así! —suspiró—. Entiende, Martín, claro que me alegra que su intervención haya evitado que esos delincuentes siguieran golpeándote. Pero ahora temo tanto por su vida que casi no soy capaz de pensar.

—Te prometo que estará bien, Victoria. Ya ves, el comisario nos garantizó que le pondrían custodia.

—Eso espero...

Martín se aproximó un poco más a ella, aunque siempre guardando de respetar las distancias que exigía el protocolo social.

—Sabes, no estoy seguro de cuál habrá sido el carácter que tuvo tu hermana, pero si no es de ella, entonces presumo que Juan ha heredado de ti su fuego.

—Ahora mismo, no sé si eso es bueno o malo —bufó Victoria, sin embargo, ya se le había pasado el enfado. La vida le había hecho aprender a golpes que cada ser humano era libre de elegir cómo actuar. Cada quien trazaba su propio camino. Juan había elegido intervenir para salvar a Martín y, aunque ahora la preocupación por su bienestar la mortificara, desde luego que le estaba agradecida.

Ella también elegía cómo comportarse frente a la vida y tomaba sus propias decisiones, y Martín estaba en lo cierto: Juan había heredado su fuego, y nadie

podría extinguirlo en ninguno de los dos. Fiel a su comportamiento avasallante y dando la espalda al bendito protocolo —el cual le sabía bastante mal desde que tenía uso de razón—, se tomó del brazo de Martín, algo impensado en la calle pues solo se admitía en los salones de baile. De todas formas, en las sierras, las normas sociales no eran tan estrictas como en la Capital. Intercambiaron una mirada fugaz antes de volver la vista al frente; ambos sonreían.

—¿Qué harás mañana, en Nochevieja? —le preguntó él. Iban llegando al almacén de ramos generales, donde le había dicho Victoria que tenía que hacer unos mandados.

—A decir verdad, no me había detenido a pensar en ello.

—¿Te gustaría que la pasáramos juntos?

—¡Claro que sí, me encantaría!

Ingresaron al comercio. Dentro había dos personas además de Pepe, el dependiente.

—Buenos días —saludó la pareja.

Pilar López, quien esta vez no pudo eludir el saludo pues justo había volteado y caminaba hacia la puerta, tragó saliva. Por la cara que puso, Victoria intuyó que debe haberle sabido bastante agria.

—Buenos días —fue la escueta respuesta de Pilar. Sin embargo, la curiosidad pudo más que su fuerza de voluntad, por lo que preguntó—: ¿Debo suponer que están juntos otra vez?

—Así es, Pilar —reconoció Victoria y, alzando la mano para mostrarle el anillo, añadió—: En breve recibirás nuestra participación de enlace.

Pilar alzó una ceja en gesto despectivo. De las miradas que intercambiaban con su eterna rival, saltaban chispas.

—¿Quién lo diría, no, Martín? Te casarás con ella aunque te haya abandonado hace treinta años. ¡Si cuando dicen que el hombre es tonto, hay que dar la razón! —manifestó, venenosa; luego se apresuró a salir del negocio.

Tensa como una vara, Victoria había estado a punto de replicar. Martín se lo había impedido con un gesto de negación con el que había restado importancia al asunto.

—Déjala hablar. Su rencor no puede hacernos daño si la ignoramos.

—Lo intentaré —prometió Victoria—. Pero es que...

—Shhh, no le des cabida en tu realidad. Es la única forma de que el problema que ella pueda tener, no te lo traslade a ti.

—¿Así de simple?

—Así de simple. Haz la prueba. Ignórala, deja de pensar en ella. La comprobación es que te ha robado cuatro minutos de tu preciado tiempo y ha logrado tensionarte sin siquiera permanecer en el lugar.

—¿Qué van a llevar los señores? —preguntó Pepe, interrumpiendo así la conversación.

Victoria dictó algunos comestibles al despachante en tanto pensaba en el razonamiento de Martín. Puede que él estuviera en lo cierto. Al salir a la calle, si bien ya no quería pensar en esa mujer, preguntó:

—¿Y con quién se casó Pilar?

Martín negó con fingido gesto de exasperación pues veía que Victoria no podía cerrar ese capítulo. Tal vez lo hiciera cuando tuviera todas las respuestas a sus interrogantes, se dijo, por lo que se dispuso a responder.

—Con Eusebio Ramírez.

—Ah... Mmm ¿Y ustedes, digo, Pilar y tú, tuvieron intimidad?

—No, Victoria, ni siquiera tuvimos un romance propiamente dicho. Tú te habías ido, y nuestras madres querían que nos casáramos, nada más.

—Pilar también lo quería, incluso desde antes de nuestro compromiso.

—Lo que Pilar haya querido escapa de mi alcance. Yo no lo quería; eso es lo que cuenta, creo yo —retrucó él.

—Entonces... ¿su hija?

—No hubo nada entre Pilar y yo. Y su hija no es mía, es de Eusebio, su esposo

—se puso frente a Victoria para tomarla por los hombros y mirarla a los ojos

—. ¿Podrás borrarla de tu vida ahora, Victoria?

—¡Sin duda que lo haré! —afirmó con una sonrisa radiante. Puede que ese haya sido uno de los últimos fantasmas que le quedaban a Victoria por vencer. Volvió a prenderse del brazo de Martín y juntos transitaron las calles con orgullo.

—Tendremos una Nochevieja pasada por agua —indicó Martín, con la mirada puesta en el firmamento.

A pesar de que aún no llovía, el cielo lucía encapotado y una buena cantidad de nubes blancas, esponjosas y desflecadas, descendía sin pausa acariciando la ladera de los cerros. El viento que soplaba era bastante fresco para la época del año en la que estaban. Más que verano parecía otoño. Eso sí, en otoño no podían disfrutar del aroma de las flores, tal como lo hacían en ese momento. En el jardín de la finca Núñez abundaban los rosales y los jazmines, en particular esta última especie, de la cual había un ejemplar inmenso que todo lo inundaba con su exquisito perfume.

—Y yo que creí que podríamos cenar bajo el algarrobo —protestó Victoria, abrazada a la cintura de su prometido. En la mano tenía uno de los farolitos que juntos habían armado con frascos de vidrio y velas de cera de abejas que pretendían colgar de las ramas del árbol.

—Te prometo que no faltará oportunidad —Martín acompañó sus palabras con un beso que a ella le coronó la frente—. Ven, vamos adentro —le sacó el farolito de la mano y sonrió cuando a su mente acudió una idea—. Capaz que les encontramos lugar después de todo.

Mientras Victoria extendía el mantel sobre la mesa del comedor, Martín había vuelto a salir al patio, de donde volvió poco después arrastrando una pesada maceta con un tilo de no más de un metro y medio de altura que todavía conservaba algunas de sus bellas flores. El aroma dulzón enseguida se alzó en el aire.

Ubicó la maceta cerca de una de las esquinas de la mesa, sobre un cajón de madera para darle más altura y, con mucha paciencia, empezó a colgar algunos farolitos. El árbol tenía ramas largas y bastante fuertes, por lo que la idea fue un éxito. Victoria corrió a la cocina en busca de las cerillas para encender las velas. Otros farolitos fueron distribuidos sobre la mesa, intercalados con dos floreros con jazmines. Así, el ambiente que lograron fue acogedor, mágico.

—¡Ha quedado maravilloso! —aplaudió Victoria, feliz.

Para él no había luz más hermosa que la que emitían los ojos de su novia. En ese momento, se prometió para sí, hacer cuanto estuviera en sus manos para verla sonreír siempre.

La tormenta se desató mientras cenaban. En un principio de manera intensa y con descargas eléctricas, después fue amainando hasta convertirse en una lluvia tranquila aunque constante.

Brindaron por el Año Nuevo en el vano de la puerta, con las luces de los

farolitos a sus espaldas y el paisaje infinito ante sus ojos. Poco después, abrazados en el sillón mientras compartían unos mates cebados con peperina y miel, planearon ese futuro que la vida les proponía descubrir juntos.

—Estaba pensando en que esta casa es demasiado grande para un hombre solo... —manifestó Martín mientras jugueteaba con el anillo de compromiso que días atrás había puesto en el dedo de su novia—. ¿Qué dices de evaluar la posibilidad de mudarte aquí?

—¿Te refieres a mudarme antes de la boda o después?

—Cuando tú lo quieras. Si de mí dependiera, ya estarías instalada en esta casa y en el cuarto matrimonial.

Victoria sonrió, pues la propuesta le encantaba.

—La gente seguro hablará —señaló ella, dando por hecho su mudanza antes de que oficializaran el matrimonio.

—La gente hablará siempre. ¿Acaso no sabes que ese es el deporte nacional?

—rieron juntos, con la misma complicidad y conexión que habían tenido de jóvenes—. Ven a casa cuando quieras, hoy mismo si es posible. Este ya es tu hogar, Victoria; es nuestro hogar. Y, cuando yo muera, tú serás su única dueña.

—Martín, no hables de esas cosas.

—No le temas a la muerte que es lo más natural del mundo. Es parte de la vida y, como tal, debemos aceptarla. Claro que quiero vivir muchos años, más ahora que estamos a punto de casarnos. Sin embargo, pensemos en ella o no, a todos nos llegará nuestra hora, entonces, ¿no es mejor ser precavidos?

—Bueno, sí, desde ese punto de vista no puedo más que estar de acuerdo contigo. Es más, me has hecho pensar en lo que yo misma debería hacer con la propiedad Llorca.

—Creo que en tu interior, ya sabes cuál es el mejor destino para esa finca, ¿o me equivoco? —le preguntó sonriente. Sin necesidad de haberlo hablado, ambos sabían a qué se refería Martín.

—No te equivocas, y eso demuestra cuánto me conoces —expuso. Después, con convencimiento, declaró—: La finca Llorca quedará para Juan, Ángeles y su descendencia. Yo no necesito más hogar que este, porque mi hogar es donde tú estés, Martín; ningún otro.

Para sellar el acuerdo, Martín capturó el rostro de Victoria entre sus manos y la besó en la boca. Cuando se separaron, le resiguió el labio inferior con el pulgar y con la vista.

—Necesitarás un cuarto para armar tu taller de costura y una salita para recibir a tus clientas.

—¡Tienes razón! —se enderezó en el sofá y miró en todas las direcciones. Él carcajeó.

—No te preocupes, mañana puedes elegir el que quieras y lo acondicionaremos a tu gusto. Es más, nos pondremos manos a la obra para redecorar la casa.

Entonces fue el turno de Victoria de tranquilizarlo a él.

—Así está muy bien. Tal vez un detallito aquí y otro allá como para dejarle mi impronta, pero no será necesario mucho más —indicó, y buscó sus ojos para confesarle—: Te amo, Martín Núñez. No te imaginas cuánto. Además, con tus acciones cotidianas, haces que este amor tan grande que me desborda el alma no haga más que crecer. La vida ha sido buena conmigo, te ha puesto en mi camino.

—Entonces, la vida ha sido buena con los dos, que te ha devuelto a mí, mi Perséfone.

—Solo que me he tardado más de seis meses en regresar —acotó ella con una mueca haciendo referencia al mito de la Diosa Griega.

—Pero has regresado, y eso es lo único que importa.

31

Capilla del Monte, Córdoba Miércoles 9 de febrero de 1927

Hacía más de un mes que Victoria había empezado a trasladar algunas de sus pertenencias a su nuevo hogar. Sin embargo, todavía no se había mudado por completo debido a que prefería esperar al regreso de Juan y Ángeles para que la propiedad Llorca no quedara deshabitada. En tanto llegaba ese momento, Victoria alternaba su tiempo entre una casa y la otra; aunque por lo general, pasaba las noches en la cama de Martín.

Sin darse cuenta, habían establecido una especie de rutina en la que al anochecer, Victoria cruzaba los fondos de cada propiedad y Martín la esperaba en el colmenar. Preparaban la comida, cenaban en el comedor o bajo el algarrobo si el buen tiempo lo ameritaba, y después pasaban la noche

juntos.

Victoria solía volver a su casa después del desayuno para atender a sus perros, ocuparse de la limpieza y del taller de costura dado que todavía no estaban terminados los arreglos en la sala que había elegido para tal fin en la finca Núñez. Martín, en tanto, se ocupaba de sus actividades apícolas, en las que Victoria había vuelto a ayudarlo en varias ocasiones.

A pesar de la merma económica que había significado para la apícola el robo de las cinco toneladas de miel destinadas a la exportación, Martín había podido hacer frente a esa crisis y esperaba recuperar por completo el importe de las pérdidas con la próxima cosecha. Esto sería posible siempre y cuando su empresa no sufriera nuevos robos o sabotajes, para lo cual, como medida preventiva, había contratado custodia personal cada vez que un nuevo cargamento de miel viajaba al puerto.

Luego de atrancar las puertas y ventanas de toda la casa, Victoria salió por la puerta de la cocina, que daba al patio trasero, y le echó llave. Poco antes se había asegurado de que sus mascotas tuvieran agua fresca y comida. Esa noche no iba a llover, de todos modos, los perros acostumbraban dormir en la galería techada del ala oeste, donde tenían sus colchones y mantas especiales en un rincón privilegiado donde la lluvia y el frío no podía alcanzarlos.

Se internó en la última hectárea de terreno, cubierta de manera irregular por los restos de los trigales y con algunos fardos dispersos aquí y allá. La luna jugueteaba con sus formas y creaba sombras que podían resultar inquietantes. Victoria aguzó la vista para descartar una posible intrusión. No había más que formas inanimadas incapaces de causarle daño.

Luego de regresar de Buenos Aires, Victoria había contratado dos peones para que cosecharan el trigo que Juan había sembrado pues, a causa de su repentino viaje, él no había podido dedicarse a esa faena. La cosecha había rendido veinticinco quintales de trigo de buena calidad. Victoria lo había hecho moler en su totalidad pues no tenían pensado volver a sembrar; guardó un diez por ciento de la producción de harina para consumo familiar y había vendió el resto.

Nieve y Pirata, como cada noche, la acompañaron hasta los límites de la propiedad. Cuando ella cruzó la alambrada, los perros quisieron hacer lo mismo.

—No, no, hasta aquí llegan ustedes, ya lo saben. Vamos, vamos, vayan a casa —los instó, aunque previo les había hecho algunas caricias en el morro.

Cruzó la calle deprisa. Los perros seguían lloriqueando e intentando salir.

Victoria reconfirmó que debía levantar la cerca al menos un metro para evitar que sus mascotas pudieran salir a la calle, hazaña que lograrían en cualquier momento en vistas de la agilidad que habían ganado en el último tiempo.

Ingresó a la propiedad de Núñez, el que en breve sería su hogar definitivo, y avanzó por el familiar sendero entre los árboles. A lo lejos todavía escuchaba los ladridos de Nieve y Pirata. Esa noche estaban más insistentes que nunca, notó.

Al recorrer varios metros de camino, a Victoria le llamó la atención que Flora y Gaspar no hubiesen ido a su encuentro; siempre lo hacían y la escoltaban a destino. Y mayor fue su asombro cuando al llegar al claro ubicado entre las colmenas, donde se suponía que Martín la esperaba, descubrió que él no estaba. Inquieta, comenzó a formularse infinidad de preguntas. El ladrido de Nieve y Pirata se había vuelto grave y sostenido, diferente a su forma habitual de ladrar.

Buscó movimiento en el predio, pero no logró distinguir más que árboles y colmenas. Achicó los ojos y trató de acostumbrarse a las sombras para ver más allá de sus posibilidades. A varios metros le pareció distinguir un bulto en el suelo. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, aunque pronto se dijo que podía tratarse de algún montículo de tierra o de alguna irregularidad del suelo que cobrara otra dimensión ante sus ojos sugestionados.

—¡Martín! —llamó—. ¡Flora! ¡Gaspar! —intentó esta vez. Nadie acudió a su llamado aunque a Victoria le pareció escuchar un débil quejido. Muerta de miedo pero dispuesta a averiguar qué ocurría, se dirigió hacia la forma tirada en el suelo, temiendo todo el tiempo que pudiera tratarse de su novio — ¡Martín? —repitió al acercarse.

Victoria cayó de rodillas junto al cuerpo; se trataba de Gaspar. Debilitado, el animal fracasó en su intento de alzar la cabeza.

—Shhh, tranquilo —le dijo, mientras le palpaba el cuerpo en busca de heridas. No encontró sangre, solo un bulto en un lateral de la cabeza.

Desde esa posición, Victoria vio a Flora a pocos metros; no se movía. Se acercó a ella y, con alivio comprobó que respiraba aunque permanecía inconsciente. Junto al animal, Victoria distinguió un garrote que, supuso, alguien había empleado para golpearlos. Se le heló la sangre en el cuerpo al asimilar lo que podía estar pasando.

Victoria estiró la mano para alcanzar el palo cuando con un fuerte tirón de pelo la jalaban con violencia hacia arriba.

—¡Suélteme! —demandó, oponiendo resistencia y alzando las manos a la

cabeza para menguar el dolor que él le ocasionaba. El silencio se había llenado de sonidos de forcejeos, fricción de ropa y pasos sobre la hierba. El viento del sudeste traía consigo los ladridos y gruñidos enfebrecidos de Nieve y Pirata.

—¡Quédese quieta! —le exigió su captor. Sin soltarla de los cabellos, le hizo ver que en la otra mano llevaba un arma. La hizo caminar de vuelta al claro. Victoria advirtió que se trataba de un hombre bastante joven, puede que apenas hubiera superado la veintena.

Entre los árboles, llegados desde la casa, aparecieron dos hombres más. Arrastraban a Martín, que tenía el rostro amoratado y una mordaza en la boca. Forcejeaba, impotente, por querer liberarse.

—Shhh, gallito, shhh —se mofó el de la cicatriz en el labio superior.

—¡Martín! —gritó Victoria al verlo—. ¿Qué te han hecho?

Al escuchar la voz femenina, Martín se detuvo y alzó el rostro. Intentó mirar a través de sus párpados hinchados y sus facciones se llenaron de pavor cuando vio que uno de los sicarios había capturado a Victoria. Gruñó lo que pareció la exigencia de que la soltaran.

El hombre que retenía a Victoria reforzó su agarre y, adrede, le tironeó los cabellos con violencia hacia atrás para arrancarle un grito, pero ella no le dio el gusto. En cambio apretó los labios e inclinando la cabeza hacia un lado, lo miró desafiante. Martín se removió entre sus captores y hubiese deseado poder gritarle a ella: *¡Maldición, Victoria, no lo desafíes!* Desde atrás, el sicario la tomó del cuello y le apoyó el cañón de la pistola en la sien.

Martín se frotó la cara con el hombro para quitarse la mordaza. Al fracasar en su intento, gruñó a sus captores para que se la quitaran. El líder indicó con la cabeza al de la cicatriz para que lo hiciera, entonces le advirtió al apicultor:

—Nada de hacer tonterías, eh, Núñez, si no quieres que tu noviecita termine mal. Nos quisiste hacer creer que no tenías a nadie más en el mundo, pero ya ves cómo con un poco de paciencia descubrimos tu secreto.

Tras estudiar los movimientos de la casa durante bastante tiempo, los delincuentes habían logrado establecer la conexión existente entre ambos vecinos. En base a ello habían planeado su siguiente golpe, y allí estaban, convencidos de que el apicultor, de una vez por todas, firmaría el dichoso boleto de compra-venta.

Los sicarios sabían que de no lograr su objetivo, el jefe de la banda los haría pagar a ellos tres, con sangre, el fracaso de la operación. Ya les había dado el ultimátum de que esa era la última oportunidad que tendrían.

Los delincuentes, al encontrarse bajo presión, estaban más inestables que de costumbre: nerviosos y alterados, por lo que su agresividad era mayor y eso los volvía aún más peligrosos.

El líder soltó a Martín para sacar del bolsillo de su saco un nuevo fajo de papeles y una pluma.

—Ahora, sin más vueltas, vas a firmar esos papeles —le exigió. Lo obligó a arrodillarse frente a una gruesa rodaja de árbol que serviría de apoyo a los documentos.

—¡No, Martín, no firmes! —gritó Victoria. Al oírla, Nieve y Pirata enloquecieron. Su captor volvió a tomarla del pelo para tener mayor libertad y poder golpearla en el rostro. Le partió el labio inferior, del que manó un hilo de sangre.

—¡No! ¡No la golpee! —demandó Martín y, sin medir las consecuencias, volvió a ponerse de pie y a hacer amague de avanzar hacia ellos.

A partir de ese momento, los hechos, confusos y violentos, se desarrollaron de manera vertiginosa.

Al sentirse amenazado, el captor de Victoria alzó el brazo y apuntó a Martín, pero él no llegó a avanzar puesto que el líder lo golpeó en el lateral del cráneo con el canto de la mano y la empuñadura de la pistola. Martín se volvió hacia él y arremetió con tanta fuerza que logró derribarlo y que, en el ínterin, el maleante perdiera la pistola, que cayó a cierta distancia.

Victoria empujó con su cuerpo al joven para que perdiera el blanco. De todos modos, Martín y el líder habían quedado tras unos árboles, donde se veía movimiento de forcejeos y golpes.

En ese mismo momento, el de la cicatriz había desenfundado su arma dispuesto a disparar contra el apicultor, pero entonces, desde la espesura de la arboleda, surgió la voz de alto.

—¡Alto, policía! —clamó un agente.

El de la cicatriz volteó hacia la policía abriendo fuego de manera enloquecida. Al no haber podido refugiarse, pronto fue abatido.

El más joven también disparó contra los agentes mientras arrastraba con él a Victoria tras unos árboles.

—¡No disparen! ¡Tiene un rehén! —advirtió el comisario.

Victoria forcejeaba.

—¡Quédese quieta, maldita mujer! —gruñó el muchacho, enfurecido. De un puñetazo la derribó al suelo y, en un acto de bravuconería, alzó ante ella el brazo armado en actitud amenazante.

Con el ajetreo, nadie reparó en el tropel que se acercaba hasta que dos destellos blanco y negro saltaron con increíble agilidad y con las fauces abiertas sobre el delincuente. Nieve le fue directo al brazo, por lo que desvió el disparo, que impactó en una de las colmenas. Pirata lo mordió en el cuello. Una vez que estuvo derribado, los perros se interpusieron delante de Victoria en actitud defensiva, enfrentando y mostrándole los dientes al maleante.

Martín, agazapado sobre el líder de ese trío de sicarios, lo golpeó en la mandíbula. De espaldas en el suelo, el maleante tomó una roca y alzó el brazo para impactarla contra el lateral de la cabeza del apicultor. Él anticipó el movimiento y alcanzó a retenerle el brazo. Forcejearon.

Martín sintió que lo tomaban del hombro con firmeza.

—Ya está bien, Núñez, déjenos actuar a nosotros —señaló el comisario. Junto a un agente se había acercado a ellos con el arma desenfundada y apuntando al delincuente.

Martín obedeció. El hombre que permanecía en el suelo, fingiendo doblarse en dos por el dolor y aprovechando la distracción mientras el apicultor se ponía de pie, sacó una segunda pistola que escondía bajo la botamanga del pantalón. La rapidez de sus maniobras y la eficacia, daban cuenta de la experiencia que tenía en armas.

Alzó el brazo y disparó.

Martín cayó hacia atrás.

El comisario replicó la agresión con un rápido disparo que terminó con la vida del maleante. Tal vez fuera esa su intención después de todo, pues su código de honor le hubiese impedido delatar a su jefe.

Cuando dos agentes quisieron aproximarse a Victoria, quien permanecía sentada en el suelo con las piernas recogidas y en estado de *shock* mirando la figura ensangrentada del joven, los perros, con gruñidos y enseñándoles los dientes, les impidieron avanzar.

Victoria parpadeó y, en cierta forma, recuperó la compostura.

—¡Pirata! ¡Nieve! ¡Alto! —los reprendió. Ellos obedecieron de inmediato, entonces Victoria les impartió una nueva orden—: ¡Aquí! —cuando los perros se le acercaron, ella los recompensó con caricias. Necesitaba tanto abrazarlos, pero sabía que para sus mascotas un abrazo no representaba una demostración de afecto, sino que sentían que les coartaban su libertad.

—¡Qué animales formidables! —admiró uno de los agentes. Victoria asintió con la cabeza; lo eran.

El otro agente se acercó al sicario para comprobar sus signos vitales: estaba

muerto. Un colmillo de Pirata le había perforado la arteria carótida del lado derecho del cuello, lo que provocó que se desangrara en pocos minutos.

—Venga, señora, será mejor que ya no presencie este horrible espectáculo —sugirió el policía en tanto la ayudaba a ponerse de pie, y añadió—: Una dama nunca debería pasar por estas cosas. Además, es necesario curarle las heridas. Como acto reflejo, Victoria se tocó el labio inferior, de donde manaba un fino hilillo de sangre.

—No es nada —dijo, aunque le dolía bastante—. Martín, ¿en dónde está? —quiso saber.

Los agentes se miraron.

—Señora... me temo que el señor Núñez recibió un balazo.

—¿Qué? ¿Qué dice? —inquirió, de pronto frenética. Se soltó del policía y caminó, un poco tambaleante pues el segundo golpe en la cabeza la había dejado mareada—. ¡Martín! ¡Martín!

—¡Señora, espere, que usted tampoco se encuentra bien!

Victoria hizo oídos sordos a los llamados y advertencias.

A pocos metros del claro, reconoció el pantalón de Martín. Se lo veía recostado en el suelo y el comisario estaba acuclillado ante él. Victoria corrió hacia ellos y al llegar, cayó de rodillas al otro lado.

—¡Martín! —clamó.

El comisario, con sus manos y la ayuda de un trapo, puede que se tratara de alguna prenda de vestir, efectuaba una maniobra de compresión sobre el torso masculino.

Martín alzó los párpados. Sus ojos se veían vidriosos.

—Estoy bien —susurró con voz débil.

—Ya viene la ayuda médica en camino —aseveró el comisario para llevarle tranquilidad a Victoria. Había leído su gesto angustiado.

Victoria hizo una rápida evaluación del escenario. En ese momento podría haber tenido un ataque de nervios y nadie la hubiese culpado. Solo ella misma lo hubiese visto como una actitud imperdonable de su parte pues comprendió que podía ser útil si mantenía la calma en lugar de transformarse en un problema más.

Se obligó a bloquear de su mente todo indicio de pensamiento profético o especulativo que pudiera ser el disparador para el dichoso ataque de nervios. No quería cavilar en las consecuencias que podría tener lo que estaba ocurriendo. En cambio, respiró hondo y procuró que la calma inundara su interior. En ese instante sintió que se separaba en dos, pues fue como si tomara

los sentimientos y emociones y los encerrara en un cofre para no dejarlos intervenir. Ese desdoblamiento le permitió actuar de acuerdo a la razón, de manera fría y cuasi mecánica.

—¿De qué manera puedo ser útil? —preguntó.

—Compruebe su pulso, por favor —le pidió el comisario. Al verla tan centrada, no dudó en aceptar su ayuda.

—Es algo más débil de lo normal, aunque puedo sentirlo — informó. Acercó el oído al pecho masculino y después a la nariz y boca—. No distingo sonidos extraños en su respiración, la noto limpia y constante.

—Eso es bueno —acotó el oficial, que seguía comprimiendo la herida—. Creo que el señor Núñez saldrá de esta, al menos la hemorragia ha disminuido.

Victoria asintió con la cabeza.

El médico llegó poco después. Alumbrado por faroles, examinó a la víctima y ordenó su traslado al centro de salud para someterlo a una cirugía que se llevó a cabo durante las horas de la madrugada.

El diagnóstico final y la evolución fueron favorables: la bala había ingresado al cuerpo desde el frente en el cuadrante derecho del tórax. Al llevar una trayectoria con inclinación diagonal, la bala, a poco de entrar, había impactado contra las costillas. Si bien dos se habían fracturado, habían cumplido un papel de retención al alojar el proyectil e impedir que continuara su trayectoria.

Las primeras horas fueron las más angustiosas, cuidando que el paciente no levantara temperatura ni que se le infectaran las heridas. Y no fue hasta que transcurrieron cuatro jornadas enteras, que el médico se arriesgó a decir que ya no creía que fueran a surgir complicaciones.

Durante la estadía en el centro de salud, recibieron la visita del comisario, quien les informó que, si bien no habían podido vincular al jefe de la banda de mafiosos con el caso de extorsión perpetrado a Martín, la investigación profunda había sacado a la luz otros crímenes de los que el delincuente no había podido evadirse. Lo había capturado Policía Federal y trasladado a un penal de máxima seguridad donde aguardaría su juicio y sentencia.

A Martín le dieron el alta médica diez días después, con la promesa de continuar con los cuidados en el hogar, sobre todo, hasta que las costillas soldaran. Durante ese tiempo, Victoria había permanecido a su lado.

La mujer dura que Victoria se había inventado para sobrellevar la situación, se desahogó por fin cuando juntos ingresaron a la sala de Núñez. Fueron

recibidos por Josefa, que había vuelto a trabajar ahora que ya no debían temer amenazas, y durante esos días había cuidado de las dos propiedades y de los cuatro perros Pastor Inglés. Los animales fueron al encuentro de sus dueños con la inocente alegría de los perros, moviendo sus cabezas peludas y buscando su contacto.

Victoria se dejó caer de rodillas entre ellos. Flora y Gaspar se habían recuperado de los fuertes golpes recibidos, aunque el macho había perdido la vista. Nieve y Pirata le saltaron encima y ella carcajeó feliz y agradecida: jamás olvidaría que a ellos les debía la vida.

—Gracias. Gracias, mis pequeños —clamó presa del llanto. Nieve le lamió la cara y Pirata, con la cabeza, le empujó la mano para que ella lo acariciara.

Martín le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie y, con el brazo del lado sano, la refugió contra su pecho.

—Ya está, ya pasó —aseveró Victoria cuando sintió que ya no le quedaban lágrimas por verter—. Estamos vivos. Los seis estamos vivos —rio y agradeció por ese milagro.

Josefa se retiró a la cocina para dejarlos solos. Los perros se quedaron con ellos en la sala. Gaspar se echó sobre la alfombra y Flora, cerca de la puerta de ingreso. Nieve y Pirata, cuya juventud los volvía más inquietos, se dedicaron a husmear por los rincones durante un buen rato.

Martín capturó el lateral del rostro de Victoria y con el pulgar le resiguió el labio inferior, siguiendo con la vista el movimiento suave de su propio dedo.

—Cuando sentí el impacto del tiro en mi cuerpo y después, cuando estuve tendido de espaldas sin saber con certeza si viviría o no, no temí morir. Mi miedo, mi terror más profundo, Victoria, fue la posibilidad de no volver a verte. Eso sí que me aterró. Me convertí en un niño muerto de miedo, tanto, que hasta creí que mis pulmones no funcionaban. ¡Pero funcionaban, y muy bien! Lo que me pasaba era que sentía pánico, pánico de no poder decirte una vez más cuánto es que te amo.

—Ya todo pasó, mi amor —Victoria alzó la mano y le acarició a él la mejilla—. Ya nada ni nadie podrán alguna vez separarnos o impedir que nos amemos. ¿Y sabes por qué? Porque hemos superado todas las pruebas posibles, y aquí estamos, aquí seguimos, uno junto al otro... uno en el otro. Y ya no debemos temerle ni a la muerte, porque cuando ella llegue, seguiremos amándonos más allá de todo. Nuestras almas se reconocieron desde el principio, siento que se fusionaron. Por eso, incluso después de la muerte, sé que seguiremos teniendo este amor; nuestro amor... Nuestro Universo.

Epílogo

Capilla del Monte, Córdoba Sábado 24 de septiembre de 1927

La finca Núñez Llorca, tal el nombre con la que se la conocería a partir de ese día, se había vestido de fiesta para ser escenario de ese acontecimiento tan especial.

Caía la tarde y decenas de farolitos encendidos, que habían sido colgados de las ramas de los árboles, creaban un ambiente íntimo, un esplendoroso halo de magia que parecía envolver el lugar y mantenerlo aislado de la mundana cotidianidad.

Martín esperaba de pie ante el altar que se había improvisado bajo el algarrobo, lugar que era tan significativo para la pareja. Lo acompañaba Josefa, quien había trabajado durante casi cuatro décadas para la familia Núñez y que, presa de la emoción, ahora lucía orgullosa su traje de madrina.

El novio, ya restablecido por completo de las lesiones que por poco le cuestan la vida, lucía un traje gris claro hecho a medida con su respectivo chaleco, camisa blanca y corbata azul, que le sentaba impecable.

Frente al altar se habían distribuido sillas adornadas con bellos moños blancos que, para esa hora, estaban ocupadas en su totalidad por los invitados. Se trataba de una ceremonia íntima en la que solo estaban presentes las personas importantes para la pareja: Dominga y Tiyana ocupaban un lugar privilegiado; Ángeles y Laureano estaban en primera fila.

Empezaron a sonar los primeros acordes de la Marcha Nupcial, de Mendelssohn, ejecutados en el piano de manera magistral por una vecina del pueblo, y de inmediato se acallaron las conversaciones. Los invitados se pusieron de pie y voltearon hacia el inicio del sendero demarcado con cintas y ramilletes de flores blancas entre los dos grupos de sillas.

Emocionada, Victoria avanzó del brazo de su sobrino Juan. Enfundada en el vestido de novia que ella misma había cosido, lucía radiante. De corte imperio, una línea que le sentaba de maravilla, estaba confeccionado en gasa color champán, que la hacía ver sofisticada a pesar de lo sencillo de la

prenda, cuyo único adorno consistía en el cordón bajo el busto y el encaje con el que estaba forrado el talle. Llevaba el cabello recogido y una sencilla tiara de flores pequeñas a tono.

—Estoy tan orgulloso de usted, tía —le susurró Juan al oído. Erguido y con la cabeza en alto, certificaba sus palabras en tanto avanzaban hacia el altar.

Victoria le dedicó a su sobrino una dulce sonrisa y un suave apretón en el brazo. Tenía los ojos nublados y mentiría si dijera que no se sentía nerviosa. Al fin, después de tanto tiempo, había llegado el día en el que ratificaría sus deseos de permanecer el resto de su vida junto a Martín Núñez.

Ante el altar, Juan entregó la novia al novio.

—Cuidela mucho, don Martín, y ámela como ella lo merece. —Pondré mi vida en ello, Juan, tienes mi palabra. Los novios, tomados de las manos, se miraron a los ojos.

Sonrieron con amplitud, felices y conmovidos. Tanto habían pasado y tanto habían superado juntos... Y así, habían conseguido que en sus vidas ya no hubiera lugar para los miedos ni para postergaciones.

—Te ves bellísima... —sonrió con esa sonrisa que se dibuja sola en los labios cuando hermosos recuerdos acuden a la mente—, mi Perséfone. Mi amada Victoria. Mi Universo.

—Tú también luces guapísimo, vida mía.

El Juez de Paz carraspeó para llamar su atención, los novios se pusieron de frente a él, aunque siguieron tomados de la mano, entonces dio inicio a la ceremonia. De fondo sonaba una romántica melodía en el piano.

—Estamos aquí reunidos para unir en matrimonio a Victoria y a Martín... —luego de dar lectura al acta, el Juez de Paz, que conocía a Martín de toda la vida, los obsequió con un breve aunque emotivo discurso antes de recitar los artículos del Código Civil, tal como exigía la Ley de Matrimonio. Al finalizar, el oficial público procedió a tomar juramento a los novios—: ¿Martín Núñez, quiere por esposa a Victoria Llorca?

—¡Sí, quiero!

—¿Victoria Llorca, quiere por esposo a Martín Núñez? —¡Sí, quiero!

—Por favor, procedan a intercambiar los anillos —les pidió. Buscando siempre el contacto visual, Martín tomó la mano

de Victoria. Mientras le ponía el anillo de oro en el dedo anular, le hizo su juramento:

—Yo, Martín Núñez, te tomo a ti, Victoria Llorca, como esposa, y prometo serte fiel y cuidar de ti en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

Victoria volvió a cambiar de dedo su cintillo de compromiso para ponerlo junto al flamante anillo de boda, en el dedo anular de la mano izquierda. Luego, de un estuche, tomó el anillo de oro para el novio y la mano de Martín. Las manos le temblaron un poco. Se mordió el labio inferior y una lágrima desbordó y rodó sobre su mejilla. Él se la secó con el pulgar y la besó en la frente. Afectada por la emoción, tomó una honda bocanada de aire con la intención de recomponerse y de que la voz le saliera clara al hacer su juramento:

—Yo, Victoria Llorca, te tomo a ti, Martín Núñez, como esposo, y prometo serte fiel y cuidar de ti en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida... Siempre.

—Siempre —acotó él también.

—Puede besar a la novia.

No hubiese sido necesaria esa última indicación. Martín ya

había tomado el rostro de Victoria entre sus manos y se aproximaba a ella. Sellaron su amor con un beso que no necesitaba de más palabras.

El Juez de Paz volvió a carraspear.

—Ahora procederemos a la firma del acta —indicó. Los esposos y cuatro testigos: Josefa, Juan, Tiyana y Ángeles, se acercaron al altar y estamparon su firma para legalizar la unión que acababa de llevarse a cabo.

Martín volvió a besar a su esposa. Su esposa... En su interior, no podía dejar de paladear esas dos palabras. Sonreía como un tonto... más bien, como un hombre enamorado.

Bajo el algarrobo donde habían hablado por primera vez, allí donde Martín la había convidado con un mate con peperina y miel y Victoria se había enamorado sin remedio, de las sierras, de los aromas... de él, los esposos recibieron las felicitaciones de sus seres queridos.

Ni el mundo dejaba de girar ni el tiempo se detenía para esperar a nadie; eso, Victoria lo había aprendido hacía tiempo. Sin embargo, también había descubierto que el secreto para seguir adelante consistía en persistir en la búsqueda de los sueños a pesar de todo. Ellos dos eran la viva demostración

de que soñar no solo estaba destinado para los jóvenes, pues mientras una chispa de vida siguiera latiendo en sus venas, siempre habría posibilidades, siempre habría esperanzas. Y allí estaban ellos dos, con cuarenta y nueve años ella, cincuenta y cinco él, dispuestos a seguir soñando y concretando sueños.

Horas después, bajo los farolillos, mientras bailaban el vals, Martín la acarició con la mirada y, cuando sus ojos se encontraron, todo alrededor no fue más que murmullos y movimientos difusos.

—Te amo tanto que a veces siento que no me alcanzará la vida para demostrártelo —declaró Martín.

—Entonces deberemos vivir muchos años, porque yo siento igual —acotó Victoria, sonriente, feliz—. Te amo, Martín Núñez. Jamás lo dudes.

—Jamás osaría dudarle —Martín se acercó a ella para susurrarle sin perder el contacto visual, lo que imprimió a sus palabras de una contundencia absoluta —: Eres una mujer tan fuerte y tan femenina al mismo tiempo. Me vuelves loco, Victoria Llorca, me vuelve loco como te ves y también tu actitud, tu fortaleza, tus pensamientos y la manera en la que sientes. Eres una mujer extraordinaria, y así como te amo, en igual medida te admiro... A pesar de todo por lo que has pasado, nunca renunciaste a tus sueños ni dejaste de ser tú misma. ¿Cómo se hace? ¿Cuál es el secreto?

Victoria le sonrió con amplitud y le acarició la mejilla.

—El único consejo que puedo darte, mi amado Martín, es que sigas soñando aunque parezca que nada tiene sentido y que vayas en busca de esos sueños. No puede haber nada más racional que eso.

Nota de la autora

Estimado lector, si quieres conocer en profundidad las historias de Clara y

Wenceslao, Ángeles y Juan, las encontrarás en los títulos ya publicados: **El perfume de las gardenias** (2016) y **Huellas en el alma** (2017).

Te invito a leer las sinopsis...

El perfume de las gardenias

Los ojos de Wenceslao Baigorria fueron testigos de demasiados horrores que lo transformaron en un hombre implacable y sin corazón. En un hombre azotado por pesadillas recurrentes y empecinado en no querer amar. Pero conoce a Clara Llorca, una joven dulce e inocente, que logra fascinarlo más allá de la razón, y se propone tenerla.

Aunque en un principio Clara siente cierta reticencia, será la única en atisbar más allá de la coraza que se erige alrededor del corazón de Wenceslao. Y no podrá evitar enamorarse de él... del hombre que fue alguna vez; del hombre que, ella cree, puede volver a ser. Clara será la luz y la felicidad para Wenceslao. Y está decidida, también, a ser su salvación. Pero los avatares del destino la obligarán a abrirse paso a través de un camino de peligros y sacrificio que la harán crecer de golpe y forjarán su carácter. Noble, valiente y obstinada, deberá poner a prueba más de una vez su capacidad de resiliencia, por ella y por el ser que más ama en el mundo.

Inspirada en hechos reales. Una historia de superación y lucha que tiene como marco Barcelona, San Isidro y La Boca, entre los años 1896 y 1917. Y un amor cuyo recuerdo ni siquiera el paso del tiempo logra desvanecer, que vuelve a presentárseles con frecuencia: ante Clara, en la forma de unos intensos ojos negros; ante Wenceslao, en el perfume de las gardenias.

Huellas en el alma

La Boca, año 1917: Juan descubre un atado de cartas que le ayudarán a reconstruir la vida de sacrificio que tuvo su madre, Clara Llorca. Movido por la furia, decide tomar venganza de las personas que la humillaron, repudiaron y abandonaron. Entonces, a partir de ese día comienza a planear la caída económica y personal de Wenceslao Baigorria, su propio padre.

Siete años y medio después, Juan está en condiciones de ejecutar su venganza. Quiere quitárselo todo, incluso a la mujer con la que Wenceslao tiene previsto contraer segundas nupcias. Tiene cada paso minuciosamente

planeado, excepto enamorarse de esa mujer. Pero Ángeles Ferrés, con su dulzura y personalidad avasallante, hará tambalear sus planes y pondrá en jaque su corazón. Y, cuando el amor florezca entre ellos, Ángeles y Juan deberán enfrentarse a la ira de Wenceslao, que es un hombre duro que no está acostumbrado a perder.

Una historia de amor, de pasiones y odios desarrollada en Buenos Aires y Córdoba en las primeras décadas del siglo XX, que mantendrá al lector en vilo desde la primera página.

Agradecimientos

Dedico este libro y agradezco a todas las personas que de una u otra manera colaboraron para que hoy pueda contar esta historia y a quienes día a día me hacen llegar su cariño y apoyo incondicional.

A Capilla del Monte, mi lugar en el mundo.

Al Museo Histórico Quinta Los Ombúes de San Isidro, fuente de inspiración para crear la quinta *Los Catalanes*.

A Nadia Kloker. A Teresita Chaves. A mis padres, Rita y Santiago. A mis hermanos, Rita, Guillermo y Luis (siempre en mi corazón y en mi memoria). A mi hermosa familia y a los tres hombres de mi vida: mi esposo Fernando y mis hijos, Brian y David, por su inmenso amor y por acompañarme siempre. También por escuchar mis planteos y preguntas y acceder a brindarme sus opiniones, sugerencias e ideas para el desarrollo de mis historias.

A Marta Biadiu y a *Highland Titles Nature Reserves*, Glencoe, Escocia, por el maravilloso reconocimiento y obsequio que me hicieron llegar.

A mis lectores beta: Rita Costa, Cristina Gómez de Schivo y David Sosa.

A Fer Sosa, Rita Costa y a mis *Klokeritas*: Mary, Nadi, Gabi, Vane, Karen, Mili, Abril y Valen, por acompañarme y compartir conmigo tantos eventos durante este año.

A Javier Kloker, siempre al pie del cañón para plasmar de manera gráfica mis

ideas cada vez que necesito pósteres, *flyers*, y más.

A Brian F. Sosa, diseñador y desarrollador de mi página web.

A Mary Kloker, porque sin tus palabras, tal vez jamás me hubiese animado a volver a plasmar en papel mis historias.

A Cajas con Sueños por tener en cuenta mis novelas para sus maravillosas cajas literarias.

A mi editora, Tamara Sternberg, y a todo el equipo de El Emporio Ediciones por confiar una vez más en mi pluma y oficiar de puente para que *Donde quedaron los sueños* llegue a sus manos, queridos lectores.

A mis amigas, colegas y lectores... Son tantos a quienes mi corazón está inmensamente agradecido que llenaría páginas enteras, por esa razón tendrán que disculpar que solo mencione a algunos, pero sepan que en ellos que estuvieron tan presentes en mi vida durante este año, hago extensivo mi cariño a todos: Cristina Gómez de Schivo, Silvia Francesconi, Natalia Otero, Marianela Madi Bernal, Sandra Onofre, Gabriela Abergine, Ana María Gernhardt, Savina Bega, Alejandra Teves, Mabel Ciampo, Laura Mosteyro, Marcela Santos, Esther Susana Castor Cancelas, Stefi Cabello, Lorena Bianchi, Daniela Gironelli, Mariana Garrido, María Soledad Wagner, Andrea Scolari, Cecilia Torlaschi, Silvia Sandoval, Gabriela Rodríguez Crucitta, Alejandra Maldonado, Laly Villanueva, Mirna Laciari, Ayelén Felipe Maza, Natalia Libros, Marcela Chamale, María Alejandra, Alicia Inés Ortega, Beatriz Grinberg, Mirta Fachini, Marta D'Argüello, Reyna Carranza, Cristina Bajo, Mimi Romanz, Anabella Franco, María Laura Gambero, Estela Escudero, Victoria Aihar, Barb Capisce, Elena Bowen, Mariela Giménez, Mercedes Assone, DiViNa, Fernanda Pérez, Graciela Ramos...

A los queridos grupos y entidades literarias (a sus administradoras y a cada uno de sus integrantes), porque son espacios maravillosos de interacción en los que tuve el inmenso placer de conocer a personas increíbles a las que quiero muchísimo: Locas de Amor, Adictos a la lectura Córdoba, Rincón Literario, Divinas Lectoras, Amigas Bonellistas, Chicas Bon de Córdoba, Encuentro Outlander Fans de Argentina, Outlander Argentina Gabs Fans, Lectoras de Córdoba (Argentina), Spa Literario, Amigos literarios sin fronteras, Lectoras marplatenses, Mundos de papel, Nuestro Espacio de Lectura, Carnaval de lecturas, Grupo patagónico de lectura, Fans de autoras de novelas románticas, Recomiéndame libros, Nora Roberts Argentina, Septiembre Romántico y Rioplatense, Babilonia Literaria, Clubes de Lectura de la Mutual del Docente Córdoba, El Palacio de los Libros... GRACIAS por

el apoyo incondicional. Sepan que cada encuentro con ustedes, el inmenso cariño que me brindan –que es recíproco– cada mensajito o comentario que me hacen llegar, es una caricia para mi alma.

A todos, infinitas gracias.